



AGUINIS

LA FURIA DE

EVITA

NOVELA

SUDAMERICANA

Marcos Aguinis

La furia de Evita

Sudamericana

Dedico esta obra a mi hermana Susy

1

Nace una estrella

Ya no temo decir lo que quiera.
Tampoco hablar en contra de mí. Sacar

la cabeza de las aguas limpias y las aguas sucias en las que nadé, rodeada por peces de colores y cocodrilos hambrientos. Necesito compartir una montaña de dulces y de basura. Es lo que voy a hacer con este libro.

No me limitaré a una biografía. Ya hay varias y algunas son muy buenas, porque incluyen las dudas, los grises y las contradicciones que plagaron mi existencia. Fue una trayectoria difícil de descifrar hasta para mí. Ahora, por ejemplo, elijo correr por la ajetreada ruta de una novela basada en la historia,

no de una crónica ordenada, seca y aburrida.

La varita mágica que me hizo llegar a la cumbre fue mi viaje a Europa. Sus principales ciudades, gracias al cine, me habían calentado la cabeza desde chica. Sabía poco y soñaba mucho. Ya lo había confesado en mis primeros reportajes, antes de unirme a Perón. Pero fue Perón quien decidió mandarme en su nombre tras pensarlo al anverso y al revés. ¿Quería ponerme a prueba? ¿Quería educarme? ¿No se animaba todavía a dejar su gobierno por unas semanas? Le

había llegado una invitación del dictador Franco para hacer una visita oficial a España. Ese país necesitaba romper su aislamiento y Perón había sido generoso al defenderlo en las Naciones Unidas; también le había ofrecido un crédito monumental para adquirir carnes y cereales que por esa época teníamos en exceso. Pero a mi marido, tanto en el frente interno como en el externo, lo consideraban un fascista. En lo profundo de su corazón lo era, me lo confesó. Narraba una y otra vez la hipnosis que le produjeron los

discursos de Mussolini voceados desde el balcón de la plaza Venecia. Me habló de la *Carta dei Lavoro* que yo corregía diciendo: “Tenés que pronunciar bien, Juan: es la *Carta del Laburante*”. Juan consideraba que la Segunda Guerra Mundial había terminado de forma equivocada y por eso debíamos prepararnos para la Tercera.

Yo estaba lista para cualquier tipo de guerra, desde hacía tiempo.

Y hay instantes en que la rabia vuelve a inundarme, porque mi vida fue y sigue siendo objeto de abusos. Como dije,

aparecieron biografías, novelas y hasta me llevaron al escenario con un musical en el que imploro a todo volumen “¡No llores por mí, Argentina!”. ¡Qué exagerados! Me han descrito como santa y como puta, como una tiernísima mujer y como una sádica resentida que no suelta el látigo. Dicen que pretendí ocultar mis sufrimientos de infancia, adolescencia y juventud. Que incluso los negué. Que Perón me usó y que yo usé a Perón. Que fui una calentona arrabalera y que fui una pobre gata desprovista de erotismo. Todo eso. Y mucho más. Miles

y miles de páginas, de celuloide, de artículos. Algunos buenos, lo reconozco. Me gratifica haber dado trabajo a quienes han querido descifrar mi corta existencia terrenal. Mucho. Tanto como el trabajo que yo tuve que sudar para sobrevivir. Me han comparado con Jesús porque murió a los treinta y tres años, igual que yo. Pero su obra fue realizada en sólo tres. En mi caso, como no soy divina, me llevó apenas el doble.

¿De dónde salí? ¿Conocí a mi padre, un tal Juan Duarte escondido en la bruma? A veces entraba en nuestra choza

un hombre de bigote gris, con un poncho doblado sobre el hombro izquierdo, que hablaba poco y se sentaba en el patio a tomar mate con mamá. Mis cuatro hermanos trataban de acercársele, pero con desconfianza. Raras veces nos daba un beso y por ahí se olvidaba de mi nombre. Daba la sensación de que hasta mi presencia le resultaba intolerable.

Mamá le rogaba que se quedase más tiempo, que nos acompañase en el almuerzo, que durmiera la siesta. Mis hermanos le decían papá, pero a mí no me salía. Él nunca miraba de frente, sino

al piso, como avergonzado.

Solía venir a nuestro rancho en su enorme automóvil. Cuando entraba en las polvorientas calles de Los Toldos, de todas las puertas asomaban los vecinos. Esa máquina era ruidosa y amenazante. Para encender su motor había que activar una dura manivela que asomaba por delante. Sus grandes puertas negras servían de espejo maravilloso y en ellas se miraban mis hermanos para competir en la cómica deformación que les confería su convexidad. Años antes, cuando yo

recién empezaba a sentarme, comentó que llegaron a la cercana estancia La Unión varios caballos para su yerra. Juan Duarte administraba esa estancia y en ella mi madre había trabajado de cocinera y parido sus cinco hijos. Después de la alegre jornada se comía un asado. Mamá le dijo que sería oportuno hacer dos bautizos: el mío, porque ya tenía siete meses de edad, y el de mi hermanito Juan, que cumplía cinco años. El asado en la estancia serviría de festejo, ahorrándole gastos extra. El hombre pareció estar de acuerdo

mediante un resignado movimiento de cabeza. Aunque se negó a concederme su apellido.

Mamá siempre fue una mujer tenaz, pero con Juan Duarte se comportaba de forma sumisa, tal vez para no perderlo del todo. Ella le mandó avisar que se presentara en la parroquia del pueblo a las once en punto, donde había arreglado todo con discreción y pulcritud. Pero el señor Duarte no apareció. El cura se puso inquieto, porque tras nuestros bautismos debía celebrar una misa de esponsales. “No puedo esperar más”,

dijo con las manos en oración, “compréndame”. Mamá le rogó tener paciencia, el padre de sus niños llegaría seguro. El cura, sin la piedad que debería salirle del alma, explicó que la gente ya amontonada para los esponsales no debía ser sometida a una demora injusta. Es gente moral —agregó— y no puedo obligarla a mezclarse con una manceba como usted y su prole nacida en pecado. Mamá nos narró esto dos veces, y en las dos le saltaron lágrimas. También las dos veces, al final, se iluminaba con una sonrisa por los

balazos verbales que recordaba haberle descerrajado a ese idiota.

—Es horrible lo que nos hace —dijo mirándolo fiero.

—Es lo que debo hacer. Todos somos iguales ante Dios.

—¿Iguales? Nos trata como si fuésemos distintos a los ricachones que esperan en el atrio.

—Es verdad. Pero cuando la gente la ve a usted y su prole, se distrae de Dios.

Semejante insulto la dejó muda un par de segundos, pero reaccionó como

correspondía. Largó una risita irónica y le escupió esta reflexión: Fíjese cómo son las cosas, padre... nunca hubiera pensado que, para esa gente moral, yo soy más entretenida que Dios.

El cura no pudo responder y, con gesto agrio, empezó la ceremonia de los bautizos sin la presencia del esquivo Juan Duarte.

Al salir del templo mamá seguía sosteniéndome en brazos. Gracias a la tensión de sus músculos y la fuerza de su bronca, seguida por mis cuatro hermanos caminó las dos leguas que separaban la

ofensiva parroquia de la estancia. El camino era polvoriento y el sol quemaba hasta los cabellos. Sudaron copiosamente, incluso yo, cubierta por un fino pañal. Apenas mi madre abrió el ancho portón de la estancia se acercó el capataz, que la conocía, para decir que don Juan no estaba. ¿Cómo no va a estar si hoy es la yerra y preparan un asado? Sí, hoy es la yerra y preparan un asado, pero don Juan no está. Entraré para averiguarlo. No puede entrar, señora Juana. ¿Por qué no puedo? Porque no tiene nada que hacer de este lado.

El dictador Franco, a la inversa, según Perón, estaba del lado correcto: había exterminado a los comunistas y quería restablecer la monarquía tradicional con el aire impregnado de incienso. Pero lo habían aislado por su antigua alianza con Alemania e Italia; era objeto de una discriminación. Volar a España personalmente oscurecería más aún la imagen de Perón. Además, Juan tenía miedo de volar, era una de sus muchas cobardías.

Por suerte intervino el padre Hernán Benítez. Este jesuita se había educado

en medio de la aristocracia con olor a bosta, pero había aprendido a detestarla por conocerla de cerca y ver cómo cagaba olímpicamente a sus servidores. Pronto se transformó en un peronista ferviente y entrador, pero siempre cerrado en su odio a cualquier cosa vinculada con el sexo. Era un castrado o quería vivir como un castrado, aunque conservaba la voz masculina. Su simpatía por Perón se notaba, porque la hacía pública hasta en ocasiones impropias, lo cual fue expulsándolo de las familias con la nariz parada. Claro

que por aquel tiempo la Iglesia apoyaba a Perón y Perón a la Iglesia. Y bueno, terminé eligiendo a Benítez como confesor —no me tocaría las tetas ni el culo— y llegó a ser mi casto amigo de todas las horas.

En privado Perón explicó a este sacerdote los conflictos que lo acosaban respecto a la invitación del Generalísimo. Dijo que no podía demorar su respuesta. Necesitaba algo de iluminación. Y Benítez se la dio.

—General, no desperdicie esta oportunidad de oro. Mándela a Evita

como su representante.

Juan levantó su mirada hasta las cejas de Benítez, parpadeó y le temblaron los labios sin emitir sonidos. Podría ser una solución novedosa, fuera de protocolo, desafiante —pensó—. Las mujeres no se ensucian con la política, excepto algunas feministas con pinta de varones. Pero Eva sí se metía. ¡Y cuánto! Las mujeres ni siquiera votaban, menos en España; bueno, en España no había elecciones. ¿Franco lo podría tomar como un insulto? Le gustaban las corridas de toros y la caza, casi siempre andaba

uniformado y pensaría que Argentina le hacía burla mandándole una vaca en lugar de un toro.

Mientras cenábamos a solas, sin levantar la vista del plato, reveló su problema y la solución que no terminaba de convencerlo.

Se me cayeron los cubiertos al piso.

—¿Qué?... ¿Que yo viaje en tu lugar?

—¿Te animarías? —dijo con repentino entusiasmo—. Irías acompañada por un eficiente séquito. Se me ocurre que podrías visitar también

otros países. Lo llamaríamos viaje del “arco iris”, un puente entre Argentina y el mundo. ¿Qué te parece?

—Juan...

—Ya te dije que suenan tambores de otra guerra. Y esos tambores ayudarán a que te miren como un salvavidas.

Apoyé mi mano diminuta sobre el espeso dorso de la suya.

—Gracias... —el revoltijo en mi cerebro desembocó en la ya familiar figura de Lilian—. Necesitaría que me acompañe Lilian —añadí.

—¿Por qué no?

Algunos aseguran que mi suerte fue dirigida por las desgracias. Casi siempre. Menciono la más grande. Un atroz terremoto hizo añicos a la ciudad de San Juan y activó el corazón de los argentinos. Se multiplicaron al infinito las iniciativas de ayuda. El entonces ascendente coronel Perón asistió a un gran acto en el Luna Park. Dicen que allí lo conocí y allí me picó el bichito del amor puro o de la ambición más repugnante. Que me las arreglé para acercarme y conseguir que me mirara.

Yo ya ganaba para vestir bien. Entonces, para atraer sus ojos pícaros y achinados, pronuncié unas palabras que se me ocurrieron en ese instante, pero que tenían la fuerza de un ilusionista.

—Coronel, gracias por existir — dicen que dije; y eso le revolvió la sangre.

No fue de ese modo, no fue tan simple ni tan rápido, créanme. Tampoco es cierto que me limité a seguirlo tocándole la espalda o el traste y que pronto terminamos en la cama de mi departamento. ¡Qué esquemáticas son

esas versiones! ¡Qué falta de imaginación! No reparan en el peso de las frustraciones que aplastaban mis hombros y me exigían caminar con prudencia. Me ordenaban caminar con prudencia y usar las habilidades que me enseñó la vida. Pero no tampoco era fácil de levantar para una relación durable, menos por una chirusa como yo. Su mirada y la de sus acólitos iban hacia otra parte. Tuve que dibujar un encaje de seducción y de trampas.

Lilian Lagomarsino de Guardo era la esposa de un dentista convertido en

presidente de la Cámara de Diputados. Desde que la conocí me atraieron su buena educación, su dulzura, su actitud respetuosa. Transitó por una vida completamente opuesta de la mía, lo cual me producía sentimientos encontrados. Creció en una familia rica, dominaba el francés y de joven recorrió buena parte de Europa. Tampoco se salteaba los veraneos en Mar del Plata, “la ciudad feliz”. A Lilian y su marido, Ricardo Guardo, los invitábamos seguido a comer en la residencia presidencial. Ella me decía siempre

“señora” y nunca nos atrevimos a tutearnos. Ricardo era un fanático de Juan y su exagerada honestidad me daba risa. Por ejemplo, jamás aceptó que Lilian usara su auto de legislador, ni siquiera cuando yo la mandaba a llamar.

La miré a sus grandes ojos negros y le conté que vendría conmigo a Europa. Lilian se sobresaltó. Tartamudeó una negativa. Dijo que era madre y que su hija menor sólo tenía un año y medio. No la podría abandonar.

—Lilian, ¡no me diga eso! Son apenas quince días. ¡Representaremos a nuestro

país! Nos invitan con tanto cariño... Le aseguro que la vamos a pasar muy bien —la seguí mirando con fijeza demoledora—. Tengo una gran ilusión por conocer Europa.

Estábamos por cenar en la residencia. Ricardo y Juan se habían ido a lavar las manos mientras nosotras esperábamos en una salita adosada al comedor. Juan apareció secándose con una toalla. Sin quitársela de las manos dijo a quemarropa, como si nos hubiese oído:

—Lilian, me han informado que no quiere acompañar a Evita. Pues sepa

que si usted no la acompaña... ¡Evita no va!

Ella se sonrojó y Ricardo se concentró de repente en los dibujos de la alfombra.

Lilian, pálida y temblorosa, no se animó a seguir oponiéndose. Le tuve lástima, pero la necesitaba como un bebé al pecho de su madre. No sé por qué me volví tan apegada a ella. En realidad, la pobre Lilian no haría un viaje, sino dos. Y los quince días de mi trayectoria se transformarían en tres largos meses. Antes de viajar conmigo

le encargaron que se adelantase con una reducida comitiva de expertos, incluido el padre Benítez, para organizar los detalles en cada uno de los países que yo visitaría. La iban a secundar nuestros diplomáticos de cada embajada. Lilian se desempeñó muy bien en esa tarea de avanzada. Iba como representante oficial del Presidente de la República. A su lado, como guardián y consejero, cabalgaba el padre Hernán Benítez, a quien Juan invistió con credenciales de embajador. El encuentro de esta avanzada diplomática con el

Generalísimo Franco en persona se realizó en Sevilla. Franco se asombró al enterarse de que Perón sería reemplazado por mí. Pero en el acto se alegró (no sé por qué) y pronunció unas palabras que nunca Lilian ni Benítez pudieron haber imaginado:

—Pues, nada. ¡Echaremos a España por la ventana! ¡Venga! ¡Vale!

Después llegaron a Roma, donde junto al embajador argentino se entrevistaron con el agrio cardenal Montini, que llegaría a ser el papa Paulo VI. En menos de veinticuatro horas la

Santa Sede sacó de la manga una respuesta favorable. Yo ignoraba las razones de tanta simpatía: el secreto repugnante que unía a Perón con el Vaticano por esos años. Empezaba la aventura más alucinante de mi vida. Alucinante para una farabute cuya única salida al exterior había sido Montevideo, en una breve gira artística para desempeñar el papel de pordiosera.

Aunque siempre me sentí una pordiosera que imploraba reconocimiento y amor. Ni durante los

agitados preparativos de mi viaje dejé de sentirme una mujer humilde, débil y atormentada. La miseria había impregnado mi infancia, adolescencia y juventud. Fue una miseria que echó raíces y me provocaría un contradictorio afán de venganza y reparación. Me enfurece el carnaval de chismes que han pretendido mostrarme sólo como un monstruo o un ángel. En algunos aspectos lo fui, es cierto. Pero en el fondo fui siempre una humilde mujer como cualquier humilde mujer, arrastrada por acontecimientos que no

podía controlar. O por oportunidades más raras de amasijar que la grande de la lotería. ¡Cómo no iba a montarme sobre sus fabulosas cabalgaduras! Sólo las idiotas dejan que pasen como si nada. Hasta me han criticado la frase “humilde mujer”, que martillé en mis alocuciones. ¿Qué iba a decir? ¿Poderosa mujer? ¿Enloquecida mujer? ¿Soberbia mujer? Tampoco estaba mal. Pero ¿qué esperaban mis enemigos? ¿Que por ser humilde me achicase? Tenía el ejemplo de mi mamá.

Ella nunca aflojaba, pero casi

siempre estaba triste. El inconsolable abandono de su hombre era la causa del mal. Ese cincuentón le hacía llegar el dinero que necesitaba para vivir con su “prole nacida en pecado”. No era mucho; más bien era insuficiente y mamá debía deslomarse ante su máquina de coser como modista de varias mujeres que le encargaban el trabajo, pero nunca la invitaban a una comida y ni siquiera a tomar mate. Era la manceba, la puta, la echada. Tantas horas moviendo el pedal le hincharon los tobillos —enfermedad que yo heredaría— y produjeron várices

que no sabía cómo tratar. Al mismo tiempo, la empezaron a perseguir insinuaciones de sujetos casados que, viéndola sola, querían echarle un polvito. Mamá tenía conciencia de que estaba perdiendo su vida por causa de un sujeto al que amó mucho y tal vez seguía amando, pero que jamás iba a convertirse en su marido porque tenía una familia en Chivilcoy. Una familia llamada “legal”, “moral”, con una mujer adinerada (dueña de la estancia La Unión) y tres hijas bien vestidas. La riqueza de esa mujer le aseguraba a Juan

Duarte una vida cómoda y le permitía dedicar sus horas libres a la política y las relaciones sociales.

En Los Toldos no teníamos electricidad y por las noches encendíamos lámparas a querosén. Cenábamos casi siempre la misma comida mirando nuestras sombras agrandadas en las paredes de adobe, que se alargaban hasta el techo de cinc. Eran momentos amargos, aunque la luz azul dorado que desprendía la lámpara podía hacernos soñar con el acompañamiento de ángeles buenos, pero débiles.

Una tarde mamá puso una sartén con aceite sobre el calentador Primus. Iba a freír papas y salió a darles de comer a las gallinas. Yo tenía pocos años, me acerqué curiosa, atraída por las llamas del calentador que eran diferentes a la luz de las lámparas. Pretendí averiguar qué había dentro de la sartén. Como mi estatura no era suficiente, procuré inclinar su borde. Mis deditos treparon con esfuerzo hasta que lo conseguí. Y no recuerdo más. Me desmayé. Pero antes había pegado un grito tan espantoso que hasta el gallinero se alborotó. Mamá

voló hacia mí y trató de levantarme. Mi cuerpo estaba embadurnado con el aceite hirviendo de la sartén. La pobre no sabía por dónde introducir sus manos porque al tocarme se desprendían hebras de piel. Mis hermanas la ayudaron a ponerme sobre una sábana y me llevaron corriendo al dispensario. Yo seguía inconsciente. Allí me atendió un enfermero con los pocos recursos que tenía. Dijo que por suerte quedaba óleo calcáreo en su estantería y me embebió las partes afectadas, que eran casi todo el cuerpo. Al despertar ya estaba

vendada, pero sentía un dolor tan fuerte que aún recuerdo.

En otra habitación del dispensario el enfermero conversó con mamá en voz baja, para que yo ni mis hermanos escuchásemos. Le explicó que eran quemaduras graves y, por eso, desgraciadamente, quedarían cicatrices en gran parte de mi cuerpo y también en la cara.

—¿Qué cicatrices?!

—Cicatrices, marcas.

—¿Qué marcas?

—Tejido quelloide.

—No sé qué es eso.

—Una especie de cáscara.

—¿Cáscara?

—Bueno, no una cáscara, sino algo más duro que la piel común, con formas raras, como el caparazón de una tortuga.

—¿Qué me está diciendo? ¡Es un horror!

—La comprendo, doña Juana, pero es la verdad.

A la semana me sacaron las vendas y

vi mi cuerpo pintado con ronchas. Los dolores de los primeros días se transformaron en una picazón brutal. Para que no me rascase y aumentara el deterioro de mi piel, me ataban las manos durante horas. Yo lloraba y gritaba, gritaba y lloraba. Para darme alivio me untaban con más óleo y me abanicaban con cartones. Permanecía horas amarrada a la cama o a una silla. Me daban de comer en la boca y sentaban sobre el orinal para que hiciera mis necesidades. El tormento duró alrededor de un mes.

Tal como había anunciado el enfermero, me salieron costras en la cara, el pecho, los brazos y las piernas. Estaba desfigurada. El color rojizo de las primeras semanas giró al negro verdoso.

Una noche llovió de forma copiosa, como suele ocurrir en la pampa. Me levanté y decidí bañarme con el agua de lluvia, que se consideraba la más saludable de todas. Tan saludable que en el patio teníamos una bordalesa de boca ancha para recogerla y con ella lavarnos el cabello. Salí desnudita. Me paré en

medio del patio para que las pesadas gotas me dieran con fuerza. Un temblor de placer me recorrió el cuerpo. Al rato advertí que se me desprendían algunas costras. Varias costras. Muchas costras. Me acaricié suave, invitándolas a dejarme para siempre. No me rascaba, sino tocaba apenas. Y las costras caían, empujadas por las tiernas uñas del agua. Regresé a mi cuarto para secarme y me acosté. No prendí la lámpara para no despertar a mis hermanos, con quienes compartíamos el único dormitorio de esa choza. Paró la lluvia y me dormí

escuchando el croar de las ranas que celebraban la conclusión del diluvio.

A la mañana siguiente tomé conciencia del milagro. El milagro de mirarme y estar libre de costras: ni en los brazos, ni en las piernas, ni en el tronco, ni en la cara. Corrí al encuentro de mamá para mostrarle la increíble noticia. Ella se tapó la boca para frenar una exclamación que se escucharía hasta más allá del pueblo. Me examinó con manos temblorosas, recitaba avemarías, susurraba padrenuestros. Mi piel no tenía una sola roncha, ni una estría, ni

una cicatriz, ni una pigmentación. Estaba limpia y blanquísima. Más blanca que antes del accidente.

—¡Estás curada! ¡Estás curada!

Fue el primero de los milagros que me tocó vivir.

2

Volver por la puerta grande

El viaje a Europa me tenía más

mareada que borracho en calesita. Anotaba datos sobre las personalidades con las que me encontraría; casi todas tenían nombres extravagantes. Preguntaba a Lilian cómo portarme en cada ocasión, qué reglas debía seguir y qué reglas podía dejar de lado. Yo, que odio las reglas. Habría muchos actos, cenas de gala, recorridas por palacios, iglesias y museos, veladas teatrales, conciertos, visitas a orfanatos, discursos ante públicos diversos. Gente de la cancillería me insinuó con respeto — empaquetado con cierto humor— de qué

forma podría disimular los bostezos, cómo debía sonreír, cómo saludar. Eso sí: en cada oportunidad debía ponerme ropa diferente, sombrero diferente y joyas diferentes. ¡Era el emblema de la Argentina, uno de los países más ricos del mundo, carajo!

España había propuesto que me acompañase una comitiva de treinta personas, pero nuestro canciller —¡ese traidor de Atilio Bramuglia nunca me gustó!— dijo que alcanzaría con quince y que, además, no se debía exhibir tanta pompa. ¡Pompa! Yo no la pedía, eran los

europesos. Esos turros devastados por la guerra nos codiciaban la riqueza, pero nos consideraban indios iletrados. Confieso que estaba confusa en esos días de vértigo. Elegía ropa y me hacía confeccionar sombreros. Por un lado quería desempeñar un magnífico papel, mi mejor papel desde que tuve acceso a un micrófono. Por otro lado me rebelaba tener que transformarme en una de esas señoras que se limpian el culo con pañuelos de seda. Decidí aparecer como un hada cubierta de brillos, plumas y una varita de oro. También con una larga

capa azul que hiciera interminable mi ascenso por las escalinatas de los palacios y creara la sensación de que el cielo era mi ámbito natural.

Convoqué a Ana de Pombo, la mejor modista argentina, quien —pese a la demandante clientela de ricachonas a la que debía complacer— se presentó puntual en la residencia. Yo fui la que llegó más tarde, como era mi costumbre (o mi técnica). Mi actividad pública ya había adquirido notoriedad: el *Newsweek* me había llamado “el poder detrás del trono” y la prensa se sentía

obligada a difundir mi insólito trabajo social y reconocer mi creciente influencia en el gobierno. Me estaban esperando nada menos que el arzobispo de Buenos Aires y el ministro de Guerra, ambos envainados en sus uniformes. Se pusieron de pie y me saludaron con una profunda inclinación de cabeza. Pero yo les dije: Discúlpeme, tuve que ir a desayunar con los pobres. Se miraron atónitos y volvieron a sentarse en la salita de espera. Sin dudarlo corrí hacia mis aposentos para atender a Ana de Pombo.

Examiné la gran exposición que había instalado sobre la cama, sillas, el diván, la mesa y tres percheros móviles.

—Ana —le dije—, usted es una mujer eficiente y extraña. Nunca creí que viniera tan temprano, con tan hermosos modelos y maniqués. La alta sociedad de Buenos Aires me odia, ¿lo sabe? ¡Claro que sí! Lo que usted ha hecho la va a perjudicar, porque perderá clientes. Le agradezco de corazón su coraje.

Sonrió e interpretó enseguida mis propósitos. Yo quería reproducir el Hada Azul de Pinocho. Aceptó

confeccionarme una capa de dos metros de largo con plumas de avestruz teñidas de azul intenso, bien argentinas.

Dicen que fui contradictoria desde muy jovencita. Es verdad; seguro que desde la panza de mamá. También era contradictorio Perón, que aspiraba a la simpatía de los Estados Unidos y de Franco a la vez. Yo venía de un desayuno con pobres que tenían la cara y las manos sucias, a reunirme de inmediato con la modista de los aristócratas. Luego conversé con el arzobispo y el ministro de Guerra sin

pedir disculpas por mi demora. Al rato fui a inaugurar un hogar de tránsito para mujeres sin techo, al que le pusieron mi nombre. Ese gran honor ni pellizcó mi modestia, porque ese hogar era el que hubiese necesitado cuando llegué a Buenos Aires muerta de frío y de hambre.

En medio del trajín protocolar y mi dedicación cada vez más obsesiva a las tareas sociales que desplegaba dentro y fuera de la Secretaría de Trabajo, volvía a mi cabeza el tema de Europa. Estaba excitada e insegura. Ramalazos de terror

me arañaban el pecho, anunciando borrascas.

Así era cada vez que mamá desaparecía por jornadas enteras con mi hermana mayor. Blanca se había recibido de maestra y necesitaba conseguir un empleo para ayudarnos a parar la olla, como se decía entonces. No era fácil sin recomendaciones políticas. Nuestro esporádico padre las hubiera tenido de sobra, pero no habría querido gastarlas con su prole nacida en pecado. En consecuencia, mamá acompañaba a Blanca en sus recorridas

por los poblados vecinos en busca de un contrato, porque no era bien visto que una joven se desplazara sola. Todos los caminos eran largos, algunos polvorientos y otros embarrados. A veces tropezaban con la osamenta de una vaca. Esa osamenta se multiplicaba al oscurecer y producía fulgores que algunos gauchos consideraban soplos del infierno. No siempre podían regresar en el mismo día y pasaban la noche en el banco de una estación de ferrocarril o en el galpón de una familia piadosa. Llegaban agotadas y mamá exigía que

Blanca se bañase como lo hacía ella misma, siempre olorosa a jabón y a veces a lejía. Era tenaz con la limpieza.

La bañera era un tacho de latón. Yo ayudaba a traer las ollas con agua calentada en la cocina. En el invierno prendíamos una estufa Volcán de seis velas para no enfermarnos. Nos enjabonábamos y frotábamos con un cepillo de cerda dura. Después de enjuagarnos con otra olla de agua caliente, nos secábamos con dos toallas, una para la cabeza y otra para el cuerpo. El agua jabonosa era arrojada al patio.

Ya limpios, debíamos colgar de nuestro cuello un piolín con una bolsita de alcanfor para ahuyentar los resfríos. Al acostarnos mamá nos ponía una crema en el pecho y las plantas de los pies llamada Vick-vaporub. Cuando helaba introducíamos bajo la sábana una botella con agua caliente.

Nuestra suerte cambió —algo— por bendición de una desgracia (¡siempre las desgracias!). Eran “las decisiones inescrutables de Dios”, según interpretaría el padre Benítez. Aquí viene el carozo del recuerdo.

En pleno verano, cuando las aves caen muertas por el calor sofocante, un peón de la estancia La Unión llegó al galope. Mamá se asomó a la puerta y yo la seguí tironeándole la falda. El caballo del peón brillaba de sudor y su hocico estaba cubierto de espuma.

—Ha muerto don Juan Duarte —dijo a mamá.

—¿Qué?

—Murió don Juan Duarte.

“¿Qué pasó?” “No se sabe...”
“¿Cómo que no se sabe?” “Fue un

accidente, doña; chocó con el auto y... ¡adiós!” “Repítalo.” “Clareaba, estaba medio dormido tal vez, cayó a la banquina, se dio vuelta el auto... esas cosas.” “¡Dios mío!” “Dios lo reciba en su santa gloria, doña.” “¿Dónde lo velarán?” “Sí, lo velarán.” “Idiota, pregunto dónde: ¿en La Unión?” No, en Chivilcoy, donde está su familia.”

—¡Rajá, croto de mierda! ¡La familia somos nosotros!

Entró pálida y, con voz ronca, comunicó la novedad. Yo no entendía por qué se había alterado tanto.

—Iremos a su velatorio y a su entierro —decidió con firmeza, pero entumecida de dolor.

Así era mamá: decidida y frontal. Heredé su carácter. Se dirigió al almacén de ramos generales, compró vestidos y medias negras para las mujeres, incluso para mí, que tenía sólo seis años. A Juancito le cosió una banda negra en la manga de su camisa. Ella se vistió de luto riguroso y cubrió sus cabellos con una pañoleta negra, pese al calor. Yo no entendía, no captaba eso de que se murió nuestro padre. No sabía

qué era un velorio. No sabía qué era un entierro. No sabía por qué tanto ruido. Seguí jugando con mi deshilachada muñeca, que prefería a los otros juguetes porque me acompañaba desde que me chupaba el dedo.

Viajamos en un desvencijado ómnibus desde la insignificante Los Toldos hasta el pueblo de Bragado, algo menos insignificante, pero también yermo. Allí tuvimos que esperar cuatro horas la llegada del siguiente ómnibus, que nos sacudiría como melones hasta la ciudad de Chivilcoy. Mis hermanos lloraban

por momentos, tal vez de cansancio, tal vez por copiar a mamá. Yo no lloraba, sino que me entretenía con mi muñeca, dormitaba por ratos y me ponía pesada con preguntas irritantes.

En Chivilcoy caminamos abrazados por sus calles asfaltadas. Nunca había visto tanto asfalto, ni tantos árboles, ni tantos autos estacionados junto a la vereda, todos parecidos al de Juan Duarte, que había sido el único en penetrar Los Toldos. Mamá nos apretaba las manos, los brazos, los hombros. Me acariciaba la cabeza y obtenía fuerza de

sus propios hijos. Iba hacia un seguro enfrentamiento con la espada en ristre, seguida por su legión de bastardos.

Preguntó a dos hombres por la casa de Juan Duarte y ambos apuntaron con la nariz en la misma dirección. Eran las nueve de esa mañana calurosa. Escuchamos las campanas de una iglesia. Yo seguía asombrada por el nuevo paisaje. Había ingresado en un mundo de fantasía, como el de los cuentos: viviendas pintadas, jardines, árboles que echaban sombra, negocios de ropa exhibida tras grandes cristales,

muebles raros protegidos por vidrieras. A una cuadra de distancia apareció un montículo de flores que desbordaba el zaguán de una casa y ocupaba casi toda la vereda.

—¡Allí es! —exclamó mamá, con el entusiasmo de haber ganado su primer combate.

Llamaba la atención el número de coronas, algunas muy vistosas, acomodadas sobre caballetes. Las cruzaban cintas violetas con inscripciones en oro. Encandilaban. Yo no sabía leer, pero me explicaron que

eran los nombres de las personalidades que rendían honores a don Juan Duarte, uno de sus pares ilustres. Ahora resultaba ser un par ilustre... Mamá los registró de un golpe: el intendente municipal, concejales, directores de escuela, clubes como el Rotary y la Sociedad Española. Mi llamado padre había sido un caudillo conservador con incursiones políticas —me enteré después—, por eso había usado la estancia La Unión para ganar dinero, agasajar amigos y granjearse la adhesión de mucha gente. Hacía fiestas con

empanadas, asado, vino y guitarreadas hasta el amanecer. Durante años le había cocinado mamá, quien funcionó de concubina todo servicio, y con la que tuvo cinco hijos a los que no negó su nombre (excepto en mi caso), aunque a algunos les negó el bautismo y a todos la participación de su fortuna.

Dos personas se acercaron para detener nuestro acelerado avance. Ambos lucían una banda negra en el brazo izquierdo, el del corazón. La conversación fue desagradable desde el mismo saludo. Nuestra madre,

encendida de indignación, no aceptaba razones. Y ellos tampoco. Este diálogo fue reconstruido por varios de mis biógrafos. Más o menos sucedió lo siguiente.

—Señora, sé quién es usted. Comprendo su dolor y el de sus hijos — el hombre se secó la frente con un gran pañuelo blanco embebido en agua de colonia—. Pero hágase también cargo del dolor que atormenta a la familia legítima de don Juan Duarte. Soy primo del difunto y le ruego que no entre a su casa. Hay duelo, hay un solemne

velorio. No nos traiga el escándalo. Mi primo no lo merece.

—Se equivoca: no traigo un escándalo. Vengo con estas criaturas desde muy lejos. Estamos sin dormir. Tienen derecho a despedirse de su padre, de su padre real. Cuando hayamos cumplido con nuestra cristiana obligación, nos iremos. Quédese tranquilo.

—No me entiende, señora. El fallecimiento fue repentino, la noticia cayó como una bomba. La viuda está destrozada. Sus hijas también. Enterarse

de que ustedes se meten en su vivienda las herirá más. Vayan a la iglesia y recen por el eterno descanso de Juan. Y, por caridad, acepte este dinero para comprarle unas flores.

Sacó un billete. Mamá le disparó su mirada de fuego, lo esquivó altiva y siguió adelante, seguida por nosotros, su patético cortejo. Entonces el otro hombre, que no había dicho una palabra aún, ensayó otra técnica, más agresiva.

—¿Estos son los bastardos?

—¡Los de *su* madre! —le escupió

mamá—. ¡Y también los de don Juan Duarte, con mucha honra!

Ya estábamos por cruzar la puerta cuando apareció una chica de la edad de mi segunda hermana. Se nos vino encima como un toro bravo y en su corrida volteó tres coronas fúnebres. Tenía los párpados oscurecidos por el llanto. Se plantó delante de mamá levantando los puños.

—¿Qué hace aquí? ¡Por su culpa hemos sufrido toda la vida! ¿Para qué viene? ¿Para darnos más vergüenza? ¡Váyase! ¡Tenga piedad y váyase! ¡Qué

falta de respeto, por Dios!

Mamá la miró fijo, sorprendida al comienzo y con algo de lástima después. También era hija de su amado Juan. ¿La joven habría sentido que el padre le retaceaba afecto para dárselo a unos desconocidos?

—Hemos llegado por respeto al difunto —le explicó en registro súbitamente almibarado—. Fue un buen padre. No corresponde que sus hijos conviertan esta muerte en una guerra. Mis hijos no le harán ningún mal a usted y usted no les haga mal a mis hijos.

—¡Váyase! ¡Ahora! —contestó la otra, frenética.

Se interpuso un tercer hombre, que apoyó su mano sobre la espalda de la muchacha mientras decía “Vamos a permitirles entrar por un momento, Eloísa; esta gente no tiene por qué llevarse a Los Toldos la misma pena con la que ha venido”. Eloísa lanzó otro grito, tosió, escondió su cara en el pecho del hombre y regresó al interior esquivando las coronas tumbadas.

—Hubiera sido mejor que no vinieran —ese caballero se dirigió a mamá en un

tono amable—. Pero ya están aquí. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. No hace bien a la memoria del difunto ni a su familia legítima la exhibición de una familia paralela. Esta ciudad no es el rancherío de Los Toldos. Aquí debemos cuidar las apariencias. Diré que usted sigue siendo la cocinera de La Unión y que por eso vino. Prométame que no me va a desmentir.

—No puedo prometer eso.

—O entra bajo esta condición o no entra. Si decide entrar, no me desmienta. Yo me ocuparé de que la viuda

permanezca en otra parte de la casa y de que no haya ningún familiar en la capilla ardiente. Por respeto, nadie la estará observando excepto yo, para que se cumpla nuestro acuerdo. Tendrá cinco minutos para despedirse del difunto. Y rezar.

—¿Qué pasará en el cementerio? Hace años le aseguré a Juan que si le pasaba algo, Dios no lo permitiera, sus hijos iban a seguir el cortejo y depositar flores sobre su tumba.

El hombre guardó silencio para reflexionar, asombrado por tan

inesperada situación.

—El cortejo será importante, con muchísima gente. Nadie los conoce a ustedes, y quienes sospechan tratarán de apartarse. Haga lo que quiera.

Al rato volvió para decir que ya podíamos ingresar a la casa. Mamá me llevaba de la mano y entró decidida, haciendo equilibrio entre los olorosos ramos que llenaban el vestíbulo y el salón del velatorio. En la capilla ardiente atraía como un imán el féretro brillante rodeado de velas y escoltado por un enorme crucifijo. Mamá pidió

que rezáramos. Miró largo rato a su amor de tantos años, que en los últimos ya no eran de amor, sino de alejamiento y tristeza. Yo estaba extrañada por la forma en que miraba el cadáver, porque percibía lástima, dolor y reproche. Me aturdía la confusión. Tenía susto y ganas de salir corriendo. Mamá ordenó que cada uno le diera un beso en la frente. Yo no alcanzaba, así que me subió con sus brazos. Me asaltó el terror apenas vi su cara blanca como la de un muñeco. Abracé fuerte el cuello de mamá y miré para otro lado. ¡Evita, es papá!, insistió

ella. Yo no quería saber nada con *eso* que llamaba papá.

Salimos y el aire de la calle me devolvió el oxígeno. Nos hizo sentir mejor a todos. Mamá preguntó dónde había una fonda barata y fuimos a instalarnos allí hasta la hora del entierro. En esa espera no sólo evocó instantes vividos con el muerto, sino que decidió abandonar Los Toldos. Ya no teníamos nada que hacer en ese rancherío tenebroso. Lo abandonamos de noche, como fugitivos.

¡Qué diferencia con mi partida de

Buenos Aires como embajadora nacional!

Me organizaron un brindis en la Secretaría de Trabajo. El ministro Freire, un penoso lameculos, levantó la copa de champaña y dijo que la señora María Eva Duarte de Perón era la representante cabal de la mujer argentina. Una exageración que me gustó en ese momento, pero no me mareó, porque ya me estaba acostumbrando a las exageraciones de los olfas que se desesperaban por ganar el aprecio de Perón. Ese discurso, sin embargo, mojó

la oreja de la fanática Conferencia de Mujeres Socialistas, con más bigotes que realizaciones. Fraguaron un comunicado lleno de veneno. Declaraban no sentirse representadas “por esa señora”, criticaban que me hubiesen dado un *honoris causa* en la Universidad de La Plata y que, sobre todo, las entristecía que un gobierno socialista como el de Francia me hubiese invitado también.

Yo iba en representación de un gobierno del cual no formaba parte, ni siquiera como la secretaria de un

funcionario menor. Hubo que mentir y asegurar que se trataba de un viaje privado; que los gastos enormes provenían de mi peculio. Sólo ingenuos y fanáticos se tragaron la versión. Una idiota insistencia en la frase “su propio peculio” generó el chiste sobre “lo mucho que ha *peculiado*” la señora de Perón.

A medida que se organizaba mi viaje exigí la compañía de algunas personas que me darían seguridad. Por eso en la lista no sólo incluí a Lilian, sino a mi rebelde y querido hermano Juancito y el

coiffeur Julio Alcaraz. Pero me añadieron burócratas que se consideraban expertos en este tipo de asuntos. No faltó un periodista del diario *Democracia* (el diario más leal a Perón) para que mandase largos informes sobre mi gira. A último momento, cuando ya el auto se desplazaba hacia el aeropuerto de Morón, pregunté quién me escribiría los discursos. Se produjo un asombro paralizante. ¡Tantos enloquecedores detalles, sin darse cuenta de que faltaba el redactor de los discursos! ¡Imbéciles!

De inmediato volaron las órdenes y fue traído de los pelos, con la ropa que tenía puesta, Francisco Muñoz Aspiri. El pobre se sentía un desgraciado porque no llevaba ni una camisa de muda.

La sala de espera en el aeropuerto estaba adornada con flores y un servicio de cocktail atendía a los invitados. Ya me esperaba el presidente vestido de civil. A su lado me miraba con cariño el anciano vicepresidente Quijano con su traje sepulcral, pobladas patillas, bigote lluvioso y cuello palomita. En la sala había ministros, algunos gobernadores,

los edecanes que me acompañarían y gran parte del cuerpo diplomático. El canciller Bramuglia hizo de tripas corazón y se esmeró en lucirse para ganar mi aprecio siempre esquivo, porque lo consideraba un felón. Pese a semejante despliegue, o tal vez por eso mismo, me asaltó de nuevo el miedo. Quienes insisten en mi temeridad y mi dureza ignoran que en ese momento el miedo estaba a punto de doblarme las rodillas. Hice esfuerzos por parecer relajada, mentí con mi sonrisa, la sonrisa artificial que aprendí en los

mezquinos papeles de mis comienzos. Juan se daba cuenta. Por eso no se alejaba de mí.

De pronto Alberto Doderó, el magnate naviero aliado a nuestra causa, se acercó majestuoso, con una sonrisa de oreja a oreja. Lo hizo muy bien, porque sin tener que solicitar permiso, la gente le abría paso. Los potentados irradian un no sé qué. Yo estaba sentada y él se inclinó para entregarme un cofrecito.

—¿Qué es esto?

Estalló la luz de un espectacular collar de brillantes. Parpadeé un rato antes de agradecerle. Juan le estrechó la mano. Cerré el cofre, lo acaricié y entregué al encargado de vigilar mis objetos valiosos. No era la primera vez que Doderó me regalaba joyas. Pero acababa de ocurrir algo que sólo había visto en los cuentos de hadas. Era la primera muestra de una cascada de regalos que recibiría a lo largo de este viaje y que, en lugar de saciar mi apetito, lo hizo cada vez más voraz. Ahora me doy cuenta de que cuando uno

no recibe grandes regalos, no los desea. Pero cuando los recibe en cantidad, siempre parecen pocos.

La despedida se hizo larga porque cada uno quería decirme una frase y las mujeres darme un beso. Abracé el corpachón fornido de Juan e inhalé su perfume. Necesitaba que su vigor inundara mi sangre. Lo sentí robusto, tierno y confiado. Me susurró al oído:

—Tu viaje saldrá muy bien.

Un DC4 de Iberia, enviado especialmente por el gobierno español,

me aguardaba en la pista. Lo seguiría un avión de FAMA con los equipajes. Caminé hacia la escalinata seguida por un numeroso público. Me imaginé una diva del cine en el momento glorioso de una película que hace llorar. Los colores del crepúsculo me dieron la sensación de estar ascendiendo al paraíso. Subí con lentitud (mezcla de teatro y ansiedad), aferrada a la barandilla. Si tropezaba empezaría con un papelón de mal agüero, como deseaban mis enemigos. En la alta puerta aguardaban sonrientes los pilotos españoles.

Contemplé sus botones dorados. Giré e hice un último saludo con la mano. Dos azafatas me guiaron solícitas hasta los asientos especialmente reacondicionados. Luego ingresaron Doderó con su médico y valet personal, tres edecanes, las encargadas del vestuario, mi hermano Juancito, el leal peinador con la valija de cuero de chanco —donde guardaba mis alhajas y que no dejaba fuera de su control ni a luz ni a sombra—, un vacilante Muñoz Aspíri que no cesaba de preguntar dónde diablos se compraría la ropa, Lilian y

dos miembros de la nobleza española que me acompañaban en nombre del Caudillo y a quienes no dejé de espiar en el largo trayecto para ver cómo se sentaban, conversaban, dormían y comían. Uno era conde y el otro, marqués. El conde se llamaba Joaquín Torres y Torres (no le alcanzaba con una torre para lucir sus presuntos castillos), usaba bigote y barbita en candado, lucía espesas canas en las sienes, traje negro de seda, corbata rosa y un abultado pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta. Un payaso. El otro, pese

a su título de marqués, era más discreto.

Dentro de la nave me inundó el olor a detergente mezclado con perfume de jazmín. Contemplé la doble hilera de asientos, las ventanillas pequeñas y ovoides, la alfombra gris del pasillo central, y recordé el interior de los destartados ómnibus que habían sido mi vehículo más usado desde que tengo memoria. En aquella época habrían explotado carcajadas si alguien profetizaba mi ubicación en este instante.

Le pedí a Lilian que se sentara a mi

lado. Estábamos separadas del resto por una cortina y disponíamos de un baño sólo para nosotras. Pero antes de que ordenasen ajustar los cinturones y corriesen la cortina, me trepé al asiento y apoyé mis manos sobre su respaldo para hablar a los pasajeros. Yo era la jefa del grupo y debía ejercer esa función, como aprendí en cada una de mis etapas anteriores. Los miré fijo, seria, y les dije que no olvidasen que representaban a la Argentina. Que cuidaran sus palabras y fueran austeros en sus salidas (repetía los consejos del

padre Benítez). Miré un rato más largo a Doderó, célebre por sus aventuras, y a mi travieso hermanito. El regalo de Doderó me exaltó, pero no me hizo perder la cabeza. A mi hermanito lo adoraba, aunque nunca dejé de criticarle sus vicios de mujeriego.

Tras el horrible traqueteo del despegue quise aflojarme. No era fácil, porque mi pecho latía desenfrenado. La nave subía y subía y yo esperaba que en cualquier momento nos estrellásemos en tierra. Por la ventanilla miraba a Buenos Aires encendiendo sus luces, cada vez

más lejanas. Sentía el esfuerzo que hacían los motores para trepar a las alturas y no me daba cuenta de que mis manos comprimían desesperadas los brazos del asiento hasta que Lilian, con voz dulce, me lo señaló. Cuando alcanzamos la altura de crucero una azafata sirvió jugos y anunció que pronto traería la cena. Dije que no iba a comer para evitar un vómito. En cambio me puse a hablar sobre el tema que más me apasionaba: la ayuda social que había descubierto hacía poco y comenzaba a gustarme con locura, porque era la que

más reconocimientos suscitaba.

Conté a Lilian que los pobres eran pacíficos y tiernos. Aunque yo había sido miserable y conocido también a miserables despectivos, mi presencia como Primera Dama en los barrios marginales hacía estallar el asombro. En pocos meses fui aceptada y deseada. Les hace falta auxilio, Lilian —le decía—, como si los ahogase el barro. Las Damas de Beneficiencia se limitan a gotearles algo de ropa y comida sin acercarse, como si fueran leprosos. Desde que me instalé en la residencia

presidencial se me ocurrió compensar la culpa por tanto lujo con visitas a fábricas, talleres, barrios sucios y sindicatos. Decidí hablar con hombres y mujeres de uno por vez, aunque me consumiera más tiempo. Hablar y escucharlos, sobre todo escucharlos, también de uno por vez, para que se sintiesen únicos. ¡Les hace correr lágrimas por las mejillas! Y estas también asomaron en los ojos de Lilian.

Luego cambié de tema: me referí a quienes consideraba traidores de nuestra causa. Eran muchos. Lilian se

estremecía cuando le aseguraba que los iba a barrer con escoba de alambre antes de que ellos barriesen a Perón.

—¿Cómo no voy a ser paranoica con el fenomenal ascenso que me trajo a las nubes en sólo dos años?

Hablé y hablé para descargar mis nervios. Lilian escuchaba con atención, por si le pedía un comentario. No lo hice. Mi voz se fue apagando hasta quedar dormida bajo el ronronear de los motores. Aún estaba lejos de sospechar qué me esperaba.

3

Tierra ajena

Dicen que la infancia es un paraíso.
Para mí no lo fue. Por eso me disgustaba

hablar de esa etapa, así como de mi juventud, que fue sometida a varias formas de tortura. Con mis hermanos proveníamos de ovarios y testículos antagónicos. Éramos descendientes de un estanciero y una marginal; en otras palabras, de la oligarquía y de los descamisados.

Como ya conté, nací en la estancia La Unión (¡en una estancia!... pero no en su mejor parte), donde vivían mamá y mis cuatro hermanos. Juan Duarte nos había asignado un barracón de paredes sin revocar. Una cueva con catres, dos

lámparas a querosén y una mesa cuadrada rodeada por pequeños bancos. El piso era de tierra. Estaba a varios metros de la vivienda, muy distinta e inaccesible.

La casa principal lucía tejas rosadas, puertas de madera barnizada, ventanales con cortinas, canteros llenos de flores y pisos de baldosas sobre los que se extendían alfombras de cuero negro, blanco y marrón. A este ámbito sólo podía entrar mamá de vez en cuando para llevar platos de comida a los invitados de Juan Duarte. O quedarse

con él en su confortable dormitorio.

En el parto que me trajo al mundo la atendió una bruja de la tribu india de los Coliqueo. Era gente mapuche que vino desde Chile en el siglo XIX sobre caballos sin montura, azotó con malones, ayudó a Urquiza contra Rosas y por último abandonó sus lanzas para volverse sedentaria en un aquelarre de tolderías (de ahí el nombre Los Toldos) cerca de donde se marcarían los límites de La Unión. Los indios se resignaron a trabajar de carreteros. Pero conservaban costumbres curiosas. No se los veía,

aunque yo reconocí a varios, muy parecidos entre sí, con pómulos salientes y una mirada tan triste que parecía inconsolable. Tenía diez años cuando mamá me presentó a la bruja que la había socorrido en el parto. Era una vieja desdentada, cuyo acento sonaba confuso. Me acarició la cabeza, apretó el cuero cabelludo y pronunció unas palabras. Sentí que una corriente se me introducía en el cráneo a través de sus dedos cobrizos. Mamá pidió que le agradeciera, porque acababa de regalarme una bendición. Le dije gracias

y nos miramos a los ojos. Los míos estaban cargados de extrañeza, los de ella de dulzura. Una dulzura que contenía la certeza de que su bendición rendiría frutos.

También eran dulces los ojos de mi abuela Petrona Núñez. Corría la voz de que había nacido en pecado, como el resto de la familia. Murió cuando yo era muy chica, pero la lloré con desesperación, me dijeron. Después se agregaron versiones ponzoñosas sobre esa tierna y fallecida mujer: aseguraban que había sido una de las muchas

cantineras ambulantes que aplacaban la calentura de los soldados durante la Campaña del Desierto, y que esa proclividad a abrirse de piernas ante cualquier macho era hereditaria. Pero cuando algún milico quería voltearla sin respeto, le partía la cabeza con un rebenque.

 Mi abuela Petrona se unió al carretero vasco Juan Iburguren, con quien tuvo dos hijas. Una fue Juana, mi madre, y la otra nadie la quiso nombrar, ignoro por qué. En la escuela, para burlarse de nosotros, nos llamaban Iburguren en vez

de Duarte. Mi hermana contó que en el pizarrón alguien había escrito “No son Duarte sino Iburguren, como su puta madre”.

Luego de mi nacimiento en el estrecho barracón de la estancia, nuestro presunto padre llamado Juan (¡cuántos Juanes y Juanas en mi familia!) no aceptó que permaneciéramos en La Unión. Decía que ya éramos muchos. Mi irrupción había sido la gota desbordante. Entonces mamá y la ristra de hijos que le preñó ese hombre marchó a Los Toldos, muy cerca, donde alquiló un rancho de adobe

con un solo dormitorio dividido por un tabique. Había una porción del patio que servía para criar gallinas; allí se hicieron amigos un par de gatos y perros en milagrosa fraternidad. Fuera del rancho, en una pileta de cemento al aire libre nos lavábamos la cara, las manos y allí mismo se enjabonaba y frotaba la ropa que después era colgada en sogas para su secado al sol. En el fondo, parcialmente tapada por arbustos, se acurrucaba una letrina maloliente. La cocina, a un costado, también tenía piso de tierra.

Por suerte mamá había podido comprar una Singer que le permitía fabricar bombachas de paisano con las telas que le entregaba un almacén de ramos generales. Pasaba horas frente a esa benditamaldita máquina. Mientras, el hombre que había derramado la semilla de sus testículos para que existiésemos vivía en Chivilcoy opulentamente, como miembro de la alta clase rural.

Tal vez estaba soñando con él, porque antes de aterrizar en Brasil desperté sobresaltada y ansiosa. Formulé dos

preguntas a Lilian.

—Dígame: si el avión se cayese, ¿en quién pensaría? ¿En sus hijos? ¿En sus padres? ¿En su esposo?

Movió los labios, pero no le salieron palabras.

Después, bruscamente, le pregunté si traía dinero. Ella levantó las cejas, pero no demoró en responderme.

—Sí, unos tres mil dólares. Me los entregó Ricardo para los gastos eventuales.

Entonces, como distraída, ordené:

—Démelos.

Abrió su cartera sumisamente y me rindió el fajo dentro de un sobre cerrado por dos gomitas elásticas. Se sintió mal, lo noté. Era plata que le había entregado el honesto de su marido, tan honesto que cualquiera le diría súper gil. Pero yo no quería que ella gastase un centavo. Venía a pesar de sentirse culpable por abandonar a sus hijos y me demostraba una fidelidad a toda prueba. Se los devolvería al regreso.

La escala en Natal se produjo al amanecer. Esta ciudad brasileña era la

más cercana a Europa. Pensé que en tierra sólo tomaríamos un té y estiraríamos las piernas. Pero no fue así. Esperaban autoridades, el embajador argentino y una banda de música. Una fila de cocoteros dibujados contra el cielo enrojecido de esa mañana tropical me aseguró que había llegado a otro país. Nunca había tenido en la mano un coco y suponía que esa fruta sólo existe en África, como enseñaban las películas de Tarzán. Brasil es igual al África, deduje. El aire caliente mezclaba humedad con aromas desconocidos. Me

condujeron al salón del aeropuerto y ubicaron sobre una tarima, acompañada por señores emperifollados que se lanzaron a pronunciar discursos en un portugués que no podía entender. Confieso que recién tomaba conciencia de que Brasil había sido una colonia portuguesa, porque mis conocimientos de historia dejaban mucho que desear. Como esas palabras estaban dirigidas a mí, supuse que cuando aplaudían debía inclinar la cabeza y sonreír. Era gente amable, que me contemplaba como a una poderosa reina.

Después nos sentaron en un comedor adornado con flores. Sobre las mesas, en vez de desayuno se exhibía un desaforado almuerzo. ¿A esta hora almuerzan los brasileños? Grandes bandejas desbordaban pollo, ensaladas, fiambres, pescados, dulces, tortas y frutas. Me limité a unas frutas y algo de café. Me arrimaron un micrófono para que transmitiese mi saludo. Titubeé un rato hasta encontrar la salida. Me referí a las mujeres, porque no las había en ese agasajo a mi persona, una mujer precisamente. Explotó mi tendencia a

despacharme con una crítica impropia y asestar un carterazo.

Dos horas más tarde retomamos el vuelo con destino a la ciudad de Cisneros, en el Sahara español.

—¡El Sahara! —grité.

Lilian contó que había leído dos novelas fabulosas llamadas *El árabe* y *El hijo del árabe*, escritas por una mujer y ambientadas en un lugar como el que visitaríamos. Pero el trayecto ahora cruzaba el océano y yo jamás anduve sobre el mar. Se me ocurrió que

podíamos ahogarnos. O sobrevivir agarrándonos de las alas flotantes. Lilian procuró distraer mi angustia al recordar que hacíamos el trayecto de Cristóbal Colón, pero al revés y desde el aire. Explicó que llegaríamos a una colonia exótica, donde Franco reclutaba soldados para su colorida Guardia Mora.

En ese tramo me costó dormir, quizás porque era de día y también porque me sobresaltaban recuerdos tormentosos, como cuando siendo nena, en Los Toldos, me picotearon la cara unas

gallinas revoltosas.

Alberto Dodero advirtió que estaba despierta. Corrió vacilante la cortina, solicitó permiso y se puso a conversar, manteniéndose de pie en el pasillo. Era un charlatán experto, porque sacaba temas del aire, como un mago que atrapa estrellas. Se refirió a las carreras de caballos, a sus amigos de París, al crecimiento del espionaje en Europa. No había hotel importante sin gente rara, dijo. Había comenzado la Guerra Fría y nunca eran suficientes los cuidados que uno debía tener.

—Usted es quien más debe recordarlo —pinché—. Los espías abundan en los hoteles, es cierto. Pero infectan los cabarets y otros lugares de fama dudosa, que a usted le gustan.

—Es verdad. Pero aprendí a reconocer los espías. No olvide que algunos envidiosos dicen que soy un experto navegador de aguas turbias o contradictorias, siempre en busca de beneficios. Usted, Evita, no está exenta de que le hagan problemas en este viaje, aunque suponga estar lejos de sitios peligrosos. El general Perón tiene

enemigos.

Me dejó un gusto amargo y dije que estaba cansada. Cuando se alejó lancé un suspiro.

—Denso el hombre, ¿verdad? —
pretendió consolarme Lilian.

Más que denso —seguí reflexionando en silencio—, porque era el dueño de una fortuna con la que podía comprarlo todo. O suponía poder hacerlo, incluso las conciencias. Se movía por el mundo con un aplomo que yo nunca hubiera podido tener. Me intrigaba su soberbia,

porque no lo afligía ningún obstáculo ni podía recordar una humillación.

A mi abuela Petrona Núñez le partió el corazón haber sido vendida por su padre —sí, vendida— al vasco Iburguren. Lo hizo por el valor de un caballo y un sulky. Así se procedía cuando la bolsa quedaba seca. Mi digna abuela nunca se refirió a ese desprecio brutal, pero era una versión reiterada en el vecindario que jamás pudo ser desmentida. Parece que digirió en parte ese golpe al convertirse en madre y darse cuenta de que su esposo le tenía

cariño, pese a haberla comprado de forma tan ruin. El innoble canje la impulsó a llenar de fortaleza el alma de sus dos hijas.

Por eso mamá también recurrió a cualquier método para ayudar a su prole. Cualquier método. Era una leona celosa de sus cachorros. Su necesidad de ayuda la impulsó a permanecer con su concubino Duarte hasta el fin, cuando su relación se había secado. Y hasta habrá cometido ciertos pecados de la carne, como se dice, para obtener implementos de cocina o la máquina de coser. Quizás

alguno de esos benefactores despreciables haya soltado la lengua y el esquivo Juan Duarte llegó a imaginarse que yo no era su hija. Una puñalada. ¿Le enojaba que mamá siguiese con un embarazo sospechoso? Después fue distante conmigo; jamás me dio un beso. No quiso darme su apellido. Y a todos nos echó de La Unión.

Es probable que mamá aflojase su moral para mantenernos y hacernos estudiar, porque ese era el mandamiento primero. También fue estricta al darnos

instrucciones: debíamos ser limpios, hermosos, puntuales, ambiciosos y correctos. Quien más la alteraba era Juancito, que resbalaba hacia la vagancia. Además, como un antídoto contra la pobreza extrema, mamá nos estimulaba a navegar en barcos fantásticos. Hipnotizaba con sus cuentos de hadas y repetía que eran probables: había que seguir el buen camino, aunque a veces lo desdibujase la sombra.

Un camino se le ocurrió en medio del insomnio que le produjo la asunción del nuevo intendente de Los Toldos, quien

alguna vez le había deslizado una insinuación tímida e indecente. Podía convertir en realidad su aspiración.

Pidió la entrevista, que el funcionario concedió en menos de una hora porque esperaba llevársela a su cama. Con sutileza, desde luego, porque si bien mamá era más hermosa que el común de las mujeres, tenía fama de contestar con disparos sangrientos. Un budín con veneno. Para impedir las maledicencias que podría generar esa primera entrevista, pidió que lo acompañasen dos hombres. Si la cosa funcionaba, las

siguientes serían a solas.

Doña Juana apareció con un vestido floreado que acentuaba su talle y voluptuosidad. Se había perfumado con agua de colonia. Estrechó la mano de los tres hombres por arriba del escritorio y se sentó cruzando las piernas con un audaz ascenso del borde del vestido. El intendente no acabó de formular su pregunta con los ojos fascinados por las rodillas cuando dijo “¿En qué puedo servirla?”, porque mamá le espetó con voz alzada “¿Qué hará con mi hija? ¿La piensa echar de su puesto?”

El hombre se sintió confundido e incómodo, se limpió las gafas, miró a sus acompañantes y decidió jugarse. Era el depositario del poder y no podía quedar como un indeciso. Mi hermana Elisa había sido acusada de falsear una planilla y quedarse con dinero. Ya le habían insinuado que sería expulsada.

—Temo que sí, doña Juana, me acosan los dirigentes del partido y no disponemos de plazas vacantes. Su hija...

Mamá se largó a llorar. Es decir, simuló un sollozo torturado que atraería

a los vecinos que caminaban por la vereda de ese pequeño edificio público y daría lugar a chismes. El funcionario se resignó a fingir magnanimidad.

—No se ponga así, doña Juana... algo se podría hacer.

—¿Qué... qué... podría hacer?
¡Dígame!

—Bueno, se me ocurre que conseguirle un traslado. Aquí no podría seguir.

—¿Me habla en serio?

—Claro, no voy a chacotear con una

persona como usted.

Mamá entrecerró sus ojitos de diabla:

—¡Muy bien, entonces firme el traslado de mi hija a Junín!

Los tres hombres se sorprendieron por la rapidez del pedido. Más tarde — demasiado tarde— esos ingenuos comprendieron que mamá había concurrido con el plan cuidadosamente pensado. La que deseaba el traslado inmediato a una ciudad grande como Junín era ella, acompañada por todos sus hijos. En otras palabras, quería que

dejasen cesante a Elisa en Los Toldos a cambio de algo mejor.

Apenas recibió la notificación de que mi hermana obtendría un puesto de trabajo en Junín, canceló la siguiente entrevista ofrecida por el lascivo intendente. Nos convocó alrededor de la mesa iluminada por la lámpara azulina que alargaba nuestras sombras hasta el techo de cinc y explicó la aventura que estábamos a punto de comenzar. Saldríamos en secreto esa misma noche, como hacen los ladrones. Pero nos liberaríamos de las ofensas y el

aislamiento de un pueblucho mezquino al que jamás volví y borré de todos mis documentos. No debíamos dejar que nadie se enterase de nuestra súbita partida, porque mamá dejaría deudas sin pagar: necesitaba llevarse el poco dinero que quedaba para afrontar el nuevo destino.

—El viaje será muy largo —anticipó—, la pampa es chata e infinita, pero nuestra ruta no es chata: es una subida.

Esa noche nadie durmió. Mi madre cocinó docenas de empanadas y juntó en tarros los víveres que había en el

rancho: frutas, yerba, pan, quesos, mermelada, tomates. Con mis hermanas llenamos con agua cinco damajuanas gigantes. En dos baúles Juancito apretó la totalidad de nuestra ropa, incluidas las alpargatas y los artículos de tocador. Yo reuní mis juguetes y los envolví en una sábana. Blanca y mamá se ocuparon de poner en una caja más segura el Primus. La Singer fue envuelta con papeles de diario.

Cuando el vecindario despertó, ya estábamos a varias leguas de distancia, dorados por el bostezo del sol naciente.

4

A cuerpo de reina

Al inclinarse el avión hacia tierra me estranguló un ataque de náuseas.

Sábanas de niebla refractaban los rayos. Bajé la cabeza y Lilian me alcanzó una toalla. Sugirió que respirase hondo. El descenso trotaba como un caballo salvaje y me hizo asomar el estómago por la boca. Por fin golpeamos el suelo y correteamos por la pista, que me fue tranquilizando pese a los sacudones que generaban las irregularidades del asfalto. Contemplé por la ventanilla un edificio engalanado con banderas, ante cuyo frente aguardaban muchas personas. Estaba en territorio español. La tripulación me rodeó para

auxiliarme.

—No hace falta —agradecí.

El marqués y el conde que venían en los asientos del medio me hicieron llegar un mensaje: entre la densa multitud estaba el señor canciller de España. ¡Había volado desde Madrid para recibirme! ¿No era demasiada galantería para mi acotada importancia? Me inundó una felicidad que pocas veces obtuve del público cuando me aplaudían en el teatro. Y sentí también el miedo de estar soñando. Que todo fuera falso. Estaba segura de que iba a

cometer alguna torpeza, de esas que pondrían de manifiesto mi primitivismo.

Me llamó la atención que el conde Torres y Torres tomara apuntes en una pequeña libreta fosforescente con su lapicera de oro. ¿Era un espía de Franco? ¿O de los contreras argentinos?

Descendí prendida de la baranda. Los tacos altos que había comenzado a usar pocos años atrás se torcerían para hacerme la esperada broma negra. Una ola de aire caliente me informó que pisaba por primera vez un territorio del África que, por otra parte, era posesión

española. Me recibieron al pie, con sonrisas y besos sobre el dorso de mi mano. Al lado del canciller ocupaba un amplio espacio el redondo capitán general de las islas Canarias. Una guardia de honor marcaba mi senda. La formaban soldados morenos con turbante blanco, capa roja y una lanza sostenida con la mano izquierda mientras la derecha pegada a la sien me saludaba con marcial empaque. ¿Esta era la legendaria Guardia Mora? Parecían personajes de un circo. Atardecía y el cielo se disolvía en celeste amatista con

algo de rubor.

Se acercó un gran automóvil y detrás se encolumnaron otros diez. Fuimos a un sencillo alojamiento adjunto al aeropuerto. Debería ser el mejor de ese lugar. Mantuve abierta la ventanilla para disfrutar el aire seco del desierto. Percibí un aroma dulzón, que imaginé mezcla de arena y dátil.

Ayudada por mis asistentas me di un apetecido baño, cambié la ropa, mi peinador hizo retoques a mis cabellos, elegí varias joyas y me perfumé. Tenía que disimular el cansancio porque

representaba a un país y era la mujer de su presidente. Me latían las sienes y me dolía la nuca.

Los mismos gigantescos automóviles nos condujeron al Casino de Oficiales. Tenía que llegar el esperado papelón, estaba segura. Ya habían pasado demasiadas horas sin contratiempos.

Al recibirme, el canciller anunció que comeríamos langosta. ¿Langosta? —me pregunté sin abrir los labios—. ¿Se comen esos insectos que son una plaga, que caen como nubes negras y devoran las cosechas? ¿Esa asquerosidad es un

plato valioso? Se me cerró la boca del estómago y no solté palabra.

Sillas tapizadas rodeaban las mesas cubiertas con manteles blancos y servilletas celestes: la bandera argentina. Cerca de mí se sentaron las principales autoridades, Lilian, Dodero y los dos nobles españoles que me acompañaban desde Buenos Aires (el conde Torres y Torres no me sacaba los ojos de encima). Cuando instalaron el enorme y rosado bicho, lo reconocí como la monstruosa reproducción de una langosta prediluviana, de esas que se

comen hasta las vacas. Advertida de mi estupor, Lilian susurró que era un producto del mar, no del aire ni de la tierra, y me explicó que se lo comía con unas pinzas especiales. Empecé a sudar ante la inminencia del inevitable primer traspie de mi gira. Entonces ella resolvió el conflicto.

—Señora, si no le molesta —dijo en voz alta—, me ofrezco a extraer las porciones más ricas, que usted podrá saborear con un tenedor.

Mientras Lilian realizaba la compleja maniobra como si fuese un mecánico en

su taller, divisé por la ventana una fortaleza de piedra recortándose contra la noche clara. Durante los postres empezaron a lanzar fuegos artificiales desde esa fortaleza engalanada con banderas españolas y argentinas. Rompí el protocolo al empujar mi silla antes de que el camarero la retirase y caminé hacia la ventana para gozar de los fuegos. ¡Maravillosos! Pero en dos segundos se produjo un terremoto a mis espaldas, porque los comensales se levantaron al unísono por respeto a la invitada. ¡Por mí se pusieron de pie,

sonriéndome como otarios! Al capitán general la satisfacción le ensanchó aún más la panza. Después trajeron bandejas llenas de dátiles carnosos que chorreaban almíbar. El inquietante conde extrajo con disimulo su libretita y volvió a escribir algo.

Lilian murmuró al oído del canciller que yo estaba muy fatigada y debía retirarme a descansar. Lo entendió de inmediato. Menos mal, porque me habían dicho que los españoles jamás se levantan de la mesa antes de pasada la medianoche.

Pero no pude dormir. Giraba como un rodillo sobre la cama mullida, daba vuelta las almohadas, sacaba un pie, luego el otro. Orinaba. Volvía a acostarme. En la penumbra se dibujaban los perfiles de quienes me habían hecho daño, para que no me imaginase tan valiosa ni tan segura. Eran los monstruos de mi sucia historia. Mandé llamar a Lilian, que apareció de inmediato envuelta en una bata. Ahuyenté a las demás asistentes y le pregunté en voz baja si debía consultar al médico personal de Dodero para que me diese

algo que indujese el sueño.

—¡Estoy asustada, Lilian! —confesé con un timbre de voz que me avergüenza recordar.

—Pero ¿por qué, señora? Nos cuidan como si fuésemos un tesoro.

—Tengo miedo... —me enrollé bajo las sábanas.

—Cerraré la puerta con llave.

—Pero quédese conmigo —rogué—. Pida que le instalen otra cama junto a la mía.

—No es necesario, este sofá es enorme, mejor que una cama.

La buenaza de Lilian se recostó en el sofá para demostrarme que era comfortable. Ahí se quedaría. Su presencia me tranquilizaba, pero no rápido. Al final conseguí relajarme.

Después del aseo y un abundante desayuno servido en la habitación, volví a encontrarme con la espléndida Guardia Mora. Pero mi sorpresa mayor se produjo cuando enfrenté un batallón de moros sobre camellos de verdad, a los que pasé revista como si

protagonizara una película exótica: ahí estaban la fortaleza árabe, la arena infinita, los flexibles camellos y sus jinetes provistos de lanzas. El canciller y el capitán general me escoltaron hasta la escalerilla del avión. Me saludaron con un beso en el dorso de la mano, el modo como los caballeros saludan en Europa.

Antes de perderme en el agujero de la puerta giré hacia la explanada y, desde lo alto del avión, realicé un semicírculo con mi brazo a modo de despedida. Percibí que la emoción de la multitud

era sincera, algunos caballeros también levantaron la mano, otros agitaron un pañuelo y los pintorescos animales ondularon de felicidad mientras los moros tironeaban de las riendas.

Un par de horas nos llevó alcanzar la Gran Canaria, última escala. Contemplé desde el avión el azul intenso del mar, apenas salpicado por copos de espuma. También en esta isla recibí una bienvenida inolvidable, con alfombra roja, engalanadas autoridades y soldados con uniformes multicolores. Me llevaron a un palacio. Sí, un palacio.

Explicaron que era famoso y tenía un nombre largo: Palacio del Conde de la Vega Grande de Guadalupe... ¡Ufa! Qué laburo recordarlo. En un coche descubierto recorrí un trozo de la isla, donde cada paisaje competía con los demás. Océano de zafiro y montañas de esmeralda, playas de oro y bosques frondosos, pequeñas casas blancas desparramadas por las laderas y limpios caminos: escenarios de postal. Me excitaba conocer esto, yo, nacida en la polvorienta aldea de Los Toldos.

Esa noche fui agasajada en el salón

dorado del Cabildo. Le dije a Lilian:

—Espero que no me engorden tantas comidas.

—No se preocupe, señora; tiene suficiente delgadez como para saborear lo que quiera.

Después nos llevaron a un concierto en el teatro Pérez Galdós. Pérez Galdós es uno de los más célebres escritores de España, me desasnó Lilian. Tocarón música de autores españoles. Aunque culta, era la más digerible para mi gusto. Reconozco que los clásicos me

desesperan. Hasta en el concierto me seguía el conde Torres y Torres que, de vez en cuando, hacía una rápida anotación en su libreta fosforescente. ¿Qué escribía?

Por la mañana fuimos a la antigua catedral, donde me aguardaban el obispo con un ropaje opulento y los miembros del Cabildo en pleno. Fui recibida en el atrio con un gran ramo de flores. Me sentí agobiada: tantos honores para alguien que sólo había ingerido desprecios parecía una trampa; en algún momento mi cabeza estallaría

contra una roca en el fondo del abismo. Habían instalado un palio, bajo el cual entré. ¡Un palio, como si fuese una reina! Un mareo fugaz me hizo tambalear y casi se me torció un zapato.

Los murmullos que hervían en torno a mí me hacían recordar el zumbido de las abejas. La misa me serenó. Pero no registré ni los detalles arquitectónicos más notables de ese templo. Lilian seguía a mi lado y anunció el momento en que debíamos levantarnos. Detrás de mí, como siempre, venía el conde. Después siguió un almuerzo en un salón

decorado con flores y banderas; en mi memoria no se grabó el lugar, porque tantos agasajos me habían convertido en una zombi. Antes de sentarme fui conducida hasta una mesa donde se exhibían los regalos típicos de las islas Canarias. Deseaban que me los llevase de recuerdo.

—¿Todo esto?

Asintieron y yo no pude pronunciar una frase, porque las palabras se me trababan en la lengua. Estaba confundida, no podía ser real. Era sólo la esposa de un presidente, no una

emperatriz. Por suerte mis lágrimas no llegaron a las mejillas; evité poner al descubierto mi turbación. Nunca me habían entregado tantas maravillas de una sola vez. Estaba enredada por una cadena de alucinaciones de la que no sabría cómo escapar.

5

Junín a la distancia

Junín no era tan grande como la había descrito mamá. Pero crecía en medio de

un nudo ferroviario que convocaba inmigrantes. Las serpientes de metal mantenían despierta a la gente con sus pitidos y maniobras. Abundaban los anarquistas y los socialistas que discutían sus proyectos para cambiar el mundo. Y lo hacían con fanatismo. Pero prevalecían los conservadores y los radicales, menos extremistas y casi siempre dueños del poder.

Empezó a sonreírnos la suerte. Blanca trabajaba de maestra, Elisa obtuvo su puesto en el correo (se lo consiguió el intendente de Los Toldos) y Juancito fue

contratado de mandadero por Jabón Federal. Mamá alquiló una casita modesta, no un rancho. Tenía tres dormitorios, un comedor grande, buena cocina y un patio cubierto por una parra de la que colgaban carnosos racimos de uva; lo rodeaban canteros de geranios. Los pisos eran de mosaicos. Sobre la tapia se instalaba un gallo para anunciar el nuevo día con el entusiasmo de un clarinetista. Todas las paredes estaban revocadas y pintadas de color crema, sobre las que mamá colgó las pocas fotografías que había coleccionado. Al

mes nos llegó una radio Ericsson que derramaba cascadas de música, nombres y radionovelas. Gracias a ese aparato — que cuidábamos como una joya— escuché a una recitadora de fama mundial llamada Berta Singerman y me nacieron ganas de imitarla. También incorporamos la heladera, en realidad un mueble hermético que enfriaba con los ladrillos de hielo que traía un señor llamado “Yelero”.

El dueño de nuestra vivienda era Carlos Rosset, un hombre de guapa estampa, bigote fino, chambergo elevado

y corbata de color. A veces mamá lo agasajaba con un puchero. Don Carlos se avino entonces a prestarnos más ayuda (¿o se había enamorado de mamá como nuestro difunto padre?). Cuando llovía fuerte nos mandaba su auto con un chofer para llevarnos a la escuela. Yo le pedía a Jesús que lloviese seguido, así aparecía ese largo auto con asientos de cuero brillante. Mientras gozaba de su interior perfumado nunca evoqué la ruidosa máquina de papá, porque él jamás me invitó a subir. En cambio imaginaba que este auto era una carroza,

como la que usan las princesas de los cuentos. No me imaginaba que viajaría en carrozas verdaderas dentro de poco.

Don Carlos cometió la torpeza de morirse en la cama de mamá. ¡Qué desubicado! Su familia trató de evitar el escándalo. Dos hijos vinieron por él en una ambulancia. El muchacho, de unos veinte años, se comportó con amabilidad y respeto. Pero su hermana menor murmuró un insulto contra mi madre. Nunca se me borraron esas reacciones tan diferentes. Cuando llegué al poder extendí mi ayuda al muchacho.

Su hermana, en cambio, que quería lucirse como cantante lírica, no consiguió el permiso para actuar en el Teatro Colón por mi arbitraria veda personal. Esta mujer era buena cantante, lo sabía, y logró triunfar en el extranjero. Siempre las paradojas: el cierre de las puertas argentinas la llevó a escenarios mejores. Para colmo, se me parecía en los ojos melancólicos y la sonrisa blanca. La odiaba en esa época, ahora ya no. Lo mismo pasó con Libertad Lamarque.

A mamá se le ocurrió otra idea

debido a la urgente necesidad de ingresos que produjo la muerte de don Carlos. La Singer no daba más, y tampoco su espalda. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Acaso no había sido la gran cocinera de La Unión? ¿No había atraído a nuestro fragmentario padre con sus pucheros, choclos a la parrilla, pan casero, asados, empanadas y tortillas de cebolla y queso? Podía convertirse en la principal cocinera de Junín. Claro que sí. Mediante una trampita que se cuidó de mantener en secreto (se la perdono y bendigo), apareció en casa una gran

mesa con doce sillas hermosas. Fue cubierta con un hule de flores rosadas sobre el que tendía un impecable mantel blanco.

Se las arregló para que corriese la noticia de los manjares que preparaba para hombres solos. A las pocas semanas la vistosa mesa estaba llena de comensales. Nadie dejaba de pagar y muchos se convirtieron en clientes diarios. Uno era el mayor Arrieta, comandante de la repartición militar, y otro un abogado de nombre Álvarez Rodríguez. No podían imaginar el futuro

que les esperaba por haber ido a comer en nuestra vivienda.

Las hermanas debíamos permanecer en el patio o la cocina, con libros o juguetes, para no perturbar los almuerzos y las cenas. Pero cuando servía el postre, mamá nos invitaba a entrar y saludar. A mis hermanas mayores (y casaderas), las había instruido para que aparecieran muy limpias, con ropa almidonada, un leve maquillaje y sonrisa decorosa. Yo las espiaba desde la puerta. Con el tiempo se empezaron a mirar con los ojos más

brillantes Elisa y el militar, así como Blanca y el abogado. Esa técnica resultó un gol de media cancha.

Yo alternaba la alegría bochinchera con pozos de melancolía. En la escuela fui muy inestable. Peleaba mucho y me colgaron un sobrenombre: la “mandona” o la “mandona Duarte” (por lo menos ya no me decían Ibarguren). Como tuve que repetir un grado debido a las malas notas, me convertí en la mayor del aula, es decir, la grande, la fuerte, la admirada, envidiada y odiada. Todo a la vez. Provocaba miedo y atracción, dos

efectos que me gustaban y son complementarios. Una pinza genial. Por eso la mantuve y abusé de ella a lo largo de mi vida.

Resultó triste que hasta Junín hubieran llegado los ponzoñosos chismes. No equivalían a noticias: eran patrañas, flechas que matan despacio. Mamá era la puta de Los Toldos y sus hijos, los hijos de una puta con la misma tendencia de su puta madre. En consecuencia, la mayoría de mis compañeras se mantuvo alejada de mí. Sus madres les aconsejaban despreciarme, mantenerse a

salvo. Ellas eran santas, yo basura. Por eso me costó hacerme amigas. Por eso nunca me liberé del tormento que significa la marginación. No era más fea, ni más bruta, ni más egoísta, pero era a la que se miraba de costado, como si las pudiera contagiar de algo sucio.

Fui pésima en matemáticas. Dicho mejor: fui pésima en matemáticas y mala en el resto de las materias. Pero recitaba bien para el escaso nivel de mi escuela. Aprendí de memoria muchos versos románticos. Así fue como de repente — o de milagro— me besó el primer éxito.

Súbitamente. Una escalera me puso en contacto con el cielo. Mi maestra decidió llevarme a otra aula para lucirse conmigo (debía causarle lástima por el vacío de mis compañeras). Los demás docentes se interesaron para usarme como ejemplo. De esa forma circulé por otros grados como una precoz estrella. Hacía de tripas corazón si alguien me miraba con odio por ser la hija de una puta y me esmeraba por emocionar con un tono exaltado. Pronunciaba defectuosamente y alteraba los verbos, pero igual gustaba. El corazón me salía

por la boca.

Ese triunfo incipiente me abrió el apetito. Quería ampliar mi público para vengarme de quienes miraban desde una pureza que no tenían. Imploré a mi maestra que me recomendase a otras escuelas, cosa que no sucedió. Pero decidí convertirme en una artista de cine. Era una decisión precoz y secreta, desde luego, pero obstinada desde el inicio. En Los Toldos ya venía armando escenarios de fantasía y representaba los cuentos de mamá para mis hermanas. Además, con Erminda y Blanca íbamos

a visitar a una señora paralítica que nos agasajaba con caramelos mientras yo cantaba melodías. La parapléjica se alegraba y excitaba. Entonces añadía improvisaciones teatrales. Para eso me disfrazaba con todo lo que había a mano: una servilleta servía de pañuelo campesino o para representar a una princesa árabe; con un plato sostenido sobre mi cabeza simulaba ser una dama de la aristocracia; la escoba representaba a un rey con quien bailaba un vals en su palacio. La paralítica se levantaba de su silla de ruedas y se unía

al baile. Era impresionante, mi cabeza giraba enloquecida. Pero cuando terminaba mi actuación, junto con sus aplausos regresaba contenta a la silla de postrada.

El recitado de poemas me hacía sentir una artista de verdad. Por entonces era famosa Norma Shearer. Yo me la comía con los ojos en el cine de Junín. Cada función comprendía tres películas que miraba con mi hermana Erminda una tras otra, hasta salir trastabillando de la sala con los ojos enrojecidos. Íbamos los martes porque resultaba más barato y

había más chicos.

Los domingos, en cambio, paseábamos como dos pudorosas adolescentes por la calle principal ofreciéndonos como blanco de piropos que mezclaban lascivia y crueldad. Los muchachos formaban barras en las esquinas, con un pie apoyado contra la pared y un cigarrillo en la mano. No se atrevían a acercarse; se limitaban a festejar entre ellos mismos su bravura impotente. Nosotras debíamos caminar serenas, con los ojos fijos en la punta de las zapatillas.

Me da bronca haber mentido después tantas veces por mi indefensión ante los prejuicios que dominaban entonces y siguen dominando hoy en gran parte del mundo. Mentí el lugar de mi nacimiento, mentí la fecha de mi nacimiento, mentí los años que tenía cuando viajé a Buenos Aires, mentí sobre mi relación con Agustín Magaldi. Todo para ocultar un origen bastardo y no dar alimento al rumor de mi violación por “hijos de la oligarquía”. Fui desvirgada a los catorce años. Por eso insistía en que mi viaje a Buenos Aires lo hice cuando

tenía trece. Para desorientar sobre el hecho. Esa última mentira la repetí tanto que hasta la fijé en una carta a Perón. En otras palabras, también fui cobarde.

6

Un viento austral sopla
en la península

Cuando el parlante del avión anunció

que estábamos por aterrizar en el aeropuerto de Barajas, pensé “¡qué hermoso nombre!”. Lo asocié con la envejecida baraja que teníamos en Junín y con la que me enseñaron a jugar a la escoba y el truco, que nunca aprendí bien. Antes del descenso contemplé por la ventanilla el acompañamiento de numerosos aviones. Uno de los edecanes me explicó que era una escuadrilla de la Fuerza Aérea integrada por cuarenta máquinas de guerra que me rendían honores. ¡Mi Dios! Ni que fuera el presidente en persona, me dije. Retorcí

mis dedos fríos y húmedos. Estaba alelada, más de lo conveniente; el exceso de felicidad también desestabiliza. Debía acostumbrarme a mi nuevo nivel, sacarme de los sesos las humillaciones pasadas, entender que se había producido un milagro. Un milagro de verdad. Que ya no era una lastimosa chirusa del campo. Ordené a mi peinador que fijase mis cabellos y el obediente Julio Alcaraz se acercó con su estuche, donde tenía ordenados los instrumentos, incluidos perfumes y cremas. Pedí a una ayudante el lápiz de

labios, único maquillaje que usaba por orden del severo padre Benítez. Eran las ocho y media de la tarde, aún había suficiente luz.

Tocamos tierra bruscamente. Al terminar el corretaje desabroché mi cinturón, me erguí y dos asistentas alisaron mi *tailleur*. Avancé hacia la portezuela. Aún estaba dentro de la nave, pero ya presentía la apoteosis de la recepción. Aparecí. Me enfocaron los reflectores. Estaba muerta de susto. Miré a Lilian para que me diese fuerzas. Giré hacia derecha e izquierda y arrojé

besos ciegos con la mano, como haría una diva sin mis complejos de inferioridad que me succionaban como sanguijuelas y contra los que luchaba imitando el temperamento guerrero de mi madre. Me respondió una exclamación potente, extendida. Esa reacción amistosa me aflojó la contractura que me mordía los hombros y las piernas.

Empecé a bajar los escalones, siempre con cuidado, siempre abrochada a la baranda. Por la alfombra roja se acercaban el “Caudillo de

España por la gracia de Dios” (la inscripción que me hizo ver Dodero en monedas españolas), su mujer y su hija. Los seguía una larga columna de funcionarios, militares, amplias sotanas y nobles con medallas refulgentes. Mis hombros se encogieron más aún, pero conseguí extender la mano hacia el Generalísimo, que se inclinó para rozarla con sus labios. Era pelado, ligeramente barrigón y más petiso de lo imaginable; tenía pinta de almacenero. Su esposa, Carmen Polo, me saludó con una sonrisa. A su hija le di un beso y

ella me ofreció también la otra mejilla, como acostumbran en España: dos besos.

Un funcionario se dispuso a presentarme las distinguidas personalidades que se habían alineado para darme la bienvenida. Solicité un instante, achispada por una ocurrencia que me brotó desde no sé dónde. Giré hacia el avión e hice señas para que se acercaran los tripulantes y azafatas que me habían acompañado. Era inusual y durante un largo minuto se miraron sin entenderme. Por fin bajaron en fila.

Estreché la mano de cada tripulante y di un beso a cada azafata. El Caudillo y su mujer, asombrados por ese gesto, esperaban con aparente complicidad. Después miré con culpa al funcionario del protocolo para insinuarle que podía retomar su programa.

Algo desestabilizado por mi conducta, empezó a desgranar los apellidos y títulos de los ministros, las autoridades eclesiásticas presididas por un monseñor cuyo nombre olvidé enseguida, el obispo de Madrid y los jefes de las Fuerzas Armadas sacando

pecho para que lucieran sus condecoraciones. El embajador argentino estaba transpirado y con la corbata torcida porque llegó tarde debido a la multitud que taponaba la ruta, dijo; se excusó con un rosario de zalamerías que corté en seco, sin darme cuenta de mi crueldad. Su esposa tenía los ojos llenos de lágrimas y le di dos besos para tranquilizarla y consolidar mi aprendizaje de la nueva costumbre. Por último me presentaron a un montón de nobles. Nunca habría imaginado que fueran tan numerosos.

Franco y su mujer avanzaban a cada uno de mis lados, como si me llevaran presa. El Caudillo lucía traje militar con banda roja y gualda. Su voz sonaba aguda, casi de mujer. ¿Cómo pudo este gordito bajo y de pequeño bigote convertirse en el dueño absoluto de España?

Me instalaron en la cabecera de la alfombra y una batería empezó a disparar salvas. Luego pasamos revista a las tropas. Me sentía una mujer militar, algo impensable en esa época y menos en este país. Acto seguido se cantó el

Himno Argentino y la Marcha Real. Se acercaron varios autos brillosos y me hicieron subir al primero, con Franco y su esposa flanqueándome siempre. Las primeras sombras de la noche se extendían por el cielo.

A los lados de la ruta se amontonaban hombres, mujeres y niños agitando banderitas. Saludaban con gritos, movían las manos. Algunos me arrojaban besos. Todo el trayecto hasta Madrid estuvo repleto de gente. Nunca vi algo igual. Las ventanillas abiertas dejaban entrar el aire de verano que me

acariciaba la piel. Yo me sujetaba el sombrero, pero no quise que cerrasen las ventanillas: bebía ese aire con fruición y sonreía gozosa a mis anfitriones.

—Mucha gente la espera desde hace horas —me anotició doña Carmen.

Las luces del camino se empezaron a encender, los faroles de los automóviles proyectaban abanicos rubios sobre el asfalto. En media hora ingresamos a la ciudad profusamente iluminada. Me arrollaron las ovaciones hasta producirme algo de vértigo. Arribamos

a la plaza de la Cibeles, cuyos chorros de agua bailaban como odaliscas. No terminaba de absorber tanta belleza cuando me pusieron frente al alcalde de Madrid. Lo miré absorta, con una sonrisa que parecía absolutamente natural en ese momento. El alcalde, duro como un granadero, me obsequió un ramo de rosas cuyo perfume se alzaba como el agua de la Cibeles. Miré mi entorno: el espectáculo era inverosímil. La Gran Vía derramaba cataratas de luz pese a las restricciones por falta de energía eléctrica. ¿Era cierto o eran

calumnias esa falta de electricidad? Me habían explicado que España sufría hambre y pobreza.

Subí a un auto descubierto, que avanzó parsimonioso para que nos siguiera la Guardia Mora en sus corceles. Había racimos de madrileños en los balcones; desde las terrazas colgaban tapices. Me arrojaban flores. Pude entender algunos gritos: ¡Guapa! ¡Chula! ¡Mona! ¡Maja!

La travesía hasta el Palacio del Pardo, residencia del Generalísimo y su familia, llevó un par de horas. Yo

saludaba un rato con la mano derecha y otro con la izquierda. Era un baño de muchedumbre. Nunca me habían mojado tanto amor y entusiasmo. Sobre mi cabeza, mis hombros y toda la superficie del automóvil se acumulaba un manto de pétalos. Era sueño. Contaba los años que me separaban de mi extrema miseria: no pasaban de tres. Ni las balas ascienden tan rápido, me dije, para tomar conciencia de que vivía una situación inverosímil.

Al llegar, Franco me propuso transmitir un mensaje al pueblo español,

que estaba muy entusiasmado con mi visita. Me sentía más serena, el amor siempre hace bien. Me arriesgué a hablar por la Radio Nacional sin los papeles de Muñoz Aspíri, con la soltura que me acababa de inyectar la droga del éxito. Es obvio que me limité a expresar gratitud y enfatiqué que era la mensajera del pueblo argentino trabajador, “constructor de la nueva Argentina”.

Al día siguiente los diarios informaban sobre mi llegada. Lilian me pidió que mirase los titulares: “Un viento fresco de América austral llegó

con Eva Perón y puso oxígeno en nuestro cerrado protocolo”. Otro fue más incisivo: “Eva Perón comenzó su visita a España liberándonos de la tirantez de nuestro pesado ritualismo de siglos, al dar un beso a las camareras”.

—¡Ya los ha conquistado, señora! — exclamó Lilian—. Hablé con el padre Benítez y dijo que desde hace una semana no se consigue alojamiento en los hoteles, muchos negocios han adornado sus vidrieras con fotos suyas y banderas argentinas.

En el Pardo me habían asignado el

sector opuesto a la familia Franco. Ingresé en mis dependencias como si caminase por el aire. Estaban moqueteadas hasta el último rincón, se sucedían dos fastuosos salones de recibo y un comedor privado. El dormitorio tenía una gran cama de palo rosa bajo un dosel de encaje que se sujetaba al techo mediante una corona bronceada de medio metro de diámetro. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Un amplio ventanal me dejaba gozar los jardines iluminados tiernamente durante la noche. El dormitorio, a su vez, se comunicaba a

un gran vestidor lleno de espejos y un extendido cuarto de baño. Por todas partes brillaban muebles antiguos, tapices, cuadros de pintores que supongo famosos, platería y porcelanas. Lilian me acompañó en el recorrido y, como apreciaba el arte mejor que yo, explicaba cada detalle. Mientras investigábamos lanzaba exclamaciones al descubrir obras propias de un museo.

—De verdad que parece un museo — acepté—. Sólo que no estoy muerta.

—Está más viva y más bella que nunca —rió—. ¡Está “guapa” y “maja”!

Sabían que yo quería su proximidad y le prepararon un dormitorio vecino. La fascinó. En sus viajes anteriores, aunque se había alojado en hoteles suntuosos, nunca dispuso de tamaña magnificencia. Pero no dormiría tranquila.

Esa noche, tarde —muy tarde, porque así acostumbran los españoles, según me explicaron—, cené a solas con Franco y doña Carmen. Vestíamos bien, aunque sin pompa. Ambos se desvivían por darme atenciones. Resultaba evidente que mi presencia era importante para su gobierno y que la gran fiesta que se

mandaban tenía el claro objetivo de seducir y comprometer a Perón.

El Caudillo, con un tono modesto y aflautado, dijo: Créame, señora, me ha impresionado su aplomo y dominio personal en el recibimiento, con todo lo grande que ha sido, porque, le aseguro, ¡jamás se ha visto cosa igual!

Me agradó su halago. Provenía de alguien rígido y calculador, conocido por su severidad. Pero era evidente que a su perfidia no le escapaba mi poca cultura. En cierta forma transmitía parte de su impresión, que no me era

desfavorable del todo. Le agradecí y solté mi lengua para parecer modesta: Soy una mujer de pueblo. Añadí, por si no me había entendido, que me agradaba semejante origen. Miré desafiante a los dos, para ver cómo se tragaban el cascote.

Después del primer plato compuesto por vieiras a la sartén, me volvió el nerviosismo. Estaba extenuada por el largo viaje y las ovaciones en las calles. Pero me negué a rendirme. Levantaba con esfuerzo los párpados y simulaba mantener la frescura de horas anteriores.

Cuando me preguntaron sobre los primeros efectos que me causó Madrid, usé varios superlativos en lunfardo porteño. Los cónyuges intercambiaron miradas de asombro. Juzgué oportuno contar algunas cosas de Buenos Aires para mantener su atención y levantar mi autoestima. Mi desequilibrio y la excelente bebida me arrastraron a las exageraciones de una comedia. Dije, por ejemplo, que muchas calles de Buenos Aires eran tan anchas como la avenida de La Castellana y que había mejores edificios que en la Gran Vía. Luego

empecé a describir a Perón como un fenómeno sobrenatural. Afirmé que dominaba muchísimos idiomas, por eso yo no tenía necesidad de hablar más que uno. Aseguré que, gracias a su coraje, se mezclaba con los agitados hinchas de Boca Juniors para ir y venir del estadio a pie, sin custodia. Conté que era campeón de esgrima y había sido invitado por Hollywood a representar uno de los Tres Mosqueteros. Podía cruzar a nado el Río de la Plata, el más ancho del mundo. Era un campeón de boxeo. Su sola convocatoria llenaba

todas las plazas del país. La fija mirada de Franco era interrogante; la de su mujer simulaba sorpresa. No me interrumpieron y quizás reían en su interior. Me había pasado de la raya. ¿Para qué? Pude arrancarles una sonrisa cuando dije: ¿Se imaginan la rabia del presidente Truman cuando nos vea juntos?

Por suerte no hubo sobremesa, porque mi boca habría vomitado más disparates.

En el dormitorio mis asistentas me ayudaron a desvestir y acostarme. En la

oscuridad se me abrieron grandes los ojos y empezaron a tiritar las piernas. Abrí la cortina y miré hacia el jardín blandamente iluminado. Pese a la calma ambiental, un súbito miedo me comprimió el pecho. Llamé por teléfono a Lilian.

—Liliancita, ¿qué está haciendo?

—Nada, señora. Estoy en la cama —respondió frenando su bostezo—. Iba a empezar mi diario del viaje.

—¿A estas horas? ¡Entonces venga! Venga a mi cuarto y lo escribiremos

juntas.

—Cómo no, ahora mismo voy.

La pobre apareció envuelta en su bata, con el cuaderno y una lapicera. La invité a sentarse en el borde de mi cama.

—A ver, a ver... ¿Qué está poniendo?

—Todavía nada. Pensaba comenzar con el viaje en el avión, las escalas que hubo, lo bien que usted fue recibida en cada oportunidad... y el fabuloso espectáculo de Madrid lleno de luces.

—Sí, sí, cuénteme qué más va a escribir.

Ella hablaba. Yo quería que siguiese hablando. De cualquier cosa, no sólo del viaje. Su voz me distendía, era una canción de cuna. Estuve a punto de dormirme cuando advertí que se había alejado en puntas de pie.

—¡Lilian!

—¡Ay, señora! Creí que estaba dormida y regresaba a mi cuarto.

—No... quédese. Cuénteme más.

—Pero usted tiene que descansar. Mañana será un día agotador. Va a tener la cara demacrada.

No pude reprimir mi desesperación incomprensible. Le apreté una mano.

—Lilian... ¡tengo miedo!

—Ni una palabra más, me quedo aquí.

Arrimó un silloncito y se sentó con el cuaderno en su regazo. Chamuyó otro poco hasta que me dormí profundamente, tan profundamente que no tuve sueños inquietantes. Al día siguiente tardé mucho en abrir los ojos. Cuando lo conseguí, me sorprendió un techo extraño, con la corona dorada y un extenso dosel de encaje. Giré hacia un

lado y descubrí que Lilian seguía encogida en el silloncito. Ella parpadeó y sonrió. Hizo unos vergonzosos movimientos para desentumecerse. Yo también sonreí y no supe cómo agradecerle tanto cariño. Pero a la noche siguiente pasó lo mismo y también la tercera. Lilian se quedaba en el silloncito y emanaba los rayos de paz que conseguían dormirme. Al cuarto día apareció en mi dormitorio, junto a mi gran cama de palo rosa, otra similar, también con doseles de encaje y una corona.

—¿Qué es esto?

—Perdón, señora. Pero doña Carmen es tan amable que hasta quiso ver las fotos de mis hijos. Entonces me atreví a solicitarle un catre junto a su cama, porque deseábamos conversar sobre las actividades del día. Pero a ella se le fue la mano... Es una exagerada, ¡mire que instalar otra cama de este valor!

Fue una solución correcta. Y Lilian durmió a mi lado el resto del viaje, trasmitiéndome la serenidad que necesitaba. Y también refutando las versiones sobre mis revolcadas con

cualquier bacán para mantener en forma
mi vocación de puta.

7

Cicatrices

Eso ya había empezado en Junín.

Debo referirme a dos muchachos que

usaban buenos modales. En vez de avergonzarnos con piropos mezclados con groserías, pegar una alpargata contra la pared y reírse como idiotas, nos hablaban respetuosamente. Vestían con más pulcritud y sus frases incluían palabras cultas. Se llamaban Valentín y Octavio. No perdían tiempo en las esquinas, sino que se desplazaban en un auto con asientos de cuero marrón. Nos sedujeron sin demostrar que querían seducirnos. Hablaban, en cambio, de desarrollar una amistad. Se decían con extraño orgullo “hijos de la oligarquía”,

expresión que recién conocí y que después repetiría hasta enronquecer. Amablemente nos acompañaban de regreso a casa y dos veces conversaron con mamá en la puerta. Mamá los hizo entrar la tercera vez y corroboró su buena educación. Le contaron de quiénes eran hijos, lo cual provocó en ella un estremecimiento, porque nunca había estado en contacto con miembros de tan ilustres apellidos. A Erminda y a mí nos hizo felices la positiva reacción de mamá, porque disminuiría su insistencia en mostrarnos a sus serios comensales

para despertar un interés matrimonial.

Al poco tiempo Valentín y Octavio dijeron que nos tenían preparada una sorpresa. Demoraron en revelarla para aumentar nuestra curiosidad. Entre ambos describieron el océano, las playas rubias, los hoteles de lujo, los restaurantes donde los caballeros visten traje y corbata, y las mujeres, sus mejores ropas y sombreros. Mientras hablaban mi cabeza reproducía ensoñadoras escenas de Norma Shearer con teléfonos blancos, bailes en salones espejados, comidas sobre terrazas

bordeadas de flores. Contaron que tenían una mansión en Mar del Plata, donde sus padres vivían casi todo el año, y nos invitaban a pasar allí unos días. Les sobraban habitaciones. ¡Qué sorpresa, de verdad!

Tuvimos que apretar los dientes para no lanzar un alarido. Ahora el turno era de nosotras: arrancarle un permiso a mamá. Ella no toleraría que las habladoras contaminasen a sus hijas. Mientras le explicábamos, sus ojos pasaban de la alegría a la sospecha y de la sospecha a la alegría. Decidió

preguntar a los atractivos jóvenes si sus padres estaban en esos momentos en Mar del Plata y si se habían enterado de la invitación que hacían a Erminda y Evita. Además, necesitaba estar segura de que sus padres habían aprobado esa invitación. Al unísono contestaron que sí, que ya las esperaban. Entonces mamá se ocupó personalmente de preparar nuestras valijas con las mejores prendas, nos llevó a una tienda cercana para completar el ajuar con trajes de baño, sombreros para el agua, calzados que reemplazaran nuestras viejas

alpargatas. También compró un jarrón de porcelana como obsequio para los padres de esos jóvenes.

Llegaron puntuales. Instalaron las maletas en el baúl, dieron la mano a mamá y nos ubicaron en el confortable asiento posterior. Octavio arrancó y en pocos minutos salimos de Junín. Por primera vez veía correr la pampa a mis dos lados. Una columnata de álamos fue atravesada tan rápido que ni pude contar su número. Nunca había viajado a esa velocidad. Nos rodeaban campos de trigo y alfalfa. Las distancias no tenían

fin y por ningún lado se veía un alma. El sol poniente resplandecía en el horizonte con románticas tonalidades de rosa y oro.

Los muchachos empezaron a cantar y nos pidieron que los acompañásemos. Nos miramos con Erminda, oprimidas de vergüenza. ¿Cantar con ellos? ¿Cantar tangos? Los sabíamos, por supuesto, pero no estaba bien llegar en tan corto tiempo a semejante confianza. Insistieron tanto que comenzamos a tararear y poco a poco a soltarnos. No recuerdo si nos llevó una hora o más,

pero los cuatro reíamos, cantábamos y gritábamos felices mientras el auto, con impensable rapidez, dejaba tras de sí altos vellones de polvo. No entendí por qué habíamos salido de la carretera pavimentada.

—Es el camino más corto —dijo Octavio.

Quizás era el más corto, pero tenía baches que nos hacían saltar hasta el techo.

—Vamos a parar porque se nos está terminando la nafta —anunció Valentín.

No entendí eso de la nafta, porque no sabía una letra de combustibles. Pero se desataron premonitorios latidos en mi pecho. Del camino de tierra doblaron hacia una tranquera y viboreamos por una senda angosta. Al fondo divisamos una casa de campo, solitaria, bajo el amparo de un ombú corpulento. El auto frenó ante la puerta y el polvo que arrastrábamos trepó como una frazada. Aguardamos un rato, hasta que el polvo se depositó en el suelo. Los muchachos bajaron alegres, se dieron unas palmadas en el hombro para felicitarse

por lo maravilloso que estaba saliendo el viaje —eso interpreté— y uno fue con la llave para abrir la puerta de madera barnizada.

—¿Dónde estamos? —pregunté inquieta.

—Es la estancia de papá.

—No hay nadie.

—Nadie en la casa. Los peones andan por el campo haciendo lo suyo. Entren.

—¿Tenemos que entrar? —tartamudeó Erminda, súbitamente asustada.

—No se van a quedar afuera. Debemos esperar que nos traigan la nafta.

—¿Falta mucho?

—¡Qué preguntona! Entren, tomaremos algo.

—No nos dijeron que íbamos a parar aquí —volvió a resistirse Erminda.

—Entrá, zoncita. Dejate de hacer difícil las cosas.

Era la primera vez que nos hablaban de este modo. Así lo hacían los canallas de las esquinas.

—No... Mejor esperamos aquí, sentadas en ese banco.

—¿Estás loca? ¿De qué tienen miedo?

Los seguimos. Entraba luz a través de unas persianas. Había sillas y sillones, una mesa y un aparador con botellas. El ambiente era acogedor. Octavio llenó cuatro copas de vino.

—Nosotras no tomamos vino —me apuré en advertirle.

—Tampoco habían ido nunca a Mar del Plata —me tendió la copa—. Siempre hay una primera vez.

Miré a Erminda para recibir su aprobación, pero ella era más obediente y ya tenía el vino cerca de la boca.

Encendieron cigarrillos y nos ofrecieron acompañarlos.

—Las mujeres no fuman —recordó Erminda.

—Las de los puebluchos de mierda —refutó Valentín—. En las ciudades y en los cines fuman igual que los hombres.

Me extrañó que estuviesen cambiando su lenguaje tan culto por otro con malas

palabras.

Me ofreció el cigarrillo que asomaba de su caja.

—No.

Lo extrajo y depositó sobre mi mano.

—No.

—Agarrá, boluda. Y ponételo en tu boquita, que yo te doy fuego.

—No —me contraje, asustada.

Quiso meterme el cigarrillo entre los labios y torcí la cara. Se abalanzó sobre mi cuerpo y pegó su boca a la mía. Lo

rechacé con desesperación, le rasguñé las mejillas, le tiré del pelo. Pero no alcanzaba para sacármelo de encima. Giré la cabeza y sus labios volvieron a buscar los míos, violentamente. Grité, le habré lanzado malas palabras, las que se me habían quedado en el pecho cuando me ofendían en la calle o en la escuela. Me hizo rodar sobre una alfombra de lana. Apretó mi cabeza con ambas manos mientras se sentaba a horcajadas sobre mi abdomen y metía su lengua en mi boca. Iba a vomitar de miedo. ¡Ojalá me hubiese salido el vómito, para

llenarle la garganta! Alcancé a ver sus ojos de animal enfurecido. Escuché que Erminda gritaba también, sobre la misma y enorme alfombra. O sobre la contigua. La agresión contra mi hermana produjo una multiplicación de mis energías y conseguí sacarlo de mi cuerpo con un rodillazo en las bolas. Salí corriendo y él detrás de mí.

Saltó sobre mis hombros como un tigre, me derrumbó y, sin lástima, comenzó a arrancarme la ropa. Peleábamos y cada vez me sentía más desnuda. Él se había dejado caer los

pantalones. Me trabó las piernas. No estaba conforme con haber desgarrado el vestido que mamá me había comprado con sus ahorros, sino que tironeaba desesperado mi ropa interior. Los gritos y el llanto no lo conmovían. Al revés, le aumentaban las ganas. Me lamía las lágrimas, los pezones, y sus manos se metían apuradas entre mis muslos. Presentí horrorizada que mi resistencia sería inútil. Seguí gritándole, arañándolo, escupiéndole. Uno de sus dedos empezó a frotarme la concha y súbitamente me penetró el caño de una

escopeta. Sus municiones eran un líquido blancuzco que me embadurnó por dentro y por afuera.

El hijo de puta se levantó agitado, agotado, con una sonrisa de triunfo. En mi entrepierna corría un líquido lechoso mezclado con algo de sangre. Me había desvirgado de la peor manera. Ni pizca del romanticismo que imaginaba en el cine u hojeando las revistas *Antena*, *Radiolandia* y *Sintonía*.

Erminia estaba a pocos metros, temblando también. La ayudé a sentarse y nos abrazamos.

A los pocos minutos volvieron hacia nosotras esos “hijos de la oligarquía”. Traían vasos con agua.

—¡Estamos desnudas! —les grité.

—¿No la pasaron de rechupete?

Los miramos con odio. Si una mirada pudiera tener el filo de un cuchillo, habrían caído muertos.

—Nos quedamos una noche acá y después seguimos la fiesta en Mar del Plata. ¿Qué les parece?

—¡La reputa que te parió! —contesté.

—Basta de insultos, mierdita.

—¡Más mierdita serás vos!

—¡Vamos! ¡Afuera! ¡Largo de aquí!

Entre ambos nos empujaron hacia la puerta.

—¡Estamos desnudas!

—Aquí no tenemos percal para inútiles como ustedes.

Forcejamos y gritamos mientras nos arrastraban al auto. Nos tiraron en el asiento de atrás como bolsas de basura. Sentí el contacto directo del cuero en

mis nalgas y me pareció que estaba por sufrir otra violación. Abrazada con Erminia, no parábamos de llorar y rogar que nos dejaran bajar. Abrimos la portezuela para arrojarnos a tierra, pero ya el vehículo había tomado mucha velocidad, levantando techos de polvo. Salimos de la estancia y llegamos a la ruta. No cesábamos de pedir algo para envolvernos, pero ninguno de los dos se dignaba a contestar. Ni hablaban entre sí. Ni cantaban. Eran sordomudos que manifestaban un hondo desprecio hacia nosotras.

Por fin frenaron. Supuse que iban a entregarnos ropa.

—¡Fuera! Estamos hartos de tantas lágrimas. Aprendan a coger con gusto, sirvientitas roñosas.

Como no salíamos, entre ambos nos tironearon del pelo hasta bajarnos a la banquina erizada de yuyos espinosos. Volvieron al auto y salieron con explosiones del motor, que parecían pedos de su maldita despedida.

No supimos qué hacer, cubriéndonos el pubis con las manos. Caminamos un

poco sobre el pavimento mientras seguía aumentando la noche. Íbamos encorvadas como dos viejitas apaleadas.

Apareció un camión a lo lejos. Era nuestra vergüenza o nuestra salvación. Nos miramos sin poder articular palabra. Las luces nos enfocaron. Con una mano seguíamos ocultando el sexo y con la otra imploramos ayuda. El ruidoso camión frenó cerca y el conductor bajó con un par de mantas. Nos envolvimos rápido. Pese al calor de ese verano, tiritábamos. Nos encogían el

miedo y la culpa. Con sollozos le contamos que fuimos robadas, porque no nos animamos a decir más. El buen hombre era un inmigrante italiano que ofreció llevarnos de regreso a Junín. Durante el viaje nos torturamos pensando cómo narrarle esta ofensa a mamá.

Cuando llegué al poder conseguí vengarme. Ordené buscar a esos delincuentes, pero en lugar de romperles el culo como merecían, les destruí algo que valoraban más: su fortuna.

8

Estrellas y candilejas

Mis viejas cicatrices podían ser
cubiertas por la pesada capa de marta

cibelina que, pese al calor, elegí para la ceremonia cumbre. Iba a recibir la Gran Cruz de Isabel la Católica, máxima condecoración que otorgaba el gobierno de España en ese momento. E iba a ser, además, la primera condecoración que recibía en mi vida. ¿Por qué una condecoración? ¿Cuáles eran mis méritos? ¿La condecoración era realmente para mí? ¿Para Perón? ¿Para la Argentina? No era para mí, por supuesto. Me da rabia suponer que los españoles creían que yo me morfabá esa ilusión. La condecoración tenía un

propósito concreto, ajeno a mi persona: los alimentos argentinos. Pero me venía bien. Significaba una trompada en el ojo de los arrogantes oligarcas.

La ceremonia se realizó en el Palacio Real, con sus escalinatas de mármol y el amoblado de estilo imperio. El discurso del Generalísimo, vestido de gala, trató de ser emocionante. Me llamó la atención que por momentos se le quebrase la voz a un hombre tan temido; ¿o era bueno para el teatro? Los dictadores son actores, como lo ha demostrado Mussolini y lo estaba

demostrando Juan. Yo me limité a leer el mensaje de agradecimiento que preparó Muñoz Aspíri para no cometer torpezas en una ceremonia que era filmada por NO-DO y transmitida en cadena por todas las radios de España. Mis frases derramaron loas sobre el espíritu isabelino, sin saber qué carajo era esa cosa del espíritu isabelino. Pero incluía referencias fuertes —que yo exigí poner a mi encorvado escriba— sobre el gobierno de Perón que, gracias a la justicia social, llevaba el país hacia adelante con “mejor pan, mejor

vivienda, mejor alimento y mejor vida”. Me aplaudieron, claro, aunque eso no armonizaba con la política opresora del gobierno peninsular. Después me invitaron a aparecer en el balcón del Salón Grande. Me acompañó el Jefe de Estado.

La Plaza de Oriente bullía de personas que agitaban banderitas. Al reconocermé estallaron vítores, aplausos y las banderitas ondularon como olas de un ballet. También me saludaban desde los balcones, azoteas y terrazas de los edificios circundantes.

Se mantuvieron intensas las ovaciones hasta que me acercaron un micrófono. No me había preparado para este añadido e improvisé. Improvisé como había empezado a hacerlo ante las delegaciones obreras que venían a la Secretaría de Trabajo. Me empezaba a dar cuenta de que no importa mucho qué se dice, sino cómo se dice. La gente puede olvidar las palabras, no su tono. Es necesario llegar al corazón. Me salían obsesivas expresiones como “justicia social” y “derechos de la mujer”. Esas palabras aumentaron

claramente la excitación de la multitud y también la mía. Bajo el sol se apreciaba el tembladeral de un pueblo hirviendo a mis pies. Me recordó el que se concentraba en la Plaza de Mayo para escuchar a Perón. Pero en Madrid estaba yo sola. Y sola, con mi boca decidida y las manos en alto, conquisté el amor de esa gente.

Por la noche tendría lugar una gran cena de gala en el Palacio del Pardo. Lilian azuzaba a mis asistentes para que no me dejasen llegar tarde, como era mi costumbre. Cuando terminaron de

vestirme dijo que lucía espléndida, lo cual aumentó mi fortaleza. Abroché la condecoración de esa mañana sobre mi pecho. Me condujeron a un salón iluminado por refulgentes arañas, con espejos de marco dorado, estucos y paneles de madera tallada sobre los que colgaban cuadros y tapices. Fui ubicada junto al Caudillo, que me esperaba de pie y saludó con el ceremonial beso en el dorso de la mano.

Al finalizar pasamos a un teatro íntimo, donde desfilaron para mí (¡para mí!), sobre el primoroso escenario,

bailarines con ropas típicas de cada región. Los acompañaba una pequeña orquesta con predominio de guitarras y castañuelas. Me conmovieron, porque recordé los escolares bailes españoles que había visto durante mi adolescencia en Junín. Cuánta energía, cuánto donaire, cuánta destreza, cuánto erotismo. Aplaudí contenta y pedí saludarlos uno por uno. Mi gesto en el aeropuerto había sido triunfal y este también se convertiría en noticia. La única nota discordante fue reconocer en el escaso y selecto público al conde Joaquín Torres

y Torres con su libreta y circense pinta de canfinflero.

En los tiempos en que corría la coneja, los empresarios que me hacían arrodillar por un contrato de mierda no podrían haber imaginado que ese esqueleto despreciable sería pronto elevado a tanta altura por el gobierno español. Pero no me salí con la mía de la noche a la mañana: desde chica quería subir y quería brillar entre las estrellas.

Pegaba en cuadernos las fotos de las celebridades del cine y el teatro. Hasta

me ofrecía a lavar toda la vajilla (cuando les tocaba a mis hermanas) a cambio de que me ayudasen con las tijeras y el engrudo. Llené cinco cuadernos y estaba por comenzar el sexto cuando me planté ante mi madre para decirle: “¡Quiero ser artista!”

Mamá frunció la boca e hizo un movimiento triste de cabeza. Su rechazo silencioso tenía más elocuencia que una palabra.

—¡Quiero ser artista! ¡Es lo que más quiero en el mundo! —insistí.

—Evita, con mi mala fama tenemos suficiente.

—No aguanto seguir en Junín, no quiero casarme con uno de los solterones que vienen a morfar tus platos.

—Ya sé: querés perderte. ¿Sabés qué se dice de las artistas? Que para conseguir un contrato pasan por varias camas y se revuelcan hasta el agotamiento con productores hediondos. ¿Eso querés?

—No. Quiero actuar, recitar, salir en

las revistas, hacerme célebre.

—¡Más camas entonces!

—¿Por qué sos tan cerrada?

—La vida fue cruel conmigo y me arrancó la ingenuidad.

—Leí en *Sintonía* que hay un concurso de recitadoras en Radio Belgrano.

—¿Y?

—¿Me acompañarás a Buenos Aires?

Giró para mirarme a los ojos.

—Criatura mía... ¿Suponés que es tan

fácil recitar en una radio?

—¿Por qué no?

—Porque los concursos están arreglados antes de empezar.

—Habrá chicas jóvenes, no todas pasarán por revolcones —levanté mi VOZ.

—Entonces se revolcarán por ellas la madre o la tía. Los productores no contratan así nomás, exigen el derecho de pernada.

—Por favor, acompañame a Buenos Aires —junté mis manos en oración.

Murmuró una frase incomprensible y salió. Pero yo perseveraré. En mi sangre bullía la certeza de que ahí se jugaba mi futuro. Me impuse la tarea de repetir el ruego cuatro veces por día.

—¡Me volverás loca! —gritó mamá.

—Necesito que me acompañes a Buenos Aires.

—Está bien. Ganaste... por ahora.
¡Vamos a Buenos Aires!

Desde ese momento empezó a latir mi cabeza como un tambor de la Banda Municipal. Me despertaba transpirada,

luego de horribles pesadillas. Me atemorizaba fracasar, porque no habría otra ocasión: mamá impediría que volviera a exponerme. Solicité a una maestra que me ayudase a mejorar el poema *Adónde van los muertos*, de Amado Nervo. Gracias a sus directivas aprendí a modular mejor las palabras, ajustar el volumen de la voz y transmitir más sentimiento.

Cuando ingresé en la sala de pruebas estaba tan pálida que una mujer del jurado preguntó si no me ayudaría un mate antes de empezar. Me sorprendió

esa informalidad. Los integrantes del tribunal se pasaban el mate y comían tortas fritas.

Mamá se sentó en una silla cercana a la pared. Yo debía recitar ante el micrófono. Ese aparato me tensionaba, aunque ya lo había usado en una fiesta escolar. Respiré hondo varias veces y sacudí las manos para relajarme. Evoqué los consejos de mi maestra, aclaré mi garganta y largué el chorro. Miraba las caras del jurado para simular aplomo, pero mi cerebro estaba concentrado en las lágrimas que debía

provocar el poema.

Cuando terminé, las caras dialogaron en voz baja. Mamá se inclinó con disimulo para captar algo. Por fin una de ellas dijo con una sonrisa consoladora.

—Estuvo bien, señorita. Le mandaremos una carta a su domicilio. Tal vez obtenga un pequeño contrato. Buenas tardes.

Me atravesó la electricidad. ¡Habían dicho “señorita” y me ofrecían un contrato!

Pero no llegó el contrato. Ni en una

semana, ni en un mes.

—Me radicaré en Buenos Aires, con o sin contrato —desafié a mamá.

—Estás loca.

En mi cabeza giraban los globos de la gran ciudad que acababa de conocer. Evocaba sus afrancesados edificios, los parques, las calles recorridas por tranvías, los autos lujosos, las confiterías iluminadas de día y de noche, los comercios llenos de ropa elegante, hombres con traje y corbata, mujeres con sombreros llamativos. ¡Era tan

distinta a la grisácea Junín, donde se celebraba una fiesta cada muerte de obispo!

De repente, una tarde, tuve la primera noticia del recurso que concretaría mi sueño.

Juancito hacía el servicio militar en un cuartel de la Capital Federal y cada tanto lo dejaban venir a visitarnos. Era noctámbulo, como yo. La diferencia consistía en que Juancito se las arreglaba para disfrutar la noche en bares y teatros cada vez que estaba libre. Yo, en cambio, daba vueltas en la

cama leyendo poesías. En uno de sus viajes me contó que acababa de asistir a un recital de Agustín Magaldi. “¿El cantor?” “¡Ese mismo!” “¿De veras que lo escuchaste aquí, en Junín?” “Por supuesto, y hasta hablé con él.” “¿Qué le dijiste?” “¿Qué le dije? Le dije que mi hermana menor se desespera por ser artista.” “¿Eso?...” Lo abracé con todas mis fuerzas.

Esa misma noche fui con él a escuchar su segunda función en la única sala de espectáculos que por esa época había en Junín. Apareció en el escenario y

estallaron aplausos frenéticos. Era un hombre de mediana edad, con pelo oscuro, brillante y ondulado. La voz sonaba finita, los entendidos decían que era “tenor”. En los momentos emotivos se llevaba una mano al pecho y siempre, siempre, miraba hacia arriba, como si se estuviera dirigiendo a los ángeles. Decían que buscaba superar al gran Caruso. La gente lo aplaudía con fervor. ¡Sos otro Gardel!, gritaban.

No esperé la desconcentración de la audiencia. Corrí entre las butacas pisando zapatos, esquivé a los

acomodadores y me introduje en su pequeño camarín iluminado por dos lámparas amarillentas. Juancito me siguió hasta la puerta, no se animaba a más; pero no me frenó como hubiera hecho mamá. Agustín Magaldi saludó sorprendido y me dejó entrar. Había un espejo, una mesita con ceniceros desbordados de puchos y dos sillas forradas en cuero bordó. En ese instante estaba guardando su guitarra, que “siempre me acompaña en las giras y me ayuda a componer mis obras”, dijo.

Ante ese genio tuve menos inhibición

que ante el tribunal de la radio. Su cara desnudaba una vejez que las fotos de *Antena y Sintonía* disimulaban. Me puse a hablar, porque no sobraba el tiempo. Le repetí —por si no me había escuchado bien— que era la hermana de Juancito, el joven que la noche pasada le había dado a conocer mi vocación artística. Agregué que estaba decidida a instalarme en Buenos Aires para desarrollar mi carrera. Parsimonioso, Agustín Magaldi apoyó el estuche de su instrumento contra la pared y me examinó de arriba abajo. Midió mi

escasa estatura, observó la melancolía de mis ojos negros y mi oscura melena corta. Evaluó con inocultable decepción mi pecho plano y mis piernas flacas. Estoy segura de que la escasa luz de ese camarín lleno de olor a cigarrillos ponía en evidencia la blancura de mi piel, el más atractivo de todos mis rasgos.

—¿Cuántos años tenés?

—Quince.

—Suenas a poco.

—Represento más —contesté altiva.

Sonrió.

—Tu hermano te apoya, parece.

—Sí, pero no mamá. Suspiró.

—Vuelvo a Buenos Aires pasado mañana: ¿qué ayuda puedo darte? ¿Necesitás una recomendación?

—Prefiero que venga a casa. Mamá prepara ricos almuerzos y tal vez usted consiga convencerla de que no es malo ser artista.

Quedó pensativo. Sonrió de nuevo.

—¿Puedo ir con mi esposa?

—¡Claro que sí! Están invitados. Esta

es mi dirección.

Juancito no lo podía creer. ¡Una de las voces más célebres de la Argentina iba a comer en casa!

—¿Cómo? ¿Lo invitaste a casa? —se asombró mamá—. ¿Viene con su esposa?

—Ya te dije que sí.

—Entonces está bien. Cocinaré un sabroso almuerzo.

La reunión en un fresco rincón del patio fue estupenda. La mujer de Magaldi era bonita y educada. Mamá se

sintió feliz: por primera vez la visitaban personas famosas y decentes al mismo tiempo, no como esos cochinos “hijos de la oligarquía” que me habían violado. Mientras disfrutábamos el almuerzo, le arranqué a mamá su aprobación. La arranqué, textualmente: la concedió de mala gana, extorsionada por mí ante la inquietante presencia de un artista cotizado. ¡Iría a Buenos Aires! Magaldi pidió una hoja de papel para escribir su domicilio.

Qué inmenso me parecía obtener aquello entonces y qué humilde en

comparación con los fastos madrileños. Al regresar a mi dormitorio después de la función teatral que habían dado en mi honor llamé por teléfono a Juan. Quería hablarle todas las noches para compartir con él la gloria de cada jornada. Mi retiro a la cama coincidía con su madrugón en Buenos Aires. Se despertaba puntualmente a las cinco y media, cualquiera fuese la hora en que había ido a la cama; era un militar que respondía como ninguno a la consigna “Temprano; al pedo, pero temprano”. Lo encontré feliz, porque el diario

Democracia comentaba con excelentes notas mis andanzas; los otros medios de comunicación, pese a su resistencia, no podían hacerse los distraídos y publicaban extractos de *Democracia*. Mi viaje era un triunfo en Europa, lo comentaban hasta en Estados Unidos y era un éxito superlativo en Argentina.

Trepar hasta esa cima había requerido mucho esfuerzo. ¡Si hubieran sabido de cuán abajo venía! El 2 de enero de 1935 subí al tren que me llevaría a la idealizada Buenos Aires. Tenía quince años, como reconozco ahora; antes me la

había pasado diciendo que viajé apenas cumplidos los trece. Por la ventanilla miraba las serenas extensiones donde crecían yuyos o cultivos. De vez en cuando emergía el globo verde de un ombú bajo el cual gozaba de sombra un rancho aburrido. Algunas vacas y caballos pastaban cerca de las vías. Jinetes solitarios los empujaban de vez en cuando hacia tierras más herbosas. Nos detuvimos con chirridos que hacían doler los dientes en poblaciones medianas o chicas para cargar y descargar pasajeros. Por fin llegué a la

Gran Capital, “la reina del Plata”. Dejaba episodios y escenarios que tenía apuro en borrar de mi memoria. Pero que no los pude olvidar y condicionaron el resto de mi vida.

Con el poco dinero que mamá puso en un rincón de mi equipaje llegué a casa de los Magaldi con una valija de cartón atada con una soga. Me dieron de comer y fui a una pensión que me recomendaron, cerca del Congreso.

Pretendía ser una pensión, pero no pasaba de casona vieja con pisos de mosaicos agrietados y paredes

descascaradas. Los techos se perdían en una altura inútil y las puertas tenían postigos para reducir el frío invernal o los sofocones del verano. Dos letrinas y un solo baño con ducha servían para todos sus habitantes, sin excepción. Por las mañanas se formaban colas para hacer las necesidades. No había papel higiénico, sino diarios viejos recortados con cierta prolijidad, reconozco. La galería de cuyo alero colgaban madreselvas, unía los cuartos. En el fondo estaba el comedor. Se servía comida a quien pudiera pagarla y decían

que costaba menos que en el boliche más roñoso. La sopa y el puchero eran servidos en platos de losa que pronto abandoné porque se me agotaba el dinero. Algunas habitaciones eran para hombres y otras para mujeres. En cada una había tres camas, menos que en una sala de hospital, claro. La bombita eléctrica sin pantalla, con pelusa y moscas muertas en su superficie colgaba en el centro, para todos; no se podía gastar electricidad con veladores.

Había aprendido a tomar mate en Los Toldos para condimentar las charlas con

mi madre. La bombilla de metal era siempre compartida por nosotras, así como se hacía en una rueda de amigos. La presencia de una boca sucia quedaba solucionada con un chorrito de la pava caliente que lavaba su extremo contaminado. Aprendí entonces a hacer buenos mates, con agua caliente pero no hervida; era necesario regar una pequeña porción de la calabaza por vez, así no se consumía demasiado rápido el sabor de la yerba; en la parte superior debía formarse espuma. El mate fue la solución de mi hambre. Mi monedero

adelgazaba y decidí saltar los almuerzos y las cenas de la pensión. Aunque decían que costaba poco, para mis recursos eran una fortuna. Mientras chupaba la bombilla frunciendo los labios, conseguía algo de paz. A veces me hacía un mate cocido en taza con la yerba usada y puesta a secar en un plato bajo el sol, como enseñaba un tango; era más rico y estimulante que el famoso té de los ingleses.

Compré zapatos usados de taco alto. Debía aprender a caminar con ellos haciendo equilibrio con los brazos y la

cabeza, porque realizaban la elegancia de una mujer y añadían ocho centímetros al escaso metro cincuenta y cinco de mi estatura real. Caminaba por el barrio de la pensión para acostumbrarme a los tacos altos y giraba los ojos en todas las direcciones para descubrir la oportunidad que me convirtiese en una actriz. Estaba asustada e impaciente. Daba vueltas a la mole del Congreso, intrigada por lo que sucedía en su interior, que imaginaba grandioso.

Al cabo de dos semanas reconocí que no me había sucedido nada importante,

sino la repetición de esguinces por mi torpeza con los tacos. También caminaba por la plaza rectangular que desembocaba en la avenida de Mayo, atestada de inmigrantes españoles. Hasta la voz de los canillitas sonaba en gallego. Al fondo veía la Casa Rosada precedida por la Plaza de Mayo con sus fuentes y la Pirámide, que evoca la independencia nacional. Ni aunque hubiese hervido de fantasías habría concebido que ese sitio me izaría a niveles de novela. Ni que desde uno de los balcones de esa inalcanzable Casa

Rosada hablaría con una voz más trepidante que la usada en mi fallida prueba de la radio.

Otra vez fui a pedirle ayuda a Magaldi, porque se terminaba mi plata y no conseguía progreso alguno.

—No —repliqué. Yo no quería ir al Conservatorio de Teatro. Con mi difícil escuela primaria era bastante, dije; la mayor parte de las artistas no hicieron estudios especiales. “Mi belleza y mi pronunciación mejorarán con las actuaciones”. Su mujer me escuchaba con una paciencia de otro mundo.

Magaldi no sabía qué hacer, con culpa por haber facilitado mi entrada a ese infierno. Les conté a cuántos lugares había concurrido desde la mañana hasta peligrosas horas de la noche. Con cuántos directores hablé y a cuántos actores rogué una migaja de atención. Confesé con lágrimas que algunos me miraban como a una idiota y me hacían salir, enojados. Otros junaban de reojo, calculaban si merecía ser llevada al sofá de su camarín, y algunos, directamente, cerraban con llave para impedir interrupciones. Tres se me tiraron

encima. Pude escapar, pero me dejaron en la cabeza un camión de pesadillas.

—Acaban de cerrar los burdeles — explicó Magaldi, sombrío— y los hombres consideran a cualquier mujer sola como una prostituta desocupada. Los agentes teatrales en primer término, por desgracia. Y los siguen de cerca los propietarios de los cabarets.

Magaldi extrajo de su escritorio un block y escribió cartas de recomendación al periodista y crítico Edmundo Guibourg, el director teatral Joaquín de Vedia y el actor José Franco.

Para entrevistarlos me puse la mejor ropa, que lavaba y planchaba con quirúrgica atención y, de ese modo, disimular su bajo costo. Gracias a Magaldi, Joaquín de Vedia me dio un papel, mi primer papel en Buenos Aires. La obra se titulaba *La señora Pérez* y yo hacía de una mucama que tan sólo debía decir “La mesa está servida”. Mis pasos sobre el escenario requerían aplomo y mis palabras sometimiento. Ensayé muchas veces mi actuación y dejé satisfechos a mis benefactores. En el escenario era otra: gozaba el placer de

presentarme ante un numeroso público y no me importó si lo hacía en el apagado rol de una mucama.

Después la hija de José Franco me contrató para otras obras, en las que sólo desempeñaría papeles mudos, como si no supiese hablar. No pude convencerla de mi talento para el recitado. El cachet era insignificante. Tuve que mudarme a un cuchitril más barato aún. No me afectó al principio, porque era una aventurera decidida a triunfar. Pero a menudo me doblaba el miedo, un miedo al que debía encerrar

en un paquete y clavarlo en mi estómago.

Las caminatas respirando angustia buscaban sin cesar nuevos trabajos. A mamá le mentía por carta que todo iba bien, que conocía gente importante, que pronto me ofrecerían un gran rol. Las jornadas aumentaban mis malos presagios, el monedero se desinflaba y mi cuerpo rugía hambre. Vagabundeaba sin rumbo y ya no podía seguir molestando a Magaldi que, indirectamente, confesó que no me quería ver más.

Caí en la vereda y me lastimé las rodillas. Me ayudaron hasta llegar a un banco de plaza, donde me dormí. Dormí muchas horas. Tambaleando regresé a mi tenebroso cuchitril, donde las compañeras de cuarto gritaron porque había encendido la luz a semejante altura de la noche. Creyeron que estaba borracha. Me insultaron.

El mate ya se había convertido en mi único plato. Almuerzo y cena. Nunca entré a pesarme en una farmacia para seguir negando mi adelgazamiento; por suerte mi espíritu de lucha no dejó que

me quebrase una enfermedad grave. Pero Dios me había condenado a desplazarme como una pobre diabla que imploraba en tono desgarrador un simple contrato. Lloraba sentada en los bancos de las plazas, porque se acercaba mi fin. Había fracasado.

9

Personajes para un
carácter

Se me nubla la memoria, quizás para

no recordar episodios atroces. Alguien cuyo nombre y cara se empeñaban en esconderse tras una pared negra me ofreció actuar como hermana de Napoleón. Era un papel secundario, pero suficiente para contonearme por las tablas y decir algunas frases. Esa magnífica propuesta regaló aire a mis pulmones. Mi piel de marfil iba a contrastar con el rugiente vestido imperial que debía ponerme. Pero mis pechos eran demasiado chicos para el erotismo de aquella época, cuando lo que se exhibía con mayor descaro eran

las tetas. Después de varias pruebas en las que casi me expulsaron, resolví la dificultad. Hice bollos con mis medias de muselina y las instalé bajo el escote para que simularan las voluptuosas esferas que no me había dado el cielo. ¡Estás sabrosa!, exclamó el mariquita que terminaba los últimos detalles de mi falda.

Después de una función le llegó a Eva Franco, la vedette central de la compañía, un ramo de flores. Lo mandaba un espectador que se negaba a revelar su identidad. Pero había una

tarjeta que decía “Eva”, no Franco, sino Eva, Eva Duarte. ¡Eva Duarte! Eva Franco decidió que jamás volvería a contratarme, porque conquistaba el apetito de los hombres con pechos formados con medias, el colmo de la falsificación. Pero era tarde para el Demonio: yo había conseguido demostrar que no era mala, aunque tal vez nunca llegaría a genio. Pronto conseguí modestos contratos para obras costumbristas menores. Hasta que llegó el milagro: una gira como actriz.

Antes no me dejaban dormir las

pesadillas; ahora, una incipiente felicidad. Las giras estaban reservadas para las grandes obras y las grandes estrellas. Escribí una carta exaltada a mamá y mis hermanas con esa noticia maravillosa: ¡Salgo de gira artística! La pieza se llamaba *El beso mortal*, un beso que trasmite la sífilis. Su sola referencia producía escozor. Se esperaba un triunfo espectacular. Yo representaba a una enfermera. Pero no fue una gira como la soñada, sino limitada a la ciudad de Mendoza, donde ofrecimos dos funciones diarias y tres

los domingos. Desde el comienzo del viaje empezaron a rugir los fantasmas. El director anunció con voz metálica que si las cosas llegaban a funcionar bien, todos estaríamos contentos; pero si no, ¡a aguantarse! No habría pagos inmediatos ni pasajes de regreso. En Mendoza exploté cuando en un ensayo nos tildó de pelotudas incorregibles. Con tremenda irresponsabilidad, le grité que más pelotudo era él, porque no sabía explicar sus instrucciones.

Aunque nos acompañaba su esposa, José Franco dejó esa noche su cama

matrimonial para meterse en mi camarín. Tenía bronca por mi reacción; cerró la puerta y con un tono que recordaba a los malditos “hijos de la oligarquía”, me ordenó que se la chupara. Se abrió la bragueta mientras añadía que mi resistencia lo obligaría a despedirme. Me puse a gritar: ¡Hijo de la gran puta! ¡Socorro! Alguien golpeó la puerta: ¿pasa algo? Franco me tapó la boca con tanta fuerza que casi rompió mis dientes. Esperó que volviera el silencio. Entonces me escupió y salió puteando.

No se repitió el incidente, pero

cuando regresamos a Buenos Aires fui informada por su ayudante de que quedaba excluida del elenco. Posteriormente, cuando creé la Fundación Eva Perón, decidí aplicarle a esa mierda una venganza sofisticada, de esas que pueden darse el lujo exhibir las mujeres de los Césares: lo designé funcionario insignificante y obligado de mi Fundación para hundirlo en la vergüenza. Nunca lo dejé acercarse a mi despacho, ni siquiera de rodillas, para que entendiera el mensaje.

Pero entonces, angustiada en la

reticente Buenos Aires, una paloma descendió para volar alrededor de mi cabeza. ¿Trasmitía algo? Miré sus patitas por si había un papel, como se acostumbraba en los tiempos de los príncipes. El mensaje llegó, pero no con un papel atado a la paloma, sino a través de mi compañera de cuarto en la pensión, que también corría la coneja y vino a abrazarme cuando aún la paloma seguía dando vueltas. Dijo que era fácil conseguir trabajo por intermedio de un gordo de horribles ojos saltones que se la pasaba en el café Real pellizcando el

culo de las candidatas. Pero no dejaba una sola sin su eficaz recomendación. Lo llamaban El Sapo. ¿Ese es el estupendo mensaje? —protesté decepcionada.

—Te hablo de la posibilidad cierta de conseguir un papel —repitió.

Caminamos por la concurrida avenida Corrientes que, tras su ensanche, se había llenado de carteles luminosos.

Llegamos al café Real, atestado de mesitas redondas, sillas tapizadas y muchos espejos enmarcados. Apantallando las nubes de humo divisé a

las chicas que hacían cola para circular en torno a una mesa lateral y poco iluminada, donde una mole de grasa les palpaba las nalgas mientras con la otra mano escribía sobre un block de papel. El asco me hizo rechinar los dientes, pero me sumé a la patética fila pensando qué decir, porque mi delgado culo no iba a conseguir gran cosa.

En diciembre de 1936 —a casi dos años completos de mi traslado a Buenos Aires—, El Sapo me confió el papel de la reina Catalina de Rusia en *Las inocentes*, escrita por la famosa

norteamericana Lilian Hellman, cuyo nombre me era completamente desconocido. Mi rol consistía en pronunciar un vocablo en latín y una oración en castellano que, juntas, no alcanzaban el minuto. Pero era la tira más larga que había conseguido hasta ese momento.

Fue increíble, pero mi culo escuálido lo había seducido —¿era pederasta?— y me pidió que regresase dos días después a una hora avanzada de la noche. Me ofreció un sándwich de jamón y queso con una taza de café con leche que ingerí

desesperada. Habló desgano de su caritativa tarea y me llevó en su auto último modelo a un departamento próximo, donde algunas veces por semana se la hacía chupar por las candidatas al escenario. Al día siguiente me acompañó al ensayo tomándome del brazo. Yo llevaba un vestidito de algodón azul, modesto pero planchado con esmero. Por lo menos en eso, en el planchado, le hacía caso a mamá. No obstante, al aparecer con esa bestia se levantó un vapor de resentimiento entre las demás chicas, porque los vestidos y,

en especial, las medias de las actrices debían ser de seda pura. Mis medias eran ordinarias y mi aspecto tenía una imperdonable opacidad. Para colmo, en esa ocasión usaba alpargatas vascas atadas con lazos blancos hasta la pantorrilla. No me las había puesto por fidelidad al denostado apellido Iburguren, sino porque los lazos inyectaban algo de erotismo al escaso erotismo de mi cuerpo. Se expandió un silencio molesto y yo le puse un cierre relámpago a mi boca. Se la tuvieron que tragar. Pensé que por fin mejoraba mi

suerte, aunque fuera junto a un monstruo.

La compañía del Sapo iba a Montevideo en un barco pequeño. Estaba sola y arrastré mi valija de cartón mientras las demás actrices llegaban acompañadas por algún pariente. Por primera vez crucé el mítico “río más ancho del mundo”. Me instalé en el puente, desde el cual podía disfrutar el horizonte convertido en una línea sin fin, que separaba el agua gris del cielo azul. Ningún otro río, pensé, era de verdad tan ancho. Miré embelesada el cónico monte que da

nombre a la capital uruguaya y bajé con una renacida —casi olvidada— felicidad. Un paseo por las calles coloniales me hizo recordar pueblos de mi provincia. Fui hasta la playa, experiencia que tampoco había gozado aún, y bebí su aire limpio, columpiado por la brisa.

Tras la segunda representación, mis compañeras se vengaron de los privilegios que me brindaba El Sapo. Muertas de risa, contaron que un crítico de familia adinerada describió a varias de las actrices y que de mí aseguró: Es

atractiva pero ordinaria, ni muy inteligente ni muy bruta; una chica como se encuentra a montones, y de evidente clase social inferior.

A Montevideo volví con la gloria de mi viaje a Europa, los baúles cargados de pieles, vestidos, zapatos, sombreros, mantillas. Y cofres que no se podían cerrar por el exceso de alhajas y condecoraciones. Ese joven crítico ya no podría repetir que era “una chica como se encuentra a montones”. Aunque si hubiera sabido mirar se habría dado cuenta de que antes tampoco lo era. Pero

hay gente a la que no hay más remedio que refregarle evidencias por la cara.

Mi gloria estaba en subida cuando se me ocurrió una idea de extremado riesgo: pedirle a Lilian que llamase a Ricardo para que reuniera en el Congreso a ciertos ministros, así yo podría hablar por teléfono con el que quisiera para transmitir iniciativas o preguntar sobre asuntos que me interesaba lucir ante mis interlocutores españoles. No me resignaba a perder las riendas que ya había comenzado a usar. Volvió compungida: su marido no podía

—dijo temblorosa— sin la venia del presidente.

—Lo tomaré como un gesto de rebeldía contra mi persona —respondí enojada.

Ella se torció los dedos y me miró con susto.

—Está bien —dije—, lo llamaré personalmente. ¡Ya verá!

Lilian seguía de pie, contraída. Pedí la comunicación delante de ella. La secretaria del doctor Ricardo Guardo lo puso enseguida al teléfono. Para

aflojarlo, simulé cortesía: pregunté por sus hijos y añadí que Lilian era una compañera perfecta. Guardo no esperaba que hundiese mi espada en el carozo del asunto antes de que terminara el primer minuto de nuestra conversación.

—Cuando le indique, usted convocará a los ministros que yo necesite, para recabarles información o impartirles directivas.

—Señora, con mucho gusto... Pero debo avisar al presidente.

—¡Le estoy dando una orden!

—Señora, con todo respeto... El presidente lo tomaría mal. ¿Por qué no le dice primero a él?

—¿Es usted tan ingenuo? ¿Supone que el presidente aceptaría dar la impresión de que es un débil que cede el mando a su mujer? Soy su seguidora más leal, incluso cuando hago cosas a sus espaldas. Debo cuidarle la dignidad. Por eso, de estas comunicaciones no debe enterarse. ¿Lo tiene claro?

—Sí, señora.

—Bien. Mañana lo volveré a llamar. Necesito que reúna en su despacho a los ministros de Trabajo, Asistencia Social, Salud Pública y Educación.

—¿Hablará con todos?

—Lo decidiré en ese momento.

—Sigo pensando que el General...

—¡No sea cagón! Hasta mañana.

Colgué el teléfono. Lilian seguía muda enfrente de mí, retorciéndose los dedos. Yo estaba empapada de sudor. Se había soltado la salvaje que llevo adentro. Abría un ancho y peligroso

camino en la jungla del poder.

Pero no era la primera vez. Arriba o abajo, siempre he tenido que mostrar los dientes y he sabido hacerlo. Como cuando rompí con El Sapo. Iba a montar una nueva obra en el teatro Astral. No me convocó esta vez, lo cual significaba un descarte. Hacía rato que ese reptil antidiluviano me esquivaba. Decidí presentarme a pesar de todo. Cambié mi ropa por la que conseguí prestada en la pensión. Me calé un sombrero de gran ala ancha que coloreaba de misterio mi abatido aspecto. Al llegar, un farabute

me ordenó hacer cola en una sala de espera, irrespirable por el humo de los cigarrillos. Rogué a la secretaria sentada ante la puerta que diese mi nombre al señor Sapo, que le dijera que era yo, Evita. La secretaria hizo pasar a otra candidata. Y otra. Y otra. Volví a pedirle, en un tono más exigente. A la quinta vez asomó la sudada cabeza de la bestia, que gritó: ¡Dejá de molestar! ¡Soy un hombre casado! ¡Pelotuda! ¡Tarada! ¡Infeliz!

Se me trabó la lengua, pero alcancé a murmurar con voz sometida que sólo

necesitaba trabajar. ¡Andá a trabajar de puta, aunque ni para eso servís! ¡Haberme acostado con vos no me obliga a nada, chirusa de mierda! Volví a hablarle con dulzura, tal vez porque no me quedaban fuerzas en la garganta. La sala de espera se había inflado de pánico. Volví a la calle y caminé ciega hasta pegar la vuelta, con una súbita tormenta en el alma.

Penetré en la guarida del Sapo haciendo sonar mis tacones como planazos de tambor. Atravesé la sala de espera asfixiada por la nicotina, donde

mis pobres colegas aguardaban como animales en el matadero. Hice a un lado a la secretaria y empujé la puerta de su despacho. La basura levantó sus ojos perplejos. ¿Otra vez aquí? ¡Te ordené que rajaras!

—Volví para decirte algo más certero que hijo de puta: volví para decirte que ¡ojalá te hundas en el horno y el diablo te queme el culo con un garrote bien lleno de espinas al rojo!

Antes de que se recuperase del estupor me retiré con un portazo que agrietó las paredes. Después sonreí por

esa imprevista y larga frase de letrina.

La calle me devolvió el aire que mi cuerpo exigía. Me quité los zapatos y marché descalza por las rugosas veredas hasta mi pensión, donde caí exhausta sobre el colchón duro y con olor a lana mojada. Esa Mierda (con mayúscula) era una de las tantas a las que entregaba mi escuálido cuerpo para conseguir un papel, cualquier papel, que reportase monedas y me permitiera crecer otro milímetro. Lo hacía tapándome la nariz. Pero era la única forma de conseguir algo. El Sapo fue mi peor experiencia

sexual, porque su mole de elefante me quebraba las coyunturas y su olor a sobaco me ahogaba. Ni siquiera sentía cuando me penetraba porque estaba aturdida.

Pronto llegó una relativa compensación. Tuve noticias de un dramaturgo serio llamado Armando Discépolo. Su hermano había compuesto el tango *Cambalache* en el mismo año que llegué a Buenos Aires, 1935. La letra de ese tango prendió como una hoguera, porque describía sin maquillajes la inmundicia de la

sociedad argentina. Volví a pedirle ayuda a Magaldi —que me la dio de mala gana— para ser recibida por Armando Discépolo. El dramaturgo fue amable y considerado. Iba a poner en escena una obra de Pirandello y me confió un papel donde sólo diría unas pocas palabras. Estaba tan decaída que se me saltaron lágrimas de gratitud. Pero las pocas palabras que pronuncié en el escenario alcanzaron para que un crítico de nombre como el mítico Guibourg no me juzgase “discreta” —la mejor calificación lograda hasta entonces—,

sino “¡graciosa!”. Este ascenso, sin embargo, no sirvió para mucho todavía. La obra sólo duró un par de semanas y de nuevo me quedé sin trabajo. Con ganas de matarme. De todas formas, desde aquí repito mi gratitud a Armando Discépolo y Edmundo Guibourg.

10

Joyas para los pobres

Nunca olvido mis orígenes. También en Madrid quise aprovechar las horas

libres para visitar un par de barrios pobres. No sólo me interesaban, sino que allí provocaría una gran sorpresa, estaba segura. Además, el embajador me había dicho que ya circulaban los calificativos Dama de la Esperanza y Primera Samaritana. Mis títulos principales eran esos, y valían más que el de Primera Dama. Esta actividad no figuraba en mi agenda, porque el gobierno de Franco no quería mostrar sus pústulas. Prefería que viese las maravillas de las artes españolas, el orden que reinaba en el país y la

confianza que merecía su gestión. Pero yo anhelaba un contacto de piel con la gente de verdad. Perón abrazaba pero no besaba; yo abrazaba, besaba y hasta me dejaba llenar de piojos por los chicos que venían a la Secretaría de Trabajo. La pobreza me había tatuado en la infancia y me seguiría mordiendo hasta después de la muerte.

En la segunda visita se acopló doña Carmen, aguijoneada por la curiosidad. ¿Qué suponía? ¿Que yo sólo hablaba del pueblo y nada más? ¿Que nunca toqué a un leproso real ni acaricié el pelo de

una niña infectada? Vestía joyas y pieles (pese al calor) para parecerles una figura celestial, para alegrar a gente que nunca estuvo cerca de una millonaria. Franco había consultado discretamente con Perón, algo preocupado por esta iniciativa, y Perón le dijo que me las sabía arreglar en esos lugares. Nunca doña Carmen había ingresado en lo que consideraba pozos del infierno. Le dije que no era el infierno, porque allí vivían santos. Pedí al chofer que nos introdujese en las profundidades del sucio amontonamiento. Al hombre no le

gustó avanzar por lo que consideraba un siniestro laberinto. ¿Sospechaba que se quedaría empantanado y sufriría un ataque de los leprosos? En silencio, se empacó como una mula creyéndome loca. Temblaba entre mis órdenes y su sentido común. Decidí no insistir, bajé del vehículo y tomé la mano a doña Carmen. Detrás quedaron aparcados los demás automóviles de la comitiva.

Mujeres y niños me reconocieron enseguida, desparramaron la noticia como el agua alborotada de un arroyo, empezaron a corear mi nombre; muchos

anhelaban acariciar mi ropa como si fuese capaz de producir milagros. No se daban cuenta de que me acompañaba la esposa del Caudillo porque estaban hipnotizados por mi aparición. Los dejaba mudos al meterme en alguna de sus casuchas y explorar las miserias que infectaban su interior. Daba la mano a todos, besaba a las mujeres y a los niños. No podían creer lo que sucedía. Repartí los obsequios con los que Lilian había llenado los baúles de los autos, pese a que varios conductores ni se atrevían a dejar el volante. Se tornaba

tan densa la aglomeración que a la media hora debió intervenir la policía. A los gritos, yo exigí que los trataran bien, porque eran mis “queridos descamisados españoles”. La gente saltaba de alegría como si estuviese en una cancha de fútbol. A los que se pegaban a mí les preguntaba qué necesitaban y le hacía un guiño a doña Carmen, para que lo tuviese en cuenta. En uno de los últimos autos viajaba el conde Torres y Torres, que se secaba la frente con su pañuelo de seda.

Para que no dejase de admirar las

grandezas de España —y compensar la impresión que me habrían dejado los barrios sucios— debía hacer una excursión al Escorial, decidió el protocolo. Lilian se ocupó de informarme sobre las características de ese monumento o palacio o santuario o tumba o qué sé yo cuántas cosas más. Mi incultura podría por fin meter hondo la pata. Ortega y Gasset —dijo— lo había calificado de “piedra lírica de España” y durante un tiempo se la consideró la octava maravilla del mundo.

Llegué con una numerosa comitiva y

me hicieron recorrer la oscura Basílica, los panteones reales y los recintos de Felipe II con olor a incienso. Era una combinación de solemnidad, poder y riqueza con amenazantes reflejos de caverna llena de murciélagos. A mi modesto entender, tenía poco de lírico (perdón, señor Ortega y Gasset). El obispo me había preparado un reclinatorio de oro, como si el exceso de oro no ofendiese la sencillez de Jesús. Luego me invitaron a almorzar en el Salón de los Embajadores, donde no se sirvió carne —seguro que para

hacerme sentir la ausencia de nuestras vacas— o para que no fuera a suponer que eran unos antropófagos capaces de comerse los muchos cadáveres que allí habían sepultado. En fin.

Por la noche de esa intensa jornada fui otra vez sorprendida. Me anticiparon que en la Plaza Mayor habría un homenaje de las cincuenta provincias españolas. ¿Cómo era posible que España, más chica que varias provincias argentinas, tuviera el exagerado número de cincuenta? A la noche refrescó, por suerte, pero los autos debieron avanzar

por entre la multitud que llenaba la Plaza. Al bajar levanté la cabeza y vi los balcones iluminados en derredor, con colgaduras y gente gritona que me arrojaba besos, vivas y flores. En el centro habían instalado un escenario alto, donde conjuntos que representaban a algunas provincias —¡menos mal que no a todas!— se iban a esmerar para lucir el máximo brillo de su música y danza. Así fue. Pero vino lo inesperado.

Varias delegaciones, al terminar su número, se acercaban a mi sillón. Los hombres hacían una reverencia y las

mujeres doblaban la rodilla con gracejo. Como si fuesen los Reyes Magos ante la cuna del Niño Dios, depositaban a mis pies trajes típicos confeccionados para mí con telas guardadas desde hacía años. ¡Se habían tomado el trabajo de averiguar mis medidas! Lo más increíble fue el obsequio de alhajas, que yo consideraba fantasías. Lilian las iba guardando en un cofre, que después iría a esconderse en la segura valija de cuero de chanco que vigilaba mi peinador.

—Señora de Guardo —advirtió un

edecán—, ¡tenga cuidado con las alhajas que recoge!

—Sí, las voy poniendo acá — respondió mientras dejaba el cofre en el piso.

—¡Son joyas verdaderas!

Miré asombrada. ¿También me regalaban joyas verdaderas?

Me hubieran venido bien en otra época. Incluso falsas.

Una vez acepté pasar el fin de semana en una isla del Tigre con dos amigas de la pensión y tres jóvenes desconocidos.

Pensaba averiguar en el trayecto cuál de esos hombres era el más conveniente para mi carrera. Confiaba obtener algo de dinero o un contrato. Pero no me dieron tiempo: uno de esos cavernícolas ni siquiera me dejó subir a la lancha porque le parecí “vulgar”. El mismo calificativo que me colgó el crítico de Montevideo. ¿Qué pretendía? ¿Que fuese la reina de Inglaterra? ¿Que vistiese como las colifatas de la oligarquía? Si hubiesen tenido rayos X, esos imbéciles habrían sospechado el meteoro que se escondía en mis entrañas

y que pronto, muy pronto, los haría temblar.

Mientras seguía implorando limosnas que sólo alcanzaban para un café con leche y pagar la pensión, mis suelas se habían agujereado. Para sumar otras llagas a la mishiadura cruel, ese invierno fue atroz. A cada rato me resfriaba y quedaba afónica, lo cual impedía ilusionarme con un nuevo contrato. En el hospital me inyectaban calcio para combatir mi desnutrición y alguna enfermera piadosa deslizaba en mi cartera un sobre con vitaminas.

Mi pronunciación se volvió torpe y mi léxico seguía carenciado. Pero mi cerebro era un tanque lleno de insultos, de resentimiento y de odio. En los agobiados pueblos de la pampa y en los suburbios de Buenos Aires esas palabras se escupen como tiros. Amplié el diccionario bélico con las maldiciones que aprendí en calles y hoteluchos donde el español se mezclaba con el italiano, con el francés, con frases camperas y códigos del hampa. Las mujeres “educadas” las oían, pero nunca brotaban de sus

delicados labios. Yo las largaba sin pensar, porque se habían acumulado en la boca de mi estómago y necesitaba vomitarlas antes de caer asfixiada.

Regresé por primera vez a Junín cuando Erminda se enfermó de pleuresía. Era grave y mamá pagó mi pasaje sin preguntar cómo marchaban mis finanzas. La pobre tenía fundadas sospechas sobre mi tétrica situación. Llena de culpa por mis fracasos, me senté junto a la cama de Erminda y sólo la dejaba para irme a dormir. En Junín me azotaron con las preguntas que yo

misma me había formulado en Buenos Aires. Sí, me azotaron, literalmente. Cada pregunta pellizcaba, porque hacía evidente mi error de ser actriz. No había tenido que rajarme de ese pueblo. En el largo tiempo transcurrido sólo había recaudado miserias en dinero y nada en prestigio. Mi carrera teatral era pura ficción. Pero como no quería defraudar a mi expectante familia, inventé excusas y perspectivas. No soportaba la idea de morir en Junín. Prefería ser enterrada en Buenos Aires, cerca de las luces que se negaban a iluminarme.

A mi regreso, por fin, caí enamorada.

11

La fiebre del amor

Jamás me había enamorado antes. Mi corazón sólo se abrazaba a las sonrisas

victoriosas de las revistas. Con ellas gozaba romances apasionados y me desplazaba en automóviles de lujo. La realidad era distinta, sin sonrisas ni automóviles. Mi cuerpo era sobado por cretinos, ante quienes simulaba amor, aunque sólo sentía repugnancia.

Me presentaron al director de la revista *Sintonía*.

El encuentro se debió a un concurso de jóvenes artistas que él había organizado con el propósito de armar un reparto para la comedia *Gruta de la fortuna*. Fue una aparente casualidad

dibujada por un diablito piola. Ese hombre era chileno y estaba radicado en Buenos Aires. Mantenía el agudo cantito de su país. Se llamaba Emilio. Su apellido eslavo era difícil de pronunciar e imposible de escribir. No vale la pena que me esfuerce por deletrearlo ahora. Había tenido noticias de que Emilio participaba en carreras de autos y era un eximio jugador de tenis. *Sintonía* se especializaba en las fotos de las celebridades que llenaban los cines y teatros y su publicación desbordaba las fronteras. En sus páginas había

aparecido la biografía de Norma Shearer que leí durante mi adolescencia. Para ser importante había que aparecer en sus páginas.

Sin imaginar lo que iba a pasar, para el concurso me bañé, peiné con esmero, me pinté los labios, elegí la mejor ropa interior (por si acaso), opté por el más rutilante de mis únicos cuatro vestidos y rocié mi cuello, pecho y muñecas con la colonia de una amiga. Así me habría aconsejado mamá. Era decisivo que me presentase como una triunfadora, no como un cachivache.

Cuando enfrenté al esbelto Emilio de sienes grises y ojos profundos, me atravesó el puñal de un enamoramiento a primera vista. Era elegante, sereno y de voz cálida. Tal vez se parecía a mi padre, cuando mamá había enloquecido por él. Era el tipo de hombre que necesitaba, no tanto para recibir caricias y besos, sino contratos, promoción y prestigio. Logré llamar su atención, porque mi entusiasmo había acrecentado los encantos de mi belleza infantil. Maniobré con los mohines de mi cara, mis manos y mi cuerpo hasta conseguir

que me incluyese en el reparto. Con la audacia que produce la desesperación, fui a verlo nuevamente y de alguna cueva misteriosa saqué temas divertidos. Inventé una historia de prosperidad rural, elogí a mis padres y conté maravillas de mis hermanas. Al tercer encuentro me invitó a cenar. Fuimos a la Emiliana, en calle Corrientes, donde saboreamos su famoso postre como cierre de un rico menú. Ya en el auto, propuso llevarme a su departamento para saborear un licor francés que acababan de regalarle. Me

negué, porque un comienzo tan rápido podía precipitar el final. Dije que me esperaba una amiga y le pedí que me llevase hasta un edificio de la aristocrática avenida Alvear. Sólo le di un beso en la mejilla y bajé rápido. Junto a una puerta labrada simulé tocar el timbre y saludé con la mano. Cuando su auto giró en la esquina me alejé casi corriendo y caminé media hora, con los zapatos en la mano, hasta llegar a mi cuchitril con olor a orina.

Para la segunda invitación me puse tanta colonia que su perfume llegaba

hasta la cuadra siguiente. Esa noche acepté entrar en su departamento. Caminé despacio para aumentarle la expectativa, me dejé sacar el abrigo y fui a sentarme en un amable sofá. Miré la decoración y los cuadros como si estuviese acostumbrada a un ambiente tan fino y, al mismo tiempo, tuviese interés en las pinturas. Bebimos un licor que guardaba en la heladera y volví a hacerlo reír con la producción de chistes que me brotaban mágicamente y de los que ahora no recuerdo ninguno. Las carcajadas facilitaron los roces de piel,

primero en las manos, luego en los hombros, más adelante en los muslos. Levanté mi tapado y lo usé como un velo para bailar de odalisca, reproduciendo las cómicas posturas que había ensayado cuando niña frente a la mujer paralítica de Los Toldos.

Emilio se dirigió al tocadiscos e hizo sonar la música de un tango. Me propuso bailar. Arrojé displicente el tapado mientras él me sujetaba por la cintura. Abrazamos las cabezas y los cuerpos. El ondular de la danza nos excitó. Teníamos pegadas las mejillas, yo sentía

su miembro erguido y su respiración en la oreja. En uno de los giros tropezó con la mesa ratona y caímos sobre el sofá. No intentó ayudarme a levantar, sino que me arregló los cabellos de sordenados mientras sonreía mirándome los labios. Poco a poco, tal como se bebe un licor que supera a todos los demás, fue acercando su boca hasta que nos unimos en un beso primero tímido, luego más profundo y por último rabioso. Labios y lenguas incansables nos acompañaron mientras nos quitábamos la ropa. Hasta que me penetró. Fue la primera

penetración que deseé con intensidad. Y que me produjo un indescriptible placer.

Luego de dormir en su cama nos despertamos al unísono. Volvimos a sonreír y besarnos. Yo estaba enamorada y él también (parecía). Su abrazo era protector. Su piel desnuda causaba estremecimientos porque tenía un vello dorado bajo el cual se percibía la fuerza de sus músculos. Me miraba con cariño. Rozó mi mejilla con el dorso de la mano, como si fuera un bebé. Volvimos a besarnos. Él lo hacía con arte. Nunca arrimaba sus labios sin provocar antes

mi deseo.

En bata fue a pedir a su mucama que nos preparase un desayuno en la terraza. Nos duchamos juntos y me divirtió corroborar que me llevaba una cabeza de altura. Después de vestirnos siguió acariciando mi nuca, mis orejas, mi cuello. Nos sentamos frente a frente, rodeados de flores. Nunca había visto algo tan hermoso, excepto en películas y revistas. Bebí jugo de naranja y café con leche. Había una cesta con frutas, una bandeja llena de tostadas, un cubo de manteca, tres tipos de quesos y cuatro

potes de diferentes mermeladas.

Pedí que me llevase a las oficinas de *Sintonía*. No quería que se enterase donde yo estaba viviendo. Además —se lo dije sin vueltas— necesitaba que me contratase para un buen rol teatral. Me lo merecía, afirmé (insegura).

—Dame un poco de tiempo, ya verás.

—Entonces dejame en la avenida Santa Fe. Debo probarme unos vestidos —mentí.

—¿Nos vemos de nuevo esta noche?

—¿No estás cansado? —guiñé.

—Te paso a buscar a las nueve.

—No. Mejor nos encontramos en la Emiliana otra vez.

Fue otra noche estupenda. Regresamos a su departamento. Confirmó que su arte en la progresión erótica era impecable. Bailamos varios tangos, una milonga y dos valeses. Bebimos champaña. Sus labios se acercaban a los míos como animalitos traviesos. Ensayaban un toque breve, una solitaria nota de violín. Luego otro roce. Seguía así hasta que yo también me aproximaba y se ponía de manifiesto mi

arrebato. Su boca se pegaba entonces a la mía y me apretaba con suavidad el labio superior, luego el inferior, los dos juntos, otra vez el de arriba, otra vez el de abajo. Me desvestía con mezcla de apuro y amor. Pintaba con más besos y caricias cada área que exponía al aire, como un ángel cuyos dedos consiguen estar al mismo tiempo en todas partes. Yo ardía de ganas para que su cuerpo se uniese al mío como una tenaza que se cierra para siempre. Nunca había gozado de esa forma y con tanto frenesí.

A los pocos días me vi retratada en la

revista que había inspirado la mayoría de mis sueños. Quedé tan estupefacta que empecé a cometer errores. ¡Qué idiota, por Dios! En lugar de acrecentar ante él mi importancia tomando con dignidad los avances, derramé mi acumulada e infantil angustia. Emilio era una fantasía convertida en realidad. En consecuencia, lo buscaba sin pausa, lo acosaba a deshora y lo llamaba por teléfono veinte veces por día. Ese hombre deportista, galano y amador me había llenado de fuego. Necesitaba su continua presencia, porque no verlo era

como haberlo perdido. No supe calcular el efecto demoledor que esa conducta cansadora generaría al poco tiempo. Es verdad que conseguí más contratos, pero no fue bueno. Cada contrato aumentaba mi voracidad y disminuía su pasión.

Cuando Emilio se tomaba un recreo en el Delta con amigos, amigas o completamente solo, yo lo perseguía hasta su isla en el primer yate que ofrecía un lugar vacante. Las salpicaduras del agua me energizaban tanto que hasta quería nadar para llegar más rápido. El exceso de engrudo en el

vínculo terminó por agotar su tolerancia. Era lógico. ¡Cuánta irresponsabilidad la mía! Una madrugada en su departamento, con la taza de café en la mano, me habló con sonido de velorio.

—Evita, lo nuestro termina aquí y ahora; definitivamente.

Intenté disuadirlo, pero depositó su taza y se fue. Rara vez usaba semejante forma, pero cuando la usaba, era el punto final. Junté mis prendas y me fui chorreando mocos. El mundo, el destino o vaya una a saber seguían obstinados en apedrearme. Para mi sorpresa, *Sintonía*

publicó otra foto. Quizás de consuelo. Emilio no era mala persona y yo fui demasiado inmadura. Esto me serviría de lección para cuando enfrentara al hombre definitivo.

12

La causa de las mujeres

En esa época no podía imaginar que una mujer pudiera abrirse camino sin

pasar por un hombre. Recién cuando tuve algo de poder fui capaz de conocer el otro lado de la luna. Me convertí en una obsesionada por sus derechos. Hice mucho, aunque no lo suficiente. Las mujeres eran en todo el mundo un adorno o una sirvienta o una diversión o una máquina reproductora. Sólo brillaban algunas excepciones y las socialistas bigotudas en especial.

En España tuve una trascendental entrevista: me invitaba la Sección Femenina de la Falange a conocer su sede y reunirme con la fundadora, doña

Pilar Primo de Rivera. ¡Una Sección Femenina! El apellido Primo de Rivera me sonaba desde que empecé a vincularme con los militares argentinos que perpetraron el golpe del 4 de junio de 1943. Recordé que lo elogiaban como un faro en medio de la desorientación universal. Lo odiaban los comunistas, y si los comunistas lo odiaban —me enseñó Perón— algo bueno debía de tener. Yo ignoraba la ideología y las funciones de la Falange. Tampoco sabía que la hermana del combativo José Antonio Primo de

Rivera, doña Pilar, había fundado esa sección femenina. Y no sospechaba que de ahí vendría la inspiración para organizar a mi regreso el Partido Peronista Femenino.

El encuentro me dejó enseñanzas y bronca. Doña Pilar defendía a las mujeres, pero encerradas en sus casas. Esto coincidía con las ideas del jesuita Benítez y mi deseo de enterrar mi pasado de actriz, poco vinculado al hogar. Pero había aspectos que...

—Nos falta talento creador, señora Eva, hay que reconocerlo —dijo sin

vueltas—. Dios lo ha reservado sólo para los varones. Nosotras no hemos inventado nada. Sólo podemos interpretar, mal o bien, las obras que los hombres nos dan hechas.

—Pero así las mujeres seguiremos marginadas —protesté con dulzura.

—No, marginadas no. Ubicadas. Es diferente.

—Me cuesta entenderla.

—Mire, cuando fundé la Sección Femenina de la Falange, adopté el emblema del yugo y las flechas, que

había instituido mi hermano, Dios lo tenga en su gloria. Pero agregué dos mujeres como arquetipos. Una fue la esposa del rey Fernando y la otra una esposa de Dios. Me refiero a Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús. Debía buscar sus apoyos sobrenaturales para encauzar la vocación femenina de servir. Es a gente sencilla y obediente como Santa Teresa a quien el Padre reveló grandes secretos y dotó de virtudes enormes. Se entregó a su misión con toda la fuerza. Lo mismo cabe decir de la reina Isabel.

Desde el lugar donde ahora escribo podría retrucarle que ninguna de las dos sabía mucho del hogar, Isabel por ser una reina dedicada a la guerra y Santa Teresa por haber permanecido encerrada en un convento. Pero me callé, porque entonces lo ignoraba. Muy mal, carajo.

Clavó sus ojos en mis pupilas antes de decir “Señora Eva, usted puede ser otra Santa Teresa, pero no con la pluma, sino con la acción”. Y agregó, con el mentón desafiante:

—Nos embarcamos en una revolución nacional-sindicalista, por la patria, el

pan y la justicia.

—¿Es la base de su doctrina?
¡Pensamos igual, entonces! Patria, pan y
justicia.

—Creo que sí. Nuestra Sección
Femenina despierta en las españolas
mucho fervor. Hay que ser femenina y no
feminista. Feminista significa ser
hombruna, perversa. En cambio
femenina significa exaltar los valores de
nuestro género: lealtad, ternura,
sacrificio, modestia. Debemos proceder
como educadoras de nuestros hijos y
fanáticas compañeras de nuestros

esposos.

Esa lección me duró hasta el final de mi existencia terrenal. En *La razón de mi vida* usé párrafos de doña Pilar, una fascista sin atenuantes. Ella depositó brasas en mi corazón y me volvió demasiado conservadora. Ahora se dice reaccionaria. Sí, reaccionaria. Sometida al supuesto hogar, como un templo donde estábamos seguras, cultivábamos nuestro espíritu y hacíamos el bien. No fui una mujer moderna. Por eso, aunque llegué a convertirme en el mayor aparato de publicidad de Perón y obtuve una

dimensión personal que parecía excederlo, me la pasé machacando que yo era su producto, su apéndice. Ahora me doy cuenta de lo boluda que fui. La mujer no debe ser instrumento de nadie, ni considerarse un producto de otros, ni reducirse a un insignificante apéndice. Así pienso ahora, lejos de las circunstancias que me hicieron simular algo distinto de lo que en el fondo quería mi temperamento.

Nos despedimos con un abrazo. Estaba fascinada con Pilar. Idiotamente fascinada.

13

Un hombre en la noche

Pierina Dealessi era una inmigrante que gracias a sus conexiones de familia

había podido formar una compañía de teatro. Había cosechado varios éxitos cuando me vio en el concurso que organizó Emilio. Ella escribió más adelante que yo era una cosita transparente (textual), fina, delgadita, con cabellos negros y carita alargada. Después de mi catastrófico final con Emilio me vio en la platea del teatro y me invitó a su camarín. La asustó mi pinta de cachirula descangayada. Con ojos húmedos me ofreció un contrato. Era por monedas y acepté, lógicamente. El horizonte se había vuelto un yermo.

La obra se puso en cartel enseguida. Debíamos trabajar todos los días de la semana, hasta los lunes. Los domingos dábamos cuatro representaciones seguidas. Extenuante. Por la tarde nos encontrábamos para tomar algo. Yo prefería el mate, al que Pierina, mirándome con lástima, le agregaba un chorrito de leche. Estaba tan flaca que no se sabía si viviría o moriría en el próximo mes. Por la desnutrición, mis manos estaban siempre frías y húmedas. También era fría en mi trabajo de actriz y no despertaba pasión a casi nadie.

Para compensar ese defecto acrecentado por la mala suerte, me volví sumisa. Algo que estaba en el otro polo de mi carácter. Excepto cuando simulaba alegría, a todas horas me aplastaba la depresión. Comía poco por falta de recursos y después por falta de costumbre.

Pierina Dealessi era soltera y vivía con su madre. Con ternura me invitaba a menudo, después del teatro, a quedarme en su casa. Era peligroso regresar sola a mi descascarada pensión cuando sonaban las tres de la mañana. En el

comedor me abría un catre junto a su enorme baúl de inmigrante que guardaba como recuerdo de los tiempos iniciales.

Por esa época tenebrosa me empezó a cortejar un actor joven de cuyo nombre no quiero acordarme —como dicen que dijo don Quijote—. “¿Qué habría visto en mí?”, me preguntaba con lógica, porque no tenía plata, ni cuerpo, ni le abría las piernas con ganas. Hasta llegó a proponerme matrimonio, cosa que me dejó muda. ¿Alucinaba? Para demostrar la seriedad de su propósito, ese joven tan raro me invitó a instalarme en su

departamento. Instalarme, sí. Estaba confundida, dudaba de la realidad. Entonces le pedí visitarlo antes de mudarme. Era lógico y él aceptó. El departamento brillaba como un palacio. Simulé indecisión, pero a los diez minutos corrí a buscar mis pertenencias. No podía desaprovechar semejante ofrecimiento. Acomodé mis pilchas, le abrí las piernas con más entusiasmo y empecé a llevar una existencia algo más tranquila. Después de años conseguía disfrutar deliciosas horas de sueño y comidas normales. Pero así como ese

joven emergió de la niebla en una escarchada noche de invierno, una tarde, al regresar, me azotó un invierno más terrible. El departamento estaba completamente vacío.

El sinvergüenza se había llevado la cama, el ropero, la mesa, las sillas, las ollas, los cubiertos, los platos y hasta el espejo que colgaba en el dormitorio. Imposible de entender. Recorrí la siniestra vacuidad con pasos de borracha. ¿Qué fue todo esto? ¿Solamente una pesadilla? Por lo menos no era ladrón y dejó mis prendas

amontonadas sobre el piso, junto a la pared. Mi cerebro estaba bloqueado por una desilusión mezclada con una fatiga de plomo. Era absurdo, estas cosas sólo les pasan a quienes están meados por el diablo. Con manos inseguras, torpes, rearmé mi trajinada valija de cartón y caminé las cuadras que me devolvían al tugurio del que partí soñando con un traje de novia.

Las crueles jornadas se agravaron a partir de entonces. Ya soplaban los olores de la muerte. Recorría calles donde se ponían en escena obras que me

ignoraban, preguntaba en los bares por directores, productores, actores y demás “ores”, hasta que me echaban por cargosa. Parecía haber regresado a mis primeros días en Buenos Aires, pero hueca de ilusión. Volvía al cuchitril para tumbarme sobre mi colchón hediondo. Dormía hasta el mediodía porque no tenía otra cosa para hacer y, de esa forma, salteaba el desayuno para el que no me quedaba ni un trozo de pan. En ese período me revolqué con muchos, pero como un bloque de hielo que se deja frotar y romper, sin sentir otra cosa

que repulsión, en especial cuando ese sacrificio no me deparaba un solo contrato. O tal vez los contratos no aparecían porque era un bloque de hielo. Fue tan dura esa etapa que llegué a perder el sentido del tiempo y mi lugar en el espacio. Era una hoja seca que el viento empujaba de un túnel a otro.

Cierta noche, deambulando por la fría calle Corrientes, me detuve ante la ventana de un bar, porque un individuo hacía grandes ademanes en medio de un círculo atento, asombrado. Con la temeridad de alguien rendido, dispuesto

a morir, envuelta en mi tapadito, entré al bar y me acerqué al grupo. Permanecí de pie, en silencio, como una estatua que sólo desea escuchar. Una de las mujeres se conmovió por mi aspecto agónico y me invitó a tomar asiento junto al que hablaba. No lo conocía, pero después supe que era el escritor y periodista Roberto Arlt. Aunque en Buenos Aires casi todos hablan con ampulosos gestos, ese hombre me causó sorpresa, quizás por su tono, quizás por su cara con un frondoso mechón que le cubría la mitad de la frente, quizás porque movía las

manos, los brazos y la boca con más intensidad que el más teatral de los italianos.

El mozo depositó delante de mí una taza de café con leche humeante, que ni siquiera había pedido. Agradecí con un murmullo, porque suponía que no me estaba permitido interrumpir la conversación. Alcanzaba con haber sido invitada a sentarme y beber algo. Pero cuando me estaba llevando la taza a la boca, Arlt tocó mi codo. Se movió la taza sobre el platito y un poco del café con leche se derramó sobre mi falda.

Arlt, asustado, empujó su silla y, sin ningún empaque, hincó una rodilla en el piso y con la mano izquierda sobre el corazón pidió disculpas. Mi vecina me alcanzó una servilleta que arrojé al piso, indebidamente enojada. Corrí al baño para limpiar con jabón las manchas de mi ropa.

Cuando volví con los ojos enrojecidos por las lágrimas, él me acomodó una silla con la elegancia de un paje y ordenó otro café con leche, acompañado de medialunas recién salidas del horno.

—De nuevo, señorita: perdón.

—No se preocupe. De todas maneras, pronto me voy a morir.

—No, antes moriré yo. Le aseguro.

Roberto Arlt falleció al poco tiempo, en efecto: el 26 de julio de 1942. Yo moriría en la misma fecha, pero diez años después.

14

Papeles estelares

Dodero me llenaba la cabeza con datos sobre la Falange, José Antonio

Primo de Rivera, el avance de los Rojos para dominar la anémica República Española y los estragos de la Guerra Civil, que había sido el prólogo de la Guerra Mundial. Estaba apurado por convertirme en una adherente del nazifascismo (por si Perón era lento en su prédica). Me desasnó al contarme sobre el bombardeo al pueblo vasco de Guernica, que había ocurrido exactamente diez años atrás. Yo no tenía ni la más puta idea sobre qué eran Guernica ni la legión Cóndor de Alemania. Esa legión ensayó en

diversos puntos de España cómo barrer poblaciones enteras, provista del consenso que les había dado Franco y sus adictos. Tampoco sabía quién era el pintor Pablo Picasso.

—¡Un comunista! —sintetizó Doderó.

El enclenque gobierno de la República Española le había encargado pintar un cuadro sobre la destrucción de Guernica para conmover al mundo en la Exposición Internacional de París. ¡Y lo consiguió! Guernica se convirtió en un emblema universal contra la guerra. Pero no detuvo la guerra; así les pasa a

las obras de arte, agregó el armador. Guernica había sido una aldea de seis mil habitantes sobre la que cayeron cincuenta toneladas de bombas en turnos sucesivos de aviones rasantes. Produjeron un incendio que duró tres días. Fue el comienzo de la carnicería que pronto arrasaría toda Europa. Mi estupor y la amenaza de lágrimas provocaron que Doderó impidiese una errada toma de partido.

—Se exageró lo de Guernica con fines de propaganda, señora. Aviones de Mussolini habían bombardeado Durango

con un número parecido de víctimas. Hubo otras acciones de la legión Cóndor en el sur. Pero tampoco los republicanos se privaron de bombardear y asesinar alegremente. No son las inocentes víctimas. En su haber hay muchas Guernicas que no se nombran. Querían convertir la República Española en otra Unión Soviética.

—Pero... pero ¿no hubo represalias de Inglaterra, Francia?

—¿Se refiere a las democracias? No, señora. Las democracias dudan, negocian, esperan, calculan. Lo

sucedido en España fue una prueba categórica de su impotencia. Ninguna se jugó por los republicanos, de la misma forma que fueron incapaces de impedir el rearme de Alemania. Al final ganaron la Guerra Mundial por razones que aún no están claras, fue un triunfo equivocado, como dice el general Perón.

¿Puede un triunfo ser equivocado? Jamás le llevaría la contra a Perón en política. Pero si nadie se hubiera equivocado conmigo, ¿habría llegado tan lejos? Miren cómo fueron las cosas: al terminar el invierno, las fotos que el

bueno de Emilio me había hecho publicar en *Sintonía* resucitaron como el verde de las plantas. Por casualidad (¿existen las casualidades?) las había recortado cierto personaje que habló con otro personaje y este con un tercero, hasta que se despejó mi ingreso a una radio. ¿Qué haría en una radio? ¿No había sido mi primera frustración? Fui a la prueba y recité mi especialidad: los poemas de Amado Nervo. Pero con más énfasis y dramatismo que cuando los repetía de forma mecánica en la escuela y ante el primer tribunal. Puse tanto

empeño que prendió el milagro: me contrataron de primera actriz para una serie de novelones escritos por un tal Héctor Blomberg. ¡Primera actriz! Inverosímil.

Con el objeto de promocionar mi programa, los directivos de la emisora pagaron dos nuevas y grandes fotos mías, una en blanco y negro, la siguiente en colores, que aparecieron en diarios y revistas. En la primera mis cabellos oscuros estaban peinados hacia arriba con postizos; en la segunda caían desordenados sobre mis frágiles

hombros, una imagen que muchas décadas después se empezó a usar para mostrarme más suelta que con el severo peinado tirante. Yo dejaba que los peluqueros hicieran lo que se les viniese en gana, porque no confiaba todavía en mis propios gustos. Mi cerebro se había bloqueado otra vez, pero ahora de felicidad.

La pareja de mi aventura radial era Pablo Raccioppi, casado y con hijos, razón por la cual su cercanía me generaba resentimiento: yo consideraba que esa bendición me había sido

vedada. En consecuencia, hablaba con excesiva ansiedad cuando lo miraba, y los asistentes se ocupaban de corregirme a diario. Insistían que debía transmitir sensualidad, llorar de veras, gritar desesperada, implorar socorro. Aprendí mucho. Representaba a la sirvientita que se enamora del hijo del patrón, quien termina seducido, pero es incapaz de seguir hacia el matrimonio por las cadenas sociales que traban su conducta. Estaba interpretando mi propia tragedia sin darme cuenta, porque debía negarla para sobrevivir. Era la reproducción

argentina de la Cenicienta, una Cenicienta de las pampas a quien el príncipe le retacea su amor porque sabe que es sólo eso, una miserable Cenicienta de las pampas: dulce, casta, pobre, débil, hermosa e infeliz. Despreciable. Mi retrato.

La serie aumentaba el número de oyentes de semana en semana. Los novelones radiales eran un fenómeno maravilloso, mucho más efectivo que las piezas de teatro. Retornó la sonrisa a mi cara; hasta la repetía frente al espejo. Las revistas de moda me sacaban fotos

por lo menos una vez al mes. Ya era alguien. ¡Gracias, Emilio, nuestro equivocado amor no fue en vano!

El novedoso medio de comunicación se difundía a todo galope por el país. Los pueblos que carecían de electricidad recibían camiones equipados con parlantes para hacer oír hasta varias cuadras a la redonda la música y las voces que se emitían desde las poderosas centrales radiofónicas. Cada familia anhelaba comprarse una radio. A la tarde, cuando llegaba la pausa para el mate, se desparramaban

por el aire las conmovedoras peripecias de la sirvientita y el hijo del patrón. Yo conseguía atorarme en los sollozos y gemidos. Mi sufrimiento era compartido por millares de personas. La tensión que generaba en los oyentes a lo largo de meses y meses se resolvía hacia fin de año, cuando la tierna criatura lograba perforar barreras sociales y obtenía el amor de sus sueños. Las almas simples e iletradas suspiraban y se regocijaban conmigo. En cambio las almas de la oligarquía, como si hubiesen comenzado a sospechar que les crecía el peor

forúnculo de la historia, se burlaban de mis ondulaciones tangueras y de la mala pronunciación de muchas palabras.

La suerte me empezaba a guiñar. La repercusión de esos novelones incrementó mi naciente fama. La radio, los productores y demás “ores” estaban contentos. Las revistas publicaban comentarios y reportajes. Pronto fui invitada a participar en papeles —muy secundarios— de tres películas. También pude actuar en nuevas obras de teatro, donde mis frases eran más largas y frecuentes. Los hombres que se me

acercaban no eran tan vulgares y dejé de entregarme por monedas. Comía mejor: en unos meses conseguí mejorar los ángulos sepulcrales de mi rostro, aunque seguía la palidez.

Había cada vez más fotos mías en las revistas; tal vez muchas adolescentes las recortaban y guardaban como yo había hecho cuando chica. Poco a poco me convertía en una actriz respetable. Incluso ya tenía múltiples personalidades, como cualquier actriz. Me subyugaba ese aspecto. *Sintonía* y *Mundo Argentino* me mostraban suave,

cándida y pasiva, porque así gusta a los conservadores. En *Damas y Damitas* era una mujer moderna que lucía un osado short playero. La tapa de *Radiolandia* publicó un hermoso dibujo en el que resplandecía como una erguida dama aristocrática. En *Guión* provocaba en traje de baño, con una pose desenfadada y los ojos traviesos; es decir, la tonta que se deja manosear por un cómico en el teatro de revistas. En *Cine Argentino* ascendí hacia el mayor desparpajo, porque apenas cubría mi cuerpo desnudo con una sábana. Era

evidente que aún no había fijado mi específico carácter, porque cambiaba los ángulos del ring: de virgen ingenua pasaba a vampiresa irresistible. Por supuesto que me gustaba la ambivalencia o, mejor dicho, la multivalencia. Y así seguí, fue mi característica dominante, incluso cuando llegué al poder: gozaba de los lujos y besaba a los descamisados, castigaba a mis enemigos y llenaba de obsequios a los leales, era al mismo tiempo una glamorosa Primera Dama cargada de joyas y la austera combatiente llamada

“Evita de los humildes”.

En medio de esa etapa se produjo un golpe de Estado que cambió la historia del país y proyectó la mía hacia el centro del sol.

El golpe tuvo lugar el 4 de junio de 1943. Los militares expulsaron al presidente Castillo, cerraron el Congreso y amordazaron la libertad de expresión. Se apoderaron de las radios por las buenas o las malas. Intimidaron a los disidentes. Destacados científicos y artistas fueron despedidos. Los nuevos dueños del poder no tenían vergüenza en

expresar sus simpatías nazi-fascistas. Ordenaron componer y difundir una marchita triunfal para imponer optimismo en el país, y era obligatorio cantarla hasta en las escuelas. Se terminaba la democracia ineficiente — insistían— y comenzaba el grandioso renacimiento nacional. Yo no entendía una letra de política, pero supe que en lugar de recurrir a productores, directores, actores y demás “ores”, debía conseguir el amor de los militares.

—Son más mierda que los políticos —me advirtieron en la pensión.

—El nuevo ministro de Instrucción Pública, Hugo Wast, es un antisemita fanático.

—¿Qué es un antisemita? —pregunté.

El nuevo director de Telecomunicaciones prohibió difundir “tangos negativos” (*Cambalache* en primer lugar), de esos que denunciaban las pústulas sociales. En cambio recomendaba el folklore con moral y patriotismo, “lo nacional”. También quería someter a censura los libretos de las radionovelas. Para eso había designado un funcionario con colmillos

de tigre, que iba a despedazar cualquier palabra inconveniente. Prohibió a la popular y querida Niní Marshall por “deformar el idioma” y convocó a los artistas, guionistas y productores para informarnos sobre la estricta nueva situación.

Me entusiasmó concurrir. Descubrí mis ganas por conocer el interior de las fortalezas donde se elaboran las grandes decisiones. Moví mi red de contactos para ser incluida en el grupo que iría a reunirse con el temido Director. Trepamos escaleras de mármol y fuimos

ubicados en una espaciosa antesala con piso de parquet. Amplios ventanales rodeados por cortinas aumentaban el lujo. Soldados rígidos escoltaban las puertas con picaportes de bronce. Para mi sorpresa, apareció un conocido en el séquito del imperial coronel-director de Telecomunicaciones. Se trataba de Oscar Nicolini.

Nos pusimos de pie para saludar el majestuoso ingreso de las autoridades. Nicolini me reconoció a la distancia y sonrió afectuoso. Había sido comensal de mamá en Junín, cuando viajó a ese

pueblo como delegado de Correos para investigar la denuncia de mi hermana Elisa, que trabajaba en sus dependencias. Sí, la denuncia de mi hermana contra un sujeto que la perseguía hasta en los baños. Nicolini se enamoró de mamá y la empezó a visitar con tanta frecuencia que su legítima esposa le rayaba la espalda con los golpes de un palo de amasar cuando volvía y en una oportunidad le fisuró un omóplato.

Al final de esa reunión Nicolini se acercó para invitarme a mantener una

conversación privada. Era un hombre de pelo gris, simple y cordial, algo avergonzado de su relación con mi madre. Se sentía obligado a ofrecerme ayuda y propuso presentarme al director de Telecomunicaciones, según él, un coronel de mucha influencia entre los oficiales del Ejército.

Al día siguiente me introdujo en la oficina principal, donde los guardias nos dejaron pasar sin bajarse el fusil del hombro. La sala era deslumbrante, con alfombras, paredes enteladas, cuadros, un escritorio gigantesco de roble, sillas

y varios sofás. El coronel vestía uniforme blanco y de su pecho colgaban condecoraciones cuyo significado no entendía. Saludó con parsimonia, despidió a Nicolini y me invitó a tomar un café con vajilla inglesa. Se acomodó en su sillón giratorio, encendió un cigarrillo y, con calma llamativa, repitió los lineamientos de su programa en materia de comunicaciones, tal como lo hizo el día anterior. Parecía que gustaba repetir las directivas para meterlas como clavos en la cabeza de sus interlocutores. Me sorprendió al

contarme que había escuchado algunas de mis novelas radiales y dijo que no debía estar inquieta, porque si aceptaba defender el nuevo proyecto nacional, podría ofrecerme una tarea superior.

Me sedujo rápido y manifesté mi coincidencia con su programa —que sonaba grandilocuente al pedo: sólo me interesaba el contrato—. Estaba dispuesta a trabajar a sus órdenes, dije. Sólo recordarlo me pone la piel de gallina. ¡Qué débil e insegura estaba en esos instantes: hubiera aceptado un pasaje al infierno! El coronel, para

sellar nuestro pacto, me invitó a cenar. Le bastó otra cena para llevarme a su salón lujosamente amueblado y manosearme como habían hecho los anteriores “benefactores” que soporté en mi carrera. Pero era un hombre más higiénico y eyaculaba rápido, lo cual hacía menos penoso el sacrificio.

El fruto no tardó en llegar, porque interpretaría a mujeres más importantes que la trivial sirvientita de la pampa. No representaría una campesina iletrada que se enamora del hijo de su patrón, sino a las inmortales señoras de la historia:

Isabel de Inglaterra, Catalina de Rusia, la emperatriz Carlota, la emperatriz Josefina, María Antonieta, Eugenia de Montijo, Lady Hamilton. El golpe de Estado quería rodearse de nombres gloriosos. Trabajarían para mí dos libretistas, uno de los cuales se llamaba Francisco Muñoz Aspíri, el que después se convertiría en un reiterativo escriba de mis discursos. Con ansiedad me metí por primera vez en una Biblioteca Pública para saber algo de esas damas que jamás se mencionaron en mi escuela, excepto María Antonieta.

Por la noche reapareció Agustín Magaldi. ¿Qué hacía junto a mí? El pelo ondulado le cubría un ojo y venía a felicitarme. Quería subrayar sus méritos por haberme traído Buenos Aires. Estaba dispuesto a cantarme un tango para brindar y levantó su guitarra. “Vine sola a Buenos Aires”, corregí molesta. Su sonrisa desapareció y dejó de hablar. Yo no sabía qué decir ni qué hacer. Me sentía incómoda, como nunca había estado antes. La expresión de su cara comenzó a modificarse, porque la sonrisa no era dulce, sino cínica. Se

arrojó sobre mí y mordió mi cuello. Me ahogaba. En mi desesperación tendí la mano hacia el cajón superior de mi mesita de luz y agarré las tijeras. Empujé violentamente hacia un lado y le clavé las tijeras en el pecho. Cayó al piso y de su camisa brotó un chorro de sangre. Desperté mojada, con los pelos ensopados.

Permanecí encogida en la cama, sin entender qué me pasaba. Recién ahora lo entiendo: no merecía interpretar a esas mujeres. O eso sentía entonces, antes de sumarme yo misma —la personaje Evita

— a la galería.

La gente del común, en cambio, creyó en mí mucho antes que yo misma. En España me reservaron el palco principal de la Plaza de Toros para una corrida. Jamás había visto algo así. Mis asistentas me adornaron con una flor en el pelo y cubrieron los hombros con una mantilla de encaje. Cuando aparecí, estallaron fragorosas ovaciones, como si fuese Catalina de Rusia, María Antonieta o Isabel de Inglaterra. Me apoyé sobre la baranda del palco forrado en terciopelo y adornada con

claveles. Saludé con la mano y sonreí feliz. Me llamó la atención ese público, que no era como el que asiste a una cancha de fútbol o va al teatro. Era un público bien vestido y burbujeante a la vez. Las mujeres usaban peinetones, lucían joyas, echaban aire con abanicos de nácar y se cubrían con mantillas de diversos colores.

La alegría del recibimiento se empezó a opacar cuando irrumpió el primer toro resoplando furia. Sus cuernos se adelantaban en busca de un objetivo donde clavarse. El capote rojo del

torero ondulaba para desafiario, ofenderlo y aumentarle el odio. El hombre vestía un traje ajustado que parecía bordado con rubíes, oro y plata. Era correcto llamarlo traje de luces. Sobre su camisa blanca se extendía una angosta corbata negra. Sus medias eran también blancas y hacían contraste con el bordó de los pantalones adheridos al muslo y sus flexibles zapatos. Tenía cintura estrecha y nalgas pequeñas. Se movía con donaire y sus giros respondían a una afinada coreografía; era un experto bailarín sobre la arena

caliente. Cada vez que salía ileso de una embestida la multitud coreaba frenética ¡Ooo-lé! ¡Ooo-lé! Algunos jinetes se ocupaban de picar al animal con sus lanzas cuando le disminuía la agresividad. Después de varios encuentros en que parecía que el toro derribaría al torero, este, con evidente coraje, lo miró a sus grandes ojos apuntándole con un par de banderillas. Esperó que la bestia corriese a matarlo, decididamente, y, cuando estuvo cerca de lograr su cometido le clavó las banderillas y esquivó el sudado cuerpo

con estilo impecable, erguido sobre las puntas de los pies. La Plaza volvió a explotar en gritos y aplausos.

El lomo del animal se cubría de sangre. Las rutilantes banderillas hacían contraste sobre el negro del lomo y el cobre pálido de la arena. Entonces vendría el final previsible: una estocada de quirúrgica precisión.

Comenté que no me gustaba el papel del toro. Era la víctima, un pobre condenado desde el comienzo para divertir a la gente.

El edecán me explicó que esa justa no estaba vinculada con quién vence a quién, sino en el modo perfecto de acabar con el animal. El toro triunfa si deja al descubierto los errores del torero o su cobardía para proceder con eficaz elegancia.

—Me parece un espectáculo salvaje. ¡Qué quiere que le diga! Me hace sufrir.

Un funcionario de la cancillería, que estaba a mi lado, intentó una explicación más convincente.

—Tiene usted razón, señora, al

relacionarlo con la barbarie. Los españoles venimos acá para sacarnos el bárbaro que llevamos dentro, quien menos, quien más. Por eso tal vez fuera de este sitio somos buenos seres humanos, como usted nos elogió. Le aseguro que el español que en la calle se comporta como un bárbaro no es aficionado a los toros.

Sonreí sorprendida.

Continuamos la conversación manteniendo puntos de vista opuestos. El quiso explicarme que el toro y el torero cuentan con las mismas

oportunidades para imponerse. Y que ya eran varios los toreros despanzurrados.

—¡Sangre!... —repliqué—.

Entusiasmo por la sangre, sea del toro o del torero.

Ninguno pudo vencer en el debate. Descubrí que los españoles no sólo hablan mucho y con un acento encantador, sino que son geniales para sacar de la manga interminables argumentos. Al lado de mi balcón estaba el conde Torres y Torres, que me saludó con una ostentosa reverencia.

15

La Cenicienta de las
pampas

En su momento, cuando tuve la

premonitoria sospecha de que se me acercaba un agitado tiempo político, puse distancia con los novelones que sólo se referían a damas de la realeza o la aristocracia. Fue una correcta intuición. En un reportaje señalé que casi todas las mujeres de la serie eran almas torturadas. Con gran capacidad de amor, es cierto, pero no me identificaba con ninguna. Yo no era reina, ni emperatriz, ni dama de alcurnia: provenía del pueblo. Era imposible esa identificación. ¡Mentí, claro! Me identificaba con todas, precisamente

porque fueron trágicas, doloridas y, más aún, ¡reinas! Agregué otras mentiras para despistar a los calumniadores que ya olfateaba. Dije que las comprendía, pero fuera del micrófono no existían para mí. Otra mentira: soñaba con ellas. En otro reportaje agregué que yo era una mujer tranquila y hogareña... ¿Tranquila? ¿Hogareña? Me enfurece recordar esas agachadas.

La serie no pudo completarse. Pero, en compensación, me dieron más acceso al cine. Un acceso limitado, porque sólo conseguí convertirme en la protagonista

central de una sola película que, misteriosamente, describía como una adivina mi destino. El nombre de esa película era *La pródiga*, basada en un texto de Pedro Antonio de Alarcón. Sobre esto, muy significativo, hablaré pronto.

A los escasos días de la promesa que me hizo el coronel, recibí un pagaré increíble, el más abultado de mi vida — casi toda la Grande de Navidad—, extendido por Radio Belgrano. Ese dinero, abundante como el producto de un gran asalto, me permitió abrir una

cuenta bancaria, alquilar un hermoso departamento, actualizar el guardarropa desde los pies a la cabeza y abandonar para siempre los cuchitriles donde había recalado temblando de frío. Y mandar fajos de billetes a mi familia. Corrió la especie de que me había ido a vivir con ese arrogante coronel. La verdad es que el primer departamento cuyo alquiler pude pagar con mis recientes ingresos estaba cerca del suyo, pero no era el suyo.

Gracias a ese sujeto corrupto, vacío y soberbio conocí a varios de los

militares que formaban la camarilla (le decían “logia”) del GOU (Grupo de Militares Unidos), que había empezado a formarse en 1940, cuando existía democracia en la Argentina. A la logia la integraban oficiales nacionalistas que pretendían impulsarnos hacia un glorioso amanecer. Se basaban en los subyugantes ejemplos de Mussolini y Hitler. Querían obtener el control de todos los sectores y todas las actividades. En síntesis, “ir por todo”.

Yo consumía argumentos e ilusiones como saldos de retazos. No los podía

coser y muchos me resultaban incomprensibles. No me interesaban sus comentarios sobre el curso de la Segunda Guerra Mundial, porque se desarrollaba al otro lado del mundo y nunca llegaría a Buenos Aires. Mencionaban a un francés llamado Maurrás y a un español que era Primo (¿Primo? ¿Hermano?) de Rivera, cuya hermana conocí después, como ya dije. Lo que sí despertó mi curiosidad fueron las referencias al alud de oro que ingresaba en las arcas nacionales por la necesidad de alimentos que estrujaba a

una Europa bajo fuego.

Pese a mi ignorancia, busqué recursos para seguir alternando con estos militares. Eran una nueva clase, atada a las demás, pero superior. Se la adulaba y respetaba. El solo ingreso de un oficial alumbraba el ambiente. Sin embargo, yo mantenía las fuertes raíces de mi origen. Una noche lluviosa pedí a mi taxi que se detuviera junto a una mujer que sostenía a un hombre casi desmayado. Le dolía el corazón, así que lo llevé al hospital más próximo. El médico de guardia lo examinó y empezó

su tratamiento. Consolé a la esposa y me quedé toda la noche para acompañarla. Ella no sabía cómo agradecer mi gesto. Cuando supo que era la voz de las telenovelas que escuchaba con fanatismo, cayó de rodillas, como ante una aparición de la Virgen. La abracé para calmarla. En eso llegó un amigo del enfermo, que era un obrero anarquista y se quedó boquiabierto ante la escena. Nos volvimos a encontrar en los días siguientes, cuando coincidíamos en nuestras visitas de apoyo a la angustiada mujer. En la conversación aparecieron

los temas que escuchaba en boca de los militares: nacionalismo, guerra, revolución social. Con amistosa sonrisa me explicó sus desacuerdos con el GOU, pero coincidía en la necesidad de ser más justos con los que menos tienen. Más adelante ese hombre llegó a ser uno de los dirigentes de la CGT y se convirtió en un cercano colaborador mío. Provenía de la miseria, como yo. Y como yo, tenía urgencia de justicia social. Me explicó varias cosas que entonces no pude entender bien. Dijo que Hitler y Mussolini usaban el

nacionalismo, la discriminación y la ayuda social para conseguir poder. Que su objetivo y su enfermedad eran el poder, sólo eso. Mentían al asegurar que luchaban por el pueblo. El pueblo era su víctima. Desencadenaron la Segunda Guerra Mundial para conseguir más poder del que ya tenían. Eran sanguinarios. Hipnotizaban, fanatizaban. Nada bueno podía resultar de esa tendencia. No era la revolución que traería justicia y felicidad.

—Pero esa guerra está llenando de oro las arcas argentinas.

—Sí. ¿Y qué uso harán de ese oro los militares?

—Aseguran que beneficiarán al pueblo.

Me sonrió con lástima. Esa sonrisa y más explicaciones aumentaron mi confusión. Yo deseaba creer que mis nuevos protectores eran ángeles. No sabía que el director de Telecomunicaciones fue designado por iniciativa de otro coronel que tenía mucho ascendiente en el GOU, llamado Juan Domingo Perón. Tampoco sabía que, sin la menor pista, nos estábamos

buscando Perón y yo. El rafañoso destino (o Destino, para darle la jerarquía que merece) entrecruzaba nuestros pasos para demorar el encuentro, como se hace en las obras con tensión.

Durante su estada en Europa como diplomático militar, Perón había aprendido que era necesario el control de la radio. También había comprendido que los sindicatos jugaban un papel central en la política. Por eso impulsó la creación de un sindicato radial: la Asociación Radiofónica Argentina, para

“defender los intereses de sus trabajadores”. Como mi presencia ya era familiar en ese ámbito, figuré entre los fundadores del gremio. Era mi primera acción con maquillaje de combatiente.

Siguió el juego de las escondidas. Mi olfato anunciaba la cercanía de un gran acontecimiento, aunque sin poderlo maliciar. Perón era viudo y le faltaba la compañía de una mujer joven y bonita. Por el momento se consolaba con una adolescente llamada Piraña (¡vaya nombre!) a la que de ningún modo podía

mostrar en público como su compañera. Era un seductor, pero no tenía tiempo para los laberintos del noviazgo. Las que más le atraían eran las menores de edad y las actrices. Pidió que le organizaran una recatada fiesta con chicas atractivas para enlazar alguna. La reunión, animada con tragos y música fue amena, pero no derivó en el deseado enganche. Perón rondaba los cincuenta pirulos y las muchachas seleccionadas no llegaban a los veinticinco. Surgió entonces el nombre de una ausente: Zully Moreno, la más bella y envidiada actriz

de esa época. Fueron a verla dos señoras de confianza, pero Zully se negó al trámite de forma cortante. Como Perón era tenaz, repitió la oferta. Y le devolvieron otro rechazo. Entonces tuvo la ocurrencia de buscar en el ámbito que más lo atraía: la radio.

Ahí circulaban locutoras, recitadoras, cantantes. En dos ocasiones ingresó a la exitosa Radio Belgrano. Distribuía sonrisas, apretones de mano y hasta abrazaba. Su calidez llamaba la atención. Era elegante y algo gordito, pero denotaba un estilo diferente al de

los demás oficiales. Lo saludé desde lejos y él me vio. Pero no pude acercarme. Seguía jugando el destino, feliz con nuestra ansiedad; quería prolongar el hambre del esperado encuentro.

Para la Nochebuena de 1943 Perón volvió a Radio Belgrano con el propósito de transmitir un saludo a la nación. Sabía que ese mensaje llegaría al corazón de las masas. Y lo hacía él, en nombre de todo el gobierno. Lo rodeaba una pequeña escolta y lo acompañaba su “señorita hija”, como

informó la prensa. Esa “hija” era la impresentable Piraña que un campesino de Mendoza le había confiado para educarla en la gran ciudad. No sé si él la educaba, pero ella le servía para las tareas domésticas y para satisfacer su sexo. En esta ocasión tampoco pude acercarme, pero volví a saludarlo agitando mi mano por sobre varias cabezas.

Tres semanas después tembló la tierra y se produjo el más destructivo terremoto que registra la historia del país. Demolió la ciudad de San Juan,

produjo millares y millares de muertes, millares y millares de heridos, millares y millares de huérfanos. Los noticieros cinematográficos hacían llorar a las plateas. La flamante asociación que yo había colaborado a crear —sin sospechar sus indirectas consecuencias— organizó un ciclópeo festival artístico en el estadio Luna Park para reunir fondos destinados a las víctimas.

Desde la madrugada los actores concurrimos a las oficinas de Perón en la Secretaría de Trabajo. Allí se planificaban los detalles del acto y la

secuencia de actuaciones. El coronel atendía en persona, de uno en uno. Jamás se había visto que un gobernante recibiese de esa manera a sus visitas. Sus asistentes se desplazaban entre nosotros para mantener la calma y enderezar la fila. Pasaron muchas horas, se hizo tarde, estábamos cansados. Un vocero informó que ya se había cerrado el programa. El coronel pedía disculpas a quienes no pudo recibir, pero invitaba al acto en el Luna Park de todo corazón. Fue otra jugarreta del destino, que ya se quedaba sin carretel: tenía que permitir

la llegada del maravilloso desenlace.

Mientras nos alejábamos, las amigas que pudieron verlo quedaron enamoradas. Contaron que cada entrevista le llevaba a Perón pocos minutos, pero inyectaba una impresión imborrable. “Tiene la sonrisa de Carlos Gardel.” “Recibe de pie, con los brazos abiertos, la cabeza tiernamente inclinada hacia un lado.” “Mira con una picardía dulce.” “Su apretón de manos es caliente y dura mucho.”

Un día antes, por la céntrica calle Florida, los actores y las actrices cuyos

rostros aparecían en las revistas de espectáculos hacíamos sonar las alcancías para que los paseantes introdujeran su óbolo. La gente saludaba agradecida, solidaria y muchas personas pronunciaban nuestros nombres como señal de reconocimiento. Pocas veces escuché decir Eva Duarte con tanta insistencia. De repente se produjo un tumulto en el centro de la calle. A unos veinte metros se erguía la figura cuadrada de un militar vestido de blanco. Escuché gritar “¡Es el coronel Perón!”, “¡Es el coronel Perón!”, “¡El

que habla por radio en favor de los pobres!” Procuré abrirme camino a los codazos. El verano asfixiaba. Con un pañuelo me secaba la transpiración de la frente y el cuello, para que me viese bonita. Era difícil alcanzarlo: la multitud se volvía compacta en su derredor y la custodia amenazaba con usar sus bastones.

Tal vez me vio, tal vez le impresionó mi mirada ardiente, tal vez advirtió los saltos que daba para compensar mi baja estatura. Me indigna la cantidad de imposibles frases que se me atribuyen en

esa etapa de acercamientos. Algunos embusteros aseguran que hasta le había hablado en la Secretaría de Trabajo y afirmé: “Su causa es la del pueblo, coronel, y por lejos que haya que ir, me pondré de su lado”. ¿Creen que hubiese tenido tiempo para desenrollar semejante parrafada? También aseguran que le dije con histriónica seriedad que la plata es de los pobres y había que quitársela a los ricos. Es verdad que en un par de años dejé de ser la Cenicienta de las pampas para convertirme en la Robin Hood de Argentina, pero no lo

sabía entonces. También me asignan otra parrafada idiota: “Coronel, no es bueno para su reputación que aparezca en compañía de actrices”. Yo, ¿qué era? ¿Tan otaria como para hablar contra mi propia profesión? Él comentó veinte años después de mi fallecimiento que le aparecí en esa oportunidad (por lo menos no precisó que en la calle Florida) con una larga cabellera rubia. ¡Absurdo! Mi pelo era más negro que una noche sin luna. También agregó otros falsos recuerdos de ese instante, que sólo podían haber ocurrido después:

dijo que cuando le hablé se inflamaron mis mejillas, que mis manos estaban enrojecidas por la tensión y los dedos crispadamente entrelazados. En realidad, de todo eso tuvo noticias más adelante, cuando nos tocábamos, peleábamos y cogíamos.

16

Maniobras de conquista

Jamás había pisado una universidad, excepto cuando me dieron el *honoris*

causa en La Plata. Los estudiantes argentinos eran enemigos de Perón. Así que en esa visita a la Ciudad Universitaria de Madrid, donde me agasajaban sus estudiantes, me sentí emocionada, lo reconozco. Luego de cumplir con una ceremonia en el Claustro me condujeron a un pintoresco encuentro de Tunas. Eran jóvenes ataviados con capas negras, listos para divertirme con canciones picarescas. No tardaron en hacerme sonreír y hasta lanzar carcajadas. Tuve el impulso de decirles algo:

—Quiero contratar a algunos para llevarlos a Buenos Aires. Pagaremos en pesos oro. ¿Saben para qué?

Me miraron intrigados.

—Díganme... ¿saben para qué?

Dejaron de respirar.

—Para que enseñen a los jóvenes argentinos, ¡que son bastante otarios!, a piropear con más ingenio a las chicas.

Una estudiante muy bonita dio un paso adelante y, con audacia, me encaró:

—Señora, ¿no sería mejor traer los

argentinos a Madrid? Porque este arte se aprende aquí o no se aprende en ningún otro lugar del mundo.

—¿Cómo te llamás?

—María Consuelo Velarde, señora.

—Bueno, estoy segura de que si María Consuelo Velarde fuese a la Argentina, con su belleza y temeridad, inspiraría a los otarios argentinos.

Aplaudieron frenéticos. Ese modesto triunfo me entusiasmó: había puesto en práctica un gesto demagógico. Seguramente alguien les habría

explicado qué era la demagogia, pero en ese momento ninguno se avivó. Yo tenía cierto aprendizaje porque Perón, en ese rubro, era un maestro.

Siempre lo fue. Siempre supo cómo llegar a la gente, digan lo que digan. El acto del Luna Park tenía que ser vibrante. Convertirse en la noticia más fuerte del mes. Había sido promocionado por todos los medios de comunicación. Empezaba a las cuatro de la tarde y se extendería hasta la medianoche. Una multitud empezó a agolparse ante sus puertas desde la

mañana. Los policías sudaban con los bastones en alto para impedir una irrupción violenta en el estadio ya lleno. Cada vez se hacía más difícil franquear esa barrera, ni siquiera esgrimiendo una credencial de privilegio. Fui con Juana Larrauri, a la que yo designaría diputada nacional. Un pariente del músico Homero Manzi nos reconoció y propuso ayudarnos. Al invocar el famoso nombre Manzi un grupo de agentes aceptó abrirnos paso. Entonces un estampido de protestas brotó de quienes no lograban entrar. Con un poco de vergüenza por la

avivada marchamos a través de corredores que temblaban por los gritos y aplausos de las tribunas.

Cuando penetramos en el estadio grandioso y delirante, el escenario principal flotaba en el centro, sostenido por numerosos reflectores. Un mar de butacas, bancos y tablones se extendían llenos de gente hasta perderse en la oscuridad. Bramaba un fragor de guerra, como en las películas y los documentales. La multitud ondulaba al ritmo de las ovaciones. Empujamos entonces entre los cuerpos comprimidos.

Codos, rodillazos, tenacidad y la palabra “permiso” nos permitió alcanzar el borde del alto escenario, colgado de las luces. Arriba, un locutor anunciaba el número siguiente. Pude agarrarle la botamanga y se la tironeé tanto que casi le bajé los pantalones. Sacudiendo mi credencial de artista le exigí que me permitiese declamar una poesía. Me arrancó la mano y aulló “¡No seas loca!” “¡Por favor, anunciame, no te vas a arrepentir, soy Eva Duarte!” “¡Imposible!”

Se sucedían las grandes figuras sin

que pudiese lograr mi objetivo. Durante horas desfilaron Hugo del Carril, Libertad Lamarque, las orquestas de Canaro y D'Arienzo, Zully Moreno, las jóvenes hermanas Legrand. Hasta que se levantó un ramalazo de gritos que interrumpió la secuencia: ingresaban el presidente de la República en persona, acompañado por el secretario de Trabajo y dieciocho uniformados más. El locutor imploró silencio reiteradas veces.

Luego de que esas autoridades se instalaran en la primera fila reservada y

custodiada, el locutor invitó al presidente de la República, general Ramírez, para que lea su discurso. El hombre caminó hacia el micrófono, extendió una hoja de papel y pronunció un mensaje formal, sobrio y agradecido. La gente aplaudió durante un minuto. Después le tocaba al coronel Juan Domingo Perón, secretario de Trabajo.

Perón no traía papeles. Se acercó al micrófono y mantuvo de pie con el objetivo de generar suspenso. La multitud empezó a aplaudir. Entonces, con amplia sonrisa, levantó los brazos,

los abrió grande, los unió, los volvió a separar y los sacudió hasta conseguir que el bullente estadio se transformase en el volcán más rabioso del planeta. Dejó transcurrir varios minutos mientras gozaba la buena respuesta a su gesto paternal. La ovación no cesaba. Y a él no le importaba demorarse. Había visto en Europa cómo se debía actuar ante las masas. Transcurridos varios minutos, cuando se insinuó un descenso de la borrasca, hizo señas de apaciguamiento. No sería el público quien dejaba de aplaudir, sino que dejaba de aplaudir

porque él lo solicitaba. El progresivo silencio se extendió hasta la oscuridad de los bancos más distantes. Aguardó otros segundos y su voz grave, lenta y segura empezó con una palabra que volvió a desencadenar el entusiasmo:

—¡Compañeros!

No dijo ciudadanos, compatriotas, señoras y señores, sino “compañeros”. Era la primera vez que alguien desde la cima del gobierno calificaba de ese modo a la gente. Trasmitió electricidad. Y esa electricidad se volvió más intensa cuando empezó a desarrollar su

discurso. Comparó los huérfanos de San Juan con los huérfanos de la Argentina, que son sus sufridos trabajadores. Unió la desgracia del terremoto con la crónica desgracia de quienes padecen injusticias sociales. Esta desgracia crónica sería el centro de una acción revolucionaria —afirmó—, para llegar a una solución definitiva de los problemas que herían al país. Así como la sociedad se unía para brindar ayuda y consuelo a las víctimas de San Juan, era preciso unirse para dar pan y justicia a los trabajadores.

La palabra “trabajadores”, repetida con fervor, desencadenaba aplausos frenéticos. Algunos ojos derramaban lágrimas. Muchos gritaban de pie. Este hombre es un mago, me dije.

En veinte confortables sillones de mimbre permanecían sentados los invitados de honor. Cerca de la medianoche se retiró el presidente, junto a los ministros y algunos oficiales. Por fin quedaban lugares libres en ese podio inasequible. ¡Mi oportunidad! Se abrió camino a mi lado el coronel Domingo Mercante, a quien había visto un par de

veces en la Secretaría de Trabajo. Le rogué que me ayudase a llegar hasta esos sillones vacíos. Sonrió con picardía. Me tomó de la mano, apartó a varios guardianes y me invitó a seguirlo por las atiborradas escaleras. Llegué hasta la fila imperial y comencé a desplazarme rumbo a Perón esquivando zapatos.

Me vio el torvo director de Telecomunicaciones. Sorprendido y molesto, increpó en voz baja: “¿Qué hacés aquí?”. Sin contestarle palabra me senté en el lugar disponible que había entre él y Perón. Mi insoportable y fugaz

amante no podía disimular su desagrado; no quería que se supiera de sus amoríos, porque aspiraba a ser un ejemplo de casta moral cristiana. Entonces, para sacarme de encima o evitar los chismes, tuvo la ocurrencia genial de presentarme a Perón.

Miré fijo al apetecido coronel. Vestía su uniforme blanco lleno de condecoraciones. Enseguida me tendió una mano gorda y cálida. Además, giró su torso para verme mejor. Sus ojitos brillantes y achinados atravesaron mi cuerpo. Sonreía, como siempre.

Entonces le dije las palabras que no se cansan de repetir mis biógrafos: ¡Gracias por existir!

Sorprendido, contrajo la frente. En aquel tiempo esa frase no era un lugar común y no tuve la picardía de exigir un copyright por mi creación. Los periodistas y fotógrafos, que no daban pausa a su trabajo, captaron que yo le hablaba sin cesar. Me brotaban ideas y temas desde la secreta fuente que tengo en mi alma y que en momentos decisivos provee chorros generosos. Los periodistas no podían leer mis labios ni

acercarse, de modo que se quedaron sin ese material. Lucía un vestido negro, guantes negros y sombrero también negro con una gran pluma blanca. Desde ese sitio, entre frase y frase que trataba de pronunciar con el encanto de un hada, vislumbraba el hormigueo de la multitud que aún me consideraba prescindible. Era una artista novata junto a un hombre aureolado de poder. En otras palabras, una rasca y un príncipe.

El director de Telecomunicaciones prefirió marcharse con Juana Larrauri, lo cual, lejos de significar una ofensa,

me regaló un alivio celestial. Perón — quizás por haber padecido fracasos con otras artistas y advertir el frenesí que me embargaba— propuso que fuésemos a un restaurante después del espectáculo. Los organizadores del festival habían preparado un suntuoso brindis al que Perón renunció con palabras cariñosas: “Lo siento, muchachos, pero nos vamos a cenar con algunas chicas; mejor para ustedes, así les queda más para comer”.

Susurró unas indicaciones a su custodia y pronto estuvimos sentados en su gran coche oficial. Me llevó al

restaurante Edelweiss, sobre la calle Libertad, donde ya nos habían preparado una mesa. Varios mozos se desplazaban a nuestro alrededor y dos discretos agentes nos cuidaban.

Antes de sentarse se disculpó, para ir a lavarse las manos. Al regresar lo vi refrescado, con sus cabellos más fijos por la perfumada gomina. Sonreía sereno y su voz era pausada. Irradiaba una tranquilidad contagiosa. Dejé de mirar a los comensales que nos habían visto y se trasmitían opiniones al oído. Le pregunté si estaba cansado. Dijo que

un poco, porque solía acostarse temprano, pero que esa vez valía la pena una traspasada por lo que había pasado y, quizás...

—¿Por lo que va a pasar?

Sonrió mirándome a los ojos. Le propuse repasar las actuaciones más notables. Aceptó sin entusiasmo, porque le interesaba la respuesta del público más que la calidad de los artistas. Me sorprendió enterarme de que sabía de mis novelas radiales y de mi activismo en la Asociación Radiofónica. Era evidente que me había relojeado en los

encuentros anteriores, aunque estuvimos lejos. Advertida de sus preferencias, tuve la piolada de no extenderme en comentarios sobre las orquestas y los cantantes, sino que me centré en la potencia de su discurso. Lo analicé frase tras frase, porque lo había memorizado más rápido que mis papeles teatrales. Levantó las cejas, asombrado. Dije que me fascinaba su forma clara y excitante de dirigirse al público, la pasión que inyectaba a las palabras “compañeros” y “trabajadores”, sus referencias a la justicia. Me agradeció poniendo su

mano sobre el dorso de la mía. En su mirada percibí que le había llegado hondo.

Después hablamos sobre la revolución del 4 de junio. No se le debieron escapar a sus antenas mis huecos en materia política, pero advirtió que en mi cabeza y en mi pequeño cuerpo había un desborde pasional. Era suficientemente pillo para evaluar su conveniencia.

Caminamos tranquilos hacia la puerta suscitando murmullos entre los comensales que nos reconocían. En la

puerta esperaba su auto, cuya puerta fue abierta por el chofer con una reverencia de paje.

—¿Adónde te llevo? —sus ojos se entrecerraron.

—Adonde ya tenés planeado, mi coronel.

De esa forma recalé en su departamento.

Supuse que todo se iría a la mierda.

Me había ofrecido un vaso de vino; prendió la radio para que nos inspirase la música a bajo volumen; me abrazó y

besó en las mejillas, el cuello, la boca. Sus manos robustas se desplazaron por mi espalda y mi pecho. Me encogió la vergüenza de mi escaso busto, pero eso no le importó, porque se detuvo un rato haciendo círculos en torno a los pezones. Después bajó a mi vientre y pasó a explorar mis nalgas. Sus caricias subieron y bajaron por mis muslos, como si desearan memorizarme por el tacto. La ropa de ambos fue cayendo, pero la suya no quedó en el piso, sino que colgó la chaqueta y los pantalones en un perchero. Era militar. En ropa

interior caminamos abrazados hasta su dormitorio. Podíamos seguir escuchando la música mientras nos quitábamos las últimas prendas. Me puso boca arriba y me montó apoyando sus manos sobre la almohada.

Pero no se le produjo la erección.

Con prudencia le toqué el bajo vientre y procuré llegar hasta el pene. Humillado, giró hasta quedar también boca arriba. Puteaba en voz baja.

—No importa... —susurré al oído—.

Más tarde...

Se fue durmiendo. Miré su rostro en la penumbra. Le acaricié el cabello endurecido por la gomina. Pasé mi mano sobre su pecho, para confirmar las dimensiones atléticas que lucía con su blanco uniforme. Era espadachín, buen jinete y boxeador, me habían contado. No le debían faltar hormonas. Pero la jornada había sido demasiado fuerte.

En ese momento de incertidumbre pensé que había un motivo más cercano a su alma que a sus hormonas. ¡Yo le había gustado! Era una mujer que parecía adolescente y mis palabras le

habían revelado mi ingenuo fervor. Tres elementos articulados en una sola persona. ¿Lo que buscaba? En el Edelweiss ya me había empezado a llamar Evita. Me di cuenta que de su boca salían diminutivos infantilizadores. Podía ser su muñeca, algo desprovisto de amenaza. Jugaría conmigo para descansar de su vida disciplinada en exceso. Quiso lucirse delante de mí. En los hombres, muchas ganas de lucirse producen inhibición.

Al despertar de madrugada, como era su costumbre, yo recién empezaba a

conciliar el sueño. Me acarició y besó. Enseguida expulsé las hebras de la noche para darle el gusto. Respondí a sus mimos y no tardó en penetrarme. Fue grato, aunque no sublime como con Emilio. Vendrá más adelante —me consolé—, si hay un más adelante...

Se vistió y marchó a la Secretaría de Trabajo. Recién clareaba. Decidí permanecer enredada entre las tiernas sábanas para recuperar fuerzas. Me esperaba un combate parecido al de mamá cuando fue al velorio de Chivilcoy. Debía limpiar el campo de

interferencias para convertir la primera batalla en un triunfo que me permitiría afrontar la segunda. Y la tercera.

En otro cuarto, quizás el destinado a la mucama, dormía Piraña, la indeseable muchachita que Perón debía educar. Desperté cerca del mediodía, me regalé una larga y estimulante ducha y pedí el desayuno en la cocina, donde estaba la mucama de verdad, una señora con acento santiagueño. Preguntó si no prefería almorzar, por la hora y por las dudas, ¿vivo? Prefiero el desayuno, contesté. Entonces me preparó uno con

dulce de membrillo, pan, manteca y café con leche. Un estilo más castrense que el de un hombre de la noche como Emilio.

Después llamé a Piraña para hablarle en privado. Había decidido mandarla de vuelta a casa de su padre en Mendoza, de donde nunca debió haber salido. En esa ocasión reprimí mi propia historia, cuando me fugué de Junín. Pero Mendoza no era Junín ni esa mocosa tenía vocación de artista. Se largó a llorar. Me prometió que si la dejaba quedarse, no iba a interferir en mi vínculo con Perón, aseguró que jamás

volvería a su dormitorio, que ya estaba avanzada en sus estudios. Muy seca, le contesté que sus argumentos me importaban un carajo. En una hora debía estar de patitas en la calle. Su llanto fue tan sonoro que se acercó la mucama, a quien le dije que volviese a la cocina. —Si en una hora no estás lista con tus pilchas, te rajaré sin las pilchas y sin los billetes que tengo para tu pasaje. Y para que te alivie la existencia un año entero.

Abrió grandes los ojos y calló de golpe. Mi fuerza era demoledora. Cabizbaja se alejó, buscó una maleta,

metió sus cosas y volvió a mi presencia con cara de muerta. Yo tenía listos dos sobres: uno chico en papel común con el importe del pasaje, y uno grande en papel madera con una suma que jamás la pobre había visto en su vida. Le hacía un daño en ese momento, pero un bien para su futuro. La acompañé hasta la puerta, la besé y recomendé: “Cuidá bien el sobre grande; cuidalo muy bien y que nadie te lo robe”.

17

Rubia como el sol

Juan trataba de parecer libre de mí.
Le inquietaba que dudasen de su

virilidad, de la cual no estaba demasiado convencido en su interior profundo. Para ser respetado por los oficiales y conducir un pueblo era imprescindible tener buenas pelotas. La compañía de una mujer estable (que no era la esposa) podía despertar sospechas de que seguía prendido a la mamá, de que necesitaba una teta y carecía de independencia. Por suerte superó ese prejuicio y fue uno de los primeros caudillos de la Argentina en no tener vergüenza de estar acompañado, asesorado e influido por una mujer.

Todo un acontecimiento para la época.

En cierta oportunidad lo escuché elogiar algunas de mis características. Aseguró que yo tenía olfato político (yo... ¡olfato político!). También dijo que admiraba mi capacidad de recordar los nombres de infinidad de personas. Añadió que conocía las maravillas y miserias de la calle, en cambio su mundo se reducía a los cuarteles, las oficinas y los libros. Semejantes palabras me estremecieron. Su amor algo frío e interesado poco a poco devenía auténtico. Para él yo había

atravesado una vida llena de privaciones y entendía mejor que nadie las angustias de los pobres. Por eso — solía afirmar— desarrollé la capacidad de distinguir entre malos y buenos, inteligentes y mediocres, limpios y perversos.

Al cabo de pocos días, acabado el trámite de la Piraña, comencé a instalarme en su departamento. Ordené percheros y estantes para que sus prendas estuviesen prolijamente instaladas y, al mismo tiempo, se abriese espacio para mi guardarropa. En el

cuarto de baño acomodé rúleros, cremas, redecillas, lápiz labial y mi cepillo de dientes. En otro estante alineé la crema de Perón para su psoriasis, el cepillo de dientes, gomina, peine, crema de afeitar, brocha y navaja. Tras esos cambios lo esperaba inquieta por su reacción ante mis iniciativas inconsultas. Podía echarme como yo eché a la Piraña. El nuevo orden, sin embargo, no le disgustó. Tampoco mi temeridad. Movía la cabeza y decía “Te has dado maña”. Me dejaba hacer. Intuía que era y sería leal, y ese rasgo es

decisivo para alguien que ambiciona el poder. Fui cargosa con Emilio y me fue mal; ser moderadamente cargosa con Perón, en cambio, le confirmaba mi enamoramiento. Uno era empresario y el otro, un político.

Yo buscaba el padre que nunca tuve —¡vaya novedad!—, y por eso alterné con hombres maduros que, por desgracia, me fallaron. Juan desempeñaba a la perfección ese papel tan buscado. Además, pronto comprendí que la cercanía del poder me excitaba. No era sólo el padre, sino el crudo

poder lo que me atraía como un imán. Perón ya tenía poder, pero quería más; yo estaba junto a su poder, lo palpaba, lo olía, lo gozaba, y también quería más. Nos juntamos dos ambiciosos.

El hombre maduro que era Juan me daba placer. Su cuerpo alto, sus manos acolchadas y la papada que le crecía bajo el mentón me fascinaban. La diferencia de edad no era un problema, sino un atractivo. Para ambos. Aunque no podía imitarlo, respetaba sus siestas rigurosas y el gusto por comidas espartanas. Para mis amigas sería un

antiguo, un vejete. Yo lo miraba como un hombre excepcional. Cada noche agradecía a la Virgen que me lo hubiera puesto en el camino.

Desde que me instalé en su departamento comencé a seguirlo donde podía, pero sin cometer las torpezas que provocaron el hartazgo de Emilio. Me daba cuenta dónde mi presencia generaría escozor, cuándo necesitaba estar solo, las horas que prefería dedicar a leer o pensar. Entonces apretaba mis frenos. No era aconsejable que pareciera adherida a su blanco

uniforme militar. Juan captaba mi anhelo y también mi prudencia. Por eso, con frecuencia creciente, me dejaba participar en las conversaciones que mantenía con sus colegas de armas o funcionarios del gobierno. Conocí a varios políticos y militares de los que jamás había escuchado hablar. También a personajes que parecían grises y que pronto escalarían altas cumbres. Evitaba entrometerme, servía café y bebidas, escuchaba como una buena alumna. Pese a mi recato, fue inevitable que una mujer en conciliábulos que sólo

protagonizaban los varones, causara incomodidad y diese origen a chistes subidos de tono. Alquilé otro departamento cercano al suyo, aunque dormíamos juntos todas las noches.

Pasaría un agitado tiempo hasta que aprendiese a hacerme respetar. A lucirme sin complejos. En Madrid no dudé en disfrazarme de emperatriz para la cena de agradecimiento oficial al gobierno español, organizada y pagada por nuestra cancillería (no por mi *peculio*).

Cargué las mejores y más pesadas

joyas, Lilian eligió un vestido deslumbrante, Alcaraz me fabricó un peinado que haría historia y yo dudé entre los sombreros que podían provocar más comentarios. Concurrieron el Caudillo, ministros, embajadores y miembros de la nobleza. Por fin me sentía segura. El trajinado programa me había dado práctica y experiencia. Hablaba mejor, caminaba sin miedo a esguinzarme, lucía con orgullo mi piel blanca sin maquillaje y no temía que se cayese mi sombrero prendido al peinado alto gracias a

firmes pinzas y rúleros. En pocos días había vivido jornadas de aprendizaje y me había convertido en otra mujer. La oruga se transformó en mariposa. Escuché zalamerías, idioteces, referencias incomprensibles, palabras desconocidas, exagerados elogios y sobre el dorso de mi mano derecha se sucedieron centenares de bocas para lamerme un beso fugaz.

A la mañana, desde una sala íntima, leí ante los micrófonos de Radio Nacional en conexión con todas las emisoras de España y Argentina, un

mensaje a las mujeres españolas que Muñoz Aspiri preparó en base a las ideas que yo le había dado.

Franco se acercó para felicitarme y me pidió que lo acompañase al teatro del palacio, donde había tenido lugar la función con bailes españoles. No entendí qué podía suceder en el teatro a esa hora. Caminaba con entusiasmo. No me iba a violar, por supuesto, pero generaba curiosidad. Por fin se detuvo frente a un tapiz inmenso, antiguo y bien iluminado. Se llamaba *Artajerjes* y representaba una escena de la guerra

entre los persas y los griegos.

—¡Es maravilloso, General! —
exclamé ante la enorme obra de arte,
aunque no tenía noción sobre esa guerra
y menos sobre alguien con un nombre tan
feo como Artajerjes.

—Es mi regalo, señora. Desde este
momento es suyo.

Me toqué las mejillas sonrosadas y le
di la mano, conmovida. Se la retuve un
largo minuto. Él estaba visiblemente
contento por mi reacción.

Después de mi regreso a Buenos

Aires, muchos se enteraron de que el tapiz fue instalado a la entrada del Palacio Unzué, nuestra residencia. Calzaba perfecto sobre una extensa pared. Cuando Perón fue derrocado en 1955, España reclamó el tapiz, que fue restituido al Pardo. Cuando nena aprendí los versos *al que da y quita/le crece una jorobita*.

A solas con Lilian, confesé que la envidiaba.

—¿A mí? ¿Qué puede envidiarme a mí?

—Los ojos y las piernas.

—Mis ojos son más grandes que los suyos, es verdad. Pero los suyos son más expresivos. En cuanto a las piernas, no me parece normal que tenga los tobillos tan hinchados, disculpe que se lo diga. Debería consultar a un ginecólogo.

—Odio a los ginecólogos.

El consejo de Lilian, ¿fue una premonición? Yo tenía veintiocho años. Ese solo consejo me produjo una serie de pesadillas.

Alberto Dodero propuso tomarnos un descanso en su residencia francesa de Deauville. Lo miré extrañada. En esa ciudad habían tenido lugar algunos de sus publicitados escándalos. ¿Quería provocar mi derrumbe? No iba a cometer la torpeza de entregar mi carne a los lobos. El pasado me perseguía con los colmillos hambrientos, era real. A toda costa necesitaba estar lejos de situaciones que podrían sembrar chismes.

—De ninguna manera —contesté—. Además, bastante largo se está haciendo

el viaje.

Lilian, con su habitual respeto, preguntó cuánto duraría aún. Yo sabía que la torturaba estar separada de sus hijos. Y a mí se me estaba volviendo amarga tanta separación de la Secretaría, donde había empezado mi frenética actividad social.

—No sé con exactitud.

—Más o menos...

—Dos meses.

—¿¿Cómo?! Es una enormidad. ¡No fue lo que convinimos en Buenos Aires!

Me duele decirle que me siento engañada, engañada como una niña.

—No, Lilian —le acaricié la mano—. Todo se complicó. Usted sabe que debemos ir a Italia. ¡Veremos al Papa, Lilian! Y después pasaremos dos o tres días en Florencia. Haremos una breve escala en París. No se ponga mal. Le aseguro que no fue a propósito. Me llegaron instrucciones de Buenos Aires.

Se frotó los ojos con su pañuelo. Tenía más miedo que yo la primera noche en España. No estaba hecha para pelear, como lo estaba yo. Aunque el

mundo se me viniese encima, para mí nunca hubo paz, quién no lo sabe. A poco de iniciada nuestra relación, como si el perverso destino quisiera seguir tajeándome el alma con su látigo, se produjo un quilombo que casi destruyó a Juan. La mayoría de los militares, engrudados por una ideología autoritaria, seguían tercos en la convicción de que Alemania nazi ganaría la guerra. El presidente Ramírez, prendido a la idea de que los norteamericanos eran unos zonzos incorregibles, propuso comprarles

armas en ese momento. Pero nuestra relativa neutralidad era motivo de indignación y discusiones en Washington. ¿Cómo nos venderían armas? Terminaron por imponerse los que dijeron que no merecíamos confianza (larga maldición que no cesa de consolidarse por la incoherencia de nuestros gobiernos) y debía cancelarse tan arriesgado negocio. Entonces Ramírez —con el respaldo del ministro de Guerra, de Perón y el resto de sus colaboradores— envió una misión a Europa para comprarlas en Alemania,

que ya estaba cerca de su caída. El barco en que viajaba esa misión absurda fue interceptado por Inglaterra. En la requisitoria descubrieron papeles que confirmaban la falsa neutralidad del gobierno argentino. Estados Unidos se calentó tanto que mandó naves al Río de la Plata y bloqueó nuestros fondos en todos sus bancos. Ramírez entró en pánico y se apresuró a romper oficialmente con el Eje nazi-fascista, para quedar bien con quienes triunfaban. Fue una buena decisión, porque gracias a ella mi país consiguió más adelante

componer las flamantes Naciones Unidas. Pero Perón supuso que la intempestiva maniobra provocaría una grieta en el Ejército: se volverían locos los filo-nazis y cometerían despropósitos. La situación sería aprovechada por la civilidad democrática para exigir la cabeza de muchos militares. Reunida la cúpula del gobierno, a Perón se le ocurrió que ese engorro le ofrecía una gran oportunidad: sacar al oscilante Ramírez e investir como presidente a su amigo Edelmiro J. Farrell que, por su amplio labio

superior, llamaban el Mono. Fue sencillo y exitoso. La expulsión de Ramírez acalló las voces opositoras y Farrell asumió en febrero. Dos días más tarde Perón ascendía a ministro de Guerra, manteniendo la cartera de Trabajo. Es decir, el coronel con quien había empezado a convivir apenas un mes atrás, se apartaba de su relativa sombra para exhibirse en plenitud.

Pero no estaba decidido a reconocerse como su amante oficial o amiga o colaboradora o lo que fuera. En una reunión de oficiales, cuando

surgieron bromas sobre la Piraña y Eva Duarte, con bronca les cerró el pico diciéndoles: “¡Nadie es dueño de mi bragueta!”.

Más aún, decidió respaldar mi carrera artística para demostrar que hacía lo que se le cantaba. Se había convencido de que yo le podía brindar ayuda en su lucha por el poder. Estaba seguro de mi lealtad y lo alegraba la creciente admiración que recogían mis actuaciones radiales. Por ese lado vendrían buenos frutos, pensó. Si bien aún oscilaba, como era su costumbre. A

la semana de asumir como ministro de Guerra, por ejemplo, ingresó en Radio Belgrano seguido por un cortejo de oficiales. Jaime Yankelevich, dueño de la radio, corrió a darle la bienvenida. Uno de los fotógrafos pretendió inmortalizar el instante en que yo estaba parada junto a Perón. Cuando apuntó su máquina Juan gritó: ¡Pará, che!, ¿qué estás haciendo? Cuatro policías se arrojaron sobre el confundido sujeto, le arrancaron la cámara y extrajeron el negativo. El incidente no fue publicado en los diarios, pero empezó a correr por

los venenosos corredores de la farándula. Perón estaba enganchado con Eva Duarte, era un hecho. Y quería ocultarlo, era otro hecho. La inesperada difusión de esta noticia me derramó un triple beneficio:

Perón dejó de ocultar su relación.

Yankelevich aumentó de forma meteórica mis honorarios.

Quienes pretendían sacarme de en medio con el recurso de la sofisticada Zully Moreno —a la que volvieron a tentar— se estrellaron contra un muro.

Se había cumplido el sueño de la Cenicienta. Como bien describe mi biógrafa Alicia Dujovne Ortiz, en un reportaje publicado por *Radiolandia* declaré que mi remuneración era la más alta que jamás hubiera pagado la radio argentina. A falta de elegancia y modestia —es verdad—, Alicia explica que mi comentario era comprensible porque había pasado sin transición de tomar mate cocido con yerba secada al sol a nadar en una abundancia faraónica. Ningún fotógrafo podría ignorarlo ya: me había convertido en la amante del

poderoso ministro de Guerra. Perón había decidido protegerme de forma ostensible y utilizaba su influencia para hacerme respetar.

Me habían contratado para una película centrada en el tema matrimonial. En una conversación sobre el argumento, Juan miraba para otro lado, claramente incómodo. Me sentí molesta y, con una explosión de furia (que tengo a menudo), exclamé: “¡Te conviene casarte, porque si no voy a decir todo lo que sé sobre vos!”. ¿A qué comprometedoras revelaciones estaría

aludiendo Evita? —se pregunta mi biógrafa—. ¿A detalles de orden sexual (el Perón toruno o el Perón apagado)? ¿A las amistades de Perón en la embajada de Alemania? El hecho es que Juan escuchó mis frases sin reaccionar, como un hombre que ha caído en la trampa. Ahora bien, ¿de qué trampa se trata? ¿La del terrible secreto que yo decía poseer, o bien, sencillamente, la de necesitarme él, que nunca había pertenecido a nadie ni dependido de ninguna mujer? Ni siquiera necesitaba que le cuidasen el uniforme y la ropa, ya

que dominaba a la perfección el arte de plancharse los pantalones con paciencia y esmero, haciendo coincidir las costuras para marcar el pliegue.

Mi biógrafa se inclina por la segunda hipótesis: Perón me necesitaba, efectivamente, porque yo había conseguido demostrarle que me convertiría en su brazo derecho. Tiene razón. Me necesitaba para que le hiciera cosquillas, le pusiera ventosas cuando estaba resfriado, tuviese olfato para detectar enemigos en la sombra y hacerle propaganda radial. Creo que

empezó a amarme, aunque su capacidad de amor siempre fue relativa. Me da bronca reconocerlo ahora, pero es cierto. Yo suponía que terminaría casándose conmigo para acabar con el escándalo de presentarse con una amante, cosa inaceptable en una sociedad estrangulada por prejuicios. Pero más escándalo era casarse conmigo, una actriz que recién surgía, manchada por su pasado de promiscuidad.

Todo es cuestión de imagen; lo intuía entonces, lo sé ahora. Mi cabello era

negro carbón hasta que empecé a trabajar en la película *Cabalgata del circo*. Los roles protagónicos correspondían a Hugo del Carril y Libertad Lamarque. En esa oportunidad se inició mi vínculo con el peluquero Pedro Alcaraz. Decidió teñirme de rubia, me acompañó en el viaje a Europa, inventó el estilo tirante con un musculoso rodete en la nuca y peinó mi cadáver con sus ojos inundados de lágrimas. La cabellera rubia se difundió antes del histórico 17 de Octubre gracias a una foto de la revista *Antena*.

El color oro no pretendía ser natural, porque entonces no existían buenas tinturas. Pero se acomodaba al marfil de mi piel. Era una cachetada a las señoras de la oligarquía que odiaban a las morochas del interior argentino y admiraban las rubias de Estados Unidos y Europa. Irrumpí en su campo vedado. Me parecía a Rita Hayworth y Grace Kelly. Había dejado atrás la oscura sirvientita del campo. A Pedro le llevó un tiempo disminuir los excesos de su arte, porque deseaba aumentar mi estatura con los peinados en torre. Poco

a poco fue sacando los rulos en forma de bananas y propuso ropa con menos flores. Tenía una visión profética de mi ciclo vital y me pintó como un ángel lleno de fuego y de luz. Su fantasía imaginó a Santa Evita mucho antes de que prendiese el mito.

Libertad Lamarque era una artista famosa y querida. Había estado cantando en el escenario del Luna Park cuando me senté junto a Perón por primera vez. Ella ni sospechaba las consecuencias de ese encuentro bajo el ondular de su voz y, menos aún, que esa

mujercita secundaria —a la que se había privado del escenario— la mandaría rápidamente al descenso. La causa de nuestro choque mortal dio lugar a diferentes versiones.

A veces yo llegaba tarde a los rodajes porque era noctámbula y no dejaba de hablar con los oficiales que visitaban a Perón, aunque Perón se hubiese ido a dormir. Comencé a usar un reluciente automóvil oficial con chofer uniformado para ingresar en los sitios de filmación con ganas de poner en claro mi poder. Técnicos y artistas esperaban

fastidiados, porque mi aparición tenía evidente histrionismo. No siempre lo deseaba, pero la técnica resultaba eficaz. Junto con mi éxito crecía el apuro de mi desquite. Además, integraba la nueva fuerza política iniciada con la revolución del 4 de Junio.

Libertad Lamarque era antifascista y me miraba desde su encumbrado prestigio. Un día me esperó maquillada y encorsetada; había pasado el mediodía sin almorzar, sus rodetes de azabache empezaban a deshacerse y el maquillaje tenía rayas de polvo. Su humor lanzaba

llamas. Mi despreocupado ingreso ocurrió a las cuatro de la tarde.

En el camarín me disfrazaron para el baile en que iba a participar. Era el *pericón*, una danza folklórica bastante simple. Mi talento no se destacaba en el canto ni en el ritmo, de manera que tampoco era buena para el baile. No conseguía armonizar con mis compañeros y Libertad Lamarque explotó. Levantó su mano. Algunos completaron esa visión con el ruido de una cachetada. Otros no vieron la cachetada, pero escucharon el vómito de

los reproches que me hizo. Ladró que estaba cansada de mis llegadas tarde, de mis torpezas en el libreto, de que hubieran tenido que contratar a un profesor de baile para que me aflojara las piernas, de que mantuviese ocioso durante horas a todo un elenco porque me aprovechaba de la protección que recibía de un ministro.

La escuché en silencio, porque en el fondo gozaba de su bronca. La sirvientita, la bastarda, la actriz de segunda, pudo sacarla de quicio. Cuando me convertí en Primera Dama se tuvo

que ir a Colombia, donde a poco de llegar tremolaron revueltas sanguinarias. Su hija vino a pedir mi ayuda. Mientras la escuchaba planeé continuar mi venganza, pero con sofisticación. Ordené que la embajada argentina la protegiese y mandara a México, no a Buenos Aires. Era un favor, de todos modos, porque la salvaba de un probable atentado. Además, regalar un caramelo a quien pide una caja de bombones es más humillante aún. En especial cuando se le hace saber que ese caramelo es lo único que va a recibir.

Su regreso a la Argentina debió esperar hasta la caída de Perón. Tal vez fui algo bondadosa por una pizca de indirecta gratitud: gracias a su película Alcaraz descubrió el color que más convenía a mi pelo.

18

La pródiga

Las reuniones alternativas en mi nuevo departamento y el de Perón, que

estaban en el mismo edificio de la calle Posadas, permitían que estuviésemos juntos o separados según quienes asistían. Yo empecé a meterme en las conversaciones, aunque los temas resultasen novedosos para mi cultura. Mientras les servía café, whisky y bandejas llenas de bocaditos, revolvía la cuchara con algunas frases o lugares comunes, sin importarme el acierto. Quería hacerme notar: desde el fondo de mi ser brotaba ese mandato. Perón me dejaba, lo cual producía más molestia y desconcierto. Indirectamente, les hacía

saber a sus interlocutores que él había llegado tan alto que hasta podía violar las tradiciones machistas.

Por esa época me enteré de que el mejor modisto de la alta sociedad era un mariquita con excelente humor, llamado Paco Jamandreu. Regordete y alocado, gustaba de que lo fotografiasen con la boca fruncida como si estuviese dando un beso, el hombro izquierdo al aire, mirada provocativa y adornos con plumas. Pensé que me divertiría su sola presencia y le pedí que viniese a casa. Ingresó con sonoras muestras de afecto y

pronto me di cuenta que una cosa eran sus veleidades eróticas y otra muy distinta su calidad profesional. Captó que mi falda no hacía juego con los zapatos y que mi departamento era un alarido de mal gusto. Me estudió con microscopio. Advirtió que yo no era una, sino dos o más a la vez: por ahora actriz y política, el resto emergería pronto. Arrastraba una múltiple identidad desde mi infancia, porque entre mi padre y mi madre existía un mundo de diferencias. Ahora esas diferencias se daban entre mi pasado

atroz y mi presente atado a un victorioso ascenso. A este presente le falta actualización, dijo Paco. Entonces le hablé con la franqueza que merecen los valientes transgresores.

—Mirá, no pensés en mí como en las demás mujeres. Se hará difícil tu trabajo porque soy actriz y me estoy metiendo en política. Por el lado de la actriz mariconeá como te guste: poneme lamés, plumas, lentejuelas, flores, velos. Pero recordá que el mandón de Juan quiere convertirme en una figura política, y eso exige otro tipo de ropa. El 1° de Mayo

debo acompañarlo a una gran concentración y por primera vez aparecerá sin disimulos la pareja Perón-Eva Duarte. ¿Qué me fabricarías para esa oportunidad?

Se acarició la barbilla, parpadeó, recorrió mi cuerpo de la cabeza a los pies.

—Un *tailleur*. Sí, un *tailleur* Príncipe de Gales.

—¿Cómo es eso?

—Falda y chaqueta. Chaqueta con doble botonadura y cuello de terciopelo

oscuro para que contraste con el blanco de tu hermosa piel.

En eso se escuchó la voz del mandón.

—Acompañame —le dije—, en la otra pieza está Juan que quiere conocerte. No sabe esperar. ¡Qué ansioso es ese hombre! Me exaspera.

Paco se encogió porque esperaba toparse con un aristocrático ministro. Pero descubrió un macho tendido en camisa sobre la cama, con medias y sin pantuflas, un sándwich de chorizo en una mano y un vaso de vino en la otra.

Cuando se vieron, a Perón se le cayó la mandíbula y apareció en su labio un trozo de la carne que masticaba.

—¿Quién es esta “loca”?

Jamandreu no se inmutó. Estaba acostumbrado a causar sorpresa y quizás lo buscaba. Perón volvió a recostarse sin darle la mano. Sólo dijo “Mucho gusto”.

El *tailleur* fue un acierto. Me calzaba de maravillas, disimulaba mi escasez de pechos y, con las discretas hombreras, sugería vigor físico. Lo usé en las

actuaciones públicas, en la larga campaña electoral y lo seguí usando como mi ropa de trabajo hasta el final de mis días. Fue el vestuario predilecto del gran papel histriónico al que consagré mi existencia: el papel de Evita. Por lo tanto, no me confeccionó uno, sino decenas de *tailleurs* parecidos, tan parecidos que Juan llegó a decirme “¿Cuándo te cambiarás el traje?” Ni siquiera él se daba cuenta de que yo era la protagonista de una Eva Perón que muchas tratarían de imitar, sin lograrlo del todo.

Llamé a Paco de nuevo para algo diferente. Quería que me acompañase a una villa miseria para que me dijera, con su franqueza a prueba de balas, si yo me desempeñaba bien en esa insólita tarea y si seguía convencido de que el *tailleur* era la mejor opción. Le extrañó tanto mi pedido que se le arrugaron los pliegues de la cara. ¿Él iba a opinar sobre mi conducta en una villa, él, que jamás había pisado una? Lo arrastré. Estaba más asustado que ante un pelotón de fusilamiento. Cuando descendimos del auto en medio de chozas de lata o

cartón, con basura de varios días y olor a vertedero, casi vomita. Yo empecé a hablar y algunos vecinos reconocieron mi voz de la radio. Otros se conmovieron por el solo hecho de que una mujer elegante los visitara. Caminamos entre los aceitosos escombros de ese laberinto triste, seguidos por un cortejo cada vez más numeroso de personas que deseaban tocarme, para convencerse de que no estaban soñando. Cuando regresamos a la Capital Paco me dejó fría con una frase.

—¿Cuál fue tu pregunta más insistente?

—¿Aquí? No me acuerdo... ¿Qué necesitan? ¿Si había enfermos en la familia? ¿Si les alcanzaba el sueldo?

—No. Ante cada niño preguntabas dónde estaba su padre. No tenían padre... Reconocías a los niños sin padre.

—¡Sos un brujo!

Días después lo volví a llamar.

—Paco, mi jefe pide que lo acompañe a la función de gala del Teatro Colón en

la víspera del 25 de Mayo. Todo un acontecimiento. ¿Qué vestido me vas a hacer? Concurrirán las viejas oligarcas. Perdón... tus mejores clientas.

—No te preocupes. Hoy mismo empiezo.

Confeccionó un vestido de seda negra ajustado en la cintura, de la que descendía una amplia falda en campana. El *corsage* y las mangas eran también ajustadas, largas, con una red de cintas de terciopelo. Cuentas de azabache relucían en cada cruce. Culminaba con un sombrero espectacular. Cuando Perón

me vio empezó a reírse.

—¿Sabés cómo se van a horrorizar las “señoras”? Esta noche será histórica, porque por primera vez una concubina se sentará en el palco oficial.

—¡Borrá lo de concubina, turro!

Siguió riéndose. Le encantaba provocar; era una forma de demostrar su poder o su cariño.

En el ingreso fuimos encandilados por los flashes. Los fotógrafos se volvieron locos. Cuando aparecí en el palco, los murmullos aumentaron y se expandieron

como el vapor del agua hirviendo. Las cabezas giraban curiosas, Perón se abstuvo de saludar con los brazos y yo me acomodé con estudiada parsimonia. Mis brillos herían los binoculares que me apuntaban desde los palcos y la platea.

Y no sólo los binoculares. Mis aún poco publicitados lazos con el Coronel encendían el fervor de los humildes y la urticaria de los tradicionalistas. Se urdieron planes para sacarme de en medio. La mayoría no aceptaba que lugares reservados a “mujeres bien”

fuesen usurpados por una puta analfabeta. Hasta se hablaba de agravio institucional. Hubo desvergonzadas gestiones para que me despidiesen de Radio Belgrano, pero Jaime Yankelevich nunca cometería semejante suicidio. A la inversa, además del gran proyecto en el que representaría a las mujeres más importantes de la historia, permitió que leyese textos de homenaje a la revolución del 4 de Junio. La suya era una calculada sumisión al poder.

Esto me enfurece. Actué como una propagandista ingenua. Lo hice para

darle el gusto a Perón, que ya no esquivaba recursos para aumentar su dominio sobre la gente. Reconozco que, aunque me quería, empezó a usarme. La radio debía seguir el modelo de propaganda que inventaron los totalitarismos del siglo XX, totalitarismos cuya perversidad entonces yo ignoraba y ahora, viendo sus frutos, me ponen nerviosa.

Cada programa empezaba con excitante música militar. Al cabo de un minuto bajaba el volumen del rataplán e ingresaba una voz masculina, solemne,

florida y empalagosa: ¡Aquí, en el revuelo misterioso de la calle, donde nace y se gesta una voluntad nueva!... ¡Aquí, entre la masa anónima del pueblo que trabaja, sufre y piensa!... ¡Aquí, con las pupilas del cansancio o la esperanza, de la justicia o de la burla!... ¡Aquí, en esta caravana que compone el motor de la ciudad Capital, centro nervioso de este gran país latinoamericano en marcha!... ¡Aquí está la mujer que nos define un movimiento, a través de su intuición de madre, esposa, hermana o novia!... ¡Oídlas!... ¡Es ella!

Entonces me correspondía recitar el texto, porque yo era “Ella”. Había tomado agua y tosido, para que no me trampearan las cuerdas vocales.

—¿Os acordáis del 4 de Junio? ¡Era una madrugada de acero, recia y sangrienta! Nadie la olvidará ya, porque de ella ha surgido una ola de savia nueva, estallante como un turbión sonoro... La revolución vino por algo, por algo angustiante y duro que germinaba adentro... La revolución de Junio se hizo por el desclasado Juan Laguna, que volvió a su provincia... y

por los trabajadores explotados... Por fin ha llegado un hombre... Un hombre que traerá al trabajo la noción de redención, un soldado digno, uno de aquellos que vio volverse a Juan Laguna con su cruz de hambre, un soldado del pueblo que sintió dentro de sí la llama de la justicia social, ese hombre es el que ayuda decididamente a la restallante revolución del pueblo mismo... ¡Acá está su voz y confesión!

Se reproducía entonces un discurso de Perón. La voz grave, lenta y cálida del Coronel contrastaba con la formalidad

estereotipada del locutor y mi nerviosismo que apresuraba las palabras. Décadas después el pintor Antonio Berni recreó ese mítico Juanito Laguna (otro Juan en mi colección de Juanes y Juanas), que se ha convertido en el paradigma del marginal argentino. No me cuesta nada imaginarlo, ya hecho un hombre, como uno más de mis descamisados. Pero él, ¿qué hubiera pensado de su Santa Evita?

Mis confesiones religiosas empezaron a multiplicarse. La súbita mejoría de mi nivel económico y artístico generaba

nuevos pecados. O hechos que yo consideraba pecados.

Los Estudios San Miguel querían filmar la novela del español Pedro de Alarcón titulada *La pródiga* y sus dueños fueron a solicitar el celuloide importado que escaseaba en el país. El gobierno sólo lo concedía a quienes demostraban sumisión. Varias negativas hacían deambular a los productores por los interminables pasillos de las oficinas públicas hasta desembocar en el Ministerio de Guerra. Era incongruente que ese ministerio se

ocupase de una película sentimental, pero así marchaban las cosas en la nueva Argentina.

Conocí el argumento, que me produjo inquietud. A Juan le gustó enseguida. Se trataba de una mujer que había tenido una historia bochornosa. Arrepentida de sus pecados, se dedicaba a una acción solidaria y febril. Fue tan importante su trabajo que muchos niños, hombres y mujeres comenzaron a verla como una santa. Entre los pobres la llamaban Señora, Dama de la Esperanza y Hermana de los Afligidos. Por último

murió ahogada y produjo una conmoción imborrable.

—Es magnífico. Justo para vos.

—Pero ya han contratado a Mecha Ortiz. Reconozcamos que el papel le calza perfecto.

—Ya verás. Es para vos.

Cuando recibió en el ministerio a los atribulados productores de San Miguel, lamentó la conocida carencia de celuloide. Al cabo de un par de cafés, cuando se lograba establecer un clima relajado y sus interlocutores sonreían

como Perón a ellos, insinuó que, a cambio del celuloide, era imprescindible sustituir a la protagonista central. El sitio de Mecha Ortiz debía ser ocupado por una meritoria artista radial, que le hacía mucho bien a la revolución del 4 de Junio: Eva Duarte. Lo explicó de forma tan natural que nadie se atrevió a interferir con una sola objeción, pese al estupor que los ahogaba. Al término de la reunión se selló el pacto con efusivas muestras de afecto. Quedaba a cargo de los estudios San Miguel inventar una excusa para

excluir a Mecha Ortiz.

Me puse a estudiar el libreto y aumentó mi escozor. Esa historia revolvía mis tripas. Desnudaba mi pasado. Me hacía saltar de la miseria al poder. Demostraba que se pueden enmendar los pecados de la carne y el espíritu mediante una acción solidaria sin precedentes, no con los padrenuestros y avemarías que imponen los curas. Sería elogiada como la Señora, la Dama de la Esperanza, la Hermana de los Afligidos. Y moriría al llegar al pináculo de la gloria. Una

síntesis prodigiosa de mi propio ciclo vital. Daba miedo. En los cajones secretos de mi cabeza el cuento sonaba con los acordes de una marcha fúnebre.

Fui a lo de mi confesor. No entendía por qué me angustiaba tanto. Debía celebrar en vez de sufrir, porque me concedían el rol central de una película edificante. Poco tiempo atrás caía de rodillas para que me dejaran asomar en el escenario, aunque sin abrir la boca. Ahora sería el centro de una historia que inundará la platea con ríos de lágrimas.

—Ayúdeme, padre.

—Son inescrutables los caminos del Señor —dijo con esa frase que debería prohibirse por ser un lugar común tan idiota—. La primera parte del argumento reproduce algo de tu vida, hija mía. La segunda, en cambio, responde a tu deseo, tu deseo de superarte y hacer el bien. Escúchame. Quieres enmendar tus pecados. Todos queremos enmendar nuestros pecados. Y te bendigo por esto. Tal vez te asustan los nombres que te darán los menesterosos: Señora, Dama de la Esperanza. ¿No será que los deseas y

los mereces? Piénsalo.

—Sí, los deseo. ¡Claro que sí! Pero son imposibles en la realidad.

—Nadie sabe qué es imposible. Tal vez se anude tu deseo con cierta probabilidad.

—¿Qué insinúa? ¿Que seré como la pródiga?

—Todos los seres de buena voluntad queremos ser pródigos. Quizás, en tu caso, haya algo de profecía.

—No creo en las brujas.

—Las profecías no son virtud de las brujas, sino mensajes de Dios. Muchas se refieren a las injusticias y muchas anticipan el futuro.

Contrariamente a lo que la gente dice, a las palabras no se las lleva el viento. Acá estoy yo todavía dándoles vueltas a cosas que escuché a ese cura y las cosas que entonces dije. Hace tanto tiempo.

Metí la pata, por supuesto. En una entrevista para *Radiolandia*. Mi nerviosismo me hizo vomitar un balde de mentiras, a las que me aficioné demasiado. Fue otra de mis agachadas,

que en ese momento consideré imprescindibles para que no me abandonase la buena suerte. Estaba en plena filmación de *La pródiga* y Juan recomendaba que aumentase mi autoestima, que me considerase importante, que olvidara mi pasado, que negase mis carencias. Dije a la revista que había cursado estudios de teatro, cuando jamás acepté pasar por ese sacrificio: estaba convencida de que la escuela primaria era suficiente. Dije que me gustaban los autores clásicos y modernos cuando no había leído casi

nada; hasta dudo de que hubiera podido diferenciar un clásico de un moderno, porque no tenía la menor noción de literatura, excepto los versos románticos y desgarrados que memorizaba desde chica. Dije que me gustaba la música clásica, una música que me aburría hasta la desesperación y cuyos discos jamás escuchaba. Dije que me encantaba la equitación, porque era un deporte que practicaba Juan, pero yo nunca monté un caballo, ni siquiera en la calesita de Los Toldos. Dije que visitaba los museos para ampliar mis conocimientos del arte,

cuando no sabía quién era Rembrandt ni Leonardo da Vinci. Que seguía los acontecimientos internacionales con mucho interés cuando, en verdad, no me suscitaban curiosidad alguna. De manera que amontané suficiente material de embustes para mi siguiente confesión.

Pero hubo otra confesión que jamás hice: la mansión que me habían regalado en el barrio de Belgrano, sin entender por qué. ¡Una mansión de verdad! Era muy inquietante, porque me compensaba de una forma increíble, mágica, de las inmundas pensiones que debí soportar

tanto tiempo. Se erguía en medio de residencias de estilo inglés, donde convivían ingleses y alemanes como si no hubiera guerra en Europa. El obsequio me produjo vértigo. La casa y su parque merecían una película. ¿Por qué a mí? ¿Por qué en ese momento? Provenía de un millonario que Perón había conocido en Italia y después encontró en la residencia del embajador alemán Von Thermann. Este embajador era un escrupuloso operador nazi y tuvo que marcharse cuando la Argentina rompió con el Eje. El multimillonario

donante se llamaba Ludwig Freude. Con la ingenuidad que me cegaba por falta de mundo, acepté ese obsequio en estado de confusión. Pero con descosida felicidad. Nunca había llegado a mis manos un regalo tan costoso. Era evidente que Freude apuntaba a conseguir los favores —o una robusta confianza— de Juan. O que ambos estaban unidos por negocios comunes. Pero demostraba también, que ese hombre consideraba importante a la mujer de ese militar cargado de poder (secretario de Trabajo, ministro de

Guerra y también vicepresidente). No tenía idea que Ludwig Freude estaba metido hasta el cogote en la mierda nazi.

Cuando venían algunos extranjeros a conversar con Perón, trataba de pescar lo que decían. Predominaba el italiano y algunos usaban el francés. A duras penas mi oreja entendía ciertas palabras. Después, cuando le preguntaba a Juan, decía que lo único importante era que esa gente le brindaba apoyo. Un argentino bastante joven, simpático y enérgico era Juan Carlos Goyeneche, que Juan apodaba “mi gran

nacionalista”.

—¿Por qué lo llamás así?

—Porque es un nacionalista bien informado y dispuesto a cumplir cualquier misión.

—¿Hace mucho que lo conocés?

—Bastante.

Era verdad. Después supe que había sido enviado a fines de 1942 —a poco de asumir Castillo la presidencia de la Nación—, para reclutar fondos con el propósito de dar un golpe de Estado. El presidente Castillo también era

nacionalista y mantenía la neutralidad (más simpática con el Eje), pero no facilitaba el ascenso del GOU. Molestaba como una piedra en el zapato. Goyeneche fue tan osado en Europa que consiguió entrevistarse con Himmler, el ministro de Relaciones Exteriores von Ribbentrop, tal vez el mismo Hitler y luego Mussolini. Consiguió financiamiento y el 4 de junio de 1943 estalló el golpe que yo elogiaba por radio. Los colegas de Juan quedaron reconocidos por su decisiva habilidad, pero Juan tenía visión y sabía que con el

solo golpe aún no había llegado su tiempo. Por eso eligió la modesta Secretaría de Trabajo y seguir las tácticas de Mussolini. La noticia del financiamiento nazi efectuado por Goyeneche se filtró como aceite hirviendo sobre la opinión pública, nadie se ocupó de desmentirla y luego se diluyó en la estratósfera, como es frecuente en la Argentina. Tan nacionalista era Goyeneche que los militares que derrocaron a Perón en 1955 lo designaron ¡secretario de Información Pública! En archivos de

Suiza refulgen comprometedoras minutas sobre el jefe de la Policía nazi, Heinrich Rothmund, que a fines de la guerra cerraba acuerdos con agentes argentinos (otra vez Goyeneche) para proteger a los líderes que huían de la catástrofe.

Esta parte de la historia me pone los pelos de punta. De muchas cosas me enteré después de terminar mi existencia. Permiten entender las manifestaciones contra el fascismo antes, durante y después de que a Perón lo eligiesen presidente. También entiendo su simpatía por Franco y el

apoyo que le brindó en las Naciones Unidas. Entiendo por qué los italianos, cuando visité Roma, gritaban ante la embajada argentina “¡Duuu-che!... ¡Duuu-che!” para imitar el “¡Peee-rón! ¡Peee-rón!” Por qué enseguida me llevaron a las ruinas de Montecasino, por qué me hicieron entrar en las lúgubres Fosas Ardeatinas, por qué las mujeres socialistas de Francia criticaron mi presencia, por qué en Sévres me mostraron impresionantes fotografías de los campos de exterminio. Y por qué Ludwig Freude me regaló una mansión

fabulosa.

Uno de los primeros criminales de guerra que llegaron a la Argentina fue Jacques Mahieu, un colaboracionista francés condenado a muerte. Yo no tenía la menor idea sobre el perfil de este asesino. Intimó con Perón y le escribió textos doctrinarios que establecieron las bases del justicialismo. Mahieu vivió protegido por los nazis manifiestos y encubiertos hasta después de Perón.

Quizás en esa época había ceguera y se tanteaban malos caminos, como los delfines que mueren en la playa porque

sufren desorientación. Se ignoraban las mayores salvajadas de los nazis. La Argentina había sido neutral porque venía intoxicándose con ideas fascistas desde los años veinte. Recién declaró la guerra al Eje cinco semanas antes de la rendición alemana. Trajo nazis porque todas las potencias triunfadoras disputaban sus avances científicos y empezaba la inevitable Guerra Fría. Pero a la Argentina no vinieron los científicos, sino los criminales.

Se armó una grandiosa red para salvar esa bazofia. No era una red

completamente clandestina, porque fue fundada en la Casa Rosada durante reuniones que mantuvo Juan con jefes alemanes, franceses y belgas, todos nazis. ¡La furia me deshace el rodete, carajo! De allí salieron directivas para nuestros diplomáticos y para la Dirección de Migraciones, que fue prolija en aceptar asesinos y prohibir la entrada de víctimas gitanas o judías. ¡Fuimos delincuentes! Los oligarcas despreciaban a los cabecitas negras y los nazis a los judíos de ojos y pelo negro. Yo hubiera sido asesinada por

esos nazis si mi peluquero no me hubiese convertido en una rubia.

Uki Goñi (más vasco que mi apellido Iburguren) realizó centenares de entrevistas que produjeron una luz infernal. Una de las más notables fue con Pierre Daye, un belga que vivió en la Argentina. Le obsesionaba escribir y por eso llenó libros y diarios con sus recuerdos. Fue un testigo privilegiado de las reuniones de Perón. Anotó detalles sobre las miradas cómplices de los criminales al ser recibidos en el palacio presidencial por “uno de los

mandatarios más importantes de América del Sur”.

Una de las fuentes más ricas de Goñi fue la Dirección de Migraciones, precisamente. En cierta parte de sus análisis Goñi reconoce que la ponzoña nazi no sólo había picado a Perón, porque ¡ni siquiera ahora quisieron dejarlo examinar los archivos! Los actuales funcionarios, considerados parte de la democracia, protegen las cagadas del pasado. ¿Qué temen? ¿Qué aman? A cada inmigrante se le había confeccionado un legajo, porque en la

posguerra se trabajaba con más oficio. Cada legajo tenía un número. Goñi encontró las fechas de las llegadas y los números de legajo de bestias como Mengele (el ángel de la muerte en Auschwitz), Eichmann (encargado de la exterminación total de los judíos), Priebke (responsable de los asesinatos en las Fosas Ardeatinas) y Eduard Roschmann (el carnicero de Riga). ¡Vaya nenes! Algunos números eran consecutivos, lo cual demuestra que ingresaron en fila, uno tras otro, con los papeles falsos en orden. Pero los

legajos no se encontraron. Habían desaparecido. Fueron objeto de una minuciosa purga. Esto, después de Perón, porque la mayoría de esos monstruos de la locura nazi siguió viva en la Argentina por largo tiempo.

¿Por qué Perón ayudaba a los nazis? De esto no me decía una palabra. Supongo que para proveerse de inteligencia en la lucha anticomunista, en primer lugar. Para satisfacer a la Iglesia y conservar su apoyo, en segundo lugar. Uno de los descubrimientos que más lo asustó a Goñi emergió de la embajada

argentina en Roma: en 1946 el cardenal Caggiano había viajado a la Santa Sede para ofrecer refugio a los criminales de guerra franceses que se aglomeraban en el Vaticano. Lo hacía en nombre del gobierno argentino.

Ni siquiera yo salgo limpia de esta historia. Escuchen. Me obsesionaba el casamiento. Se lo pedía a Perón de buena y mala gana. Llegué a amenazarlo, como narré páginas atrás. Él miraba hacia el techo y contestaba tranquilo que llegaría el momento adecuado, sin aclarar cuándo vendría ese momento

llamado “adecuado”. ¿Adecuado a qué?

No entendía muchas de sus maniobras, negociaciones y encuentros con gente importante. A menudo me dejaba acompañarlo, porque había descubierto mi absoluta lealtad. O porque mi presencia le daba un íntimo respaldo. Nunca me pidió que guardase bajo llave lo que escuchaba, porque reconocía mi perspicacia intuitiva. Sólo lo hizo una vez. Y lo ameritaba. Fue alucinante.

Éramos tres esa noche, en su departamento: Perón, un almirante y yo.

Estábamos apoltronados con vasos de whisky, frente a una bandeja provista de nueces, maníes, trocitos de queso y aceitunas. Daban vueltas sobre un tema raro: dos submarinos extranjeros. Ambos se llamaban “U”, seguidos por un número. El primero había llegado en febrero y el segundo, en julio. Estábamos cerca de la revolucionaria manifestación del 17 de Octubre, pero ninguno de los tres sospechábamos que se venía ese acontecimiento.

Entendí que en San Clemente del Tuyú, sobre la panza de la provincia de

Buenos Aires que avanza sobre el Atlántico, se había realizado el desembarco principal. En medio de la penumbra, numerosos espectros descargaron cajones sobre la arena. El almirante estuvo presente y recordó que sobre ellos podía leerse, con la ayuda de una linterna, las palabras “secreto de Estado” en alemán. Quien daba órdenes a los conductores de los camiones que esperaban en el camino, al borde de la playa, era Ernst Kaltenbrunner. Me sorprendió tanto como una película de terror. Y como en una película, se me

fijaron las palabras “secreto de Estado” y Ernst Kaltenbrunner.

—Ya estoy informado —dijo Perón.

—Era el jefe de la Policía Secreta del Tercer Reich —recordó el almirante.

—¿Adónde fueron los camiones con toda la carga? Sobre esto tengo noticias contradictorias.

—Pero ya se lo dije, Coronel: una estancia.

—Es cierto —cambió el cruce de las piernas y pinchó una aceituna—. ¿Pudo examinar su contenido?

—Por supuesto. Personalmente...—
miró hacia mí y hacia Perón, dudoso de seguir.

—Hable nomás.

—Había grandes paquetes. No conté... pero era fácil darse cuenta de que contenían millones. Millones de marcos, dólares, libras esterlinas, francos suizos, florines holandeses, francos franceses, francos belgas — enumeró extendiendo siete dedos, por los siete orígenes de ese dinero—. Los vi. Además, leí una planilla que enumeraba dos mil quinientos kilos de

oro y cuatro mil seiscientos kilates de brillantes.

—Coincide con mis datos —suspiró Juan.

Me puse pálida y el almirante me observó preocupado. Yo apretaba las rodillas, me frotaba las manos húmedas, masticaba una nuez tras otra. ¿Era una pesadilla? Contemplé mi vaso, las tazas de café, el arreglo floral sobre la mesita, el aspecto relajado de Perón con la cabeza apoyada contra el respaldo del sofá. Un cuadro alucinante.

—¿Dónde se depositará ese tesoro?
—preguntó Perón como si se tratase de un procedimiento vulgar, o como si no lo supiera aún.

—Creo que se lo informaron, Coronel. ¿Me lo pregunta para corroborar?

—En efecto.

—En cuatro bancos: Germánico, Alemán Trasatlántico, Tornquist y Strupp.

—Bien. ¿Quién será el responsable de efectuar todo el depósito, cumpliendo

las formalidades?

—Creo que su amigo. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Mi amigo? Diga su nombre, para confirmar.

—Ludwig Freude.

Pegué un salto.

Juan, sereno, me aferró la mano y volvió a sentarme con dulzura.

—Necesitás saberlo, Evita. Para eso es esta reunión. Ludwig cuenta con mi confianza y la confianza de los

alemanes, porque ha sido su espía más eficaz durante la guerra. Tiene ya, en pleno funcionamiento, cuatro exitosas empresas en la Argentina, de modo que está a salvo de sospechas sobre sus ingresos.

—Pero... pero... Es impresionante. ¿Quién más lo sabe?

—Querida, yo me ocupo de los detalles. Ahora te enteraste de lo principal, por eso debías escuchar esta historia.

—¿Lo principal? ¿Todavía falta?

—Sí. Esos bienes serán depositados a nombre de dos personas, que serán los testaferros. ¿De acuerdo, almirante?

—Así es.

—Los testaferros, aunque te suene horrible, se llaman Juan Domingo Perón y Eva Duarte.

19

El general y la actriz

Jamás volví a Madrid. Cuando Perón se fue a vivir allí, yo ya no estaba. Tomé

con Lilian el avión a Granada y por la ventanilla miré el suelo árido de la Mancha, donde —supuse— trascurrieron las aventuras de don Quijote, cuyo libraco me recomendaron leer, pero ni loca iba a destruir mi cerebro con su lenguaje antiguo. Reconozco que lo intenté, era una forma de ser “culto”, pero no pude llegar a la tercera página.

Desde que aterrizamos y hasta que entré al hotel, reviví otro desaforado recibimiento con gente que arrojaba flores y agitaba banderitas. Ya no me

conmovieron las autoridades, cuyos nombres y rostros olvidaba a poco de dejarlas atrás. Me cambié y asistí a una cena en el Ayuntamiento. Después venía el plato fuerte, una zambra gitana en los jardines del Generalife especialmente iluminados para mí, pese a la escasez de energía eléctrica. La zambra es un espectáculo flamenco derivado de las ceremonias nupciales moriscas, según me dijeron. El ritmo de la música me hacía flotar. Tenía que hacer fuerza para no considerarme una diosa. Ya no me parecía equilibrada la balanza: toda la

carne y los cereales que el gobierno español esperaba de la Argentina no eran suficientes para el frenético derrame de atenciones que me brindaba. El diario *Democracia* hacía una crónica de cada detalle y llevaba la adjetivación hasta niveles difíciles de creer.

Me despertó una llamada del padre Benítez, desde Madrid. Saludó con el paternal afecto de siempre, hizo preguntas de cortesía y, con la voz trémula, dijo en un tono poco común — lo cual demostraba la gravedad del asunto— que se sentía obligado a

advertirme que mi hermano Juancito, junto con Alberto Doderó, se habían extralimitado en sus farras por las Cuevas del Sacromonte y crearon problemas a la custodia.

—Debieron triplicar su número para contener a las prostitutas, los proxenetas y sus degenerados clientes.

Corté enmudecida. Me zumbaban los oídos e hice llamar a ambos, los puteé sin asco y advertí que si ocurría otro desajuste como ese, los mandaría a patadas de vuelta a Buenos Aires. Después me hundí en la bañera de agua

tibia para conseguir algo de serenidad.

—¡Atorrantes de mierda!

Eran irresponsables. No habían conseguido las cosas luchando, como yo o como Perón. Por eso se tomaban todo a la ligera. A mí, en cambio, los pocos años que llevábamos en el poder no me habían hecho olvidar cuánto había costado alcanzarlo. Cuántos esfuerzos y riesgos.

A principios de octubre de 1945 — mes histórico— Juan se sentía (equivocadamente) más firme que nunca

en tres lugares clave: Ministerio de Guerra, Secretaría de Trabajo y vicepresidencia de la Nación. Por arriba sólo figuraba el Mono Farrell. Tenía casi todo y aspiraba a la presidencia por medio de elecciones, como lo había conseguido Hitler —me decía—. Es más consistente.

Yo confiaba en su criterio. Así no lo iban a poder sacar como a Rawson y Ramírez, los dos presidentes que se autonombraron a partir del 4 de Junio. Aspiraba a una permanencia segura y prolongada. Me contagié algo de su

omnipotencia y le pedí que confiase el cargo de director de Telecomunicaciones a Oscar Nicolini, quien había sido tan bueno con mi hermana y obsequioso con mamá. De paso liquidaba a mi ex amante, ese oficial que ni siquiera evoco por su nombre. Al día siguiente estaba designado Nicolini. Pero como este hombre bueno y pelotudo dejó filtrar quién era su protectora, los que observaban desconfiados la trepada del coronel Perón y su detestada amante se pusieron a conspirar. También les

disgustaba que Perón abusara de la radio y que ganase tanta popularidad entre los trabajadores. Dejaba de ser un miembro de la exquisita casta militar del GOU para convertirse en líder de los crotos. Las conquistas sociales ya no eran recibidas por el pueblo como el producto de una revolución, sino como el regalo de un coronel. En pocos años había conseguido más adhesión que los anarquistas, radicales, socialistas y comunistas juntos. Estos le daban matraca a la lengua y hacían votar leyes, pero jamás consiguieron algo importante

por falta de poder. En cambio Perón, sin diputados ni senadores ni consejeros inútiles, pero con los militares detrás, congeló los alquileres, aumentó los salarios, creó sistemas de ayuda social, estableció tribunales de trabajo solidarios con los humildes y lanzó el Estatuto del Peón que otorgaba derechos a los hombres del campo: salario mínimo, vacaciones pagas, indemnización por despido y reposo dominical.

Muchos oficiales se atrevieron a enfrentarlo. Yo era un forúnculo, porque

debilitaba las aspiraciones aristocráticas de numerosos militares. En los encuentros dirigían la conversación hacia chistes cargados de machismo, para no provocar una guerra abierta. Disfrazaban sus intenciones con una divertida complicidad.

“Coronel, ¿no lo complican sus enredos con una actriz?” “Coincido”, apoyó otro. “No es la pareja adecuada para alguien tan brillante como usted — intervino un tercero—. Las actrices sirven para la cama, no para las ceremonias oficiales.”

Perón se frotaba la nariz y les devolvía un guiño: ¿Qué proponen? ¿Que me enrede con un actor?

Las risas hacían cambiar de tema. Pero no cambiaban el odio. Sus esposas no toleraban que una cretina del campo, analfabeta y mal hablada, se hubiera infiltrado en el corazón del gobierno.

El presidente Farrell, asustado por la presión antifascista de la ciudadanía por un lado y el Ejército filofascista por el otro, quiso demostrar que en el país las cosas mejoraban. Levantó el estado de sitio, lo cual permitió el regreso de

muchos argentinos exiliados en Uruguay (algo que volvería a ocurrir cada vez que terminaba una dictadura). Además, convocó a elecciones para comienzos del año siguiente, lo cual produjo un alivio generalizado. Farrell conseguiría de este modo llegar a un final agradable de su mandato, sin ser echado como Rawson y Ramírez.

Pero había surgido una nueva curiosidad: casi todos los militares golpistas del 4 de Junio coincidían con el arco democrático del país: estaban rabiosos por la mujerzuela de

morondanga que movía hilos.

La resistencia a Perón fue creciendo en un clima demasiado urticante. Los liberales estaban molestos por el restablecimiento de la enseñanza religiosa obligatoria; los comunistas por ser condenados a la ilegalidad y encerrados en la cárcel; desde el gobierno se empezaron a quemar libros; brotaban amenazas a la oposición universitaria. También corría la voz de que entraban criminales nazis y se murmuraba sobre un tesoro llegado a la Patagonia en submarinos. Se temía la

multiplicación de fanáticos que, pese a la derrota alemana, planeaban construir un Cuarto Reich en América del Sur.

Perón, en fin, era un degenerado. Y la mejor muestra de su hijoputez era el público enganche con una puta.

Entonces aparecieron dos enemigos temibles.

Uno era el nuevo embajador norteamericano, Spruille Braden. Tenía la facha de los héroes que inventa el cine: alto, rubio, simpático y desafiante. Sólo le faltaba el sombrero de cowboy y

un revólver en la cintura. Desde el primer día expresó euforia. Estaba decidido a terminar con la pesadilla de Perón. El nazi-fascismo había sido aplastado en Europa y de ningún modo se toleraría su resurrección, aunque fuese del tamaño de una hormiga. Criticaba los informes de Nelson Rockefeller, que acentuaba la maleabilidad del conflictivo coronel: si bien admiraba a Mussolini, era razonable y calculador. Braden, en cambio, afirmaba que ese militar sólo entendería la razón del combate. No era

suficiente que odiase el comunismo; también Hitler odió al comunismo. Odiaba la democracia.

Las sonoras declaraciones de Braden despertaron simpatía en las fuerzas políticas locales, desde los conservadores a la extrema izquierda. El país estaba dividido: una parte (mayoritaria) optaba por sostener la república, la otra (inculta y manipulable) se entregaba al demagogo.

Braden consiguió un efecto inicial positivo. Su temeridad lo indujo a solicitar una entrevista privada con

Juan. Él me contó que se puso en guardia, pero se relajó como cuando practicaba esgrima. Lo recibió sonriente en el Ministerio de Guerra, le ofreció cigarrillos, café y whisky. Se sentaron frente a frente. Juan aflojaba su espalda y sus hombros para afrontar los aprietes y responder de forma astuta. Lo miró con la cabeza ladeada, “lo cual agrega ternura a mis ojitos”, puntualizó satisfecho. Braden estaba impaciente y no tardó en buscar las aguas profundas. Antes de tiempo mencionó los bienes (dijo “bienes”, para endulzar el ataque)

venidos de Alemania y Japón. Agregó que habían sido atrapados por el gobierno militar argentino. La mención de bienes japoneses “me dio servida la sospecha de que este diplomático no tenía una sola prueba de lo que ya sabés”.

—Usted entiende, Coronel —dijo en un aceptable castellano—, que si resolvemos algunos asuntos entre nosotros, el gobierno de los Estados Unidos no pondrá inconvenientes a su eventual candidatura para la presidencia.

—¡Ay! —suspiró Juan abriendo los brazos—. Tengo un problema.

—¿Cuál?

—Para este país, el que negocia asuntos domésticos con una potencia extranjera es un hijo de puta. No quiero ser más hijo de puta de lo que ya soy.

Braden contrajo su rubicunda cara. Quedó paralizado. Tardó medio minuto en levantarse, gruñir como un búfalo y emprender la retirada. Se fue sin saludar. Olvidó el elegante sombrero con el que había entrado. Juan empezó a

reírse y no veía la hora de contarme tan desopilante escena. Levantó el sombrero del embajador, le sopló una pelusa y encargó a su asistente que lo regalase a los muchachos durante un partido de fútbol. El poder y la expectativa de conseguir más poder ya lo estaban mareando.

Braden no se fue a descansar. Le salía espuma por la boca y convocó a los líderes de la oposición que, a su vez, organizaron rápidamente una gran Marcha por la Constitución y la Libertad. Consiguieron aglomerar

decenas de miles de personas hasta formar una columna impresionante que llenaba cuerdas y cuerdas de las avenidas. Redondeaban las doscientas mil cabezas, la mayor concentración de la historia hasta ese momento. La izquierda, el centro y la derecha caminaban codo a codo. Había empleados, periodistas, comerciantes, docentes, estudiantes, artesanos, profesionales, deportistas, actores. El rechazo al nazismo concentraba diversas voluntades. Exaltaban el deber de participar. La guerra no se libraba entre

partidos políticos, sino entre dos sistemas. Perón era señalado como la encarnación de una nueva dictadura.

A la cabeza de esa fragorosa manifestación caminaba Spruille Braden acompañado por conservadores y comunistas, radicales y socialistas. Cantaban la Marsellesa, cuyo ritmo hacía temblar los muros. Gritaban a voz en cuello: ¡Libros sí, botas no! Ante la amenaza que significaba Perón, reflataba el miedo de volver a perder la cultura y retroceder a la barbarie. Esos sentimientos podían haber determinado

el resultado de las elecciones, adverso a Perón. Pero la intervención de Braden jugó en contra. Juan lo confirmó más tarde: Braden fue la mejor ayuda que tuve para ganar, dijo.

Las expresiones antimilitaristas de esa Marcha levantaron la cabeza del segundo enemigo.

Los oficiales deliberaron en Campo de Mayo, la principal guarnición militar del país, y asociaron de forma absurda la Marcha por la Constitución y la Libertad con mi influencia para designar a Oscar Nicolini. No sólo había bronca

contra Perón, sino contra la puta que lo manejaba.

El general Eduardo Ávalos era amigo de Juan; tenía más jerarquía en el escalafón y gozaba de prestigio entre sus compañeros de armas. Parecía el más indicado para entrevistar al coronel cuestionado y devolverle el sentido común.

Al día siguiente se presentó en el Ministerio de Guerra, donde fue recibido enseguida. Ávalos solicitó permanecer a solas. Juan hizo salir a su asistente, convidó cigarrillos y se puso

en guardia. Sabía del malestar que había comenzado a mover las explosivas aguas del Ejército, pero no imaginaba que venía a pedir la renuncia de un funcionario de segunda como el flamante director de Telecomunicaciones. Ávalos agregó que el Ejército sugería para ese cargo al teniente coronel Rocco, experimentado en el rubro.

¿Qué les molestaba de Nicolini? No hizo falta preguntar: su designación vino por una propuesta mía, alguien que no debería tener arte ni parte en las decisiones gubernamentales. Era yo, no

Nicolini, el hueso imposible de roer. Juan simuló calma y dio una hábil voltereta antes de expedirse. Le recordó a su amigo que había hecho pública su admiración por el líder radical Hipólito Yrigoyen que él mismo había ayudado a derrocar junto al golpista Uriburu en 1930, y le asombraba que no hubiesen surgido objeciones en el Ejército por tanta contradicción. Quería atacarlo por el lado menos previsible.

Ávalos levantó las cejas, porque intuía hacia dónde llevaba el rodeo. Perón agregó que tampoco se molestó el

Ejército por la designación de alguien tan vinculado a los radicales — emblemas de la democracia— como ministro del Interior.

—¿Te refieres a Hortensio Jazmín Quijano...? —sonrió el General, acentuando la palabra “jazmín”.

—Tal cual. Y eso que este correntino avejentado no tiene la belleza de la hortensia ni el perfume del jazmín...

Risas.

—Quijano es un político que de militar no tiene nada. ¿Rechazan a

Nicolini porque no es militar?

—Amigo mío, no es por Nicolini...

—Ya lo sé.

Juan se levantó y dio una vuelta pensativa alrededor del escritorio.

—¿Sabés? No me convencés.

Nicolini seguirá en su puesto —lo miró serio, tendió la mano y acompañó hasta la puerta. En los códigos militares termina por ganar el más firme.

Permaneció a solas unos minutos, con la cabeza apoyada en sus puños. Acababa de comenzar la confrontación

más peligrosa de su vida. Estaba junto al precipicio. Se reprochó por no haber actuado con más arte. Procedió como un espadachín asustado. Y lo hizo por mí. ¡Por mí! Se estaba jugando en serio. Se jugaba por un amor o un compromiso que nunca se atrevió a manifestar con tanta desnudez. La designación de Nicolini significaba un reconocimiento público de mi influencia. Si lo expulsaba, la expulsada era yo y terminaba mi papel. No quería aflojar, aunque se oscureciera el cielo. Se sentía solo, porque ni siquiera había formado

un partido político. Cuando Braden le habló de ganar la presidencia, se estaba burlando. ¿Cómo se gana la presidencia sin un partido?

Los días giraban con velocidad creciente. La Marcha por la Constitución y la Libertad inspiró al resentido ex presidente Rawson para dar un nuevo golpe de Estado que eliminase al Mono Farrell y al popular Perón al mismo tiempo. Consiguió el apoyo, nada menos, que del primer diputado socialista que tuvo América: Alfredo Palacios. Palacios conmovía con su

palabra y seducía con su sombrero de alas anchas y un bigote mosqueteril. Se lo admiraba como un político decente y esclarecido. En esas circunstancias, a su convocatoria respondería todo el país. Rawson se alegró con el imprevisto y casi absurdo respaldo de Palacios. Pero no era tan absurdo: el mayor peligro que sentía el arco opositor era la llegada de un gobierno fascista. Rawson no tenía un pelo de socialista ni de democrático. Era un general confundido. Pretendía recuperar los ideales autoritarios del 4 de Junio, que consideraba desdibujados

por las ambiciones de Perón.

La noticia sobre el levantamiento de Rawson se extendió como las llamas sobre un lago de combustible. El Mono Farrell reaccionó con rapidez. Envío tropas para arrestar al sublevado antes de que pudiera moverse. Descabezada la intentona, murió la serpiente. Pero debió restablecer el impopular estado de sitio para reprimir con más eficacia. Otra columna de argentinos partió al exilio uruguayo. La excusa adicional para el estado de sitio fue el asesinato de un estudiante por la Alianza Libertadora

Nacionalista (que no disimulaba su ideología nazi). La ceremonia fúnebre produjo vientos de indignación que soliviantaron a todas las universidades del país. Varias manifestaciones de otros sectores sumaron su repudio a Farrell, Rawson y Perón. Todos eran pigmeos de la misma jungla. Perón quiso seducir a los estudiantes con un discurso amistoso. Pero no tuvo éxito: lo consideraron hipócrita. Lo silbaron e insultaron.

Mientras, Ávalos no se resignaba a un fracaso. Concurrió a nuestro

departamento en la calle Posadas. Juan no ocultó su fastidio al verlo ingresar con dos botellas de vino y un ramo de flores. Era un falso gesto de ablande. Ávalos manifestó admiración por la meritoria tarea de Juan en varios campos sociales y políticos, pero quería advertirle que debía sacar el pie del acelerador. Sus enemigos ya eran muchos. Le llegaron versiones de que querían matarlo.

—¿Qué? —pegué un brinco.

—Son murmullos contradictorios.

Pero cuando suena el río...

—¡Reforzarás tu custodia! —apunté mi tembloroso índice hacia Juan.

—Usarán métodos más sofisticados, donde no habrá custodia que valga — completó Ávalos.

—¿Veneno?

—No lo descartaría.

Me sentí descompuesta. No entendía semejante giro. Habíamos llegado a la cima, él ocupaba nada menos que la vicepresidencia de la Nación y el Ministerio de Guerra, éramos los testaferros de una fortuna incalculable y

teníamos recursos para vivir en paz hasta el fin de nuestra existencia. Caminé zigzagueando a la cocina y, con torpeza, ordené a Gladys —nuestra empleada de mayor confianza, porque venía de Junín y la recomendó mamá—, que preparase otra ronda de café. De regreso en el living me ocupé de llenar los vasos de whisky; tenía que hacer algo para serenarme. Me temblaba la mano y un chorro cayó fuera, sobre la mesa ratona. Pedí disculpas mientras Gladys venía corriendo con un repasador y en un minuto dejó todo

limpio. La conversación se había interrumpido. Bebí el café con tanta rapidez que casi me perforo el paladar. Me sobrevino la tos y me encajé un sorbo de whisky.

—No es nada —dije hundida en la vergüenza.

Me costaba seguir sentada. Era prisionera de una angustia que pocas veces sentí. No habían sido las frases de Ávalos solamente, sino que esas frases desnudaron el miedo que yo negaba. Tanta felicidad no era merecida, no estaba aprobada por Dios. Ahora venía

el castigo. Al rato me excusé y volví a la cocina, donde exigí a Gladys que revisara prolijamente todas las alacenas para descubrir irregularidades.

—Que nadie se meta aquí. Antes de preparar cada plato, debés probar ingrediente por ingrediente. ¿Has comprendido?

Gladys me miró asustada.

—Quédese tranquila, señora. Yo reviso todo, compro la mejor verdura, la mejor carne.

—Sí, revisá todo. Hay peligro... hay

peligro de que quieran... Mirá: que nadie toque las ollas, las sartenes, carnes, verduras, frutas. A partir de hoy el Coronel no comerá en ningún restaurante, en ninguna recepción y tampoco en el ministerio. Sólo comerá en casa, ¿entendiste?

Decidí que a partir de ese momento probaría cada plato de Juan. Si empieza la guerra, me meteré a fondo. Y lo sabrán esos cabrones, para que no pierdan el tiempo con venenos o armas convencionales. Tal vez las usen para hacer pelota a quien más odian, que soy

yo. Pero con Juan no les resultará fácil: seré su escudo —pensé.

La conversación con Ávalos dejó de interesarme. Es decir, dejó de ser captada por mis oídos. Me alivió observarlo de pie, listo para irse.

Cuando partió tiré sus flores a la basura. Dije a Juan que iría a darme un baño caliente para aflojar mis contracturas. Juan también estaba abatido, pero prefirió quedarse en el living a meditar.

A partir de esa noche dejé de teñirme

el pelo. Pronto surgieron las raíces negras. Hasta olvidaba pintarme los labios. Sabía que mi comportamiento no era el correcto y apelaba a confesiones diarias que repetían siempre lo mismo. Algo que tampoco me atreví a revelar, sin embargo, fue nuestra condición de testafierros del tesoro nazi.

Mi conducta, en vez de fortalecer el ánimo de Juan, como debió haber sido mi rol, lo aplastaba más. Daba señales de agotamiento y eso era peligroso. Su asistente me reveló que Juan, en un ataque de rabia en el ministerio, arrojó

su gorra al suelo mientras exclamaba:
¡Estoy harto, harto!

Saqué fuerzas desde los huesos y le grité enronquecida cuando volvió a casa: ¡Deberías plantar a todo el mundo y desaparecer! ¡Que se las arreglen solos!

Mientras, Ávalos seguía emponzoñando a los oficiales en contra de mí. No era difícil enterarse, porque las maledicencias se desparraman. Insistían en mi vulgaridad, mi torpeza y mi historia. Decían que había embrujado al Coronel, que lo dominaba como a un

títtere, que me metía en el gobierno como ninguna mujer lo había hecho jamás. El clima llegó a tal deterioro que Ávalos invitó a Juan para reunirse con los jefes de las unidades militares; era el último intento de reconciliación. No dejaba de ser agravante que conminaran de esa forma al vicepresidente de la Nación.

—Está bien, pero no en Campo de Mayo, sino en el Ministerio de Guerra—desafió Juan, porque era de mal luchador aceptar todo—. Y que sea mañana mismo.

Sólo yo sé lo que me costó

mantenerme firme en momentos así. No esos dos irresponsables vividores que denunció el padre Benítez. El programa de la gira incluía una visita a la Catedral de Granada. No podía sacarme de la cabeza que alternaba la pesadilla de los prostíbulos de mis dos acompañantes principales con la limpia espiritualidad de la religión. ¿Dodero me había regalado un collar de diamantes para conseguir una tolerancia absoluta? ¿Juancito creía que por ser mi hermano tenía derecho a todo? Me vistieron y peinaron para esa oportunidad con gran

lujo, aunque todas las oportunidades requerían que luciera principesca. Froté algo de rouge en mis labios que, como dije, era mi único maquillaje. Antes de salir mandé informar a Doderó y Juancito que esta vez no me acompañasen. Esos inmaduros debían hacer penitencia por tarados.

En el templo me dieron vértigo las explicaciones. Zumbaban como un viento nauseoso, porque ya no me cabían tantos datos. Menos después de la bronca que me provocó la llamada de Benítez. Era una catedral inmensa, con

cinco naves. Flotaban las nubes de incienso y mirra. Llegué al mausoleo de los Reyes Católicos, cuyos cadáveres descansan en féretros metálicos junto al altar mayor. Encima están sus esculturas yacentes de tamaño natural, trabajadas por discípulos de Miguel Ángel. Ahí, de pronto, me despabilé. Y me llamó la atención que la almohada de la reina Isabel estuviese más hundida que la del rey Fernando. ¿Para bajarla un poco, porque era mujer? Cuando por la noche quedamos solas con Lilian, le sugerí que escribiese en su diario lo de las

almohadas.

—No entiendo, señora. ¿De qué almohadas me habla?

—Las de las tumbas de los Reyes. ¿No se dio cuenta que la de Fernando no tiene hueco y la de Isabel tiene un hueco grande?

—No me di cuenta...

—Liliancita, ¡es muy importante! El cerebro de Isabel pesa más que el de Fernando... Doña Pilar Primo de Rivera ni lo debe sospechar. Anote eso. Los escultores fueron unos genios que

dejaron un mensaje maravilloso.
¿Escuchó lo que dije a unos periodistas?

—¿Sobre esto mismo?

—Claro. Un periodista baboso imploró que reflexionase sobre la diferencia de las almohadas. ¿Sabe qué le respondí?

Lilian abrió los ojos.

—Le dije que si a las almohadas me las pusieran a mí debajo del corazón, estarían más aplastadas que las del presidente de Argentina. Demasiado fuerte, ¿verdad, Lilian? Me salió sin

querer, tantos honores me están
poniendo arrogante.

20

La voz del destino

El 8 de octubre era su cumpleaños. Había poco para celebrar. Antiguos

compañeros de armas se volvieron enemigos y decidieron terminar con su poder personalista. Ávalos, en las sombras, organizó una asonada para meterlo preso en caso de que no renunciara a sus tres cargos por las buenas. De esta sublevación ya se habían difundido detalles y la negociación con los jefes de las unidades militares podía fracasar. Brotaba el miedo bajo el piso de Juan y sus leales. Algunos discutían si convenía alejarse, para no ser arrastrados en la caída. Otros procuraron negar la

gravedad del momento y en el Ministerio de Guerra organizaron un lunch para celebrar su cumpleaños número cincuenta.

Pese a la tristeza que manifestaba su rostro, Juan aceptó el festejo. No se resignaba a que su laborioso tejido de araña se desgarrase en pocos minutos. Secó la transpiración de su frente y decidió, con las últimas reservas de ánimo, invitar a una variedad de ministros, secretarios y oficiales. Su simpatía personal aún podía hacer milagros. Entre los confiables y los

revoltosos sumarían varias decenas de notable jerarquía. Después de los brindis y la ingesta de bocaditos (que yo probaba con la ingenuidad de una Cenicienta antes de que los comiese Juan), sólo los oficiales fueron invitados a permanecer en el ministerio.

Se efectuó una reunión a puertas cerradas en un salón grande, donde incorporaron más butacas formando una doble ronda en torno a la mesa central. Juan me hizo sentar a su lado, lo cual me estremeció. Su desafío era a todo o nada. Por primera vez participaba una

mujer en una reunión reservada a militares. Un insulto. Pero era la última oportunidad política de Juan y deseaba que los papeles se exhibiesen sobre la mesa. Si su pareja era el problema, que lo dijeran abiertamente, con la valentía que debe tener un soldado. En cambio, si continuaban los subterfugios, no merecían el uniforme ni él estaría seguro jamás.

Me asombró el tono tranquilo de Perón. Actuó con arte. A su modo, era un hombre de teatro. En su espíritu no había la fuerza ni la tranquilidad que simulaba.

Estaba tan asustado como yo. Pero pensaba que era su última actuación y debía dejar grabada una imagen recia. Su formación lo había entrenado para esta prueba. Los asistentes coincidieron en que la marcha política y las manifestaciones universitarias contenían ponzoña anticastrense. Por lo tanto, en cierto momento predominó el criterio de no desplazar al Coronel, porque significaría una derrota militar, no un simple cambio de protagonistas.

Al final Ávalos y sus cómplices se incomodaron por la falta de apoyo y

decidieron marcharse. Intentarían apretar de nuevo al Mono Farrell.

Yo iba y venía del baño, atacada por inusuales ganas de orinar. Miraba el artesonado de madera para guardarlo en mi memoria. Ya no volvería por aquí. Elevaba los ojos hacia las arañas refulgentes de caireles. Me detenía en los cuadros desde donde contemplaban los impertérritos héroes de la patria. Ese salón al que había trepado tan rápido y con invisibles méritos, me sería prohibido en el futuro.

Por la noche llegaron a manos de Juan

los informes de que tropas comandadas por el general Ávalos se desplazarían en la madrugada siguiente por las calles de Buenos Aires, repitiendo la profanadora madrugada de 1930, cuando el golpe de Estado que derrocó al presidente Yrigoyen.

—Debemos esperar las tropas, no ir a su encuentro —murmuró Perón.

Su rango de vicepresidente yacía en el suelo. Un brigadier le propuso armar el edificio del ministerio, para no crear la sensación de derrota. También deberían permanecer y dormir en sus

instalaciones. Perón asintió, desganado.

—Debe recurrir a la aviación,
Coronel —volvió a hablar un brigadier
—. Usted es el ministro de Guerra.

Juan levantó sus ojos casi dormidos.

—Podría dispersar las tropas de
Ávalos, es cierto. Pero no quiero sangre.

—Farrell y Ávalos buscan evitar la
imagen de un golpe —pretendió
inyectarle más firmeza.

—¿Farrell resistirá, acaso? —
conjeturó otro oficial.

—Me ha insinuado que sí, pero... —
susurró Perón.

—¿Confía completamente en Farrell?

—¿Completamente?...

Ingresaron en el despacho de Farrell los oficiales enojados por la resistencia de Perón y, sobre todo, mi innegable interferencia en los asuntos de Estado.

Ávalos, el antiguo “amigo” de Juan, habló sin rodeos. Estaban cansados de los procedimientos equívocos del ministro de Guerra, de su desvergonzada promoción personal y del uso del Estado

para beneficiar a una actriz. Era absolutamente inaceptable. En nombre del Ejército conminaban al presidente que le ordenase abandonar sus tres cargos: la vicepresidencia de la Nación, el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo.

—¿Todo eso? —se asombró Farrell.

—Todo, porque la designación de Nicolini ha desbordado el vaso.

—Esa designación fue firmada por mí.

—Pero fogoneada por Eva Duarte,

¿me equivoco?

—Entonces no es Nicolini el problema.

—En efecto, nadie ignora que el problema es esa mujer, porque desde hace rato manipula obscenamente a un camarada de armas.

—O ese camarada se deja manipular... —Farrell ensayó disminuir el enojo, trabado por sus propias contradicciones.

—¿Qué vio él en Eva Duarte, puede decirme? —espetó Ávalos.

—Sinceramente, tampoco lo sé.

Allá ellos. A mí me hubiera gustado que Ávalos y Farrell y los demás traidores hubieran podido verme después en España. Lo de Sevilla fue turbador. Me vinieron a buscar al aeropuerto con una carroza tirada por ocho caballos blancos que se movían a paso de baile. Las ruedas traqueteaban sobre el empedrado con ritmo musical. El resto de mi comitiva también era traída en carrozas. A ambos lados de la calle saludaban chicas vestidas con trajes regionales. Además, cada dos

metros aguardaba una joven con una cesta colgada del brazo. Cesta de por medio estaba llena de pétalos que me arrojaban a los pies gritando mi nombre y diciendo piropos. Las otras cestas contenían palomas a las que dejaban alzar vuelo cuando yo pasaba. Se formó un techo de pétalos y palomas que jamás vi, ni siquiera en una pintura. ¡Qué imaginación tienen estos españoles!

En el Ayuntamiento me invitaron a subir a un gran salón por la roja alfombra de una escalinata. Subí más lento que de costumbre, como hacen las

reinas, conmovida. Me guiaron hacia un sillón de terciopelo entre dos arcones antiguos, abiertos, vacíos y forrados con brocato. No entendía para qué estaban ahí, seguro que eran parte de una novedosa ceremonia. Pronto me di cuenta. Un paje uniformado se acercó galante con un almohadón de lentejuelas sobre el que había un brazalete de oro. Se inclinó y entregó el brazalete. Al irse cruzó con otro paje que venía con otro almohadón igualmente festivo y otro regalo. La serie parecía que nunca iba a terminar. Otros pajes —con respeto e

interminables reverencias— retiraban de mis manos los obsequios que no alcanzaba a examinar y los ordenaban dentro de los arcones.

El conde de Villalonga, jefe del Ayuntamiento, los describía: marfiles, vestidos, perfumes, candelabros, cerámica, una réplica de la nave de Solís, mantillas y numerosas alhajas: collares, anillos, colgantes, pulseras. Se me subieron los colores a las mejillas. ¿Otra alucinación? Un despliegue semejante no existía ni en las películas. Apenas dos años atrás yo había sido una

actriz de medio pelo, criticada por haberme alzado al coronel Perón. Aunque había crecido en estos pocos días del viaje, todavía me faltaba asumir que había llegado a lo alto del poder y de la gloria. El desasosiego me bloqueaba las palabras de gratitud, como si fuera una mujer sin modales. O quizás una buena discípula de la Virgen, que nunca habla cuando le entregan ofrendas.

En la imponente Catedral —que había sido mezquita— pedí subir al camarín de la Virgen de la Macarena, patrona de

los toreros. Me quité los aros de oro y brillantes que colgaban de mis orejas y los deposité a sus pies. No me contestó, por supuesto. Nunca agradece los regalos y sus apariciones sólo ocurren para ayudar. La Virgen fue tan pobre que su Hijo tuvo que nacer en un maloliente corral, pero ahora es tan rica con los mares de joyas que los buenos católicos amontonan en la base de sus imágenes, que me volvió a dar una lección para mi propia corta vida: yo marchaba por esa ruta. Lo mío no era una imitación de Cristo, sino una imitación de la Virgen.

La contemplé un largo rato e imploré que esta fiesta no acabase nunca. Porque podía estar soñando. Y el sueño podía transformarse en pesadilla. Mientras me revoloteaban esas ideas como buitres, mi boca murmuraba un Ave María profundamente sentido. Nunca había orado de ese modo. Mis dedos se comprimían hasta hacer crujir las articulaciones. Mi cuerpo tiritaba. Olvidé el entorno, olvidé que me estaban mirando. Me creía sola con Ella en la inmensidad del espacio, tal vez en la antesala del Purgatorio. Mi Ave

María exaltado era una letanía que arañaba las vestimentas de la Virgen. Era la plegaria de una nena impotente, a punto de ser descuartizada por sus pecados. No oía otra cosa que mi propio susurrar, no veía otra cosa que esa imagen maravillosa. Apoyé la frente sobre mis manos entrelazadas. Luego, con esfuerzo, me puse de pie. Las rodillas me temblaban. Sentía algo de levitación. Se acercó Lilian para sostenerme del brazo. Me miraba con susto. Caminé lento, siguiéndola. Cuando salimos a la calle me golpeó el

sol. Me cubrí con el velo y pedí regresar al auto. No tenía más fuerza.

Me recosté para aflojar la tensión. Dormí más de una hora, me bañé y me cambié la ropa. Son las ventajas de estar en el poder. De vez en cuando puede una abandonarse. No es así cuando se lucha por obtenerlo.

El Mono telefoneó a Juan y, con forzada voz amistosa, le pidió que renunciara a todos sus cargos. Yo estaba de pie al lado suyo y me bamboleaba como un junco. Advertí que su palidez se tornaba cadavérica. Se iba a

desmayar. Apoyó un codo sobre la mesa para sostener el auricular que le pesaba como un vagón. Pronunció un ronco susurro, colgó extenuado y se aflojó contra el respaldo de su sillón tapizado en cuero borravino. Le ofrecí mi pañuelo para que se secara la frente y las mejillas, que pasaban del blanco anémico al verde que produce un ataque de hígado.

Seguíamos en su hermoso despacho del Ministerio de Guerra. Acercó un block de papel con membrete, empuñó la lapicera y escribió su triple renuncia.

Llamó a su asistente para que la ensobrara y llevase en mano al presidente de la República.

—No tengo más que hacer aquí —sus ojos fatigados recorrieron el techo y las paredes.

Se paró y estiró la chaqueta del blanco uniforme. Apenas nos sostenían las rodillas. Sus colaboradores miraban con ojos enrojecidos, no sabían qué decir ni qué hacer.

Fuimos en el auto oficial a nuestro departamento. Durante el viaje hice

profundas aspiraciones de la fragancia a cuero y metal que había en el interior, porque nunca volvería a desplazarme en un auto de ese lujo. Le apreté la mano blanda. Deseaba trasmitirle mi gratitud sin límites por haber demostrado que me quería. O que me necesitaba. Era casi lo mismo. Puso en juego su carrera para no dejarme fuera de su vida. Era la primera vez que alguien procedía de ese modo conmigo. Jamás lo podría olvidar. Un hombre como él, viudo y con cincuenta años, campeón en deportes, de prolija trayectoria militar, que hablaba idiomas,

conocía mundo, había gestado la revolución del 4 de Junio y puso en marcha actividades que revalorizaban al trabajador y los pobres, dejaba todo eso por mí. Increíble. Era un sueño con la clave de otra paradoja: caíamos en las tinieblas del fracaso, mientras subíamos en la espiral del amor.

En el departamento lo ayudé a quitarse el uniforme, los zapatos, las medias, la camiseta, los pantalones. Le entregué un pijama y una bata de seda. Fui a prepararle un sándwich de chorizo, que tanto le gustaba, y le

acerqué una copa de vino salteño. Dije a Gladys que esta vez lo atendería yo sola. Después nos sentamos juntos en el sofá, frente al voluminoso aparato de radio. Habían anunciado que hablaría el ministro del Interior. ¿Valía la pena soportar otra cachetada? Ese puesto de ministro se lo había dado Juan, pero Juan ya era una piltrafa.

Hortensio Jazmín Quijano nos sorprendió con su apacible acento correntino. Enderezamos nuestras espaldas y sonreímos por fin. Manifestó que la renuncia del vicepresidente de la

Nación, ministro de Guerra y secretario de Trabajo fue voluntaria. ¡Voluntaria! Las elecciones habían sido fijadas para el mes de abril y el Coronel decidió retirarse patrióticamente con el fin de dar plena libertad de elección a los ciudadanos.

—¿Este halago fue propuesto por Farrell o proviene de la lealtad que me tiene un viejo alicaído, pero bribón?

El impacto fue notable. Esa renuncia encrespó las aguas divididas del país. Los enemigos de Juan se pusieron a festejar. Y sus seguidores a encontrar la

forma de recuperarse, aunque desprovistos de esperanzas.

Al atardecer llegaron amigos militares y dirigentes de los sindicatos. Yo tenía que detenerlos en el living para que Juan terminase una conversación privada o devorase un plato de comida. Pese a la tensión y la cantidad de huéspedes, todos hablaban en voz baja, como en los velorios. Algunos estaban colorados de bronca y otros lagrimeaban. Se venía abajo la torre construida con tanto esfuerzo.

Al día siguiente nos despertamos

tarde. El agotamiento necesitaba cobrarse una larga recompensa, al margen de nuestros deseos. Los diarios informaban sobre la dimisión y reproducían el discurso de Quijano; por lo menos fueron ecuanímenes y no suprimieron los calificativos de “renuncia voluntaria” y “patriótica”. Conjeturaban que pronto se alejarían más ministros y el presidente Farrell quedaría solo. Semejante panorama estimuló a quienes exigían que el poder fuese transferido a la Corte Suprema de Justicia.

Juan tiró los diarios al suelo y recordó que la buena educación le exigía ir a despedirse de sus colaboradores en la Secretaría de Trabajo.

—¿Buena educación? —bramé—. ¿Como la de tus facinerosos camaradas de armas? ¿Vino a excusarse tu “amigo” Ávalos?

Se puso otro elegante uniforme blanco y cepilló con la manga su gorra militar. No quise acompañarlo: hubiera significado más carne para los perros. Le imploré que no dejase de estar

rodeado por sus guardaespaldas y evitase comer bocaditos. Que no fuese hostil hacia el gobierno, porque empeoraría nuestro desamparo.

No contestó. Corrientadas de ideas le sacudían la cabeza. Después me enteré de que su ingreso fue difícil. ¿Difícil? Sí, porque en poco tiempo más de quince mil obreros se habían congregado frente al edificio de la secretaría y bloqueaban la circulación en varias calles. Se trataba de gente agradecida. Agradecían que por primera vez un funcionario —con uniforme,

además—, los haya recibido, dado la mano, abrazado en muchos casos y resuelto sus necesidades. Los políticos sólo hablan, prometen, negocian, pero nunca se ocupan de ellos con tanto calor. Y ese funcionario ejemplar acababa de renunciar.

Apenas ingresó en el edificio se puso a dar órdenes sonrientes, pero marciales. Que su discurso fuese transmitido por radio —ordenó—, que se instalasen altavoces en la calle. Aún gozaba de los últimos segundos de poder y los quería estrujar. Su posición

al borde del abismo le vertió en el alma un chorro de energía caliente. En el salón se apretujaban centenares de trabajadores, muchos desbordaban hacia los pasillos y en la calle formaban bulliciosos enjambres.

No pude permanecer en el departamento, porque me enloquecía la inacción. Tomé un taxi. La multitud, en efecto, impedía avanzar. Pero volví a sentirme en mi elemento, entre los carenciados, los ignorantes, los zaparrastrosos, los marginales. Hasta sus olores me eran familiares y

devolvían a los tiempos de Los Toldos. Me conmovía su fervorosa adhesión a Perón, un dirigente que yo conocía en la intimidad —con todas las flaquezas que desnuda la intimidad— y aquí, entre los pobres, encendía la sangre.

Juan se dirigió a la audiencia con voz pausada. Era el coronel que había empezado a movilizar muchedumbres. Que exhibía un perfil heroico. Que era amado por centenares de miles. Que había distribuido afiches con su sonrisa seductora y el brazo levantado. Su renuncia había sido un gesto de

patriotismo, como afirmó el doctor Quijano. Entró en materia y resumió su gestión de gobierno con palabras convincentes. Pero, sobre todo, deseaba transmitir la novedad de dos decretos que acababa de firmar, antes de que le aceptasen la renuncia. Esos dos decretos imponían un aumento general de sueldos y la implantación del salario mínimo, vital y móvil, indexado sobre el costo de vida. Se generalizó el estupor.

Un minuto después una bomba de júbilo estremeció los edificios de la manzana. Volvió a atronar —pero con

más certeza— el nombre de la victoria: ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! Cuando retornó el silencio que él indujo tras permitir un desahogo saludable, aconsejó mantener la calma. Volvía a demostrar su ambivalente cualidad: ternura y fuerza. Exclamó: “Les pido que respeten el orden público para que podamos proseguir nuestra marcha triunfal; pero si un día es necesario, ¡pediré la guerra!”.

—¡Peee-rón! ¡Peee-rón! ¡Peee-rón!

Enlacé los brazos de dos mujeres que se apretaban contra mis costados sin

reconocerme. Ellas trotaban de alegría y yo fui invadida por el miedo.

Juan había cometido un error grave — pensé asustada—: enfrentaba al Ejército con insolencia, desquiciado por la ebullición de la gente. Habló de guerra. Ahora no demorarían en perforarle la cabeza de un balazo.

Que los acontecimientos se huracanaban en sentido adverso me fue revelado por Jaime Yankelevich quien, de súbito, dio por terminados mis contratos. En otras palabras, me echaba a la calle. Bajaba a cero, como me había

sucedido tantas veces. El destino seguía siendo la misma mierda de siempre, sólo que me había dado un recreo para que brotasen fatuas esperanzas y, de ese modo, el castigo doliese más.

21

Los fugitivos

Hubo más agasajos en Sevilla y otra vez me ofrecieron hablar por Radio

Nacional. Comencé a dejar de lado los papeles escolares que escribía Muñoz Aspíri. La purificación que me había brindado la Virgen proveyó de nervio a mi espíritu y decidí volver a improvisar. No era difícil. Tanta obsecuencia en torno mío me hacía pronunciar frases fuertes, como directos de boxeo a la mandíbula de la emoción. Insistí en la importancia de la justicia social y el nivel de igualdad que merecían las mujeres. Mis dos temas centrales. Esas arengas tuvieron un excelente efecto, porque los españoles —me informó

nuestro angustiado embajador— estaban cada vez más felices conmigo. Hasta el desabrido Franco, que no debía sentirse feliz con tanto bombo sobre la justicia social, alabó mi talento para los discursos. En parte debía ser cierto — pensé—, aunque lo que más le importaba a ese tarugo era quedar bien con mi marido y recibir su monumental ayuda económica.

Mucho más tarde, obligado a escapar de Buenos Aires por dieciocho años, Perón habrá pensado que había hecho bien en ayudar a Franco. Tenía a quién

cobrarle un favor, y ese favor consistía en el largo y seguro asilo político del que gozaba. Pero en octubre de 1945, casi enseguida de su cumpleaños, cuando no era presidente todavía y estábamos en las vísperas de un acontecimiento que tendría más repercusión que el terremoto de San Juan, decidimos fugarnos de Buenos Aires. Debíamos alejarnos del incendio. Juan se puso al volante y yo, a su lado. No más custodios ni asistentes oficiales. En el asiento de atrás, como asustados pajes, sólo venían mi hermano Juancito

y Rudi Freude, hijo del alemán que me había regalado la mansión de la calle Teodoro García. Volví a recordar que “Freude” significa alegría —me lo dijo él mismo—, pero esa sola palabra no garantiza que dure para siempre. Íbamos hacia San Nicolás, en el extremo noroeste de la provincia, donde vivía su amigo Ramón Subiza. Miraba por la ventanilla y me asaltaron recuerdos de infancia y adolescencia cuando mis ojos se llenaban de tierras vacías y planas. En el camino Rudi propuso modificar el rumbo y escondernos en un refugio más

protegido, una isla del Delta que pertenecía a su padre.

La propuesta fue una bocanada de oxígeno: odiaba ese paisaje. El Delta, en cambio, está conformado por una red de venas donde fluye el último tramo del larguísimo río Paraná. Allí se construyeron casas, pensiones y guaridas. Recordé cuando quise unirme a la aventura de recorrerlo con esas chicas y sus amigos, que me dejaron en tierra por “vulgar”. Era otra de las cachetadas que recibía entonces, y que me fueron inmunizando al dolor. En sus

rincones umbríos solían producirse refriegas eróticas de variada intensidad. La jungla, el canto de los pájaros, los húmedos aromas y la ausencia de ruidos urbanos las favorecían. En los últimos años —contó Rudi— se edificaron chalets de estilo alpino, una suerte de contradicción entre las montañas nevadas de Suiza y el agua barrosa del Delta. Yo suponía que ese lugar era preferible al descampado de la pampa, porque sería más difícil encontrarnos.

Subimos a una lancha y llegamos en media hora a la propiedad de Freude,

una amplia y cómoda mansión. En ella vivía una pareja para mantenerla limpia y siempre dotada de víveres. Nos ofrecieron el dormitorio que daba a un espejo de agua sobre el que ondulaban las espesas ramas de un sauce. Nos cambiamos de ropa y salimos a caminar por los senderos con un mezclado olor a hojas y podredumbre. Sólo se escuchaba el suave frote de las hojas primaverales. Se alzaban álamos orgullosos, panzudos palos borrachos con vinosa floración, capullos de jazmines y el azul de los jacarandás. Cenamos liviano y nos

fuimos a dormir. Juancito y Rudi prefirieron quedarse a jugar a las cartas hasta que les viniese el sueño, que nunca se asomaba antes de la medianoche.

Juan despertó al amanecer, como siempre. Se duchó y yo lo seguí. Tomamos unos mates y salimos a caminar nuevamente. La temperatura era deliciosa, inhalábamos el aliento de las flores y sonreíamos. Hacía mucho que no teníamos las caras tan distendidas. Me habló de sus recuerdos en el norte de Italia, quizás inspirado por el placer que había disfrutado entonces y lo

asociaba con el placer que disfrutaba en ese momento. Pisábamos el colchón del césped, íbamos tomados del brazo y yo me pegaba a su cuerpo vigoroso. No sabíamos cuál sería nuestro futuro ni cuánto tiempo deberíamos permanecer en esa isla. Habíamos decidido no decidir, como si le hubiésemos encargado esa tarea al incomprensible destino.

Hacia el mediodía aparecieron los jóvenes acompañantes y les dijimos que podían regresar a Buenos Aires. Nos quedaríamos una semana allí,

descansando. Luego, según marchasen las cosas, pensaríamos qué hacer.

Se deslizaban las horas. Ni siquiera prendíamos la radio y no llegaba un solo periódico. Doña Irene se ofreció a teñirme el cabello, que ya era una mezcla indecente de oro y carbón; había trabajado en una peluquería y conocía el oficio. Juan encontró unos libros de historia que le ayudaron a cabalgar por otros mundos. Al atardecer repetíamos el largo paseo de la mañana, buscando nuevos paisajes en la selvática vegetación de la isla. Cenábamos un bife

con ensalada acompañados por vino tinto e íbamos a dormir antes de las diez. Juan empezaba a roncar pronto y yo daba muchas vueltas, obligándome a conciliar también el sueño, para adaptarme a la disciplina militar de mi pareja.

A la mañana siguiente detuvimos nuestra caminata.

—¿Oís?

—Sí, es una lancha a motor. ¿Vienen a visitarnos? ¿Quiénes saben de nuestro paradero?

Nos acercamos al muelle. Juan supuso que llegaba su amigo Ludwig Freude, pero nos golpeó una sorpresa: desde lejos saludaban con la mano el coronel Domingo Mercante y Mittelbach, jefe de la Policía.

Los ayudamos a desembarcar. Varios hombres se quedaron en la espaciosa lancha. Mercante estrechó a Juan con un abrazo emotivo. El jefe de Policía nos tendió su mano cortés. Los invitamos a la casa, donde doña Irma y su marido sirvieron un colorido desayuno, con pancitos alemanes, quesos, fiambres y

mermeladas.

—¡Por fin los encontramos! —
exclamó Mercante mientras Mittelbach
asentía.

Contó entristecido que se había
realizado otra Marcha por la Libertad y
la Constitución con Braden y los
políticos adelante, que habían cantado la
vibrante Marsellesa, que la multitud se
había extendido por varias cuadras y
llenado la plaza San Martín. “Ha
crecido el entusiasmo de tus enemigos,
Juan, porque ya te consideran un
cadáver. Los estudiantes hierven, los

periodistas corren de una reunión a otra. Los trabajadores están nerviosos, porque temen que perderán las conquistas que les has dado.”

—Me vienen a preguntar dónde está Perón —siguió diciendo—. No pueden aceptar que los hayas abandonado.

Juan frunció el entrecejo. Partió con rabia un trozo de pan y lo mordió con dientes enojados.

—Llegamos hasta aquí gracias a Juancito y Rudi, que accedieron a confesar este paradero cuando el amigo

Mittelbach los obligó. Además, saben que soy tu colaborador más fiel.

Se acabó la calma, pensé en silencio. Y, como si hubiera leído en mi cabeza, Mercante agregó enfático: No podés quedarte aquí, Juan. Te reclama todo un pueblo. Te reclama con el corazón en la mano.

Entonces Mittelbach pidió permiso para hablar.

—Coronel, debo comunicarle algo — sorbió otro poco de café con leche y se secó los labios con la servilleta—. El

presidente Farrell ha ordenado su arresto, para salvarlo.

“¿Arresto para salvarme?” “Sí, sus enemigos planean un asesinato.”

“¡Vamos, es historia vieja!” “Tengo que obedecer al presidente.” “¿Adónde me

llevará?” “A un barco de la Marina que lo trasladará a la isla Martín García.”

“Allí encerraron a Yrigoyen, no lo acepto de ninguna manera.”

“Coronel...” “¡Soy un militar y el único que puede detenerme es el Ejército!”

“Entiendo su posición y prometo transmitir sus palabras al presidente, pero

ahora le ruego que me acompañe a Buenos Aires, lo dejaré en su departamento.”

Perón reflexionó un minuto rascándose la frente y la nariz. Mercante se agarraba la cabeza, sin dejar de mantener clavados los ojos sobre el jefe de la Policía, porque no le había informado sobre esa orden. ¿Había sido tan idiota como para participar de una traición? Juan levantó los párpados, miró al apabullado Mercante y movió su cabeza positivamente. “No me queda opción”, dijo. Yo puteé por lo bajo, pero

no dije una palabra. Nos fuimos a despedir de la atribulada pareja de caseros que acomodó nuestro equipaje con rapidez. También nos ofrecieron paraguas porque amenazaba lluvia. Regresamos al muelle. Juan se embarcó primero, seguido por mí, Mercante y Mittelbach. Había varios marineros y policías a bordo, cuyos uniformes no me habían llamado la atención cuando llegaron.

Durante el breve trayecto Domingo Mercante no cesó de hablarle a Juan. Insistía en que no se rindiese. En que

fuera el Perón que el pueblo amaba. El Perón en quien confiaban millones de argentinos. Esta situación no podía durar. Movía las manos, tenía encendidas las mejillas, no soportaba la resistencia de Juan a volver a la batalla. No soportaba que repitiese su hartazgo, de la misma forma como lo aulló al tirar su gorra al piso.

Yo estaba hecha una lágrima viva. Ensucié un pañuelo hasta dejarlo hecho una esponja llena de mocos y pedí un repasador para seguir sonándome la nariz. Coincidía con Mercante, pero

consideraba que no habría cambios. Aunque Juan quisiera ser el Perón que esperaban millones, ya había perdido su oportunidad. Estaba desprovisto de poder, no le quedaba un solo cargo público. Sólo tenía la plata que eventualmente le daría Freude como pago a nuestro rol de testaferros.

En tierra firme subimos al auto de Mercante que él mismo condujo, seguido por cuatro patrulleros. Fuimos a la calle Posadas. Había empezado a llover y resultaron útiles los paraguas. Me devoraba la culpa con intensidad

creciente, porque el derrumbe había empezado con mi capricho de hacerlo designar a Nicolini. ¿Quién hubiera imaginado que semejante nimiedad iba a producir esta catástrofe?

Mittelbach se despidió con un apretón de manos. Había cumplido su burocrática función. Cinco policías se distribuyeron ante la puerta del edificio. Además, había doce patrulleros aparcados en la cuadra, con tres hombres en cada uno. Ni que estuviesen controlando a un asesino serial.

Mercante siguió hablando. Afirmaba

que la situación se venía complicando más aún porque Farrell perdía ministros, ciertos oficiales acusaban a otros y los sindicalistas recorrían las fábricas para generar un levantamiento de grandes proporciones. No se sabía quiénes conspiraban contra quiénes. Se sentaron en el living y abrasaron un cigarrillo tras otro hasta llenar el cenicero.

Presionado, Farrell tuvo que rechazar el pedido de Perón transmitido por Mittelbach: no hacía falta una decisión del Ejército. Ordenó embarcarlo sin demora hacia la isla de Martín García.

Se estaba jugando su propia piel. Mittelbach fue encargado de hacernos llegar la ácida noticia, y lo hizo compungido. Yo salí de la ducha envuelta en mi bata, con una toalla que estrujaba mi cabello mojado y grité: ¡Juan no se va! ¡Martín García es para los delincuentes! ¡Dígale al Mono Farrell que tenga cojones y defienda a su amigo, porque este amigo le dio su cargo!

Juan se levantó para abrazarme. Su cuerpo no me consolaba ya, porque estaba a un tris de perderlo

definitivamente. Le susurré en el oído: ¡Escapate por la puerta de servicio, andá a lo de Cipriano Reyes, los trabajadores te van a formar una coraza de fierro! ¡Cubrite con una bufanda y rajá! ¡No te entregues, por favor! ¡No te desinflés!

Juan me acompañó al dormitorio y me hizo recostar.

—No te preocupes, Chinita. Todo saldrá bien.

—¡Bien para el culo!

Juan llamó a Gladys para que

rearmase su equipaje, el mismo que trajo del Delta.

No me podía serenar. Su encierro en Martín García era el más tenebroso de los finales. No merecía semejante castigo. Furiosa, aparecí de nuevo en el living con el pelo húmedo tapándome parte de la cara.

—¡No me dejes, Juan!

Me abrazó emocionado y llenó de besos mis mejillas. Me miró con intensidad, tal vez descubriendo por primera vez la hondura de mis

sentimientos. Sus ojos no lloraban, sólo emitían un brillo triste. Lo besé en los labios delante de todos los presentes, aunque molestase a su pudor militar. Caminamos hacia el ascensor, donde ingresó seguido por Mercante y Mittelbach. Metí mi pantufla para que no se cerrase la puerta.

—¡No te vayas!

Me introduje en el ascensor. Permanecí pegada a su costado hasta que llegamos a la planta baja. Caminamos por el breve palier hacia la calle, donde los doce patrulleros habían

encendido sus luces. No me importaba que lloviese. Volví a besarlo. Mercante no sabía qué hacer; ni siquiera hablaba. Juan también lo abrazó a él y recomendó con voz sonora: ¡Cuidala a Evita!

Cuidala... La verdad es que del entorno siempre tuve que cuidarme yo sola. Eso no cambió jamás. En el vuelo a Santiago de Compostela me acompañaron los ministros de Marina y del Aire. Lilian cedió su asiento pegado al mío a Muñoz Aspíri, que me quería consultar los temas de mis próximos discursos; temía quedar marginado de su

tarea, lo cual se interpretaría como una muerte civil. Lilian iba a sentarse en el de atrás para escribir una carta. Advertí que redactaba con mucha concentración y empecé a sospechar que desempaquetaba críticas sobre mis actuaciones o contaba mis miedos nocturnos. No pude contenerme, debía cuidarme. Introduje la mano entre los asientos y le arranqué el papel. Se produjo una gran tensión entre los pasajeros que vieron mi proceder tan agresivo. No importaba. Si Lilian no era discreta y leal, que opinasen lo que

fuera. Leí cuidadosamente el papel, por supuesto. Estaba dirigido a su marido, preguntaba por los hijos y contaba generalidades del viaje. Se lo devolví sin hacer comentarios. Lilian estaba perpleja. Recuperó la hoja y trató de volver a concentrarse. Años después describió este incidente para decir que yo había comenzado a desconfiar hasta de mi propia sombra. Era verdad.

22

Garras de tigresa

La soledad resucitó mi recurrente miedo. Pero el miedo, curiosamente, me

desata una temeridad suicida —opinan varios biógrafos—. Dicen que de inmediato me vestí y volé en busca de multitudes con las hambrientas garras de una tigresa. Era la rubia incandescente que sembró y produjo la gesta del 17 de Octubre. Esa mujer había sido una frágil muchachita de la pampa, la despreciada actriz de teatro y una esforzada locutora de radio. Cambié de súbito. Los autores que esto afirman han querido convertirme en heroína, pero —según mi memoria— eso lo logré más adelante. Lamento decirlo. En aquellas horas de

abatimiento no sabía qué hacer. Ni se me cruzaba por la mente que trepidaba la víspera de una epopeya. Permanecí encogida en el sufrimiento como una tortuga dentro de su caparazón.

No fui a despertar sindicalistas ni a movilizar fábricas. Los sindicalistas apenas me conocían y las fábricas sólo me ubicaban como la voz de novelas y proclamas radiales. Mi cuerpo enjuto era incapaz de conmover a las masas; para colmo, sin micrófono casi ni se me oía. ¡Quien empujó la movilización fue mi competidora, Isabel Ernst, secretaria

y amiga íntima de Mercante! Desde este lugar y después de tanto tiempo, puedo confesarlo sin rodeos.

Isabel era rubia de nacimiento, alta, con un timbre de voz cautivante. Se pasaba horas en la Secretaría de Trabajo y fijaba las caras y los nombres de muchos obreros, como yo no lo había hecho hasta entonces porque andaba ocupada en mis obsesiones artísticas. Si no me hubiera levantado a Perón en aquel legendario mes de enero, lo hubiera terminado por hacer Isabel Ernst con más facilidad. Aunque, pensándolo

mejor, tal vez Juan se sentía más cómodo con alguien irrelevante, es decir menos potente que Isabel, que descendía de alemanes, gozaba de un dorado auténtico y era culta, provista de una apetitosa elegancia.

La Eva Perón mítica no había surgido en aquellos triturantes momentos. Me prefiguraba Isabel Ernst. Era un otro yo mejorado, el yo que hubiese querido ser. Y que fui y que superé por goleada. Pero más adelante.

Me deprimía el vacío que había dejado Juan. No podía dormir y abría

las ventanas pese a la lluvia. Fui a buscar algo en la heladera y me asaltaron las náuseas apenas vi comida. Me arrodillé frente al inodoro, pero nada. Entonces metí dos dedos en mi garganta, como se hacía en Los Toldos para vomitar las porquerías que no bajaban del estómago. Apoyándome volví a mi cama, donde me desplomé con los pies sobre la almohada. No quise llamar a mi madre ni a mis hermanos. ¿Para qué? ¿Para contarles que mi sueño más grandioso también terminaba en añicos? Puteé a Juancito y

a Rudi por haber confesado nuestro refugio en el Delta. Podríamos haber seguido allí una o dos semanas, hasta que se serenasen los conspiradores. Después viajaríamos tranquilos al exterior.

Mientras describo esas horas empantanadas —que me estrujaban las vísceras y hacían latir las sienas—, quiero prolongarlas. Las quiero prolongar porque rasguñan en una guitarra melancólica el preludio de la música acelerada que iba a estallar de inmediato. Narro más lento a propósito.

Salvando las distancias, me parece describir los sufrimientos de Jesús antes de su muerte y su gloria. Sufrimientos tan espantosos que llegó a preguntarse por qué el Padre lo había abandonado. Esa porción de su agonía inyectaría más luz a la etapa siguiente.

Casi me venció el sueño, pero el rechinar de un lejano tranvía me sobresaltó. Entonces fui hasta el cuarto de servicio donde dormía Gladys y me metí en su cama. Necesitaba el abrigo de otro cuerpo, como el de mi madre cuando era bebé, como la presencia de

Lilian durante mi viaje a Europa.

Las pesadillas me hicieron gritar. La pobre Gladys se levantó a prepararme un mate. Lo sorbí sedienta, como si los chorritos que chupaba de la bombilla pudiesen calmar mi sequedad de garganta, de cabeza, de pecho. Le devolvía la calabaza para que la cargase con otra ración de agua caliente. La abracé y lloré sobre su hombro. Me propuso hacer unas tostadas, para que las comiese con manteca y dulce de membrillo. Dije que no. Fui a darme otra ducha, como si intentase quitarme

las costras que llenaron mi piel cuando me había quemado con aceite hirviendo. Pero no eran costras producidas por el aceite, sino por mi destino de mierda. Me tenía encarcelada, me mordía con sus pinzas, me obligaba a cometer errores, se divertía dándome y quitándome la felicidad.

Amanecía. El cielo era una ceniza de duelo. Estaba ojerosa. Me puse el primer vestido que encontré y salí apurada en busca de un taxi para huir a San Nicolás, a lo de Ramón Subiza. Sólo llevaba mi cartera. El conductor

dijo que me costaría caro y contesté que no importaba. Por el espejito retrovisor me estudió la cara. Cuando pasamos frente a la facultad de Ingeniería disminuyó su velocidad, porque muchos estudiantes ocupaban parte de la calle. No tuvo mejor idea que frenar y denunciarme. Era un gallego que había participado en la Guerra Civil española y odiaba a los fascistas.

—¡Aquí está Eva Duarte!

Los estudiantes rodearon el auto y empezaron a meter puñetazos a través de las ventanillas. Uno me dio en la cara.

Me encogí, abrí la puerta y fugué encorvada, a los codazos. Algunos detuvieron las manos de los más agresivos porque era una mujer, no porque me tuviesen lástima. Corrí hasta la esquina de Las Heras y Callao, perdí un zapato en la calle y me introduje en otro taxi. Le rogué que volase hacia San Nicolás, que le pagaría lo que fuese.

Me dolían las mejillas, el mentón, la nuca. Saqué un espejito de mi cartera y empecé a llorar, porque estaba magullada. Cuando en el camino nos detuvo la policía caminera, no me

reconocieron. ¿Debía agradecer los golpes de esos estudiantes fanatizados? No llegamos a destino, sino que pedí regresar a la Capital. Mi fuga era vergonzosa, nunca lo hubiese hecho mi madre. Aunque estaba desposeída de poder y era objeto de odio, esa fuga me derrumbaría más. Recordé las escenas de nuestro viaje a Chivilcoy y las humillaciones que nos clavó la familia “legal” de mi esquivo padre. Aflojé mi cabeza contra el respaldo del asiento y creo que dormité algo.

Indiqué al chofer que me llevase a lo

de Pierina Dealessi, como si fuera un salvavidas en medio del océano. La sobresaltó mi aspecto. Nos abrazamos y yo no pude frenar mi sollozo. ¿De dónde me salían tantas lágrimas? Su madre nos empujó al living e hizo sentar. Preparó tazas de té y un plato con galletitas saladas. Mis ojos enrojecidos la miraron amargados, porque había vuelto a mi pasado de miseria. Esa casa era la misma donde me alojaba cuando corría la coneja. Ahora era más feo, porque cargaba ilusiones rotas.

Pierina me ofreció una píldora que

inducía el sueño. No quise tomarla.

—Debés tomarla. ¿Querés matarte?
Te hace falta dormir.

Me recostó en su cama y al rato me dormí profundamente. Tan profundamente que abrí los ojos doce horas más tarde. La carga de tensiones había sido más pesada de lo imaginable. Fui a lavarme, jamás me había sucedido algo así.

Pero el descanso borró mi aflicción paralizante. Miré a Pierina y su madre. Reiteré mi agradecimiento a su ternura y

dije: Salgo a pelear. ¿Cómo? Voy a buscar a Mercante, con él haré algo. Qué vas a hacer. Algo... algo...

Corrí a la Secretaría de Trabajo donde Domingo Mercante aún seguía en funciones. Algunos empleados me reconocieron pese a los moretones que ensanchaban mis mejillas y saludaron con cara de velorio. Era evidente que los últimos acontecimientos los habían quebrado. En poco tiempo fueron testigos de una apoteótica manifestación y de un derrumbe atroz. Ya no aparecería el coronel que les sonreía

siempre y a menudo daba la mano. Golpeé la puerta de la oficina de Mercante, quien me recibió asombrado y tenso. Cerró, porque quería mostrarme las dos cartas que Perón le había mandado. La dirigida a él hacía referencia a sus enemigos: “Poseo lo que ellos no tienen: un amigo fiel y una mujer que me quiere y a la que adoro”. Agregaba: “Ocupate de Evita; la pobre tiene los nervios rotos y su salud me preocupa. Apenas obtenga el retiro, me caso y me voy al diablo”. Leí esas líneas y creí que me daba un soponcio.

¿Era verdad? ¿Tanto me amaba?
¿Pretendía echar todo al diablo para
quedarse conmigo, lo único rescatable
que encontraba en esa tempestad?
Mercante movió la cabeza y titubeó
antes de hablar.

—Las cartas fueron abiertas —dijo
—. Perón sabía que no las dejarían
pasar sin revisar su contenido. Por lo
tanto, tal vez puso eso de irse al diablo
para tranquilizar a sus rivales y
conseguir que lo liberen. No olvides que
a Perón no se le gana en picardía.

Me desilusioné. Pero me tenía

presente —cambié el pensamiento— y reconocía que me adoraba. En la carta dirigida a mí decía en el primer párrafo: “Sólo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño”. En otro agregaba: “No puedo vivir sin vos”. Sus párrafos fueron escritos con angustia y necesidad de darme esperanzas. Lo noté en la temblorosa caligrafía. Usó palabras que me conmovieron, porque eran frecuentes en los boleros y en los poemas que solía recitarle mientras le hacía mimos y cosquillas. Así llegaba a mi corazón. Y

llegó de pleno.

Mercante hizo entrar a Isabel Ernst, que se sentó frente a su escritorio como el soldado fiel que era. Yo permanecí a un costado, impaciente por escuchar. Isabel depositó una carpeta y empezó a desfoliarla hoja tras hoja. Enumeró la gente con la que había hablado por teléfono o personalmente, las fábricas que había visitado, los emisarios que recorrían diversos barrios porteños y las ciudades que rodeaban a la Capital Federal. Vestía un *tailleur* gris —que se grabó en mi memoria para siempre y

acepté convertirlo en mi uniforme cuando lo propuso Paco Jamandreu—. Era eficaz y tranquila, pese a la complejidad de su trabajo. Resumió las conversaciones con los principales sindicalistas —cuyos nombres empecé a sentir familiares— y transmitió la urgencia de muchos por realizar una huelga general.

Yo me tocaba los bucles de mi cabello teñido de oro falso y sentía vergüenza por las inadecuadas flores de mi vestido de organza. No era una compañera de batalla, sino una actriz de

segunda. Me veía pequeña y prescindible. Hubiese querido pelear, pero no sabía cómo. Hasta ese momento mis luchas se libraron en el terreno de los emputecidos productores de teatro y cine, no del brazo con los obreros ni los campesinos. Quien maniobraba como una amazona dentro y fuera del despacho de Mercante era Isabel. La contemplaba con envidia. Su tarea era colosal, valiente, lúcida. Mercante la escuchaba con respeto, un respeto que quizás no le tenía en la cama, cuando le desarmaba el empaque germánico. Mirando otra

planilla, Isabel dijo que ya se habían producido manifestaciones en varias localidades de los suburbios. Crecía la sensación de caos en gran parte del país. Por esa razón el gobierno se vio obligado a informar que el coronel Perón no estaba preso. ¡Que no estaba preso! ¿Dónde estaba, entonces? ¿Por qué no hablaba al pueblo? ¿Quiénes ocuparían la Secretaría de Trabajo, el Ministerio de Guerra y la vicepresidencia de la República? Un tufo a mentira sistemática, manipulación y derrota se expandía por un área,

mientras en otra se celebraba. ¿Qué se celebraba? ¡El arresto de Perón! Por supuesto. No era posible borrar esa sospecha.

Yo escuchaba en silencio porque a mi garganta no afluía ninguna reflexión interesante. Por mi sangre corría el deseo de actuar, pero como un boxeador ciego. ¿Por qué estaba tan inhibida? ¿Tan idiotizada? Me enfurece recordarlo. Había vuelto a mi infancia impotente. O a mi adolescencia cargada de violación, abuso y desdén. Me retorció los dedos fríos.

El 16 de octubre se reunió la CGT para deliberar. Varios líderes pedían una huelga general para el día 18. Algunos pensaron que sería inoperante y convenía explorar otros caminos. Libertario Ferrari propuso apoyar al general Ávalos, que estaba mejor dispuesto hacia Perón —pese a su reciente desempeño— que el almirante Vernengo Lima, cuyo odio no tenía límites. La polémica duró horas y decidieron por fin convocar a una huelga de veinticuatro horas para el 18 de octubre con el propósito de defender las

conquistas logradas hasta entonces, y que corrían serio peligro “ante la toma del poder por las fuerzas del capital y la oligarquía”. En ninguna frase se mencionaba a Perón. Ni una sola vez.

Pedí consejo a Isabel. Quería contribuir. Reflexionó unos segundos y me llevó hacia su escritorio. Puso un block de papel, empuñó la lapicera y escribió el nombre de algunos dirigentes sindicales que no había visitado aún. Después anotó la dirección de cinco fábricas. Son importantes, dijo. Arrancó la hoja y me la tendió con mano firme.

Yo la recogí agradecida. ¿Voy en taxi? —pregunté. No, en un auto de la secretaría cuyo conductor es de confianza y conoce cada lugar.

Por primera vez en la vida iba a rogar por otro, no por un contrato de mierda. Mi cara deformada por los golpes estudiantiles era una credencial que me facilitaría el trámite. Volé hacia los diversos destinos e insistí en la urgencia de salvar a Perón. Les dije que eran los protagonistas de la historia, como los héroes de mis novelas radiales. Muchos me reconocieron la voz y muchos

comparaban mi cara llena de moretones con las fotografías que habían aparecido en las revistas. No cesé mi trabajo hasta completar la lista que escribió Isabel, aunque el pobre conductor me decía que era suficiente, porque había pasado la medianoche. Pero ahora digo que no fue suficiente. Había comenzado demasiado tarde mi tarea, encadenada por la inmadurez. Hice algo menor y eso dio pábulo a versiones compensatorias sobre mi desempeño heroico. ¡Heroico un carajo!

Mientras, desde Martín García había

llegado al gobierno la noticia de que Juan estaba enfermo. Enseguida zarparon dos médicos para examinarlo, no era un prisionero cualquiera. Por supuesto que no le encontraron nada, pero su aspecto no era saludable. Dudaron. Habría riesgo si de verdad se agravaba, aunque sin saber de qué. ¡Las vueltas de la medicina! Tardaron en redactar su informe y concluyeron que era más seguro trasladarlo al Hospital Militar de Buenos Aires. Convertirlo en mártir podía generar tumultos. El gobierno aceptó ese criterio. El 16 de

octubre fue regresado a la Capital Federal. Al cuestionado coronel se lo llevaron en una ambulancia custodiada por cinco patrulleros y lo instalaron en una confortable habitación del Hospital. Enseguida se le efectuaron controles clínicos. A Juan le agradó vestir su propio pijama en lugar de un camisolín. Sonrió al acordarse de que era uno de mis pijamas preferidos, porque me los ponía en el departamento para estar cómoda y hacer de payasa: era un disfraz gigantesco al que debía arremangar las cuatro extremidades.

Cada uno en su cama, nos dormimos esa noche del 16 de octubre sin sospechar lo que sobrevendría al día siguiente.

23

Bautismo político

Garuaba al amanecer. Nubes ferrosas pretendían desalentar la movilización de

los trabajadores suburbanos. Sin teléfonos ni parlantes se expandió la noticia de que a Perón lo habían traído de Martín García. Nadie impartió órdenes, sino que se produjo algo semejante a esos fenómenos naturales difíciles de explicar entre los legos. Los terremotos, las ventiscas y los diluvios suelen estallar sin aviso para el común de la gente. El mundo se convierte en una nave conducida por un loco. El clima no invitaba a recorrer caminos mojados, pero tal vez desde el aire se hubiese podido advertir la formación de

columnas que no marchaban hacia sus lugares habituales de trabajo, sino hacia la ciudad prohibida. Buenos Aires era desconocida para mucha gente y engrosaba leyendas. La ciudad de los edificios fastuosos, de los grandes teatros, de las barriadas donde nació el tango. No se parecía a la pampa infinita ni a las regiones aindiadas, oscuras, desde donde provenía una inmigración interna que competía con la que llegaba de Europa. Las fábricas de Mataderos, Lanús, Quilmes, Berisso y otras localidades no se llenaban con los

obreros de siempre, porque registraban una inexplicable ausencia. El vacío de esos grandes establecimientos contrastaba con la bulla que hacían hombres y mujeres decididos a rescatar al coronel que los había ungido con esperanzas.

El sur, considerado guarida de matreros, estaba separado de la Capital Federal por el Riachuelo. Remotamente fue un curso de aguas parecidas a las del Paraná y pasó a convertirse en un cementerio líquido y nauseabundo donde flotan basura, petróleo, animales

muertos, mierda, oscuros residuos de las fábricas y hasta niños abortados. Era una zona de miseria extrema que ningún gobierno pudo o se atrevió a solucionar hasta el día de hoy. Había que atravesarlo para llegar al Hospital Militar o a las cárceles donde mantenían amarrado al líder. El puente fue pisado por millares de alpargatas convertidas en botas de un ejército. Al rato comenzó a levantarse y frenó la marcha. Entonces los desharrapados combatientes se apropiaron de los lanchones fijados a la orilla. Como hacían agua al recibir

mucho peso, ocluyeron los agujeros con trapos. Otros juntaron tablones para fabricarse balsas. El cruce de ese río — me dijo Perón más adelante— fue como el cruce del Rubicón protagonizado por Julio César. Fue un lapso corto y decisivo, glorioso. De repente empezó a bajar el puente. Nadie sabía por qué lo habían levantado ni por qué lo bajaron después. Era parte de los misterios que se acumulaban en esa jornada única.

Cuando pisaban tierra firme en el territorio que consideraban ajeno, los manifestantes empezaron a gritar

consignas. Surgían por generación espontánea. Algunas eran estribillos contra la oligarquía, otras contra el capital. En forma aislada se exclamaba ¡Peee-rón! ¡Peee-rón!, pero todavía no imperaba el potente ¡Viva Perón, carajo! Los animaba un aire de epopeya. Y yo estaba lejos, en mi departamento de la calle Posadas. ¡Qué pelotuda! Me perdía un momento irrepetible. Mi lugar no eran las tibias sábanas, sino la aspereza de esa multitud sucia convertida en un ejército de liberación. Recién me enteré de esto a las diez de la mañana.

Una radio comentó que llegaban a la Plaza de Mayo contingentes de trabajadores suburbanos que reclamaban al coronel Perón. Venían con la ropa llena de barro y empezaban a lavarse los pies en sus fuentes. ¡Profanaban un lugar sagrado! Muchos comercios bajaban sus persianas ante la amenaza de disturbios. La gente se asomaba a los balcones y terrazas para observar un fenómeno inédito, más parecido a una corriente desbordada del Paraná, con árboles arrancados y ciénaga espesa, que a un turbión de seres humanos.

Tenían rostros patibularios e insultaban a los estudiantes, los doctores, los yankis, los patrones, los explotadores. El ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! equivalía a cañonazos que buscaban perforar muros. El jefe de Policía — también de esto me enteré después— simpatizaba en secreto con Juan y había impartido la orden de permitir el avance de la burbujeante masa. Algunos policías guiñaban a los manifestantes, contentos de no tener que detenerlos.

También me perdí un estribillo que hubiese borrado para siempre mis

trabas. Entre la gritería, donde retumbaba como bombo la palabra ¡Peee-rón! ¡Peee-rón!, algunos hicieron bocina para exclamar ¡Oligarcas de otra parte, viva el macho de Eva Duarte! La virilidad de Juan se fortalecía por su enganche con mi pobre humanidad. ¡Por Dios! La mina, la puta, la fracasada, la doña nadie que era yo, confirmaba a esa gente el toro que era Perón. De súbito estallaba el milagro de ponerme junto al líder para beneficio del líder.

Escuchaba la radio y descargaba mi desconcierto reacomodando mis cosas

de una y otra forma sin sentido. Había recorrido casas de algunos sindicalistas y fábricas llenas de obreros que me miraban extrañados. Lo único que yo deseaba en ese momento era que la manifestación convenciera al gobierno de devolverme sanamente a Juan. Y enseguida huir juntos a otro país. En mi fuero íntimo no confiaba en el poder que podría tener esa multitud de grasas — como los empezaban a llamar en algunos barrios—, y pensaba que jamás sería atendida en el gobierno porque daban asco.

Me dirigí a la casa de Atilio Bramuglia. Era un abogado que Perón apreciaba. A fuerza de improperios logré que me atendiese enseguida. Le pedí, le rogué, junté las manos en actitud de plegaria: “¡Interponga un recurso de habeas corpus! ¡Me dijeron que es un recurso mágico!”.

Me miró desconcertado.

—¿Qué mira? ¡Interponga ese recurso, así Juan y yo nos marchamos al extranjero!

Sus ojos se tiñeron de reproche.

Preguntó si estaba enterada de lo que sucedía. ¿Enterada de qué? Entonces largó unas frases que me perforaron como un puñal: “¡Usted lo único que quiere es salvar a su hombre! ¡El resto no le importa!”

Ese tipo, con una astucia de otro mundo, descubrió mi cobardía y mi egoísmo. En efecto, mi causa era el amor, no pensaba en el pueblo... Todavía no pensaba en el pueblo. Y nunca le perdoné ese develamiento espantoso. Ni siquiera cuando Juan lo nombró canciller.

Sin embargo, me pregunto ahora: ¿Debo acusarme tanto? Juan, en sus cartas, hablaba de matrimonio, de pasar a retiro y rajarse al desértico sur. ¿No había flaqueado también? Flaqueó al dejarse traer del Delta, flaqueó al dejarse llevar a un sitio que no controlaba el Ejército. Había flaqueado al presentar su renuncia a tres cargos del máximo nivel. ¡Los tres cargos juntos! Y por la sola orden del Mono Farrell, que estaba en la presidencia de la República gracias a él, no a su limitada inteligencia. Yo había dicho en nuestro

departamento de la calle Posadas, que cuando Juan se desinflaba, le reponía el coraje con una patada en las bolas. Tuve que haberle dado más patadas, porque con su alejamiento defraudaba a sus seguidores. No era más fuerte que yo.

Pero quienes estaban lejos de su intimidad y lo habían comenzado a idolatrar no se sintieron defraudados. No era Perón el que pretendía huir de su misión sagrada, sino la oligarquía con olor a bosta, los estudiantes hijos de papá, los doctores llenos de guita y los yankis que atropellan el mundo quienes

pretendían hacerlo trizas.

Mientras se llenaba Plaza de Mayo, algunos grupos iban a explorar guarniciones militares, la famosa cárcel de Villa Devoto, los alrededores del puerto y el Hospital Militar. Nadie informaba sobre el paradero real del Coronel. Una delegación de ferroviarios consiguió ingresar en el Hospital Militar y por fin encontraron a su líder. La complicidad de médicos, enfermeras y guardias permitió que accedieran a su habitación. Lo encontraron en pijama, almorzando tranquilamente. Contó que le

prohibían salir. Lo dijo sin hacer guiños, porque era falso. No le prohibían salir. Pero impactó a los obreros, que corrieron a desparramar esa versión.

Mientras, el enflaquecido gabinete de Farrell miraba a través de las cortinas de la Casa Rosada cómo llegaban, una tras otra, las oleadas de gente. Nunca se había visto un fenómeno semejante. Ni siquiera en los partidos de fútbol ni en el Luna Park. Gritaban y se quitaban las camisas para agitarlas como banderas. Inauguraban la etapa de los descamisados. De “mis queridos

descamisados”. Trepaban a los faroles y los árboles, desde donde agitaban las manos para acompañar el ritmo de sus consignas. Violaban un espacio santo con la prepotencia de los salvajes. Estaban contentos de haber llegado al carozo del poder y rabiosos porque ese poder demoraba la devolución de Perón.

Perón no se quitaba la ropa de dormido o de enfermo. Preguntaba si era verdad que se hubiese concentrado tanta gente. Era el seductor que aún no confiaba en la extrema eficacia de su seducción. Prefería decidir no decidir,

como en oportunidades pasadas y futuras. Había conquistado a gran parte de la ciudadanía, pero no a la mayor parte. Sus compañeros de armas seguían divididos. En el Ejército y la Marina los altos mandos trataban de hacer pronósticos. El reducido gabinete de Farrell se aproximaba al colapso. La policía daba la impresión de no estar molesta por la concentración, ya que fuera de gritos y transgresiones menores —lavarse en las fuentes y mear en cualquier parte— no se registraban violencias.

Caminé rápido por las calles para que nadie me reconociese. Avancé por la avenida 9 de Julio y me dirigí por Diagonal Norte hacia la atestada Plaza de Mayo, convertida en una olla inmensa donde hervía una fantástica multitud. Me aproximé hasta los bordes, deleitándome con los aullidos que reclamaban a Perón. Era una masa cobriza, sudada, de pelos negros y manos grandes que se empujaba para acomodarse en un espacio demasiado chico. No penetré, sino que tuve el repentino deseo de ir al Hospital Militar. Seguro que Juan estaba

allí; de alguna forma, conseguiría llegar a su lado. En el trayecto imaginé nuestro abrazo, nuestros besos, las palabras de amor, el “Chinita” que en sus labios sabía a miel. Pero los soldados hacían guardia y un despectivo teniente me prohibió la entrada. El curso de mi fantasía había pasado bruscamente del entusiasmo a la desolación. Informé al oficial quién era yo y él puso cara de asco. No hacía falta ser muy lúcida para advertir que mi presencia resultaba contraproducente. Volví a mi departamento. Basta de fantasías

dolorosas, me dije. Empezaba a oscurecer.

Sonó el teléfono. Me atraganté con el sorbo de mate. Corrí a levantar el auricular. ¡Sí, era Juan!

—Mi amor...

Me senté. Desfallecía.

—¿Cómo estás, querido?

—Estoy en pijama, mi escudo.

Se me revolvieron las tripas. Un golpe de calor me subió a la cabeza.

—¡Sacate el pijama! —grité—. ¡El

país clama por vos! ¡Es impresionante!

Estaba dubitativo. No podía creerlo. Sus cálculos de naturaleza militar no cerraban la ecuación. Le permitieron telefonarme, es cierto. Pero no significaba que podía considerarse el triunfador de la pulseada.

—¿Necesitás mi patada en las bolas?
—grité para hacerlo reír y meterle energía—. ¡Vestite! ¡Asumí tu rol!

Conversamos otro minuto, hasta que él dijo: “Acaban de acercarme un comunicado, en el que informan que me

pasarán a buscar para ir a la Casa de Gobierno”.

—¿Qué hago? —volvió a flaquear—. ¿Qué le pido al Mono? ¿Que me den el retiro y nos permitan instalarnos en el sur?

—¡Estás loco! La Plaza es un hormiguero lleno de furia. Te quieren libre, te quieren como jefe, no como un desertor acobardado.

La cabeza me daba vueltas. Colgué y me abandoné sobre el sillón. Gladys vino con un vaso de agua. Juan va... va

a la Casa de Gobierno —susurré extenuada.

A las nueve y treinta la radio informó que el Coronel se había reunido con el presidente de la República. Los descamisados bramaban fuera de sí. Gritaban con más vitalidad, aplaudían enfervorizados. Los pocos obreros que habían quedado en sus fábricas emprendieron el viaje hacia el centro. Algunos locutores hablaban de cien mil personas, otros de doscientas mil. Pronto uno dijo que la cifra era más alta, porque merodeaba el medio millón. O el

millón. Todo el país estaba electrizado.

Recién a las once de la noche apareció Juan en el balcón de la Casa Rosada. La demora se debió a los tensos contertulios entre amigos militares que dejaron de serlo y querían reconstruir la perdida relación. Un locutor anunció que el coronel Perón estaba a punto de presentarse para saludar al pueblo argentino. La bulla creció hasta ensordecer. Las radios trepidaban y se habían prendido hasta los confines de la República. Por fin emergió la figura tan deseada con su impecable uniforme

blanco. Lo recibió una gritería más intensa aún. Empezaron a sonar bombos de candombes, como ocurría en los carnavales. Con diarios y ramas de los árboles se prendieron antorchas. Las luces de la Casa Rosada, quietas y solemnes, contrastaban con el movimiento de las luces que agitaba esa colmena huracanada. Pese a los anuncios del locutor, Juan no hablaba. Yo tenía pegada la oreja al megáfono de la radio para no perder un detalle. De pronto el ruido de la gente aumentó tanto que podía hacer explotar los edificios.

Ocurría que Juan decidió levantar los brazos.

Los agitó con fuerza, los llevó hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia abajo, hacia arriba. Juntaba las manos como los boxeadores luego de una victoria y las volvía a abrir en señal de abrazo. Su lenguaje corporal era inédito. Jamás alguien saludó de esa forma, con tanto amor y tanta expresividad. Inauguraba un nuevo estilo.

El locutor se desgañitaba anunciando al Coronel. Pero ese hombre no pronunciaba una palabra. Todavía no.

Seguían los gritos, los aplausos, los bombos. Para compensar su negativa a usar el micrófono, el locutor mencionó a quienes lo acompañaban. Nada menos que el presidente de la República, sus ministros, los altos mandos de las Fuerzas Armadas. Todos expectantes de unas palabras que se demoraban. Mis uñas despellejaban la palma de la mano.

Comenzó a disminuir el barullo. Juan hacía señas para que sus seguidores bajasen el volumen. Escuché un murmullo lejano y reconocí la voz de Juan cuando tiene seca la garganta.

Pedía al locutor que invitase a cantar el Himno Nacional. Las estrofas fueron entonadas a capela y concluyeron con un aplauso frenético, porque no estaba sólo dirigido al Himno, sino a Perón, a quien comían con los ojos.

Entonces exclamó con los brazos en alto:

—¡Trabajadores!

Bramó la muchedumbre. Al rato se distinguió un grito próximo: ¡¿Dónde estuvo?!

Perón eludió la respuesta y habló del

pueblo maravilloso concentrado esa noche en el corazón de la República.

—¡El pueblo está aquí! —estallaron voces.

Perón agregó: “¡Mezclado con esta masa sudorosa, quisiera estrecharla contra mi corazón como lo haría con mi madre!”.

Siguieron los vítores, los aplausos, los bombos, las antorchas. Farrell abrazó a Perón de forma ostensible, para ganarse una tajada del festín. El gobierno se reconciliaba con quien

había mandado a la cárcel. El Mono podría seguir en el sillón presidencial hasta entregar el mando al nuevo presidente y Perón contaba con el aval del gobierno. ¡Qué quieren que les diga! Dos hipócritas. Uno en extinción y el otro como una rosa en primavera. El griterío prosiguió enfervorizado hasta que Juan reingresó al interior de edificio, acompañado por el resto de las personas que llenaron el balcón.

Burbujeaba la felicidad. A esa hora de la noche cientos de miles debían recurrir a tranvías, sulkis, bicicletas,

ómnibus, trenes y piernas para volver a sus hogares lejanos. Mientras, periodistas del diario *Crítica* fueron baleados por los miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista. Ni siquiera en esa ocasión dejaba de manifestarse la oposición entre democracia y fascismo.

Poco después llegó Juan a nuestro departamento. No nos veíamos desde hacía cinco días. Nos abrazamos largo. Nos besamos con hambre. Le asombraron y afligieron mis moretones.

—No importa —dije—, fue mi

bautismo político.

24

Adiós a España

Lejos estaba yo aún de imaginar lo
fogueada que estaría poco tiempo

después. En el norte de España me abrumaron con nuevos agasajos, salvas de cañones, desfile de tropas, cenas con rodaballo soufflé y variedades de paella, danzas típicas, obras de teatro, fuegos artificiales, paseos nocturnos. ¡Qué sé yo! Pero no me impresionaban como al principio. ¿Me aburrían? Algo: se estaban convirtiendo en rutina. En el Ayuntamiento hubo otra secuencia de pajes con regalos. Incluso le obsequiaron a Lilian una medalla con brillantes y a Juancito unos gemelos de oro. A Juancito le hice un guiño que

quería decir: “¡Portate bien, mi difícil cachafaz!”

En Barcelona, última etapa, me brindaron un recibimiento tan apoteótico como el de Madrid. En el aeropuerto aguardaban sonrientes doña Carmen Polo y varios ministros. Mucha gente agitaba el aire con furiosas banderitas mientras resonaban los cañonazos. Protagonicé otra revista de tropas (pensar que los militares argentinos de entonces consideraban ofensivo que una mujer revistara tropas) y subí a un largo automóvil. La entrada en la ciudad me

puso piel de gallina, porque venía detrás de mí una caravana de doscientos autos (¡doscientos!), soldados a caballo y fuerzas motorizadas. ¡Ni que fuese una emperatriz! Las calles habían sido engalanadas con flores, tapices y retratos, y la multitud brotaba de las paredes como si tuviesen poros.

Comprendí que, pese a mi felicidad, había comenzado a blindarme para los homenajes. En mi cabeza daban vueltas frases como “Son homenajes que recibo como esposa de Perón, como representante de la Argentina, como

defensora de los trabajadores y como adalid apasionada de las mujeres”. No como Evita.

Luego de la recepción oficial volví a provocar inquietud porque solicité una visita a los barrios pobres. Los encargados del protocolo tardaron en responder. Ya sabían de los tumultos que en esos sitios originaba mi presencia. Aceptaron a regañadientes, porque los pedazos de la España miserable hacían un contraste horrible con la densidad de los honores. Otra vez los choferes no se animaron a perderse en las calles

estrechas y mugrientas. Bajé para seguir a pie. Forzados, se arrastraban detrás de mí los fastidiados miembros de mi comitiva y los encargados de la custodia. De inmediato brotó una masa de grandes y chicos. Abrí la puerta de una vivienda con un ¡permiso! apenas susurrado, mientras la numerosa guardia se esmeraba por mantener un círculo de hierro alrededor de mi cuerpo frágil. Los habitantes de la vivienda me miraron absortos y sonreían, como si fuese una aparición. No, no soy la Virgen —los tranquilicé—. Pregunté

cuánto ganaban, si les alcanzaba para comer y vestirse. Sus respuestas fueron ambiguas, llenas de miedo. Después entré en otra casa. Y en otra más. Ya había caído la noche y no me daba cuenta. Ninguna vivienda tenía electricidad. A la luz de las velas contemplaba los rostros sucios, olía la escasa comida puesta al fuego, apretaba las manos de las mujeres y acariciaba el pelo sucio de los chicos.

Al regresar al callejón inmundo hablé en voz alta, sin micrófono. Los pobres formaban un mar expectante en la

oscuridad. Sólo sus ojos brillaban, como estrellitas. Hicieron silencio para escucharme. No escatimé repetir la propaganda sobre el general Perón y contarles su plan de gobierno, que aspiraba a terminar con la pobreza. Intenté luego volver a meterme en otra choza, me sentí poseída por el deseo de brindar alegría personal, directa, a esa gente. Pero Lilian me tironeó de la manga.

—La espera una gran cena de gala y una función especial en el teatro. Llegaremos muy tarde.

—Sí, sí, ya vamos.

En verdad, no me quería ir. Esos miserables eran mi familia, la gente con la que me sentía cómoda y segura. Ellos intentaban decirme más de lo que les salía por los labios. No se animaban a hablar mal del gobierno.

Se me fue la mano con el atraso. Terminaba mi gira por España y llegaba con tres horas de demora a la cena final. ¡Tres horas! Para colmo, se celebraba en un histórico salón a la luz de las velas (velas distintas de las que iluminaban las chozas) y las tuvieron que cambiar

varias veces. Tampoco me importó. Que piensen que soy arrogante. O que piensen que procedo como una actriz: aumento el suspenso para irrumpir de súbito con gloria. Sonreí y me sonrieron. Suficiente. Tenía tan impresa la imagen de ese barrio pobre que me pareció agresiva la fastuosidad de la cena. Pero la disfruté, así como disfruté los discursos galantes y los obsequios que seguían engrosando mi patrimonio. Yo también era indecente, pero tenía más derecho a la indecencia que las viejas oligarcas de Barrio Norte.

Después subimos a los jardines de Montjuic, donde interpretaron *Sueño de una noche de verano*. Eran las tres de la madrugada y la mitad del público se durmió. Yo aprendí a ser noctámbula en mis años de hambre y gocé de la buena interpretación de la obra. Me gustaba el teatro y me seguía gustando ser actriz.

Pasaron dieciocho días desde que había salido de Buenos Aires. Fueron maravillosos, sin otros inconvenientes que algunas leves metidas de pata. El Caudillo había ordenado echar el país por la ventana y le obedecieron a pies

juntillas.

El alcalde de Barcelona invitó a que la población me despidiese. Los comercios cerraron durante una hora para que los empleados pudieran llenar las calles. Mi recorrido fue como el de los césares atravesando arcos de triunfo cargados de laureles por ganar una guerra. En el aeropuerto, más de diez mil voces coreaban mi nombre: ¡Eva Perón! ¡Eva Perón!

Franco, su familia, gran parte del gabinete y varios miembros de la nobleza ya me aguardaban, entre ellos el

conde Joaquín Torres y Torres, enviado por los servicios secretos para espiarme de cerca, en toda hora y lugar. El Caudillo había llegado especialmente desde Madrid en un aparato pilotado por el ministro de Aviación. Era la primera vez que volaba después del accidente que había costado la vida del general Emilio Mola en 1937. Hubo otra revista de tropas. A continuación se cantaron los himnos nacionales. Me ofrecieron pronunciar otro mensaje de despedida (¡otro más!) por Radio Nacional y el noticiero NO-DO.

Martillé —sin miedo a la repetición— mis ideas sobre los pobres y las mujeres. Luego me enteré de que esas palabras sonaron fuerte en el alma de los españoles y de los argentinos que estaban escuchando.

El avión no pudo despegar por exceso de peso. Se atribuyó —en voz baja— que la causa era la cantidad de regalos que había recibido. Las serpientes viboreaban cerca, apuradas por morderme. En realidad el problema fue creado por las excesivas compras de mi comitiva, que usaron fortunas del Estado

sin control alguno. Era un defecto del peronismo inicial, que reconozco ahora. Y que costó caro a mi país. Hubo que sacar decenas de baúles y mandarlos a otra nave que iría directamente a Buenos Aires por vía diplomática, así la prensa no armaba escándalo sobre la riqueza que nos había deparado este viaje, tan *peculiado*.

Mientras ascendía hacia las nubes rumbo a Italia escuché los cañonazos de rutina. No tendría otra recepción igual. Doderó me susurró algo desagradable en ese momento.

—Desde la visita de Himmler en 1940, nunca España volvió a efectuar una recepción como esta. Franco, de veras, para usted tiró la casa por la ventana.

—¿Me compara con Himmler, señor?...

Recién en el otro mundo me enteré de que en España comenzaron a llamarme “la Perona”. Era la mujer del poderoso Juan Perón que salvó a España de una hambruna inminente con sus infatigables cargamentos de carne y cereales. Del pueblo surgió una chisporroteante

muestra de gratitud al bautizar con ese nombre una habichuela plana y verde que en la Argentina se llama chaucha o poroto (del quechua *purutu*) y en España le dicen judía verde. Como esas legumbres arribaron por toneladas, se las empezó a llamar “judías peronas”. Hubiera sido preferible haberlas bautizado “judías Eva”. En fin... Más adelante, se empezaron a envasar sopas con esas legumbres, a las que llamaron “sopas Perón”. No duró mucho. En cambio, hasta el día de hoy se siguen llamando judías peronas a las chauchas

que salieron del puerto de Buenos Aires en aquella época.

Más me emociona que a poco de abandonar España se hubiera creado en la periferia de Barcelona un barrio con decenas de barracas al que bautizaron Eva Duarte de Perón. Con el tiempo pasó a llamarse el barrio de la Perona, sobre cuyos miserables resquicios los historiadores guardan fotos y anécdotas. Había de todo: peones, traperos, mendigos, herreros, caldereros, ladrones. Ninguna casa disponía de agua corriente y sólo seis fuentes públicas

cubrían las necesidades de su población. Esa Perona terminó por desaparecer cuando a fines de los ochenta se construyó en su lugar el parque de San Martí, tal vez relacionado por homofonía con el Libertador San Martín. Que los interesados averigüen.

25

Boda secreta

Me he sentido perseguida muchas veces, pero nunca fui una criminal y

menos nazi, como algunos han querido dar a entender hasta después de mi muerte. Sin embargo, con Perón tuve que casarme en secreto. Las razones fueron varias, algunas entendibles, otras no. La lucha se libraba contra enemigos reales e imaginarios. Cinco días después del vuelco que provocó el terremoto del 17 de Octubre realizamos nuestra boda civil en Luján, cerca de Buenos Aires. Hubo una total ausencia de las respectivas familias, como si fuese un acto clandestino. Mamá y mis hermanas presumían que la ceremonia habría de

sucedier en Junín, donde seguían viviendo. Que habría recepción, fiesta y comentarios para matar de envidia a quienes se la habían pasado echando mierda sobre la vieja Iburguren y su ristra de bastardos. Prepararon mi ajuar de novia con sábanas y manteles bordados, toallas, visillos y demás utensilios de una casa, como era costumbre en las buenas familias. Gracias a mi boda con un coronel del Ejército nos convertíamos en una familia honorable.

Ahora me enfurece el burdo

ocultamiento. Fuimos cobardes, requetecobardes. Con esa actitud manifestamos terror a los prejuicios y pánico al qué dirán. Me doblegaba el calificativo de puta y a Juan el de pederasta. Muchas horas habíamos dedicado a encontrar la mejor forma de cumplir el trámite que ambos deseábamos, pero que a los dos nos causaba inquietud, porque debíamos falsificar datos de nuestras biografías. Juan había decidido olvidarse de su amor primero y grande, cuya pérdida le produjo un sufrimiento profundo:

Aurelia Tizón. Se presentaría como soltero. Yo debía ocultar mi condición de hija bastarda y mi temprana violación por “hijos de la oligarquía”.

Recurrí a mi hermana Elisa, que aceptó correr el riesgo.

Viajó a la municipalidad de Los Toldos para exigir, muy suelta de cuerpo, la partida de nacimiento de Eva María Duarte. El empleado consultó los archivos y no la encontró. Desde la letra D siguió el abecedario hasta llegar a la I, donde se destacaba el apellido Ibarguren. Estaban todos los hijos de mi

madre, incluso yo, Eva María. Pero no figurábamos como Duarte. Elisa clavó su odio sobre el pobre hombre. Le gritó que necesitaba la partida de Eva María “Duarte”, no Iburguren. Los dedos del empleado recorrieron otra vez los polvorientos archivos y terminó confesando que Eva María Duarte no existía. Entonces mi hermana levantó su puño y ordenó que le proporcionara esa partida de donde fuera: “¡Se llama Eva María Duarte y está por casarse con el coronel Perón, por si no lo sabe; y el coronel Perón será presidente de la

República! ¿Entiende o tengo que partirle la cabeza?” El empleado bajó la mirada, asintió y le rogó volver al día siguiente. Ella, confianzudamente, le apretó un hombro: “Está bien, pero la Eva María Iburguren que ensucia estos archivos tiene que hacerse humo”. El hombre volvió a asentir. “Además, debe poner María delante de Eva, porque es más importante la Virgen”.

Dicen que corrió a pedir consejo a un pariente abogado, quien le advirtió que no cometiera semejante delito. No se quedó en paz. Por la noche hubo

movimiento de unos faroles alrededor del Municipio y desaparecieron para siempre los datos de Eva María Ibarguren. Yo dejaba de existir como Ibarguren y aún no era Duarte y tampoco María Eva en lugar de Eva María.

En Junín ocurrió algo parecido dos días después, porque se esfumaron los datos de un tal Juan José Uzqueda, que había nacido muerto el 7 de mayo de 1922. A Elisa no le hizo falta presentarse de nuevo en Los Toldos. Apareció en Junín la partida de nacimiento que necesitaba. Mágicamente

se habían cambiado tres datos: mi lugar de nacimiento ya era la ciudad de Junín (no la aldea de Los Toldos); la fecha había sido el 7 de mayo de 1922 (no 1919, lo cual me confería 23 años en vez de mis reales 26); y mi nombre ganaba con una permuta grata a la religión, porque decía María Eva Duarte en lugar de Eva María. Esto último no era un asunto menor en aquella época. En efecto, mamá me había inscripto Eva María sin darse cuenta de que privilegiaba a la pecadora original por sobre la Virgen. Violaba la antigua

tradición de escribir primero María. ¿Procedió así por error, por bronca o por reivindicación de las pecadoras? Había más: mi madre aparecía como la esposa legítima de don Juan Duarte. Por supuesto que el muerto Juan José Uzqueda se volatilizó para siempre. Y de la familia “legítima” que estaba en Chivilcoy nadie volvió a hablar.

Como el casamiento civil fue tan mentiroso por el cúmulo de falsedades, decidimos efectuar otro en regla, el de la Iglesia. Ya no habría tanto cuidado: al revés, convenía que la sociedad se

enterase, porque estábamos provistos de nuevos y efectivos papeles que servían de escudo. Lo fijamos para fines de noviembre, en la ciudad de La Plata. Una multitud frente al templo comenzó a vitorear al novio. No conforme, quería tocarlo, rozar su ropa y algunas mujeres aspiraban a darle un beso en la mejilla. Retomamos el auto y partimos con el acelerador a fondo. El párroco accedió a postergar la ceremonia para el 10 de diciembre. Otra vez se amontonaron largas columnas de simpatizantes que esta vez invadieron la iglesia. Algunos

bancos fueron dados vuelta, varias personas pasaban por encima de los hombros que estaban delante y en ángulos diversos resonaba el electrizante ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! Nos aconsejaron huir por la puerta de atrás.

La fecha de la boda que finalmente se hizo no apareció en los diarios, sino una escueta información de que el coronel Juan Perón había contraído enlace con la señorita María Eva Duarte. Curiosamente, señalaba la hora: 20.25. “Hora en que la señora María Eva Duarte de Perón pasó a la

inmortalidad”, se empezaría a difundir luego de mi muerte en los noticieros vespertinos. ¡Qué coincidencia! ¿Habré muerto en ese momento, o alguien decidió evocar el inicio de mi matrimonio? Ni siquiera desde donde ahora escribo puedo saberlo con precisión.

No obstante, entre nosotros organizamos bien las cosas. Decidimos convertir mi departamento en el conyugal. El de Juan funcionaría como su lugar de trabajo. La decoración del nuestro estuvo bajo mi supervisión y el

de Juan a cargo de Isabel Ernst. Isabel era sobria y eficaz, de modo que lo convirtió en una suerte de ministerio con una hermética oficina privada para Juan, secretaría con archivadores, anaqueles, cajones, teléfonos y demás útiles para el fárrago de materiales que comenzarían a llegar, una sala de reuniones que podía adaptarse para poca gente y hasta para treinta personas. Completaban los ambientes varios cuadros, flores y lámparas que darían luz apacible o intensa. Pese al intencional estilo espartano, se tenía la sensación de que

era un despacho gubernamental, la antesala de la Presidencia.

Mi gusto, en cambio, era el colmo de la frivolidad. Paco Jamandreu me dijo más adelante —con el enojo de un mariquita fuera de sí— que la decoración que yo había elegido parecía la obra de los cómicos Laurel y Hardy. Los muebles eran caros, se notaba, pero combinados para el culo. Equivalía a poner juntas a madame Récamier sobre un diván de brocato y la triste Milonguita con alpargatas sucias y un vestido de percal. ¿Para qué el piano de

cuarta cola si sólo se abría para limpiarlo? ¿Para qué esa triste carreta sobre la tapa brillante del piano, con una maceta donde había plantas cualesquiera a las que debía regar y chorreaban barro sobre las teclas? ¡Es un regalo! — gritaba para excusarme—. ¿Y para qué ese loro y dos palomas con anteojitos de alambre? Desesperada, decía que era culpa del distraído de Juan, que siempre ponía cualquier cosa sobre el piano. ¡El piano no es un estante! Además, ¿por qué tantas miniaturas? ¿No están de moda? —protesté. Sí, pero con menos

cantidad; las veo sobre las paredes, el piso, colgadas del cielo raso, ¡me ahogan! Después criticó el dormitorio, donde puse mi mayor esfuerzo. ¿Qué es esa colcha de plumetí rodeada de volados con cintas azules? Tu marido las destrozará con sus botas. Además, ¡sacá esa muñeca del centro de la cama, que ya no sos una nena!

Quedé abrumada y pedí un decorador en serio. Vendería todo. Cambiaría todo. Ya tenía dinero. Y si faltaba, ahí esperaba órdenes Ludwig Freude para abrir su billetera. Lo más urgente era

hacer de mi departamento un dulce nido de amor y enterrar mi sucio pasado. El nido de amor era grotesco, pero funcionaba, pese a las críticas de Paco. Respecto a mi pasado lleno de mierda, nada resultaba suficiente. Me convertí en la depredadora de mí misma. Quería matar a la beba nacida en concubinato, a la chiquita llamada Iburguren, al rancho de adobe, a las burlas callejeras, a mi adolescencia en Junín donde nacieron ambiciones y frustraciones, a mi llegada a Buenos Aires peor que los inmigrantes de ultramar y a mi trayectoria de artista

que imploraba cualquier contrato para sobrevivir. Es lógico que ahora vomite lava de indignación por semejante actitud. El deseo de anular mi pasado — lo veo con claridad en este momento— era una genuflexión ante la sociedad que despreciaba. ¡Nada había de indigno en mi infancia, adolescencia ni juventud! Fui una chica avispada y ambiciosa. Peleé como tigresa hambrienta, porque era una tigresa (como mi madre) y de veras estaba hambrienta. La paradoja fue que obtuve un éxito fabuloso por el lado menos esperado: la política. Nunca

lo hubiera imaginado, porque jamás me interesó. Sólo valían mis sueños de actriz, los cuadernos donde pegaba las fotos de estrellas, los recitados y concursos, las humillantes colas frente a productores mafiosos. Pero ese camino sólo me dio fracasos, a excepción de la parte final. Ese camino fue una ciénaga. Ahora pregunto, ¿no sirvió para nada? Sí, sirvió. Estuve equivocada cuando lo quise borrar de mi memoria. Sirvió para templar mi espíritu, ¡y cómo! Sirvió para que conociera a Perón y para que Perón se interesase por mí. Fue una

puerta mágica.

Así como mamá limpiaba la casa, nos hacía bañar con jabón, champú y esponja, lavaba y planchaba, barría el menor rastro de basura y soplabá invisibles capas de polvo, me puse a buscar las pruebas de mi vida interior para destruirlas. Tenía la sensación de que era una delincuente perseguida por los perros. Cada foto, programa, contrato, carta, reportaje, grabación y película donde hubiese referencias a mi persona era un testimonio de mis pecados. Los imaginaba con suficiente

fuerza para agarrarme de los tobillos y hacerme caer desde la torre que había alcanzado. Llené baldes con los documentos de un pasado que consideraba vergonzoso, los mojé con querosén y prendí fuego. Gladys me ayudaba con susto y suponía que yo estaba loca. Insistía que pronto extrañaría muchos de los recuerdos que convertía en llamas. Tenía razón, pero no me daba cuenta en ese momento. El humo asfixiaba en la cocina y ella abrió la ventana de par en par. Seguí con mi furor incendiario durante más de media

hora, hasta que nos llamaron la atención golpes en la puerta. Corrimos a abrir, ambas con las mejillas tiznadas. Eran los bomberos que habían llamado los vecinos ante la sospecha de un incendio. Por la ventana de la cocina salía una gruesa columna de humo negro.

Explicué que sólo quemábamos basura, pero el jefe quiso ver y aconsejó trabajar de otra forma, de lo contrario la amenaza de incendio podía transformarse en un incendio de verdad.

Agradecí avergonzada. Pero no me detuve. Dije a Gladys que seguiríamos,

sólo que más despacio.

Tampoco quería la supervivencia de la única película que filmé como primera actriz. Consideraba que era un peligro para mi nuevo status. *La pródiga* estaba bien en todo sentido y —misterio de Dios— anunciaba mi futuro, como ya conté. Era mi síntesis biográfica: primero la infractora, luego la santa. Perón, tras mi obstinada insistencia como todas mis insistencias, ayudó a sacarla de cartel y eliminar todas las copias.

No quería dejar nada de mi identidad

anterior porque me preparaba para vivir plenamente la nueva. Se acercaba el momento definitorio. De vida o muerte: triunfar o perder en las elecciones presidenciales. Pero no iba a ser “designado” por sus compañeros de armas, como los anteriores presidentes militares, sino que quería ganarse el cargo mediante los instrumentos de la democracia. El giro hacia la democracia fue una maniobra inteligente de las Fuerzas Armadas, porque corrían el peligro de desprestigiarse dentro y fuera del país. La reciente victoria aliada los

rebajaría a una mierda fascista. Por otra parte había crecido el consenso nacional para terminar con el autoritarismo. Esto último era un factor negativo para Juan, considerado discípulo de Mussolini.

El gobierno decidió adelantar la fecha de las elecciones y la fijó para febrero de 1946. Sólo contábamos con tres meses de plazo para subir una pesada cuesta. Aunque el fervor de los obreros y campesinos resonaba fuerte, la mayoría de los diarios, todas las universidades, la clase media, la clase alta y los profesionales se oponían a

Juan. Las excepciones eran escasas. El arco político entero, desde la izquierda a la derecha, también manifestó su aversión. Para colmo, Juan no tenía un partido político propio. ¿Cómo iba a ganar? ¿Qué lámpara de Aladino necesitaba?

Se puso a trabajar como un poseído. En los escasos minutos de distensión que le dejaba el día me explicó que era una batalla más, de las muchas que le enseñó la historia. Y las batallas no se deciden por el número de combatientes, sino por la astucia del jefe. Yo lo besaba

y le decía entre mis caricias: “A vos nadie te gana en astucia, mi amado sinvergüenza”.

Era un seductor. Si antes abría los brazos para recibir, ahora lo hacía con más intensidad. Sus ojitos brillaban siempre, guiñaba, tocaba los hombros de sus interlocutores y murmuraba secretos al oído. Nadie dejaba de sentirse único a su lado. Conquistó la adhesión de varios sindicalistas como Cipriano Reyes y Luis Gay, tendió puentes hacia la Junta Renovadora de la UCR (el partido más influyente de entonces),

recibió en hora insólita a los dirigentes de la Alianza Libertadora Nacionalista, intentó atraer periodistas e intelectuales con promesas ambiguas y hasta pudo conseguir el apoyo de un comunista como Rodolfo Puiggrós. No le interesaba si eran de derecha o izquierda, si apoyaban o no la lucha de clases. Su proyecto era tomar el poder y afirmarse sobre el fervor de las masas. A unos más y a otros menos, solía asegurar que su pensamiento provenía de las encíclicas papales. Por eso enamoró al padre Hernán Benítez y este

lo ayudó a conseguir el franco apoyo de la Iglesia católica.

No renunció a la radio, por supuesto. Me dijo que desde la Revolución rusa en adelante la radio fue decisiva para hipnotizar a la gente. Sus discursos giraban en torno a pocos temas, pero los estrujaba con emoción. Su voz grave y calurosa, punteada por silencios que aumentaban la expectativa, comenzó a ser familiar en todo el país. Sus opositores no captaban la energía persuasiva de la radio y la usaban menos.

Juan dispuso usarme a fondo. En poco tiempo se convenció de que le sería muy útil. Tal vez lo advirtió en los primeros momentos de nuestro vínculo. Ni la Argentina ni el mundo de entonces estaban preparados para darle protagonismo político central a una mujer. Nos limitábamos a decorar al líder, la mayor parte como esposas o amantes; funcionábamos como recursos para generar anécdotas de infidelidades, negocios y trampas, nunca como dueñas de una personalidad autónoma. Juan fue temerario, un vanguardista. Mi rostro

difundido por revistas y mi voz popularizada por la radio (elementos que yo entonces quería borrar), podrían serle favorables. Además, mi rol le serviría de excusa. Sí, de excusa: al principio no me di cuenta sobre esta retorcida habilidad de Juan.

Sucedió con Cipriano Reyes.

Era el líder del Partido Laborista, una pequeña denominación política llena de ingenuos. Perón se presentaría como candidato de ese partido, lo cual fue una gran ayuda en esa etapa, porque no tenía ningún otro al cual recurrir. Reyes

quería que los afiliados de su partido conformaran la mayoría en sus listas. Y Juan no podía negarse de modo frontal, por una simple razón de gratitud. O de conveniencia. Me había indicado actuar y hasta me dictó el libreto. Irrumpí en el living mientras conversaban a solas. Vestía un deshabillé de rojo agresivo a propósito, para escandalizar. Casi ni saludé y, como si hubiese estado espiándolos, exclamé desafiante “¡Quiero más radicales en la lista, sus nombres atraerán más votos!” Cipriano Reyes me miró aturdido: ¿Cómo era

posible que una mujer con esa pinta y desfachatez viniera a impartir órdenes? Ni se puso de pie para saludarme, sino que deseaba decir a Perón: ¡Saque de aquí a este mamarracho! Yo agregué: “¡Quiero más radicales porque soy muy radical!” ¿Y quién mierda era ella para exigir algo? —se preguntaría Reyes, sin mover los labios. Trasladó su mirada de mi deshabillé rojo al negro de mis ojos y giró hacia Juan. Suponía que me echaría con palabras duras, pero Juan bajó la cabeza y abrió sus manos derrotadas. Cipriano —dijo—, qué le

voy a hacer... quizás tiene razón. Al invitado lo contraía el desconcierto. Parpadeaba. ¿Este coronel que enardece a millones se dejaba dominar por una loca?

Después Juan me felicitó. La jugada salió perfecta. Aumentó el número de radicales en las listas y puso a Hortensio Jazmín Quijano como candidato a la vicepresidencia. De ese modo se apropiaba de una buena porción del único partido que podía hacerle sombra en el futuro. Con un Hortensio Jazmín perfumaba su propia

candidatura, rió entre amigos. En cambio Domingo Mercante, la pieza más leal, iría como gobernador de Buenos Aires, no como vicepresidente, pese a que esa había sido la primera intención.

Después de celebrar Navidad nos instalamos en un tren pagado por Freude, que lucía carteles con un nombre inédito: *El Descamisado*. Nuestros opositores contrataron otro y lo llamaron *Victoria*, en referencia al triunfo de los aliados contra los nazis. Hubo atentados a los dos trenes, como era de suponer, aunque de poca

gravedad. Las ruedas de acero giraban incansables sobre los rieles del país llevando mensajes de esperanzas opuestas en ese caluroso mes de enero.

Los vagones eran confortables y disponíamos de buenos camarotes. Durante los trayectos diurnos nos sentábamos a la mesa del comedor con planillas llenas de nombres y referencias locales para usar en los discursos. También estaban afinados los parlantes para que la voz de Perón llegase lo más lejos posible. Isabel Ernst era un mecanismo perfecto que

siempre tenía a mano lo que hacía falta. Hasta consiguió un doble de Perón: su misma estatura, peinado, sonrisa. ¿Para qué un doble? Para cuando el Coronel se canse. ¿Hablará? No, en eso el Coronel no tiene quien lo reemplace; sólo saludará, moverá los brazos. Me sentí mal, era una grosera mentira que, de ser descubierta, podría caernos como una bomba.

Nos detuvimos en numerosas estaciones, donde nuestra gente había convocado a los vecinos que empezaban a revolear pañuelos desde que sonaba a

lo lejos el pitido del tren. La entrada era siempre apoteótica. Antes de frenar, los parlantes anunciaban con su máximo volumen que llegaba el coronel Perón. Y desde la multitud replicaba el enfervorizado ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! Luego del estudiado suspenso que calentaba los ánimos, aparecía Juan en una gran puerta enmarcada por la bandera nacional. Vestía su atractivo uniforme blanco y la alta gorra de visera. Saludaba levantando la mano derecha, largamente, luego las dos. La muchedumbre entraba en trance. Un

locutor seguía refiriéndose al coronel de los argentinos, de los trabajadores, de los valientes. Hasta que invitaba al silencio para escuchar su afectuoso mensaje. Juan siempre empezaba con la palabra ¡Trabajadores! Después tenía que esperar un rato hasta que volviera el silencio. Su voz sonaba potente y sin apuro; provocaba interminables aplausos y vítores enronquecidos.

Me asomaba a su lado con timidez. Sólo sonreía. Pero captaba que muchos ojos se posaban sobre mí. Era la comentada esposa. Rubia, bonita, blanca

y dulce. Algunas manos se acercaban a mi falda acampanada o a mi blusa ligera que dejaba ver mis brazos. No me importaba que fuesen manos sucias con uñas negras, eran las que me habían resultado familiares en Los Toldos y Junín. Les sonreía más, porque capté que pretendían estar cerca, que me aceptaban.

Antes de partir, el locutor anunciaba que se arrojaría dinero para los necesitados. Empezaba Juan y lo seguía yo. Hacíamos revolotear los fajos para que llegasen lejos. Los codiciados

papeles eran atrapados en el aire. Me llamó la atención que no se disputaban lo que cada uno podía agarrar, sino que celebraban el obsequio. Eran buenas gentes, eran mi familia. Los billetes planeaban como aviones. Así había caído el maná —describió un cura en su sermón— y el pueblo lo tomaba del aire o del suelo. También me pareció que Juan era como Jesús distribuyendo panes. Me sentía embelesada. ¡Qué maravilloso es ver la sorprendida alegría de los pobres!

Este viaje por el norte me ofreció una

imagen desconocida de la Argentina. No era la pampa fértil, sino planicies y montañas secas. Y había mucha gente humilde. Aunque se desplegaba otro paisaje, la atmósfera de carencias me devolvía al pasado que, equivocadamente, quería borrar. Se repetían las casas de adobe, los techos de cinc, gallineros precarios, higueras solitarias, manadas de cabritos flacos y gente bronceada junto a gringos rubios. Mientras nos desplazábamos por el interior de las poblaciones pegaba mi nariz a la ventanilla para beber ese

territorio que era mío y parecía ajeno.

Tras cada alocución Juan parecía exhausto. Repetir el mismo discurso, pero con emoción vibrante, lo cansaba. Apenas el tren recobraba velocidad se metía en el camarote y entregaba a una siesta, fuese la hora que sea. Era un hombre distinto al que había saludado con forma de coloso en la puerta enmarcada por los pliegues de la bandera. Pero cuando Juan desaparecía, retornaba mediante su doble. El falso coronel vestido con uniforme blanco saludaba y movía los fraternales brazos,

como una forma de demostrar su vigor incomparable y su carácter de inmortal.

Yo no me dormía fácil, de modo que seguía junto a la ventanilla mirando espacios vacíos y aldeas necesitadas de modernización. Soñaba con los cambios que haría Juan desde la presidencia. Si lo dejaban llegar. Y luego, hacer.

26

La bendición

Volaba hacia Italia donde Mussolini, antes de caer, había llevado a cabo

varios planes que Perón empezó a desarrollar. La *Carta del Lavoro* limitaba la jornada de trabajo a ocho horas, garantizaba la estabilidad laboral, la seguridad social y la jubilación. También introdujo el “aguinaldo”, que provenía de antiguas tradiciones romanas adoptadas por la Iglesia como regalo de Epifanía. Desde el comienzo fascinó a Juan el ritual de los fascistas, que imitaría Hitler: grandes concentraciones y el líder hablando desde un alto sitial, como él mismo lo hizo el 17 de Octubre y lo seguiría

haciendo en el futuro. Cosas buenas... que degeneraron, por desgracia. A Europa le costó la Guerra Mundial, a la Argentina entrar en decadencia. Pero sobre esto hablaré más adelante.

Es verdad que la recepción que me brindó Franco fue inigualable. Pero más sincera y emotiva fue la del pueblo español. Ningún otro país se arrodilló a mis pies de esa forma. La de España fue la única invitación oficial espontánea, como ya conté. Los otros destinos fueron negociados trabajosamente por el padre Benítez, Lilian y nuestra cancillería. Por

eso se limitaron a rendirme honores casi por obligación, aunque asombrados por los que me habían llovido en España. Los turros de Italia, Portugal, Francia, Suiza y el Vaticano aceptaron acogerme porque habían advertido que yo tenía mucha influencia en el gobierno de uno de los países más ricos del mundo.

No asombrarse, entonces, de que en Italia comenzara a disminuir la fiesta, aunque no el esfuerzo por quedar bien conmigo.

En el aeropuerto no me esperaban el presidente ni el primer ministro Alcides

De Gasperi, sino el canciller y la esposa del primer ministro. Extrañé la falta de cañonazos y la revista de tropas. No había Guardia Mora, ni de soldados, ni de artistas, ni de putas. Me llevaron a la embajada argentina que había sido reacondicionada con apuro. El embajador y su familia recibieron la orden de mudarse a un hotel para que yo tuviera suficiente espacio. Por desgracia, enfrente se había instalado una célula del Partido Comunista. Miré por la ventana su agresiva hoz y martillo sobre el fondo de sangre. Me

previnieron que algo iban a intentar.

Después de un baño me condujeron velozmente a las ruinas de Montecassino, con la provocativa intención de hacerme conocer de entrada la tragedia que generó el movimiento fascista. Allí no quedaba una sola casa en pie. Sólo paredes quebradas, rocas, lagartijas, polvo y desolación. Por primera vez tuve acceso directo al horror de la Guerra Mundial. Me querían dar una lección, porque molestaba la clara simpatía que Juan había manifestado hacia Mussolini. Un

funcionario del gobierno me narró que desde enero a mayo de 1944, esa colina donde había un antiquísimo monasterio medieval, fue centro de un combate feroz entre los aliados y el Eje. Las acciones produjeron la muerte de 54.000 soldados aliados y 20.000 soldados alemanes. En el aire caldeado flotaba algo más feo que la pólvora: los espectros de tantos jóvenes inmolados al divino botón. Calculé que en esa época de tragedia en Europa, yo empezaba mi ascenso artístico en Buenos Aires.

Volví a Roma acongojada por el

testimonio de la locura. Durante el trayecto me adormilé encogida en el asiento posterior. Imaginaba la caída de las bombas y el trepidar de la metralla, los cuerpos destrozados, la sangre formando arroyos. Algo así no tuvimos nunca en la Argentina. Me daban una cachetada inicial, para que supiese adónde había llevado la política de Mussolini y Hitler. Ordené a Lilian que suspendiese las demás actividades del día.

¿Podía llegar a ocurrirnos algo así a nosotros? ¿Semejantes atrocidades?

Perón se inspiraba en Mussolini y yo lo representaba a Perón. Recordé la primera vez que aparecí en su lugar, en plena campaña electoral. Un desafío escalofriante: tenía que hablar en el Luna Park para difundir la fórmula Perón-Quijano. Yo sola, en nombre del Coronel. Sería la protagonista central, como lo fui en *La pródiga*. Entre los organizadores figuraban instituciones gremiales, políticas y femeninas. Era un acto multitudinario, como ya eran todos los actos nuestros y de la oposición. La proximidad de las elecciones había

elevado la fiebre de la ciudadanía. ¿Juan pensaba que estaba lista para semejante papel? ¿O solamente quería probarme? En verdad, implicaba mucho riesgo probarme en esas circunstancias. No nos iba bien: la prensa era adversa, las universidades seguían calificando a Perón de fascista, las asociaciones profesionales manifestaban miedo ante una regresión dictatorial, desde el exterior se decía que agonizaba el brote democrático por ese movimiento difuso que era el peronismo.

El embajador Braden se reunía a

diario con los dirigentes políticos de todo el espectro nacional, excepto los conservadores, que no quisieron ser aceptados por la UCR en el bloque llamado Unión Democrática. Desde hacía décadas el sistema bipartidario argentino funcionaba con la rivalidad entre esas dos tendencias mayoritarias. No tenían suficiente peso los socialistas, ni los demócratas-progresistas, ni los comunistas. Este desprecio de los radicales por los conservadores le costó caro a la Unión Democrática, porque en su gran mayoría los conservadores

optaron por nosotros.

Le transmití a Juan mi temor. Son mujeres en su mayoría —contestó— y la voz de una mujer será más convincente. No sé inventar discursos —protesté retorciéndome los dedos—, sólo digo lo que aprendo de memoria. Bien, entonces Muñoz Aspiri te escribirá el discurso y lo aprenderás de memoria. No tuve más alternativa que inclinarme ante su decisión, pero intuí que me deslizaba hacia un fracaso, otro más en mi tenebrosa lista. Él me separó las manos porque ya mis uñas arrancaban láminas

de piel. Escuchá: aprenderás el discurso de memoria, lo dirás con emoción intensa, harás una pausa entre frase y frase, tendrás que imaginarte recitando una poesía de tu querido Amado Nervo.

La angustia me provocó náuseas y diarrea. El obediente escriba me trajo el discurso que, por suerte, era breve. Repetía mucho lo de Perón-Quijano y prometía el cielo en la tierra. No me concernía discutirle la forma ni el contenido, yo sólo era la flamante y controvertida esposa del Coronel.

En el Luna Park atiborrado era

conveniente aguardar que el entusiasmo se acrecentase. Las butacas, sillas y gradas estaban ocupadas por una apretada multitud. Columnas de mujeres que no pudieron ingresar chillaban afuera. Esperaban a Perón y no cesaban de inventar y repetir estribillos, la mayoría cargados de resentimiento. En los vestuarios yo sorbía un mate tras otro para calmarme. Recién luego de dos horas me informó el equipo encargado de la propaganda que me aslistase para caminar —lentamente, insistieron— hacia el micrófono. Hasta

ese momento había espiado a menudo. Contemplé nostálgica los segmentos que había recorrido aquella noche en que, a duras penas, pude entrar y, esforzadamente, me abrí camino hasta Perón. Fue un ascenso y ahora hablaría desde la apetecida cumbre. En lugar de que me permitiesen recitar una poesía, pronunciaría un discurso.

Avancé hacia el estrado con paso inseguro, temiendo esguinzarme los tobillos. Algunas personas me reconocieron y vocearon mi nombre. Pero la mayoría seguía vociferando

¡Peee-rón! ¡Peee-rón! Había mujeres de rústica condición social: gordas, flacas, peinadas y despeinadas, con zapatos o con alpargatas, con vestidos de organdí o de percal. El locutor anunció que la señora María Eva Duarte de Perón hablaría en nombre del coronel Juan Domingo Perón. La multitud sólo tardó un segundo en reaccionar decepcionada. ¡Queremos a Perón! ¡Queremos a Perón! Hablará su esposa, la señora Eva Duarte —insistía incómodo—. La gritería aumentó. Se sentía frustrada. Temí que ese mar de bronca me desmayase.

Agarré el micrófono con ambas manos: ¡Compañeras! No hubo caso, nadie escuchaba. Otra vez: ¡Compañeras! Imposible. ¡Queremos a Perón! ¡Queremos a Perón! Me sentían una rival que les quitaba el hombre esperado. Su enojo manifestaba celos. Cerca, un grupo de mujeres levantó sus faldas para mostrarme los calzones. Semejante obscenidad vino acompañada de una orden: ¡Danos un hijo de Perón! ¡No queremos tu discurso! ¡Sí, sí, un hijo de Perón! ¡Un hijo de Perón! Ante el desorden en aumento probé por tercera

vez: ¡Queridas compañeras! No hubo caso, mi garganta no daba, era de nuevo la actriz insignificante que rogaba ser escuchada. El locutor goteaba sudor y volvió a exclamar con la máxima potencia de sus pulmones: ¡La señora Eva Duarte de Perón trae para ustedes un mensaje del coronel Juan Perón! Nada que hacer. Muchas empujaban hacia el escenario, con ganas de tirarme de los pelos; otras iban hacia la puerta. En la calle agredieron a los hombres que vestían corbata al grito de ¡Oligarcas no, Perón sí! La policía se vio desbordada y

pronto llegaron carros con gases lacrimógenos.

Mi estreno en materia de discursos fue un desastre.

Le describí a Juan esa derrota con lágrimas y mocos. Me sentía una impotente.

—Ya lo conseguirás —dijo.

Le agradecí abrazándolo. Pero consideré que mentía. Mentía para detener mi llanto, que le molestaba.

Estábamos llegando a la meta final y nuestras perspectivas se nublaban. Me

atreví a preguntarle con la mano en el corazón: “Y si perdés, ¿qué haremos?”

El embajador Braden, con el apoyo del Departamento de Estado, había publicado su *Libro Azul*, en el que denunciaba con abundantes documentos los vínculos entre Juan y el nazi-fascismo. Era una obra irrefutable en ese momento. Durante nuestras reuniones íntimas coincidimos en no replicar a sus agresiones, porque sería contraproducente. La inquietud al rojo produjo una idea que tendría mejor efecto. A Juan se le ocurrió presentar las

elecciones como una rivalidad entre Braden y Perón, entre Estados Unidos y la Argentina, entre el imperialismo y la soberanía nacional. El nacionalismo siempre sirve, dijo el avisado sindicalista Ángel Borlenghi. Claro que sirve, ¡y mucho! —agregó Juan—. Fíjense que hasta lo usó Stalin en su lucha contra Hitler.

—¿Qué tiene de raro? —pregunté.

—Hasta ese momento, para los comunistas el nacionalismo era una palabra reaccionaria. Sólo se referían al internacionalismo, revolución mundial y

cosas así. Pero al vérselas mal, Stalin desempolvó el antiguo nacionalismo ruso y llamó a defender la Madre Patria, no la revolución social. Cambió el curso de la guerra.

Las calles de Argentina se llenaron con la apuesta “Braden o Perón”. Braden no iba a ser presidente ni ministro ni nada. Pero la consigna prendió. En respuesta, aumentaron las manifestaciones opositoras que advertían sobre el peligro de otro militar en el gobierno, un militar que, además, estaba manchado por el apoyo

de la extrema derecha.

Juan visitó en secreto a varios obispos y consiguió su apoyo. Le dijeron que no podían hacerlo público, ya que las elecciones políticas exigían neutralidad de la Iglesia; pero bajo cuerda difundirían su opinión. A cambio, Juan les aseguró que impondría la educación religiosa, el estudio del latín y mantendría su negativa al divorcio. Todo esto cambió luego de mi muerte. Al final de su interrumpido segundo mandato Juan cacheteó a la Iglesia como nunca había ocurrido en la Argentina y,

entre otras cosas, sancionó la ley de divorcio.

Pero nada de esto había sucedido aún durante mi viaje a Italia. En la jornada siguiente saborearía el plato más fuerte, que pondría hielo al chichón de Montecassino. Tendría una audiencia con el Papa, a la que tanto esfuerzo había dedicado Hernán Benítez. Mis asistentas se ocuparon de vestirme con cuidado extremo para la sublime ocasión. Me pusieron un vestido largo y completamente negro; cubrieron mi cabeza con un sombrero de ala que

desprendía un velo de encaje, tal como exigía el protocolo de la Santa Sede. Debía estar lista para recibir el máximo galardón que una mujer podía obtener del Vaticano: título de Duquesa Pontificia, como el que le confirieron a la señora Adelina Harilaos de Olmos, la única mujer de la asquerosa bosta oligárquica argentina que me invitó a tomar el té y me trató con respeto. El Papa había visitado Buenos Aires en 1935, siendo cardenal, y durmió en el magnífico dormitorio que le preparó esa poderosa viuda. Pero corrió la voz de

que, abrumado por el exceso de lujo, se acostó en el piso. Cuando llegué a la Santa Sede y penetré en su fasto, me di cuenta de que el lujo desplegado por esa viuda, pese a derrochar una fortuna, no podía haberlo impresionado.

Mi entrada por la *via della Conciliazione* en una carroza tirada por cuatro caballos me introdujo majestuosamente en la Plaza de San Pedro. Quedé boquiabierta ante la monumental Basílica y los dos amplios arcos llenos de columnas. Enseguida me rodeó la Guardia Suiza con sus yelmos,

alabardas y jubones rojiazules. Fui conducida al patio de San Dámaso, donde un religioso petiso, de capa violeta y lentes de miope, junto a un alto caballero de gorra blanca, uniforme negro y un parche de pirata en el ojo izquierdo me recibieron con solemnidad.

—¿Y ese parche? —susurré a Lilian —. ¿Es parte del uniforme?

—No, le falta un ojo.

—Se lo habrá sacado alguna de las lanzas que usa la Guardia Suiza. ¿Para

qué las llevan si no saben usarlas? — bromeé para tranquilizarme.

En el salón Clementino me esperaban miembros de la nobleza vaticana encabezados por un príncipe cuyo nombre ni pude entender. El jefe de la Guardia Suiza se puso a la cabeza de sus soldados y me invitó a caminar por corredores cuyas paredes exhibían un tapiz tras otro. Empecé a sufrir una tensión inusual, porque nadie de mi familia había soñado siquiera con oler estos recintos. Porque, de veras, había un olor peculiar: a flores, a madera, a

mármol, a lana, a pergaminos. Floté por varias cámaras. Iban dándome explicaciones, pero no entendía una palabra, atenta a la buena posición de mi mantilla, el velo de encaje que me cubría la frente y la seguridad de mis zapatos. Por algunos ventanales pude advertir jardines con fuentes. De pronto nos detuvimos y todos guardaron un silencio absoluto. Me recorrió un estremecimiento. Llegaba el instante tan esperado.

Se abrieron las altas puertas de la biblioteca papal y me enfrenté con Pío

XII. Lo rodeaba un arco de tinieblas. Me acerqué fijando los ojos en la alfombra. Cuando llegué cerca de sus zapatos rojos me incliné para besarle el anillo que me extendía con determinación. Nos rodeaba una biblioteca llena de volúmenes cuyos lomos no podía leer, pero me habían dicho que eran manuscritos griegos, coptos, hebreos, sermones de santos, estudios sobre el calendario, misales antiguos e incunables. En el centro aguardaba una mesa ajedrezada con dos sillas de respaldo recto. Pío XII me invitó a

tomar asiento con un tenue movimiento de mano. Lo hice tratando de no enredar mis piernas en la falda y quedé tiesa, sin apoyarme en el respaldo y con las rodillas fuertemente apretadas.

El Papa era flaco y severo. Antes de que yo abriese la boca (no podía hacerlo antes que él) pronunció unas palabras en un defectuoso español para darme la bienvenida.

—Actuó como los apóstoles, que hablaban muchos idiomas —me aclaró entusiasmado Hernán Benítez más tarde.

No recuerdo qué dijimos él ni yo. Seguramente habré repetido mi cantinela sobre las obras de Perón, la justicia social y el derecho de las mujeres. Ninguna de mis palabras lo hizo pestañar. Al cabo de un tiempo que sentí largo, terminó la audiencia.

—¡Ha durado veinte minutos! ¡El tiempo que dedica a las reinas! Las otras audiencias se reducen a diez minutos.

—Pero no soltó una señal sobre mi título de marquesa pontificia —protesté.

Durante la audiencia casi no moví mis

ojos de su seca y orgullosa figura. Junto a los oscuros anaqueles escoltaban soldados de la Guardia Suiza con sus alabardas enhiestas, una pequeña cofradía de entogados, tres monjas, caballeros enfundados con golilla y calzones cortos sobre cuyos pechos exhibían condecoraciones. Mi audiencia era privada, pero no tenía nada de íntima.

Pío XII alargó un dedo hacia las monjas que se dirigieron a un rincón del que regresaron con un cofrecillo. En medio del silencio una voz grave

anunció que Su Santidad ofrenda a la Primera Dama de la Argentina un rosario de Jerusalén con reliquias de la Santa Cruzada. El Papa lo levantó para que brillase, lo devolvió al cofre y me lo extendió. Empecé a temblar y, haciendo una reverencia, lo recibí con ambas manos. Supuse que era el primer eslabón hacia mi título de marquesa. Ya era Primera Dama y me decían Señora de la Esperanza y Primera Samaritana. Sólo me faltaba el título nobiliario; mi ambición amenazaba con no saciarse. La voz ronca agregó: “También Su Santidad

desea condecorar a la Señora con la Medalla de Oro de su Pontificado”. Yo incliné de nuevo la cabeza para recibir la cinta que colgaría de mi nuca con una pesada medalla de oro. Pero no hubo tal cinta, ni siquiera una medalla: era una simple moneda con el perfil del Papa. El pecho me latía. Una monja entregó al pontífice un lienzo que él desplegó hábilmente hacia la audiencia sin levantarse de la silla. La voz profunda resonó de nuevo para explicar que se trataba de una reproducción al óleo de la obra de un gran pintor (cuyo nombre

no grabé), pintada originalmente sobre madera en el año mil cuatrocientos y pico. Esta reproducción es en sí misma una gran obra de arte, añadió. No tuve fuerzas para moverme cuando Pío XII se paró delante de mí y sentenció, mientras yo apretaba las manos y las rodillas: “Este cuadro, hija mía, es la imagen perfecta de la felicidad matrimonial”.

Luego de la bendición me condujeron al exterior de la biblioteca papal. Yo transpiraba bronca por el retaceado título. Me lo retacearon, pese a todo lo que el Vaticano debía a Perón y que

todavía no me había sido revelado en plenitud. Me invitaron a recorrer la Basílica, la Capilla Sixtina, el palacio de los Borgia y un tramo de la gran Biblioteca vaticana con sus obras de valor incalculable. Al término de esa caminata agotadora que por momentos me deslumbraba y por momentos me obligaba a tragar bostezos apareció, como enviado por el cielo, un general de la Orden de San Francisco. Se llamaba general aunque no usaba uniforme castrense, sino los hábitos sobrios de esa orden. Con palabras afectuosas me

condujo a la residencia central de los Franciscanos. Allí pronunció un discurso tierno y me confirió el título de Hermana Terciaria Franciscana. Apenas un consuelo, sentí en ese momento, porque España me había acostumbrado mal. Lo recibí seria, sin sonrisa.

Las viejas de la oligarquía habían llenado de manjares envenenados la innoble panza del arzobispo de Buenos Aires para que me prohibiesen el marquesado. Después me enteré de que no era sólo paranoia: esas perras, efectivamente, habían mandado fotos de

mis tiempos de artista y en varias aparecía con las piernas desnudas. Esto sobrepasaba los límites de la moral que imperaba entonces. Juré vengarme. Pocos años después, cuando fallecí, mi cadáver fue envuelto con la túnica franciscana que yo había despreciado.

A Dodero le habían prohibido formar parte de mi comitiva porque en una audiencia anterior había concurrido con una mujer que no era su esposa. El Vaticano pretendía mostrarse más moral que nunca después de su cuestionable moralidad durante el fascismo y la

guerra. Dodero se quedó en el hotel muy dolido. Yo le había asegurado que, para evitar chismes, apenas regresase le diría que todo fue “bien” si los hijos de puta no me habían conferido el marquesado. Pero si le decía que todo fue “muy bien”, debía donar ciento cincuenta mil pesos a cuenta del Estado argentino como muestra de gratitud. Dije “bien” y se ahorró el gasto.

Parece que enseguida hubo un conciliábulo en el que muchas sotanas se arrepintieron de su mezquindad. Al día siguiente, en una recepción que ofreció

la embajada argentina, trajeron en nombre de Pío XII la pesada Gran Cruz de Gregorio el Magno para que yo la entregase en mano al presidente Juan Perón. Esta vez les retribuí con una sonrisa; no exagerada, pero sonrisa al fin. No merecían más.

En la calle se habían congregado miles de personas. Algunas voces me halagaban y otras gritaban “¡Duuu-che!” “¡Duuu-che!” para imitar el “¡Peee-rón!” “¡Peee-rón!” También gritaban “¡Ni Mussolini ni Perón!” No se ponían de acuerdo. Ardía por salir y apuñalarlos

con una arenga sobre nuestros méritos, pero acepté el consejo de no arriesgarme. En cambio hablé para quienes estaban apretujados en la gran sala y manifesté mi repudio al divorcio para que las sotanas sintiesen más culpa por haberme retaceado el título de marquesa. ¡Tomen, imbéciles! Soy más católica de lo que suponen.

27

Mayoría absoluta

Juan siguió temeroso hasta el día siguiente de las elecciones. Las

primeras cifras favorecían a la Unión Democrática. Yo estaba ojerosa por la falta de sueño. Pronto los resultados emparejaron y se comenzó a denunciar fraude desde las universidades. Pero la balanza se fue inclinando de modo irrefutable en favor de Perón-Quijano. No sólo ganó la presidencia, sino todas las provincias con excepción de una, amplia mayoría en el senado y dos tercios de la cámara de diputados. Fue una paliza inolvidable al “contubernio oligárquico-comunista”, como gritó Perón en su discurso triunfal. En el país

reinaba el estupor, tanto entre los ganadores como entre los derrotados.

Luego de una breve pausa Juan se dedicó a formar su gabinete. Yo, agotada, decidí relajarme hasta la asunción del gobierno, que tendría lugar tres meses después. Pasábamos los fines de semana en su modesta quinta de San Vicente. Tomados de la mano recorriamos las hectáreas perfumadas por los eucaliptos frondosos, tilos, cedros azules, fresnos y nogales. Después nos sentábamos a tomar mate, sea sobre el tronco amputado de un

árbol viejo o los sillones de mimbre que crujían con música de laúdes (bromeó Juan). Nos gustaba un ángulo de alcanfores, porque emitían un aliento que espantaba los mosquitos. Durante un par de horas Juan se dedicaba a estudiar informes y yo soñaba mirando las nubes. Había un potrero con hermosos caballos y Juan se empeñó en enseñarme a cabalgar. Fue paciente y el buen humor era constante.

Pronto me incorporé a las reuniones en sus oficinas de Buenos Aires para seguir aprendiendo. Juan me dejaba. Era

fascinante respirar el aire del poder. Se hablaba de política, desde luego, pero las miradas y palabras que circulaban en presencia de Juan habían modificado su estilo: sonaban como las de los caballeros frente a un rey. Hasta le hacían reverencias al darle la mano. Con mucha cautela se discutían planes de acción, nombres para los puestos, diferencias entre leales absolutos y leales relativos. Parecía un casting, pero en lugar de que los candidatos desfilasen por una pasarela, se ponía la lupa sobre sus antecedentes.

El triunfo electoral disminuyó el impacto de mi derrota en el Luna Park: ahora era la esposa del nuevo presidente. Por lo tanto, cada vez metía más hondo la cuchara. Era mi madre con empaques de guerra. A veces notaba el silencioso reproche de Isabel Ernst, porque una mujer no invadía ciertos asuntos; ella jamás hablaba. Entre las primeras propuestas que le hice a Juan fue nombrar a mi hermano como su secretario privado. ¿Secretario privado? —se asombró—; no tiene experiencia. Pero tiene lealtad, lealtad como ninguno

—contesté—. Juancito fue designado secretario privado y yo levanté más alto mi cabeza, incluso interfiriendo en sus tareas, porque a menudo le ordenaba que me dejase atender los pedidos de entrevistas con Juan. En pocas semanas muchos no sabían si la solicitud tendría una respuesta más rápida a través del secretario privado o de la esposa.

Pese a que vivía en la gloria de mi nueva posición —casada, y casada con el presidente, nada menos— quise volver a establecer contacto con mis orígenes. Fue un impulso misterioso. Por

un lado quería borrar mis antecedentes y por el otro sentía nostalgia por ellos. ¿La locura del éxito? ¿Culpa por haberlos abandonado y repudiado? ¿Necesidad de extremaunción? Pedí a Isabel y Lilian que me acompañasen a insólitas giras por fábricas y barrios pobres, porque de allí surgió la mayoría de los votos que consagraron a Perón. Ambas me devolvieron una mirada incrédula. No era lugar para la mujer de un presidente electo. Pero tuvieron la prudencia de guardarse la crítica. Pedí un auto con buen chofer y fuimos a

recorrer esos lugares “inapropiados para la mujer de un presidente”.

Me recibieron con embarazo y confusión. ¿Qué hacía allí? ¿Qué buscaba? Ni patronos ni obreros ni vecinos podían entender mi aparición, anunciada sólo unas horas antes. Recorriamos diversos sitios, regalaba mi sonrisa a diestra y siniestra, daba la mano a las mujeres y a veces les imprimía un beso en la mejilla. Cuando partíamos notaba que en los ojos de esa gente asomaban lagrimones. Era un dato innegable de que marchaba por el buen

camino.

El 4 de junio de 1946 (aniversario del golpe de Estado), Juan juró como presidente de la República en el Congreso Nacional. Para diluir su culpa de mal amigo, el Mono Farrell había decretado poco antes su ascenso a general. Por lo tanto, lució en la ceremonia un flamante uniforme con la nueva jerarquía.

Yo estaba sentada entre las esposas de los más altos funcionarios. No lejos fueron ubicadas mamá y mis hermanas con sus maridos. Los vi encendidos de

emoción; me miraban como el ángel que había concretado un sueño.

En el banquete que se celebró por la noche me sentaron junto al cardenal Copello, un hombre calvo, con anteojitos, duro y seco. Al día siguiente la prensa resentida publicó ensañada la foto de mi hombro desnudo, que rozaba al incómodo cardenal. Ese mínimo incidente obtuvo más ecos de los esperados, algunos de humor agresivo. Una actriz de revistas que usaba violentos escotes apareció con un pájaro embalsamado sobre su apetitoso hombro

al descubierto; el pájaro tenía copete rojo y se llama, precisamente, cardenal.

En todos estos actos sociales se mezclan casi siempre lo ridículo con lo terrible. El programa de Italia incluía un solemne homenaje al Soldado Desconocido, una soleada recorrida por el Foro romano, ingreso triunfal al Coliseo, visita a las míticas catacumbas, paseo en los jardines de Villa Borghese y una bajada a las Fosas Ardeatinas, correctamente llamadas tenebrosas. Ahí los nazis cometieron una matanza atroz. Uno de los principales asesinos pronto

iría a refugiarse en el sur de mi país. No lo sabía, tampoco el gobierno de Italia, pero sí el Vaticano y Perón.

Yo tenía hinchados los tobillos y la cabeza. Por la noche procuré relajarme hasta quedar dormida en una función al aire libre de la ópera *Aída* en las termas de Caracalla, termas ilusorias, porque de ellas sólo perduran sus ruinas y ni una gota de agua caliente.

También pedí recorrer barrios carenciados, que suponía peores que los de España. No me equivoqué. Ingresé en las descascaradas viviendas, pero no

hablé mucho porque me costaba entender el italiano que Juan había aprendido muy bien cuando vino como agregado militar. Tampoco era posible hacerse escuchar en medio de la gritería que reina en toda Italia. Compensé esa dificultad con paquetes de regalos, que hablan mejor que cualquier boca. Era un sutil desquite a tanto reproche político.

Lilian dedicó uno de nuestros descansos a explicarme el gobierno demócrata cristiano en el poder, que lideraba Alcide De Gasperi, un respetado político que había sufrido la

persecución de Mussolini. Había afirmado algo escandaloso: “El fascismo son los bolcheviques vestidos de negro”. Y los bolcheviques no pudieron contra él. Formó el primer gobierno de posguerra y luego fue primer ministro de varios gobiernos sucesivos. Junto con el alemán Konrad Adenauer y el francés Robert Schumann pusieron las bases de una nueva Europa. Aceptó el Plan Marshall, adhirió a la OTAN y produjo el milagro de una veloz industrialización simbolizada por marcas que pronto adquirieron renombre

mundial, como Vespa, Necchia y Olivetti.

—Con Perón superaremos eso —dije para cortarle el río de elogios. A continuación informé que abreviaría mi estada. El canciller hacía esfuerzos para que me sintiera feliz y desplegaba la cortesía que a los italianos les sale fácil. Pero mantuve mi decisión: cancelé la visita a Florencia, Venecia y Nápoles, limitándome a pasar veinticuatro horas en Milán, donde asistí a una ópera en la Scala. Durante la segunda parte me dormí, no era permeable a los

desaforados gritos de esa música.

Habría elecciones y los comunistas se ilusionaban con ganarle a De Gasperi. Mi presencia les daba pasto para acusar a los demócratas cristianos de haberse convertido al fascismo: para ellos Perón era un fascista sin atenuantes. Un funcionario explicó a nuestro embajador que temía por mi seguridad.

El 4 de julio, antes de abandonar Roma, hice una visita al embajador norteamericano James Dunn, para cumplir con una solicitud de Juan que me llegó por cable a último momento.

Era el día de su Independencia y Juan procuraba acercarse a los Estados Unidos. El conflicto con el embajador norteamericano Braden ya quedaba para la historia. No entendía ese cambio súbito, pero confiaba en el olfato de Juan. Sus barquinazos eran más frecuentes de lo que la gente podía percibir. Siempre buscaba acomodarse a la situación dominante, aunque incurriese en contradicciones. Me dijo por teléfono que sólo de esa forma se mantiene el poder. Inteligente y guacho mi ídolo, ¿verdad?

Sus contradicciones a veces iban demasiado lejos. Por ejemplo, me hizo cómplice de algo que ahora, a la distancia, evalúo de otro modo. Yo no tenía ideas claras sobre el mundo y la política internacional. Sabía, por Juan, que los comunistas eran de lo peor; en cambio los fascistas y los nazis habían logrado cosas buenas a pesar de haber sido derrotados. Juan me dijo, además, que en público debía condenar el fascismo y el nazismo, pero que en su intimidad simpatizaba con ellos: eran nacionalistas, buenos militares, hicieron

crecer a sus países y consiguieron que las masas siguiesen con lealtad a un conductor llamado Führer o Duce o Caudillo. Le dije que no entendía cómo los comunistas, que eran de lo peor, estuvieron junto a los aliados en la guerra. Porque era el único modo de vencer a Hitler —me explicó—. Además, eso de la democracia en los Estados Unidos, Inglaterra y otros países nunca es perfecta. Agregó que Stalin también le agradaba, porque se parecía a Mussolini en su gestión.

Me vinieron a entrevistar unos

croatas. Estaban ansiosos por hablar conmigo. Consiguieron la entrevista por intermedio de Alberto Doderó, que a su vez contaba con la venia de Perón. Después le conté sobre las lágrimas que derramaron ante mí esos personajes de ojos celestes. Juan sonrió porque, dijo, él ya estaba trabajando para ellos. No le pedí detalles, porque ni sabía dónde quedaba Croacia, ni que habían sido condecorados por Hitler por sus “éxitos” en materia de deportación masiva, fusilamientos y algunas masacres.

Pocos días después, el ex jefe nazi del gobierno croata llamado Ante Pavelic obtuvo en nuestra embajada una visa para emigrar a la Argentina con el nombre falso de Aranjos Pal. Tenía un pasaporte de la Cruz Roja Internacional que le había fabricado la Santa Sede. Pavelic —yo ni lo imaginaba siquiera— asesinó a ochocientas mil personas en varios campos de concentración. Mi ingenuo trámite de hada buena le ayudó a desembarcar feliz en Buenos Aires con una sotana de cura. Formaba parte de los numerosos criminales de guerra que los

servicios de inteligencia yankis habían aconsejado no arrestar ni entregar a Yugoslavia por causa de la Guerra Fría. El Vaticano se había comprometido, por su parte, a construir la llamada Ruta de las Ratas, por la que viajó un buen número de monstruos rumbo a la libertad que ofrecía mi país. Uno de ellos, Branco Benzón, se convirtió en médico de Juan. Benzón fue luego elevado a consejero de la Dirección de Migraciones dirigida por el cretino de Santiago Peralta, que se dedicaba con eficiencia a impedir la inmigración de

víctimas judías. Este maldito Benzón y varios de sus compatriotas colaboraron con la Alianza Libertadora Nacionalista y la Policía Federal en materia de torturas, de las que eran experimentados virtuosos.

Como debía hacer tiempo para llegar a Francia, Alberto Doderó alquiló una villa cerca de Rapallo para brindarme un reposo de diez días, los días que ahorra al dejar fuera de mi programa a Florencia, Venecia y Nápoles. Mi trajín había sido demasiado intenso, me hartaban los reproches de fascista,

estaba flacucha y los tiernos masajes de Lilian no conseguían deshinchar mis tobillos. El sitio resultó estupendo, porque combinaba montaña y mar. La playa era angosta, de jade amarillo, y sobre ella se desenrollaban las olas con un erótico rumor. Allí recibí un telefonazo de nuestro embajador en Londres para contar la fuerza que hacía para obtener mi recepción oficial de la Reina. Ella estaba en Escocia y sólo me podía ofrecer un rápido té en el Palacio de Buckingham. Le dije que esa pendeja de mierda debía honrarme con una

recepción oficial, llena de banderas flameando por todo Londres, y que si no, se metiese el té por el culo con enema de oro. El embajador, cagado como casi todos los embajadores, me explicó tartamudeando que los ingleses habían suspendido las visitas oficiales desde 1939 debido a las medidas de austeridad que adoptaron en la posguerra.

—¡Me importa un pedo! ¡Recepción a lo grande o nada!

—Sí, señora.

En la villa apareció una mujer que vendía manteles rafaeleanos de encaje. Lilian se entusiasmó, explicó qué significa “rafaeleanos” y eligió uno para llevarse de recuerdo.

—¿Hay más?

—Sí. Pero no muchos.

—Bueno, elija el mejor para mí.

Me miró sorprendida.

—¿El mejor para usted y...?

—Sí, el mejor para mí y el resto para usted.

Estuve mal, pero no podía contener mis ganas de ofensa y apoderamiento. Las carencias de infancia me seguían masticando el alma pese a las riquezas que ya diluviaban sobre mí. Se lo confesé al padre Benítez, quien trató de consolarme con la historia de reyes y reinas que fueron ricos y también abnegados con el pueblo. Después conversé sobre esto con Lilian.

—Usted es muy espiritual, señora. Siempre me pide que rece por ambas, que no vaya a perder el rosario. Usted es una mezcla de tigre y de paloma.

—¿Lo tomo como una señal de cariño?

—Lo es —Lilian, asustada, agregó—: Yo la quiero mucho, lo sabe.

Desde la villa fuimos en auto a recorrer Portofino, Génova y San Remo. Eran postales multicolores. En algunos sitios compraba recuerdos que mis asistentas acomodaban en los baúles. Compraba y compraba con hambre. Ahora me avergüenza recordarlo, ahora sé que de nada sirven. Tenía la obsesión de acumular y sobraba el dinero, porque mis edecanes pagaban sin preguntar el

precio ni pedir rebaja.

Ahora creo que compraba para tapar un agujero, el mismo que había hecho yo misma al empeñarme en borrar mi pasado, el de verdad. ¡Qué bruta costumbre! Luego de la caída de Perón, en 1955, los que lo echaron demolieron el Palacio Unzué, que era la residencia presidencial. Pretendían eliminar todo rastro anterior, como si estuviese infectado. Lo transformaron en una montaña de escombros. Querían borrar el pasado de la misma forma que yo quise borrar el mío. Irracional, porque

el fondo queda. Yo volví a mi pasado a través del trabajo social y el peronismo sobrevivió a esa demolición absurda. Donde estaba ese palacio han instalado una fea y anoréxica escultura en mi memoria.

La familia Unzué había vendido la mansión de estilo francés al Estado argentino en 1930 y se convirtió en la residencia oficial de los sucesivos presidentes. Era grande y hermosa como un castillo. Tenía doscientos ochenta y tres recintos, más que muchos hoteles. Varios muros estaban esmaltados con

oro y marfil. Abundaban los buenos cuadros. En los pasillos y las habitaciones se extendían alfombras de distintos orígenes. Las arañas resplandecían con sus caireles facetados. La grifería era de bronce y las bañeras tenían doradas patas de león. Los muebles alternaban la caoba con el roble y habían sido objeto de finas tallas. El dormitorio conyugal me dejó atónita. ¿Qué tenía en común con los cuchitriles donde pasé años? Sí, tenían algo en común: tanto el cuchitril como ese fastuoso dormitorio me

producían ansiedad.

Terminadas las ceremonias de asunción Juan propuso que el matrimonio Guardo nos acompañase a la residencia. Se habían convertido en nuestros amigos y después de tanto trajín, no quería la soledad absoluta y tampoco mucha gente. Desde el impresionante hall de ingreso se elevaba una escalera de mármol blanco hasta los recintos superiores. Ambos márgenes estaban escoltados por una baranda de hierro forjado que se abría en la planta baja como la capa de una reina. Perón,

pese a sus cincuenta años, exudaba felicidad por los halagos que le llovieron durante la jornada y tuvo la ocurrencia de usar esa baranda para cometer una travesura. Miró a Guardo y le propuso deslizarse “a caballito” por ella desde el primer piso hasta la planta baja. Guardo aceptó asombrado y subieron corriendo la escalera. Montaron la baranda y descendieron con gritos de alegría hasta Lilian y yo, que estábamos absortas. Días más tarde los imité y se convirtió en un hábito bajar de ese modo, ante la sonrisa complaciente

de la servidumbre.

Me aburría en la residencia y se me ocurrió formar mi propio equipo de seguidores con Nicolini, Raúl Salinas, Vicente Sierra, Atilio Renzi y Ricardo Guardo. Todos eran serviles, engominados, melosos. ¡Y leales! Nos reuníamos en una oficina que Nicolini habilitó en el edificio del Correo Central. Salinas pasaba por la residencia a las 6.40 para buscar a Perón y después venía a engrosar mi flamante grupo. Unos días más tarde Juan preguntó: “¿Qué pasa en el Correo?”

Veo muchos autos oficiales en la puerta. ¿Nicolini anda en algo especial?”. Habló delante de mi hermano Juancito y José Figuerola, un español de extrema derecha que había colaborado en la Secretaría de Trabajo. “Evita trata de formar un equipo propio”, contestó Salinas, temblando. “¡Ah, muy bien!” Juan ni podía fantasear con una traición urdida por mí.

La primera tarea fue modesta: conseguir entrevistas para delegaciones vecinales o del interior que no podían cruzar las mesas de entrada en la casa

de gobierno. Mis pedidos causaron sorpresa e irritación, pero era la esposa del Presidente. Pronto corrió la noticia de que era más fácil conseguir una audiencia por mi intermedio que por las vías de rutina. Efectuaba ese trabajo con dudas, porque estaba mandando a la Casa Rosada demasiada gente, salteándolo a Juancito. De modo que en lugar de dirigirla hacia el despacho presidencial, empecé a mandarla también a los ministerios pertinentes, en especial los de Salud y Educación. La mayoría era derivada a la histórica

Secretaría de Trabajo, el templo desde el cual Perón inició su carrera triunfal.

Empezaron a llegarme cartas directamente al Palacio Unzué. Dirigidas a mí, a la señora María Eva Duarte de Perón. Las solicitudes eran modestas, modestísimas: pedían un delantal, ollas, un colchón, pelotas de fútbol, un vestidito de novia. Los más caros se referían a comida, un empleo, un rancho, una carretilla. Eran necesidades elementales. No sabían pedir. O no se animaban. Comencé a reunir montones de artículos en un

garaje desocupado de la residencia: bolsas de harina, de azúcar, zapatos, pantalones, faldas, sartenes. A medida que llegaban los pedidos, mis colaboradores debían satisfacerlos. No imaginaba que había nacido el vigoroso brote de la Fundación que llevaría mi nombre y se convertiría en una locomotora de ayuda nacional e internacional.

Se hizo tan importante esa labor inicial que el diario *Democracia* empezó a difundirla. Entonces algunos sindicatos resolvieron hacerme llegar

donaciones de los artículos que ellos mismos producían. Mi “almacén” se fue llenando. Ya no eran piezas aisladas, sino cajones. Miles de calzados, de alimentos, de ropa, de medicinas. El ministro de Economía tuvo la iniciativa de abrir una cuenta especial en el Banco de la Nación para esta *Cruzada*, a la que podían (y debían) contribuir las reparticiones públicas del país. El cambio fue espectacular: me dormía contando paquetes que entraban y paquetes que salían. Un tubo enorme, con gran boca en ambos extremos.

Fluían miles de cajas llenas de juguetes, ropa, comida. Me hacía feliz saber que estaba sanando las carencias más urgentes. Las que había conocido, las que me habían azotado. Sin haberlo pretendido, esa tarea tuvo mucha difusión. Los pobres la describían fascinados y a los ricos le producía desconfianza. Pero de ella se enteraron hasta en España e Italia.

Meses después fui a la Secretaría de Trabajo, que no visitaba desde hacía mucho. Me impulsaba la nostalgia, que es una de mis debilidades. La recorrí

como si fuese una investigadora del servicio secreto, recorrí sus oficinas, saludé a los empleados y entré en el amplio despacho que sirvió de trampolín al coronel Perón. Miré en torno y decidí cometer un acto cargado de riesgo: instalarme allí, aunque no fuese secretaria ni ministra ni nada. Nunca tuve un cargo oficial, ni siquiera en mi agonía. Nunca me hizo falta, aunque hacia el fin de mi existencia terrenal me desesperé por la vicepresidencia de la Nación. Esa carencia fue una ventaja: con un cargo

oficial hubiera debido concentrarme en terrenos específicos, sin cargo oficial podía meterme en todo lo que se me ocurriera.

Mi despacho fue el de Juan: un enorme salón decorado con *boiserie* inglesa negra. Me negué a cambiar un solo detalle, porque desde allí se podía seducir al pueblo, como lo había demostrado su anterior habitante. Al principio concurrí con mi atuendo de Primera Dama, adornada con joyas deslumbrantes y un alto sombrero que cambiaba todos los días. De vez en

cuando me hacía poner rosas sobre el escritorio. Designé asesora a Isabel Ernst, concubina de Mercante y experta en temas laborales. Raro, ¿no? Pero le sugerí quedarse en la sombra, detrás del imponente sillón, y que me susurrase (¡susurrase!) las respuestas. Cumplió su tarea con germánica perfección, porque incluso murmuraba al oído virtudes y defectos de quienes me visitaban. La estrujé por un par de años, hasta mi regreso del viaje a Europa, cuando ya me sentía omnipotente. Si notaba que Isabel se fastidiaba por algunos de mis

errores, le recordaba quién era yo. Fue un buen ejercicio para levantar mi autoestima. Incluso le prohibí que nos tuteásemos, poniendo fin a la camaradería que disfrutamos mientras salimos junto a nuestros amantes. Mi único gesto afectuoso fue aumentarle el sueldo.

En cuanto al verdadero ministro de Trabajo, lo obligué a encogerse como un sirviente. Era un sindicalista que Perón había elegido por mediocre e inofensivo. ¡Pero leal! Es la receta que utilizó el peronismo desde entonces

hasta el día de hoy. Consiste en privilegiar la lealtad sobre los méritos.

En mi despacho escuchaba pedido por pedido, como aprendí de Juan. Miraba a los ojos, acariciaba el cabello de los niños y besaba las mejillas de las mujeres y los ancianos. Isabel tomaba nota: chicos necesitados de tratamiento médico, familias sin techo y gente sin trabajo. Las ayudantas de Isabel traqueteaban el teléfono al rojo vivo para comunicarse con ministerios, secretarías y otras dependencias hasta resolver cada problema. Yo exigía

rapidez y vía directa. No me importaba el malestar que provocaba mi intrusión.

En esa etapa inaugural —contra las apariencias— seguía insegura y con mucho miedo. Me costaba tratar a las mujeres más que a los hombres. Tenía conciencia de mis limitaciones en el lenguaje. Casi todas mis frases terminaban con el “¿Se entiende lo que quiero decir?”. Cuando alguien me lanzaba una palabra difícil o una expresión lunfarda que no comprendía mi bagaje tanguero, empezaba a transpirar porque se hacía patente mi

ignorancia.

Agregué a mi agenda toda presentación pública de Juan y me ponía a su lado. Era la mejor forma de ganar aplomo y darles por el culo a mis enemigos. Isabel me organizaba las tareas y recordaba a los funcionarios del protocolo que jamás olvidasen mi presencia. Propuso que atendiese en mi despacho los lunes, miércoles y viernes, así ella ponía orden a la afluencia cada vez más alarmante de hombres, mujeres y niños.

El resto de la semana podía visitar

fábricas, hospitales, gremios y barrios pobres con auto, chofer y custodia. Me encantaba sorprender las caras serias o tristes que, ante mi súbita irrupción, se iluminaban de alegría. A las dos semanas de asumir Juan la presidencia fui a un acto de la Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios. Un mes después visité la Unión Ferroviaria, porque empezaban una campaña de ayuda a los niños pobres de las provincias. Un poco más adelante recorrí la fábrica nacional del calzado. Enseguida distribuí los juguetes que

Isabel había solicitado a varios mayoristas para el Hotel de Inmigrantes. Leí por radio un enfático mensaje escrito por Muñoz Aspíri sobre la campaña de sesenta días que propiciaba un rápido abaratamiento del costo de vida. Viajé a Rosario para distribuir cajas con ropas y víveres. Participé en un banquete de homenaje a Perón que le ofrecían los obreros tranviarios. Recorrí el Instituto de Ciegos. En Berisso, donde vivían muchos obreros de los frigoríficos, repartí diez mil paquetes de ropa y comida. Auspicié campamentos

de verano, porque el problema de la niñez me angustiaba y era el que mejor comprendía por experiencia propia.

Esa actividad generaba en el pueblo una ruidosa gratitud. Yo estaba descubriendo mi vocación, que no era pegar fotos en un cuaderno o ilusionarme con las luces del teatro. En la residencia no tenía un pomo que hacer. La escapatoria o la diversión era visitar fábricas y barrios pobres. En esos lugares me sentía querida y poderosa de verdad. La prensa opositora no reconoció que mi ayuda

social era sincera. Y que armonizaba con mi sed de lucimiento y riqueza. Criticaban mis cargamentos de joyas en la nuca, los dedos y muñecas. Al principio prefirieron ignorarme y sólo me concedían un rinconcito en las páginas interiores. Pero ese rinconcito fue suficiente para que los hijos de puta que lo leían comenzaran a usarlo como una cantera de chistes. El rinconcito fue creciendo y debía intercalar ciertas noticias positivas. Finalmente me reconocieron en los titulares de tapa.

Moralistas de siempre. Hipócritas,

además. También tuve esos problemas con los comunistas franceses. O ellos los tenían conmigo. Eran más fanáticos que los de Italia. El padre Benítez se adelantó a la ciudad de Lyon para entrevistarse con el secretario general del Partido Comunista, quien, tras lacrimógenos ruegos, le garantizó que no harían manifestaciones en mi contra. De inmediato el embajador argentino terminó los detalles de mi visita con el presidente Vincent Auriol y su primer ministro. En un comunicado oficial dieron a conocer que Francia esperaba

como invitada oficial a la “ilustre Madame Perón”.

Pero de Italia fuimos primero a Lisboa, no directamente a París. Era una etapa delicada que organizó Juan en persona.

No hubo recepciones portuguesas en el aeropuerto ni en los palacios para quitar importancia a mi visita. Había que mantener confundida a la prensa. El anodino presidente me invitó a una cena con pocos invitados para cumplir con un requisito mínimo del protocolo. Luego, en la hostería de una playa norteña que

quedaba lejos de espías, me reuní con el ex rey Umberto de Italia, muy relacionado con los banqueros suizos y habilísimo en el manejo de las finanzas. El contacto lo había planeado y organizado Alberto Doderó, que ya tenía abultados depósitos en el exterior. Humberto no dejó de agradecer las toneladas de trigo y maíz que acababan de llegar al puerto de Génova desde Buenos Aires, porque —dijo— aún esperaba recuperar el trono de Roma. Me ofreció toda clase de servicios, entre ellos sus vínculos con los

banqueros de Suiza (sabía que ese era mi objetivo). Fue un encuentro estrictamente personal. Apliqué mi mayor esfuerzo para entender el italiano mezclado con el portugués del ex rey, y el ex rey demostró conocer bastante castellano. Pudimos llegar a un cierre feliz de todos los engorrosos detalles en menos de sesenta minutos.

Hasta mi hotel en Lisboa se acercó el príncipe Juan de Borbón, que padecía un humillante exilio porque el Generalísimo Franco, pese a defender la monarquía, no aceptaba darle el trono.

Era evidente que mi encuentro con este príncipe caería pésimo al Caudillo, pero decidí pellizcarlo; total, ya navegaban hacia sus puertos más barcos con carnes y cereales. Don Juan de Borbón era el padre del muchacho que llegaría a convertirse en el rey Juan Carlos I de España. Me pareció que Franco no lo aceptaba por razones estéticas: el príncipe Juan era gordo y narigón, una especie de caricatura del mismo Franco. Algunos llegaron a pensar que mis encuentros con esos dos monarcas se efectuaron para mandarle un mensaje a

la pirada reina de Inglaterra, cuya corona ya me resultaba un disfraz.

La dictadura del primer ministro Oliveira Salazar mantenía a los portugueses encerrados en un eterno clima de amargura, llamado *Estado Novo*. Volví a expresar mis ganas de visitar barrios miserables durante mi estadía relámpago, pero en lugar de mostrarme los abscesos, me llevaron a los Comedores de la Alegría del Trabajo. Me desconcertaron. Eran la versión portuguesa del *dopolavoro* de Mussolini, que tanto habían

impresionado a mi marido durante su estadía en Italia. A mí también me gustaron. El fascismo no fue tan horrible como ahora se dice, pensé entonces.

28

La presidenta

No habría provocado tanto enojo si me hubiera limitado a embellecer la

residencia, comprar muebles y recibir visitas. El dinero, las joyas y la frivolidad no molestaban: molestaba que estimulase el deseo de los pobres. Consideraban que hacía eso al exhibir mi súbita riqueza. No rondaba las villas miserias en un carro deshecho, sino en un auto oficial. No vestía harapos, sino que olía a perfumes sofisticados. En *La razón de mi vida* escribí (bueno, es un decir) que las ricachonas no tienen objetivos. Están llenas de apariencias, pequeñeces, simulaciones y mentiras. Sólo cumplen —con elegancia— un

papel ridículo.

Como esposa del presidente mi trabajo predestinado era sencillo y agradable: fiestas, honores, regalos, elogios, funciones de gala. Otra cosa surgió con Evita, apenas un grano cuya potencia yo misma ignoraba. Esa mujer decidió mezclarse con los necesitados, introducirse como lagartija en los vericuetos del poder.

Mi biógrafa Marysa Navarro se ocupó de rastrear la actividad que comencé en esos inicios. Es verdad cuanto afirma. Las críticas de la

oposición, aunque dolían, no lograron hacerme cambiar de conducta. Al contrario, a medida que pasaban los días aumentaba mi fiebre. El 5 de octubre trabajé en la secretaría por la mañana, luego pasé a buscar a Perón por la Casa Rosada y juntos fuimos a un almuerzo ofrecido por los obreros del Matadero Municipal. Esa misma tarde corrí a una fábrica de cemento. Al día siguiente recorrí la fábrica de jabones de Avellaneda y por la tarde concedí entrevistas hasta lejanas horas de la noche. Poco más adelante acogí

delegaciones de obreros por la mañana y presencié a la tarde la firma de un convenio con el sindicato del cine —que conocía de mis tiempos pasados—. Salí para otro convenio con los fideeros. A continuación me llevaron a un banquete que en mi honor realizaba un establecimiento metalúrgico. El 9 de octubre me entrevistaron delegaciones sindicales por la mañana y por la tarde fui con Perón a un acto organizado por la industria sombrerera. Leí por radio un mensaje a las mujeres peronistas en vísperas del 17 de Octubre. El mismo

17 me asomé al balcón de la Casa Rosada (que había mirado desde lejos cuando era una muerta de hambre) junto a Perón, que pronunció un memorable discurso ante una muchedumbre enloquecida. Esa misma semana lo acompañé a la provincia de Entre Ríos para observar maniobras del Ejército, iniciativa que sorprendió a los mismos oficiales. Luego viajé a Córdoba para inaugurar dos policlínicos ferroviarios. Más adelante volé a Tucumán, en el pintoresco norte que conocí durante la campaña; una multitud me recibió de

forma tan arrebatada que rompió los cordones policiales y se produjo una avalancha donde murieron siete personas y más de cien quedaron heridas. Ya no era la amante que sólo sonreía desde un tren o la reciente esposa a la que no se quería oír en el Luna Park.

La Secretaría de Informaciones de la Presidencia empezó a difundir mis actividades. Era otra inteligente iniciativa de Juan, porque resultaba evidente que le acercaba el calor del pueblo. Algunos empezaron a llamarme

Dama de la Esperanza y Primera Samaritana. ¡Qué títulos!

Pero me faltaba saber improvisar. Desde chica aprendía textos de memoria y los recitaba con acierto variable. El teatro y el cine perfeccionaron mi memoria, pero no soltaron mi lengua. En las reuniones que tenían lugar en mi despacho y en las visitas a fábricas y barrios no necesitaba pronunciar discursos, sino saludar, consolar, dar la mano, acariciar, sonreír. Hasta que se presentó un gran desafío. La poderosa Confederación de Empleados de

Comercio realizaba un acto en el teatro Astral. Como siempre, acompañé a Perón. Habló el jefe gremial, un ministro y cerró Juan. Entre los vítores se produjo lo inesperado. Desde el público pidieron que yo les dirigiese la palabra. ¿Yo? Pocas mujeres habían hablado en público, con la excepción de políticas socialistas y algunas intelectuales. Me puse muy nerviosa, pero traté de disimular. Miré a Juan para rogarle consejo y, con un mínimo movimiento indicó que fuera hacia el micrófono. ¿Otra prueba?

Me levanté de la silla, alisé mi falda, comprobé que tenía bien instalado el sombrero y caminé despacio. Contemplaba a la gente que llenaba el teatro y mi corazón rogaba clemencia. La iluminación caía pesada sobre mi cabeza, al extremo que debía entrecerrar los párpados. Aferré el micrófono con ambas manos, como si quisiera estrangularlo. Se amplificó en el aire mi respiración y comprendí que debía largarme a hablar. Hacerlo de una vez, como cuando una se arroja al agua. Dije ¡Trabajadores! y lancé una palabra tras

otra, rápido, muy rápido, apurada por decir algo y terminar pronto. No recuerdo qué dije, pero repetí: Soy una humilde y pobre mujer. Desde entonces casi no hubo discurso donde no metiera esa frase, con alternancia de las palabras “pobre” y “humilde”. Supongo que elogíé a Perón y su condición de indiscutible líder nacional. Ese tema me salía fácil. Supongo que también repetí frases de los discursos que me había preparado Muñoz Aspiri. Pero mi voz no era la misma: con el apuro y los nervios forzaba mis cuerdas vocales.

Parecía una nena con voz de nena. Me aplaudieron igual y Juan hizo un guiño de aprobación. Ese trance me hizo revivir los concursos y castings donde el jurado miraba con cara de culo mientras tomaba mate para aguantar a los candidatos despreciables. Fue, sin embargo, una experiencia positiva. Pese a la mediocridad de mi desempeño, comprendí una vez más que no importa lo que se dice, sino cómo se dice. Yo era la Primera Dama y la entrometida compañera de Perón. Me aplaudirían en ese lugar y en todos los lugares aunque

mi boca sólo escupiese basura. Debía repetir sin miedo, como si estuviese martillando un clavo. Y los temas basales eran la justicia social y la reivindicación de las mujeres.

Isabel me contó que en algunos países ya votaban las mujeres. No comprendí: ¿ya votaban? Era como si me hubiese dicho que las monjas contraían matrimonio con un hombre, no con Dios. Le pedí más datos y a partir de ese instante me empezó a dar vueltas la idea. Ignoraba que en la Argentina hacía mucho que se luchaba por el voto

femenino, siguiendo el ejemplo de los países más avanzados. Le pedí que armase un proyecto para corregir esa injusticia. Las mujeres socialistas, que trajinaban desde hacía décadas tras ese derecho, se sintieron robadas por mí. Alicia Moreau de Justo y Cecilia Grierson se habían recibido de médicas cuando aún estaba vedado a las mujeres el ejercicio de esa profesión. Ahora le iba a conseguir derechos largamente deseados una ignorante improvisada, cuya única credencial era haber seducido al presidente. Aunque esas

socialistas defendían a las putas y luchaban contra el negocio prostibulario, no les cayó bien, por supuesto, que una puta vergonzante como yo les quitase la bandera.

Mientras trabajaba en la secretaría nació otro proyecto. No imaginaba que iba a proyectar mi nombre a las estrellas. Pero aún necesitaba el viaje a Europa para redondearlo y animarme a su lanzamiento.

Lilian se fue convirtiendo en mi ángel de la guarda. Su presencia, por razones que la razón no entiende (así me dijeron

que dijo un filósofo), irradiaba hacia mí calma y aplomo. No la dejaba apartarse, aunque fuese de noche. La quería sentada a mi lado. Lo mismo hice después con las dirigentas de partido: yo era la madre superiora y ellas las obedientes monjitas que debían estar sentadas a mi lado. Lilian también me acompañaba cuando salía de compras. Uno de los lugares donde no me atrevía a entrar sola por mi falta de conocimientos era la joyería Ricciardi. Lilian distinguía las gemas verdaderas de las falsas, el oro bueno y el oro falso.

Asistida por su buen gusto y paciencia compré collares, brazaletes, anillos, broches y aros, que la casa debía enviar con cadetes de su máxima confianza al Palacio Unzué. Yo ni firmaba un papel: el pago le llegaría del palacio. Más adelante, entusiasmadas por la calidad de mis adquisiciones, se sumaron mamá y mis hermanas, radicadas en Buenos Aires gracias a mi ayuda. Mamá no se conformaba con que el gobierno le pagase la compra, sino que pedía rebaja como en los almacenes de Junín. Además, lo hacía sin bajar la voz. Otras

compradoras la miraban con indisimulable reproche; luego irían a comentar en sus casas qué ordinaria era la madre de esa advenediza Primera Dama. Esto produjo algo curioso, y es que nuestra llegada hacía mover el culo a los empleados, que tenían la orden de sacar de nuestra vista las mejores piezas ante el peligro de un despojo. Mamá, sin prudencia alguna, exclamó: ¿Qué pasa? ¡Esto se ha convertido en una ferretería!

Por esa época el padre Benítez me explicó de dónde provenía la palabra “nepotismo”. Isabel me había advertido

—con asustado respeto— que aumentaba la crítica contra la designación de tantos parientes en los cargos públicos. Nepotismo, hija, proviene de *nipote*, que en italiano significa “sobrino”.

—¿Y?

—Los papas tenían hijos que...

—¿Tenían hijos? ¿Se casaban?

—No se casaban, pero tenían hijos. También puede pecar un papa. San Pedro, nada menos que un apóstol como San Pedro, negó tres veces a Cristo en

una sola noche. ¿No pecó? Te decía, pues, que algunos tuvieron hijos y también los tienen obispos y curas pecadores, que los hay los hay.

—¡Virgen Santa!

—Por eso surgió una broma muy desagradable. A los curas todos les llaman “padre”; pero sus hijos verdaderos les dicen “tío”.

—¡Muy bueno! No le conocía esa veta humorística.

—¡Qué veta humorística! Es trágica, da vergüenza. Pero de ahí proviene la

palabra “nepotismo”. Es decir, designar parientes en importantes cargos, como hacían algunos papas con sus “sobrinos”.

Aunque la conversación fue amable y divertida, Benítez me estaba acusando diplomáticamente por un procedimiento incorrecto. Tenía razón. Lo puse de director de Aduanas (nada menos que de Aduanas, por donde circulan grandes negocios turbios) a Orlando Bertolini, marido de Erminda. El mayor Arrieta, marido de Elisa, entró en el Congreso como senador. Y Álvarez Rodríguez,

marido de Blanca, pasó a integrar la Corte Suprema de Justicia. No les fue mal a los hombres que venían a comer en Junín a lo de mamá, ¿cierto?

La revista *Newsweek* me llamó “la mujer detrás del trono”. Más adelante, la misma publicación me acusó de ser “la Presidenta”. Mi fama se extendía por dos motivos centrales: un exitoso contacto con los humildes y la creciente genuflexión del gobierno ante mis caprichos. Eva Duarte de Perón vibraba en los labios de los pobres y de los ricos, de los cultos y de los ignorantes,

de los democráticos y de los autoritarios. Los chistes subidos de tono provenían de quienes me detestaban. Hacían referencia a mi pasado, mi ignorancia, mi falta de buenos modales y mi sucia boquita. Todo eso aumentó la publicidad. No era sólo la esposa del presidente, sino un factor decisivo en la Casa Rosada, los ministerios, el Congreso y hasta la Corte Suprema. Jamás una mujer había alcanzado semejante nivel. Braden, el embajador resentido por su fracaso, se ocupó de difundir la siguiente anécdota: Eva

Duarte sube al ascensor acompañada por un general retirado; el ascensorista la reconoce y susurra “¡Putá!”. Al salir del ascensor Eva se queja al General por semejante insulto. No le haga caso —la consuela—; hace diez años que me retiré y todavía me dicen “General”.

29

Lujo y miseria

En el aeropuerto de Orly me esperaron al pie de la escalerilla el

canciller y otros miembros del gabinete. Demoré un par de minutos en lo alto de la puerta para generar suspenso, como había aprendido. Vestida de blanco, descendí lento, siempre lento, prendida a la baranda e iluminada por una sonrisa que ya no sólo era artificial, sino desafiante. Todos se inclinaron en señal de respeto menos el canciller, que me miraba enamorado. Adiviné que no podía ocultar su asombro ante mi juventud y la blancura de mi cutis. ¡Estos franceses!, pensé mientras les tendía mi mano para que la rozaran con

sus labios. No hubo salva de cañonazos ni revista de tropas, pero sentí más calidez que en la resentida Italia. Una niñita me acercó un ramo de flores. Además, me habían preparado el ex automóvil de De Gaulle que también había utilizado Churchill en sus visitas a París. Me siguió una caravana de cuarenta coches. Nada mal. Hormigueaba gente en las calles, no tanto como en España, pero me ovacionaron.

En el hotel, la esposa de nuestro embajador (que yo sabía antiperonista),

de nombre Beba, se comportó con desenfado. De entrada me llamó Evita, como pocos aún se atrevían a hacerlo, aunque yo decía que me gustaba más que el almidonado “señora María Eva Duarte de Perón”. Sin rodeos se sentó a mi lado y despachó su mensaje.

—Mire, Evita, sé que en España ha hecho lo que quiso, que fue la mujer mimada de todo el mundo y que casi siempre llegó tarde a las recepciones. Eso fue un comentario frecuente de la prensa en París. Acá puede hacer lo mismo que en España o Italia, con la

diferencia de que en París, si llega un minuto tarde, no le van a entregar la Legión de Honor. Se lo digo porque es mi deber. Y para que tome sus recaudos.

—Gracias —susurré.

Comprendí que debía cuidarme. No habría más joda. Por eso en Francia jamás llegué tarde a ningún sitio y tomé conciencia de que también podía ser puntual. Esta autocrítica, sin embargo, duró poco.

El primer ministro me impuso la Legión de Honor y el presidente

socialista de la República me invitó a almorzar en su palacio de Rambouillet. Comimos pan de maíz porque no había pan blanco debido a la escasez de trigo. Los famosos panes franceses y la mítica *baguette* se esfumaban en la historia. ¿Era una suspicaz solicitud de ayuda? Confesó que habían cerrado el ochenta por ciento de los famosos cafés de París, que sólo quedaba buen vino y el cordero para los que aún tenían fortuna. Hablamos de generalidades que pintaban un cuadro desgarrador pero, como ya era rutinario, encaminé mis

frases hacia la Argentina. Detallé la obra de Perón. Y aproveché para enmierdar (*enmerder*, dicen los franceses) a las Mujeres Socialistas que no me habían considerado digna de representarlas: sus luchas eran nada en comparación con el progreso desatado por mi esposo. Lo enfatiqué para que comprendiera que el socialismo no era tan eficaz como pretendían sus fanáticos.

El almuerzo con el presidente generó una violenta protesta de la CGT y del Partido Comunista, quienes afirmaron que mi visita no era privada —como se

comunicó al principio— sino oficial. Por haber visitado antes al dictador Franco, insultaba al gobierno español en el exilio. ¿Y yo qué carajo sabía del gobierno español en el exilio? ¿Y qué podía importarme un gobierno que no gobierna?

Me irritaba no saber hablar francés, porque necesitaba traducciones permanentes y no podía gritar mis arengas. Además, el calor era insoportable y debía cambiarme la ropa varias veces por día.

En la catedral de Notre-Dame me

escoltaron coraceros con yelmo emplumado. Tras escuchar unas palabras de bienvenida fui a arrodillarme ante el altar de la Virgen. Después me preguntaron cómo lo había podido identificar en ese laberinto de piedra.

—¡Qué pregunta estúpida! ¿Cómo no lo voy a identificar? Es la Virgen.

De pronto, en ese enorme recinto sonó la música del Himno Nacional Argentino. No pude contener las lágrimas, estaba lejos de mi tierra, de los lugares que conocía. Un prelado con aspecto de campesino se me acercó

exclamando *È tornata l'Imperatrice Eugenia di Montijo!* Era el nuncio apostólico. Se llamaba Ángel Roncalli. Simpático y charlatán, su obesidad no calzaba en el solemne atuendo. ¡Cómo iba a imaginar que unos pirulos después este hijo de gente miserable sería ungido Papa con el nombre de Juan XXIII y convocaría al más revolucionario de los Concilios! Había ordenado iluminar todo el recinto pese a las restricciones de energía y el Coro entonó un *Salve* estremecedor. No olvido el calor humano de Roncalli, tan diferente a los

jerarcas católicos que había conocido hasta ese momento.

Luego recorrí los lugares más bellos y característicos de esta ciudad, acompañada a veces por un cantante que desgranaba canciones románticas. Llegué hasta el grandioso palacio de Versalles, que estaba cerrado desde la guerra y fue abierto únicamente para mi visita. Me explicaron que esta acción simbolizaba un gesto excepcional hacia la Argentina. Claro, después pagué ese gesto excepcional asistiendo a la firma de un convenio que mandaría toneladas

de trigo a un precio preferencial (diría casi gratis). Resucitarían las *baguettes* gracias al trabajo argentino que Perón regalaba al mundo y luego el mundo olvidaría. Y los argentinos también.

Regresé al atardecer, cuando los castaños se iluminan con un melancólico tono naranja. Traté de ver sus frutos, que se comen asados en las calles invernales, como lo canta un vals. No bien entré al hotel pedí una manicura. Se presentó una muchacha que no sabía castellano. Avanzó encogida por el miedo. Rogué a Lilian que permaneciera

a mi lado para traducir. Mientras me arreglaba las uñas dije a Lilian que le contase sobre las maravillas que hacemos en la Argentina, el constante aumento de los sueldos, la asistencia social, la construcción de viviendas, de escuelas, de hospitales, la abundancia de trigo y de carnes. Al rato la manicura empezó a ponerse nerviosa y hablar con rapidez. De sus labios se derramaba un río de palabras.

—¿Qué dice? —increpé a Lilian.

—Quiere viajar a la Argentina, la pobre. Ahora mismo.

—Entonces que nuestro embajador se ocupe de los trámites. ¡Rápido! Y que también le pague el pasaje.

Lilian parpadeó y fue al teléfono para transmitir mi orden. Aún no sé de qué se sorprendía. Ella misma había sido la que meses antes me animaba, ante mi creciente preocupación por las críticas sobre mi exceso de joyas que refutaban mi sensibilidad social y mi anhelo de justicia, a no reprimirme. Las joyas me daban seguridad, me tranquilizaban. Lo importante era eso. Algunos se tranquilizan escuchando música y otros

comiendo. Los niños se chupan el dedo. Yo no comía por temor a engordar, como mi madre, y hacía mucho que no me chupaba el dedo. ¡Pero chupo las joyas! —reconocía—. Las chupo para probarles el gusto, la consistencia, no me alcanza con mirarlas. Lilian sonrió con dulzura, porque le había confirmado su sospecha.

—Dodero me acaba de regalar un brazalete precioso, y no es el primero —le dije antes de iniciar nuestro viaje a Europa.

—¿Qué opina el General sobre estos

obsequios?

—Que está muy bien. Para Dodero regalar una joya es menos que regalar una caja de bombones. Pero a Juan este tema lo tiene sin cuidado, usted sabe, es militar.

—Sí, lo sé, aunque mi marido, si no le molesta que lo diga, cree que en las ceremonias oficiales usted debería ser más recatada.

—¿Qué?

—Perdón, es sólo mi voluntad de ayudarla, pero en las ceremonias

oficiales existe cierta elegancia, que no significa ramplonería.

—¡Qué ramplonería ni ocho cuartos!
¡Dígame sin rodeos qué piensa!

—Pienso que está bien su uso cuando trata de entusiasmar al pueblo, pero no frente a quienes pueden sentirse agredidos por tanta riqueza.

—¿Debo ponerme fantasías?

—Fantasías no, pero joyas más discretas. Algunas son realmente bonitas.

—Está bien, le pediré a Paco

Jamandreu que me consiga un lindo collar para la fiesta que habrá en la embajada de España, porque condecoran a Perón, ¿lo sabía? Quieren seducirlo para que les mande toneladas de comida.

Paco volvió a la residencia al día siguiente y tropezó con Juan, que regresaba para su siesta. “Hola, Jamandreu, ¿qué lo trae por aquí?” “Vengo con un collar para la señora.” “¡Ah, muy bien, el tema del collar me tiene aturdido!” Lo tenía aturdido, es verdad, porque yo iba a romper otra vez

mis hábitos: había pasado de la pobreza extrema a la riqueza extrema y ahora quería ser una equilibrista extrema. El collar era discreto; lo supuse de oro y pequeñas esmeraldas. Ni le pregunté cuánto había costado, porque la residencia se ocupaba de cancelar mis deudas.

En la embajada hubo un gran despliegue de funcionarios, obispos y damas. Todos fastuosamente emperifollados. Me toqué el collar de dos colores, no sólo para constatar que giraba perfecto sobre mi discreto escote,

sino para recordarme que estaba ahí, que tenía una joya. Ese gesto lo repetí varias veces; no sentía tanta seguridad como cuando luzco diamantes y gemas abultadas. Incluso me lo llevaba a la boca. Hacía lo que dijo Lilian: comer, chupar. Se cantaron los himnos nacionales, se pronunciaron discursos galantes y disfrutamos de una exquisita cena. Cuando volví a la residencia y fui a lavarme los dientes me di cuenta de que tenía los labios y la lengua pintados de dos colores. El mariquita de Paco me había comprado un collar de fideos,

pintados de verde y amarillo. ¡Un horror! Levanté el teléfono y le grité enloquecida, lo insulté con todo mi repertorio de palabras degradantes y sólo colgué cuando advertí que Juan estaba muerto de risa.

Yo estaba hecha para el exceso, pero no para el lujo. Nunca supe administrarlo. En París Alberto Doderó me invitó a La Tour D'Argent, que elogiaba como el mejor restaurante de la ciudad, y lo afirmaba él, que era un experto en estas cosas. Se sentó al lado mío, vestía smoking y no demoró en

sacar de su bolsillo una cigarrera de oro. Me ofreció fumar, pero era un placer que había abandonado antes de iniciarlo debido a mi grave desnutrición en los primeros años de estadía en Buenos Aires. Después hizo relampaguear su encendedor anillado con brillantes. Ordenó el mejor vino francés, aunque en materia de vinos cualquiera me sabría picante. Luego recomendó pato a la naranja, una célebre especialidad de la casa. Nos acompañaban Lilian, mi hermano y el embajador argentino. Brindamos, yo

apenas mojé los labios. Alberto me elogiaba la ropa y los modales; quería seducirme, pero erraba el camino porque yo era consciente de mi falta de educación social. Tanto es así que mientras comíamos el pato, él depositaba los cubiertos con cierta exageración para despertar mi curiosidad. Terminé por preguntarle y me contestó con la voz más dulce y secreta del mundo:

—Deben dejarse sobre el plato entre bocado y bocado, no sostenerlos como bayonetas. La comida es un tiempo de

placer, no de guerra.

Me produjo una sonrisa forzada. Se dio cuenta de su torpeza y buscó enmendarla. Me miró un minuto y soltó el piropo.

—¿Sabe, Evita, que su piel es única?

—Sí, es mía —contesté molesta.

—Es única porque parece el pétalo de una magnolia besada por la lluvia.

Tardé en contestarle, pero la suerte encendió mi memoria.

—¿No sacó esa frase de la letra de un

tango?

Tosió, apagó su cigarrillo en el cenicero y propuso un brindis por el éxito de nuestro largo viaje. Cuando volví mis ojos sobre el plateado cenicero, había desaparecido. Me asombró, pero no dije una palabra. Mejoré mi forma de comportarme, porque bajaba los cubiertos entre cada bocado. Pero aún apoyaba los codos sobre la mesa, cosa que jamás hacía Doderó: a lo sumo las manos o los antebrazos; también mantenía erguida la espalda y los brazos adheridos al

cuerpo. Ya no hacía falta que me diera instrucciones explícitas, estaba empezando a ser más observadora. Entonces reapareció el cenicero. ¿Magia? ¿Los empleados procedían con la habilidad de los ladrones?

Tras los postres Alberto Dodero propuso seguir la noche en el Moulin Rouge, un cotizado cabaret de París.

“Ni loca pisaré un cabaret.” “Lo frecuentaba Toulouse Lautrec.” “¿Toulouse cuánto?” “Lautrec, un célebre pintor enano.” “¿Era famoso por sus pinturas o por ser enano?” “Creo

que por enano.” “No me importa ese Toulouse.” “Entonces hagamos un enroque: vayamos a Los Cuarenta Violines.” “¿Qué es eso?, ¿también un piringundín?” “¡Para nada!” “¿Está seguro?” “Toca una magnífica orquesta, concurre gente bien, le gustará.”

Fue al teléfono para solicitar un lugar de privilegio y partimos en los autos aparcados junto a las espejadas puertas. Llegamos en quince minutos. Ya nos esperaba una legión de mayordomos. Derramaron saludos en francés, inclinándose a mi paso. Me abrieron

camino con maestría hasta una mesa redonda despejada de intrusos, junto a la pista de baile. Aún no tocaba la orquesta o, más bien, disfrutaban su intervalo. Muchas miradas me señalaron entre susurros: era la famosa Primera Dama argentina que a diario comentaba la prensa. De súbito emergieron dos hombres, uno disfrazado de oso y el otro de león. El oso era más alto y pasó junto a una mesa cercana donde había un ramo de flores que levantó sin pedir permiso. Apuntó hacia mí con los exagerados movimientos de un acróbata para llamar

la atención. Me ofreció el ramo con la reverencia de un payaso. Pestañeé, no supe cómo reaccionar, era indignante que me tendiese flores robadas. Con un movimiento brusco hice caer mi silla.

—Alberto, nos vamos de acá. ¡Ahora mismo!

—¿Por qué? No le faltó el respeto... Fue una galantería con humor.

Salí atropellando, seguida por el confundido resto de mis acompañantes. Me ahogaba la furia. Podía haber periodistas y fotógrafos que construirían

una historia a partir del incidente. ¿Cómo ese energúmeno se atrevió a ofrecerme flores destinadas a otra mesa? Era un insulto, no una broma. ¿Cómo acepté que el irresponsable de Doderó me introdujera en un sitio de dudosa fama? Yo tenía razón, esa vez no era paranoia: alguien filtró la anécdota y en Buenos Aires corrió la versión de que Lilian se peleó conmigo y nos agarramos de las mechas en un bailongo. ¡Hijos de puta!

Esa semana cometí otro error. La casa de modas Marcel Rochas había

organizado un desfile para mí sola en su salón principal. Estuve a punto de acceder cuando llegó Beba, la implacable mujer de nuestro embajador antiperonista.

—Evita, usted haga lo que quiera, pero ese desfile es una frivolidad. En este momento los franceses pasan días muy duros. Lo tomarán como una ostentación agraviante. No considero oportuno que vaya.

La escuché en silencio. Tanta franqueza demostraba lealtad. De inmediato suspendí mi visita a Rochas.

Pero Marcel Rochas no se dio por vencido y, gracias a una insinuación de Doderó, ofreció concurrir privadamente a mi hotel con un calificado grupo de modistos de *haute couture* y varias modelos. La presentación se hizo en la más cerrada privacidad. Fue deslumbrante. Trajo una alegría que estaba menguando en mi espíritu. El desfile de las modelos y la ropa que exhibían me sacaban de la realidad. Hasta olvidé que había solicitado ir a la escuela de un barrio pobre de París para regalar cajas con alimentos. Me olvidé

del mundo revolviendo géneros, trajes, sombreros y pieles.

Al día siguiente no sólo llegó un enorme paquete con mis compras, sino que aparecieron cajones con más ropa, perfumes, cremas y pañuelos que no había pagado. ¡Me los regalaban! (claro, para compensar la plata que enviaba la descontrolada chequera de nuestro embajador). No se resignaron a quedar marginadas otras firmas y llegaron a mi suite obsequios de Dior, Jacques Fath y más casas que ni conocía por el nombre. Mis manos jugaron horas con el

contenido de los baúles. Era enloquecedor. Era fabuloso. Me había convertido en la versión femenina de Alí Babá. Tenía más ropa que las bataclanas.

Rogué a Lilian que se probase algunas prendas, porque era de mi tamaño. Al principio se negó. Pero insistí: de esa forma apreciaría mejor cada artículo. Ella se cambiaba y yo daba pasos de danza y canturreaba tangos. Olía perfumes, abría frascos de crema, colgaba aros de mis orejas, calzaba sombreros, me pintarrajeaba. Estaba

fuera de mí. Era una buena compensación por la modestia del recibimiento oficial que me brindó el gobierno de Francia.

Advertí cierta codicia en el rostro de Lilian. Esperaba que le regalase buena parte del botín, seguramente. Pero no le regalé nada. Absolutamente nada. Ni un vestido, ni un perfume. Aunque la quería, ella siempre fue rica, me decía con falta de gratitud, algo de crueldad y mucho de resentimiento.

Al salir de la Maison d'Amérique Latine con un vestido de lamé dorado

que merecía el son de clarines, unos periodistas me arrastraron hacia declaraciones lamentables que animaron dos o tres páginas de mis biógrafos. Aseguré que al viaje lo pagaba el armador Alberto Dodero (no dije mi peculio); que mi autor favorito era Plutarco, al que no había leído ni pensaba leer pero que conocía gracias a Perón; que mi música preferida era la más corta, porque de música y pintura entiendo tanto como de chino. Lilian, asustada por mi río de sandeces, interrumpió la entrevista porque “la

están esperando en otra parte”.

Para colmo, la familia Bemberg —a la que Perón iba a castigar como merecía— había enviado al diario sensacionalista *France Dimanche* una foto mía de años atrás, para desacreditarme. El diario la publicó mientras yo estaba en París. Demostraba quién era la equivocadamente celebrada Primera Dama argentina. Aparecía apenas cubierta por una tela a punto de resbalar, que sostenía insinuante con una mano sobre el pecho; un zapato de taco alto se desprendía de mi pie y la otra

pierna lucía desnuda. Era una puta sin desperdicio. ¿Qué podía hacer? Nada; ignorar esta basura. Pero la foto se me clavó en la cabeza. Y también en la de Perón.

Como seguía insistiendo en visitar la escuela de un barrio pobre, la esposa del canciller decidió llevarme a una escuelita de Sévres, una pequeña ciudad controlada por los comunistas. Para darle en la mandíbula al tibio gobierno socialista, pronuncié una frase que elogiaba suavemente a Hitler. Me escucharon con un silencio de tumba.

Entonces esa señora me llevó a la Federación de Deportados de la Resistencia, que ayudaba a los sobrevivientes de los campos de exterminio. Me enfrenté por primera vez con algo que nunca había imaginado. Las fotos me quitaron el habla. Había niños en peores condiciones que los de las más abandonadas villas de España e Italia. Eran fantasmas esqueléticos, con ojos desorbitados por el horror pintado en sus caritas iguales a calaveras. Vi los hornos crematorios.

—No puede ser... —murmuraba

constreñida—, no puede ser...

Si no hubiese recorrido Francia ni me hubieran llevado a conocer la Resistencia, habría ignorado ese capítulo tenebroso de la historia.

Vi montañas de cabellos, de zapatos, de ropa, vi la industria con los despojos de las víctimas. Se me secó la garganta y allí mismo doné cien mil francos. Salí con náuseas y me puse a llorar.

Dodero advirtió mi pesadumbre y organizó rápidamente una recorrida por la Costa Azul. Necesitaba reponerme. El

embajador modificó el programa previo y volamos a Niza. De allí fuimos a Cannes, Cap d'Antibes y otras localidades pintorescas al pie de una falda montañosa que baja hasta el mar haciendo curvas y sugiriendo misterios. La superficie del Mediterráneo era un espejo turquesa sobre el que se divertían las gaviotas. Mientras recorríamos en auto la zigzagueante ruta, cada rincón pretendía ofrecer una belleza distinta, siempre sensual, aunque eran variaciones de una larga pintura cargada de vegetación, flores y construcciones

primorosas. La paz reinante sólo era interrumpida por la aparición de nuevos destellos. Yo inspiraba hondo el aire de alivio.

Pasamos unos días en la mansión de un austriaco llamado Fritz Mandl, que era amigo de Doderó y había sido un activo servidor de Hitler. Me causó gracia su nombre, que lo asocié a chistes sobre Fritz y Franz que estaban de moda.

Nos alojamos en un hotel de Montecarlo con vista al palacio del Príncipe. Cerca funcionaba el famoso Casino donde confluían millonarios y

artistas del mundo entero. Me dijeron que quienes pierden la última moneda de sus fortunas se arrojan al mar desde su terraza; y que cada semana aparece un nuevo cadáver junto a las rocas, con un sudario de espuma como recuerdo de la plata perdida. Reiteré a Juancito que no pisara el Casino, pero estoy segura de que evadió la custodia para mandarse otra de las suyas. Lo reconocí en su mirada.

Me volvió a estrangular el miedo. No era merecedora de estar allí, de tener tanta y tan fantástica suerte. Tanta, tanta.

Pese a mis largas confesiones con el padre Hernán Benítez, pasados los momentos de euforia vinculados a los homenajes, compras y regalos, volvía a caer en la fosa del miedo. En Montecarlo mi miedo se convirtió en terror. Le pedí a Lilian que se fijase bajo las camas para descubrir si no había un hombre escondido. Lilian supuso que me calmaría con una broma.

—Llevamos una vida monacal, señora. No estaría mal que hubiese un hombre escondido.

—Liliancita, se lo digo en serio...

¡tengo miedo! Corramos unos muebles para bloquear la puerta.

—Nadie abrirá la puerta, es un hotel seguro.

—¡Bloqueemos la puerta!

Así me pude dormir. En el resto de viaje volví a sentir el mismo miedo varias veces, pero sin cometer la estupidez de bloquear la puerta de esa forma.

El principado de Mónaco no quiso dejar de lucirse ante una dama como yo, atestada de homenajes y

condecoraciones en varios países. Tres miembros del Consejo de Gobierno me impusieron la Medalla de Oro, considerado uno de sus máximos reconocimientos. Ese paisucho insignificante era rico gracias a su casino, los turistas y otras actividades parecidas.

En el hotel supe de la tragedia que acababa de conmocionar a Francia. Había explotado una nave anclada en el puerto de Brest, que causó numerosos muertos y heridos. Mandé un telegrama al primer ministro con medio millón de

francos para los damnificados. Una hora más tarde agregué otros doscientos mil pesos argentinos para los pobres de París. Suponía que esas sumas no afectarían al presupuesto argentino. Con ese derroche sin ton ni son, el movimiento peronista que anhelaba terminar con la pobreza ponía en marcha un mecanismo de empobrecimiento lento y tenaz que llega hasta el presente.

Sin embargo, ¿cómo hubiera podido yo limitar ese impulso? La indignación podía sacarme de quicio y, a la vez, iluminarme. Evoco asustada una

circunstancia que me llevó a otra medida peligrosa. En parte fue pesadilla y en parte realidad.

Una vez fui a recorrer un barrio de emergencia en Villa Soldati. Me habían anticipado que era uno de los peores. Alicia Dujovne Ortiz describe ese episodio mejor de lo que yo misma podría hacerlo. Varias familias vivían bajo los chasis de autos abandonados. Otras habían juntado pedazos de madera o de cartón para armarse techos que no se sostenían bajo una lluvia. La desesperación impedía a esa gente

clavar bien el material incierto o barrer la basura delante de sus puertas. Perdían las ganas de vivir, ni qué hablar de las ganas de vivir mejor. Me di cuenta —o lo sabía desde chica— que el exceso de pobreza deprime. Dice Alicia que en América latina se acusa a los pobres de ser perezosos. En realidad, están tristes. Una destartalada casucha me llamó la atención. Sin saber por qué, aparté la bolsa de arpillera que tapaba la entrada. En un rincón había un montón de trapos. Pero el montón se movía. Me incliné a mirar y me pareció ver un niño pequeño

cuyos cabellos tupidos le ocultaban la cara. Al acercarme, la cabellera se levantó por el aire con un zumbido brutal. Salí corriendo mientras movía desesperada los brazos para apartar el remolino de moscas que me perseguían con furia.

El incidente no me dejó dormir por tres días. Rodaba en la cama y sufría crisis de pánico. Frotaba mis ojos, mis cabellos y mi nuca para expulsar las moscas que habrían quedado adheridas. Llamé al ministro de Salud Pública y al intendente de Buenos Aires para que me

acompañasen a tomar una medida feroz: quemar el barrio. ¿Quemar la villa? Sí, quemarla hasta sus cimientos. Estaban consternados, inmóviles. Suponían que había perdido el juicio.

Hice reunir a todos sus habitantes y les dije que se debían marchar enseguida a otro espacio, donde el gobierno les entregaría casas decentes. ¡Ahí están los camiones para llevarlos! Se expandió el desconcierto, muchos se sentían arraigados al lugar, otros habían puesto gran empeño en construir sus insostenibles viviendas, pero eran sus

viviendas.

—¡Se irán! —ordené—. No carguen sus cosas, excepto algún abrigo o recuerdo; igual no tienen nada.

La gente, doblegada por la sorpresa, ingresó en los camiones. Todos se fueron, excepto mis acompañantes, los custodios, un grupo de asistentes y yo. Con un ademán indiqué el comienzo del incendio. Había que quemar maderas, cartones, harapos, yuyos, basura, ratas, insectos. Convertir esa repugnante villa en tierra arrasada. La tarea duró mucho tiempo, porque a menudo las llamas no

querían invadir los charcos y ciénagas llenas de excrementos. El ministro me aconsejó partir, ya llevábamos ocho horas. El humo y la humedad la enfermarán, señora. No, necesito convencerme de que todo ha desaparecido; ¿sabe usted que esta gente ha nacido en el barro? Esta noche, cuando estén entre sus sábanas limpias, van a extrañar el olor de la tierra, lo sé por experiencia propia. El ministro y el intendente me escuchaban mudos. Yo los conozco —agregué—, son capaces de regresar, y si encuentran un techo en pie,

les apuesto que volverán a instalarse aquí.

30

Estrella transfigurada

Mi última escala tuvo lugar en Suiza,
donde también fui invitada por

insistencia de nuestro gobierno. La recepción fue austera, pero ya me había acostumbrado a dejar atrás el ruidoso desborde de España. Las cortas distancias me permitieron dar una ojeada a Berna, Zurich, Lucerna, Neufchatel y Saint Moritz. En Berna paseé en un coche descubierto con el canciller y empezaron a tirarnos tomates. Me agaché, pero algunos impactaron en la cabeza y la ropa del ministro. La policía se arrojó sobre el agresor mientras nuestro auto enfilaba rápido hacia el hotel. Yo bajé limpia,

pero al ver el estado de mi acompañante, no pude frenar mi risa. Le pedí disculpas. Con esforzada gentileza reprimió la bronca y trató de sonreír. Fue el único ataque sufrido en mi viaje que, desde el comienzo, Alberto Doderó profetizó que iba a estar lleno de sabotajes por causa de los espías rusos. Curiosamente, en ese episodio que dejó paralizada a mi custodia, no tuve miedo. El miedo me brota en las tinieblas, no en la luz.

En Suiza tuve especial cuidado en no dejar que se me acercase ningún

banquero. La prensa y los espías aguardaban ese resbalón con indisimulable codicia. No caí en la trampa, ni siquiera la rocé. Todo ya había sido acordado en Lisboa.

Otros peligros acechaban. Juan insistía en que no regresase en avión, porque en la Argentina había ocurrido un accidente en el que murieron todos los pasajeros. Negociamos que sólo volase hasta Dakar y desde allí siguiera en barco. Pero convenía hacer otra escala en Lisboa para un prolijo cierre de mis asuntos con el ex rey Humberto.

En el puerto africano de Dakar esperaba el transatlántico *Buenos Aires* de la firma Doderó, con seiscientos inmigrantes que viajaban a la Argentina y eran más pobres que las ratas. Me instalaron en el piso superior, lejos de las bodegas atestadas. El camarote había sido reacondicionado con el máximo confort, incluidos una salita privada, un comedor y un baño. Estaba lejos de ser un hotel, pero vertiginosamente más lejos de parecerse a los pisos inferiores adonde ni me acerqué, porque exhalaban olores que mi nueva vida y mi cansancio

ya no podían soportar. Por primera vez me resistí a visitar un conglomerado de pobres. ¿Tal vez porque no les podía hablar en castellano, o no había prensa, o no sabrían cómo aclamarme?

Pasé horas rasguñando una guitarra que me prestaron. No me gustaba leer, no sabía jugar a las cartas, desconocía el ajedrez, la música me aburría y encargaba a Lilian la redacción de cartas que yo copiaba cuando no me podía dormir. Sólo descargaba mi inquietud hablando horas con los oficiales sobre las obras de Perón, para

convertirlos en apóstoles de nuestra causa. Pero nunca bajé a las bodegas de los miserables. Transcurrieron seis días intoxicados de apoliyo hasta que ingresamos en la espectacular bahía de Río de Janeiro.

La recepción fue notable. Parecía una reedición de las que había tenido en Europa, aunque provista de más color y otros aromas: estaba de nuevo en el trópico. Hasta ese momento, gracias a Dios, no me había ocurrido la tragedia que esperaba.

Medios de comunicación

internacionales se habían aglomerado en la Cumbre de Cancilleres Americanos que se celebraba en la montañosa ciudad de Petrópolis, adonde Juan quería que yo fuese. Pero mi llegada determinó un giro inédito: la Cumbre decidió efectuar un paréntesis para que me recibieran en Río. ¡Me homenajeara todo el continente! Por eso en el puerto aguardaron el ministro brasileño de Relaciones Exteriores, el prefecto del estado de Río de Janeiro y una cantidad asombrosa de funcionarios argentinos: nuestro canciller, el ministro del

Interior, los embajadores en Río y en Washington, numerosos legisladores y Ricardo Guardo, marido de Lilian y presidente de la Cámara de Diputados. Todos habían decidido agolparse para corearme la bienvenida. Me molestó el apuro de Lilian por correr hacia su marido.

Fui alojada en un hotel de Copacabana, sobre el gran arco de su famosa playa. En el hall se había preparado un cocktail de recepción. Atilio Bramuglia, el canciller que yo detestaba desde aquel 17 de octubre de

1945 y que Juan se negaba a expulsar, se acercó con obsecuencia para entregarme un regalo. No lo abrí. Ante el asombro de los presentes, caminé hacia una ventana abierta y lo arrojé a la calle. Se produjo un silencio de terror. Yo, en cambio, sonreía y elegí un refresco de ananá. ¡Aprendé, sorete de la gran puta!

Mi primer almuerzo fue con el presidente de la Nación en el Palacio do Catete. Después fui homenajeadada en la Cámara de Diputados. A continuación hablé por Radio Nacional. Me designaron madrina de un niño al que

pusieron el nombre Perón y el cura, ante mi presencia electrizante, sudó mares. Visité el Ministerio de Trabajo. Recorrí un hogar materno-infantil. Todo el tiempo me seguía una caravana de fotógrafos y el periodista del diario *Democracia* no dejaba de tomar apuntes. Mientras el automóvil escoltado me llevaba de un sitio a otro fui deslumbrada por el contraste que había entre las bellezas naturales y el abandono de las favelas. ¡Esto no hay en Argentina!, exclamé, sin sospechar que años después se multiplicarían nuestras

villas miseria, resultado de la decadencia que habíamos elegido como equivocada solución.

Muchos cariocas empezaban a gritar cuando me reconocían. Algunos movían piernas y caderas con pasos de baile. Me encantaron los negros. Querían acercarse, pero el chofer no disminuía su velocidad para evitar una agresión, dijo.

Por la noche se ofreció una gran cena en nuestra embajada, donde concurrieron todos los argentinos que habían venido a la Cumbre. Hubo más

gente que espacio, pero no faltó comida. Después invité a Ricardo Guardo, Oscar Ivanissevich (embajador en Washington), Atilio Bramuglia (era el canciller argentino, ¡qué podía hacer!) y Lilian a un saloncito contiguo a mi dormitorio. No tenía sueño y deseaba contarles mi viaje. Era una manera de mantenerlo fresco en mi memoria. El viaje fue un curso de maduración acelerada en todos los sentidos, afirmé. Inyectó infinitas energías a mi espíritu. Comencé a aceptar que era más importante de lo que había creído hasta

entonces. Era la Señora, la mejor representante de toda la República Argentina, una Voz de Esperanza, motivo de exaltación popular.

Chamuyé hasta dejarlos muertos. A las cuatro de la madrugada tuve que parar. Lilian, por primera vez en todo el trayecto, no me acompañó al dormitorio, sino que fue al de su marido. Dormí sola y me sentí mal. Entendía que ellos habían estado separados tres meses. Pero me volvió a atacar el miedo. Mastiqué puteadas. Lilian podría haberse aguantado otro poco. Ella, que

me masajeara los tobillos, protegía del sol, estaba atenta a mi indumentaria, me seguía como un perrito y calmaba mis sustos, me abandonó intempestivamente. Sí, me abandonó. Me abandonó apenas apareció su marido. Me quería con un amor limitado, no incondicional. Yo no era la persona central de su vida. Algo se quebraba en mí. Absurda, pero definitivamente.

El canciller brasileño me condecoró con la orden del Cruzeiro do Sul y viajé a la Cumbre de Petrópolis en su día culminante. La ruta serpenteaba entre

colinas densas de vegetación. Miraba los altos árboles en busca de cocos, cotorras y monos, de acuerdo a las leyendas que me inculcaron desde chica. Ingresé en el salón imponente mientras hablaba el general George Marshall, secretario de Estado norteamericano. Escuché su parte final con auriculares en ambos oídos. Al terminar Marshall, el presidente de la Asamblea informó sobre mi presencia e invitó a interrumpir por unos minutos las actividades para brindar en mi honor. Me puse de pie y el embajador argentino susurró a mi oreja:

—¡La saluda el continente entero!
Jamás hubo un homenaje parecido a
ninguna otra Primera Dama.

Después me condujeron a un saloncito
donde mantuve una conferencia de
prensa. Respondí preguntas sobre mi
viaje, la situación de Europa y la ayuda
que brindaba generosamente el
presidente Perón. Aproveché una rendija
para introducir mis temas favoritos:
justicia social y mujeres. Mi desempeño
fue impecable hasta que un pelotudo se
subió a una silla del fondo y, casi
gritando en un castellano ridículo, pidió

que le contase cómo empezó mi carrera en el teatro, la radio y el cine. En esa oportunidad tan solemne, era un insulto.

Se me borró la tranquilidad. Quise agarrarlo de las greñas, pero estaba lejos. Reflexioné cuatro segundos y lo increpé con odio:

—Señor periodista, ante tantas preguntas lúcidas que me acaban de hacer, la suya es idiota. Y está fuera de lugar.

El silencio se tornó compacto, terrorífico. Pero alguien empezó a

aplaudirme y enseguida la sala estalló en aclamaciones. Después me contaron que la prensa quedó fascinada y dedicó los titulares de primera página a varias de mis frases.

Mucha gente se mantenía agolpada ante las puertas del hotel aguardando mis entradas y salidas para pedir autógrafos. Lilian, llena de angustia, puso en mis manos el *Correio da Manhã*: era el único que me descalificaba como “la peronista Evita” y me acusaba de ser “el instrumento de propaganda de una fuerza que conspira

contra la democracia y la paz”. También señalaba que en muchos afiches mi foto había sido cruzada por esvásticas.

Decidí volar a Montevideo, adonde pronto irían a exiliarse muchos argentinos perseguidos por nuestro gobierno. A Juan le disgustó que volase y evocó de nuevo el accidente ocurrido poco tiempo atrás. Ya no era sólo su esposa, o su Chinita, sino una máquina de publicidad que no hubiera podido imaginar en los tiempos iniciales de nuestra relación.

En el aeropuerto uruguayo aguardaban

numerosos funcionarios locales y la esposa del presidente. Se había sumado una ruidosa delegación argentina de doscientas cincuenta personas integrada por diputados y gremialistas que el día anterior cruzaron en barco el Río de la Plata. Se me volvió a prender la felicidad: me reencontraba con mi familia; los ojos se me llenaron de lágrimas. También era la primera vez que volvía a Uruguay desde aquella ocasión en que había actuado en el teatro 18 de Julio como una lastimosa actriz secundaria.

Me alojaron en una mansión de Carrasco. Asistí a varios homenajes y una comida de gala. No veía la hora de terminar. Terminar antes de que llegase la tragedia.

En el vapor *Ciudad de Montevideo* enfilé hacia Buenos Aires, donde ardían los diarios y las radios anunciando mi llegada. Era un ángel omnipotente, la versión femenina de Papá Noel, un reflejo de la Virgen, la campeona que había hecho inclinarse a los dignatarios del mundo.

Durante el breve trayecto conversé a

solas con el insignificante diputado Héctor Cámpora, un odontólogo de la provincia de Buenos Aires con precoz dentadura postiza, bigotito de compadrón y la misma gomina que usaba mi marido para darle brillo a su pelambre negra. Me cayó simpático por su extremada obsecuencia. Era un incansable lameculos, muy útil cuando era necesario imponer decisiones que generaban resistencia. Se me ocurrió que podría ser el hombre que reemplazara a Guardo en la presidencia de la Cámara de Diputados, así

castigaría a Lilian por su imperdonable abandono.

¿Cruel, dura, inflexible? “Eva es una mujer sin lágrimas”, decía Benítez. Pero una tarde —antes del viaje— irrumpí en el Senado cuando trataban a puertas cerradas una ley que prohibía a las mujeres de los funcionarios y militares gozar de los mismos honores; tampoco los podían representar. Me ordenaron salir. ¡Y lloré! Lloré copiosamente. Perón llamó al presidente del Senado y lo retó a los gritos. Al día siguiente yo estuve allí de nuevo, de pie y altanera,

apoyada sobre el respaldo del presidente. Cada uno de esos acontecimientos, mínimos o fugaces, iban acrecentando mi poder. Las mujeres no quedarían atrás. Y yo viajaría como representante del presidente de la Nación.

Por entonces el diario *Democracia* empezó a vender más ejemplares cuando aparecía con espléndidos vestidos de noche. Su director, Valentín Thiébault, reconoció que mis fotos aumentaban las ventas. Seguro que las niñas y las mujeres jóvenes pegaban esas fotos en

un cuaderno, como yo había hecho con las mejores actrices. Thiébault admiraba el nazismo, pero se cuidaba de manifestarlo en público. El nombre del diario era otra paradoja. Antes de mi partida a Europa fue a su despacho una delegación de artesanas que, inocentemente, preguntaron por Evita. Aquí no trabaja, contestó. ¿Pero viene a sacarse fotos? No, los fotógrafos las mandan de otras partes. Contaron que habían hecho un largo viaje y pidieron que las ayudase a transmitir un mensaje. ¿Qué mensaje? Queremos que esté muy

linda, que se peine con un rodete en la nuca, porque le quedará muy bien. Thiébault quedó de una pieza, pero se lo contó a mi peluquero.

En consecuencia, me fui a Europa con peinados de varios pisos y volví con el pelo estirado y un rodete en la nuca.

31

Evita desencadenada

Regresé fuerte y segura. Feliz, optimista. No podía ser de otro modo.

Hasta mi voz se había modificado, porque había ganado en volumen, sonaba áspera y hasta podía llegar a una crispación que hiciese temblar. Era la voz de una mujer que se animaba a ponerle el pecho a cualquier desafío. Gritaba o explicaba, hacía silencios o decía frases en cascada. Dejé de necesitar los escribas, porque improvisaba sin dificultad ni temor.

Para presentarme en público, visitar fábricas, recorrer barrios pobres o atender en mi despacho de la Secretaría, decidí usar el *tailleur* de chaqueta

entallada, pequeño volado alrededor de las caderas, hombros redondeados y falda ajustada. Tal como me lo había diseñado el hábil Paco Jamandreu. Los vestidos pomposos, en cambio, quedaban para las recepciones y las galas. Dos personas en un mismo cuerpo.

Respecto a mi peinado, me gustaba definitivamente el pelo rubio estirado hacia atrás y terminado en un grueso rodete con forma de puño. No ganaba en altura, pero sí en personalidad. Me di cuenta de que me hacía única. Permitía

lucir mejor mi cara blanca, sin otro maquillaje que un toque rosado en la boca. No sólo era el peinado correcto para mi sobrio *tailleur*, sino para los glamorosos vestidos y las abundantes joyas. Cambiaría de atuendo según la oportunidad, no mi cabeza.

El secretario general de la CGT era un dirigente del gremio telefónico que había tenido un desempeño notable en el levantamiento del 17 de Octubre. Se llamaba Luis Gay, como escribí varios capítulos atrás. Simpatizaba con el anarquismo y apoyó a Perón, pero no le

era completamente leal. Invitó a la Argentina a un grupo de sindicalistas norteamericanos, mexicanos e italianos de conocida militancia izquierdista. Perón los detestaba porque varios de ellos se habían plegado a las acusaciones que le hacían en sus respectivos países. Gay pidió que los recibiese y Perón ni lo dejó terminar de hablar. Enseguida ordenó instalar micrófonos en el salón del hotel donde celebrarían su encuentro. Veinticuatro horas más tarde Luis Gay fue convocado a la Casa Rosada. Apenas cruzó la

puerta, y sin dejarlo sentarse, Perón le descerrajó estas palabras: ¡Renunciá ya o te rompo la cara!

Gay fue reemplazado por un olvidable Hernández y luego instalaron en el cargo a José Espejo. Espejo era un mediocre leal a Perón, se desvivía por enaltecer mi figura, se jugó para que me dieran la vicepresidencia de la Nación y sostuvo su cargo de secretario general hasta después de mi muerte. Transformó a la CGT en un títere del movimiento peronista.

Pero ¿qué pasaba con Cipriano

Reyes, el dirigente gremial que más hizo por el ascenso de Perón en las horas difíciles? Lo empezó a criticar por su tendencia autoritaria, la designación de funcionarios ineficientes y su enriquecimiento indebido. Denunció que sus respetuosas advertencias fueron contestadas por unos matones que lo apalearon al grito de ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! Entró a la Cámara de Diputados con la cabeza vendada, lo cual produjo estupor. Pero era falso. Era tan falso que lo contradijo Tito Di Ciano, peluquero del Congreso Nacional. En ese tiempo

de afeitadas con navaja, los hombres solían hacerlo día por medio o apenas dos veces por semana. Mi marido, militar sobre todo, ordenó que su bloque se afeitase todos los días. A Di Ciano le aumentó el trabajo y se rodeó de colaboradores. Pero a las grandes figuras las atendía personalmente. Transpiraba cuando iba el vicepresidente Quijano, porque debía proceder como un cirujano experto para no confundir el nutrido bigote con la selvática patilla. Cipriano Reyes le pidió ser atendido sin gente a la vista,

por la vergüenza de los cortes sufridos. Pero cuando se quitaba el vendaje no había un solo corte. Di Ciano lo afeitaba y después el sindicalista se fajaba la cabeza para seguir haciendo de víctima. Pero él lo supo y decidió actuar. Ese hombre se había jugado la vida para ayudarlo y ahora podía jugarse la vida para mandarlo al otro mundo.

Convocó a una reunión en su despacho. Yo fui invitada, porque iba a ser, junto con él, víctima de un asesinato. “¡Cómo!”, salté, “¿otra vez?” “Sí”, contestó Juan mientras encendía un

preocupado cigarrillo. “¡No entiendo, no puede ser!” “Se ha descubierto un complot a cargo de veintiuna personas, dirigido por Cipriano Reyes y John Griffiths, funcionario de la embajada norteamericana que ya escapó a Montevideo.” “¿Cipriano Reyes? ¿Qué han descubierto?” “Griffiths, para soliviantar los ánimos y reclutar cómplices, ha dicho que el asesino nazi Martín Bormann vive en Buenos Aires bajo mi protección.” “¿Y Cipriano Reyes está metido en esta mugre?” “Así es.” “¿Qué harás?”, exclamé

destemplada. “Debo analizar la situación, para eso estamos reunidos.” Me daban vuelta los nombres: Reyes, Griffiths, Bormann.

No podía soportar tanta lentitud en las deliberaciones. No sospechaba que mi marido montaba otra actuación en la que yo debía protagonizar un papel, como sucedió precisamente con Cipriano Reyes en nuestro departamento, cuando irrumpí con mi deshabillé rojo para exigir diputados que no fuesen laboristas. Pero en este caso no fui instruida, sino librada a mi previsible

temperamento.

—¡Debés encarcelar de inmediato a esos asesinos! —grité a Juan olvidando que había ministros y él era el presidente.

—Puede generar malas interpretaciones. Cipriano Reyes es muy popular.

—¡Qué interpretaciones ni concha de la lora! —atrapé su gorra militar, que estaba a un costado, y la arrojé por la ventana al patio interior.

Salí dando un portazo.

Juan ordenó a su edecán que buscara la gorra y comunicó a sus incómodos ministros que, evidentemente, yo estaba en lo cierto. Me usó para una puesta en escena que permitiese aceptar la dureza del castigo. ¡Carajo! ¡Cómo caí en la trampa! Ni Reyes tenía intención de asesinar a nadie ni se podía tratar con semejante crueldad a quien le había dado en bandeja la victoria. Pero Juan era frío y cruel. Yo también era reloca, pero no fría. Ahora me carcome el arrepentimiento. Sin Cipriano Reyes no hubiese existido el 17 de Octubre. Y no

era un asesino.

A Reyes lo enterraron en la temida Sección Especial de la Policía Federal. Allí le aplicaron la picana eléctrica: surtía más efecto en los órganos genitales y Reyes tuvo una inflamación tan importante que pudo haber muerto.

También confieso ahora —sin el padre Benítez de por medio— que no tuve la culpa por haberseles aplicado la picana a unas empleadas de la Unión Telefónica, como se rumoreó. Después de haber sido nacionalizada la Unión Telefónica, decenas de empleadas se

negaron a afiliarse al Partido Peronista. Esto podía ser imitado por otros trabajadores, resistentes a la afiliación obligatoria. Entonces se puso en marcha una operación de inteligencia para acusarlas de complot. Varias mujeres terminaron en la Sección Especial, donde los torturadores se divirtieron metiéndoles la picana en la vagina. Una de ellas estaba embarazada y perdió a su hijo. Juro que yo no fui, aunque sabía de esta terrorífica Sección Especial. Y juro, ardiendo de bronca, que nada hice para suprimir esa cueva del infierno.

Como todos, prefería mirar el cielo azul antes que el pozo negro a mis espaldas. En vísperas del aniversario de la Independencia nacional —año 1949—, fue inaugurada la Fundación Eva Perón. Era el fruto del intenso trabajo social que había empezado desde el Palacio Unzué, cuando respondía las cartas que rogaban por entrevistas, zapatos, uniformes de escuela, vestiditos de novia, ollas, cierto medicamento, dos kilos de harina. Esa etapa se llamó *Cruzada de Ayuda Social*. Aumenté sus fondos con las donaciones “voluntarias”

de los gremios: los pobres ayudaban a los pobres (suena feo, ¿no?). Pero mis almacenes se llenaron por completo gracias a un decreto del ministro de Economía que drenó cataratas de recursos públicos para que yo dispusiera de ellos con entera arbitrariedad, sin control alguno ni rendición de cuentas. Así se fue armando un mecanismo que ahora repudio. La afluencia de bienes era impresionante y el motor de distribución crecía sin cesar. En la Fundación llegaron a trabajar catorce mil personas.

La cuenta bancaria alcanzó en poco tiempo la meseta de doscientos millones de dólares, una fortuna que daba vértigo en aquellos años. Casi un estado paralelo. De manicomio.

Un aporte inesperado consistió en la fortuna de la cervecería Bemberg. Como ya conté, esa familia tuvo el mal gusto de mandar a Europa una fotografía donde yo sólo estaba cubierta por una toalla. Pretendía difundir mi origen prostibulario. Fue una actitud ruin que merecía venganza. El juicio contra esta empresa se concentró en los impuestos

mal pagados, como se había hecho con Al Capone. La justicia falló en su contra, por supuesto. Los jueces ya habían empezado a tenerle miedo a Perón. Se trataba de noventa y siete millones de pesos fuertes. El Congreso nacional, dominado por nuestra bancada, decidió que esa fortuna no terminara en las arcas del Estado, como era lógico, sino en mi Fundación, lo cual no era correcto pero era lo que entonces yo creía merecer.

Para no sufrir represalias, empresas poderosas como Bunge y Born,

Alpargatas, Molinos y otras se apresuraron en mandarme sus abultadas donaciones. Ellas les significaban protección y seguridad. Mercedes Benz, por ejemplo, pagó el transporte de veinte mil máquinas de coser Singer.

Mi Fundación absorbió pronto a la joven Escuela de Enfermería, donde se graduaron en poco tiempo un millar de enfermeras capaces de reemplazar a los médicos en emergencias y manejar un jeep en medio del campo. Inflamada por ideas y proyectos, planeé construir mil escuelas en las provincias; y lo cumplí.

No satisfecha, levanté hogares-escuela donde los niños podían dormir sobre camas, porque hasta entonces lo hacían en el suelo.

Me enloqueció el proyecto de levantar una Ciudad de los Niños que ocupase muchas manzanas y se convirtiese en un foco de atracción mundial. Debía ser una ciudad adaptada al tamaño de sus habitantes: criaturas de dos a siete años. Una ciudad en miniatura, como las que se describen en las historias de Gulliver. De juguete. Las paredes blancas con corazoncitos rojos

en los postigos verdes, tras los cuales las ventanas estarían cubiertas con visillos. Una pequeña farmacia, una panadería, un banco, una capilla, un circo. Todo chico. Excepto el comedor, para que los adultos que asistiesen a los pequeños en sus comidas no tuvieran que doblarse. Lo cumplí. Me saltaron lágrimas, como corresponde cuando un sueño se convierte en realidad.

Por primera vez millares de niños conocieron el océano y la montaña gracias a las colonias de vacaciones que mi Fundación construyó en muchos

lugares. Les proveía los placeres que a mí me habían sido vedados. Era una compensación desproporcionada, pero la sentía correcta, ejemplar. En un año doné cuatrocientos mil pares de zapatos, lo cual prendió alarmas en el Ministerio de Economía, porque ya no alcanzaban las donaciones, sino que se debía arrancar plata de otros rubros del presupuesto. No importa, dije, yo supe qué es caminar descalza o con suelas rotas, de manera que ¡arréglenselas!

También construí unidades turísticas para obreros, jubilados y estudiantes.

No se asombren: para los estudiantes que me habían odiado y pegado. En cada una de esas unidades hoteleras podían alojarse hasta cuatro mil personas. En retribución —o penitencia—, debían posar a menudo sus ojos en mi retrato con el pelo de oro, un rodete musculoso y mi sonrisa maternal. Para fin de año repartía dos millones de botellas de sidra y paquetes con pan dulce, era mi regalo de Reyes.

Organicé los campeonatos de fútbol “Evita”. Otra vez usé mi nombre, sin intuir las malas consecuencias del

exagerado “culto a la personalidad”. En aquella época obligaba a repetir mi nombre para que se les grabase hondo o tuviesen que pronunciarlo aunque les sangrara la lengua. Miles de niños y adolescentes se inscribieron. ¡Pero que no me vengan a decir que era pura demagogia! Era demagogia, sí, con un fin beneficioso. Cuando empezaron, en el año 1949, participaron cien mil chicos. Pronto se duplicó la cifra. Venían a Buenos Aires desde todos los rincones del país y conocían por primera vez la idealizada capital. Esos

campeonatos no eran sólo un partido y la publicidad, como intentaron descalificarlos. Antes de salir de sus casas los niños recibían ropa y equipos deportivos, médicos y enfermeras controlaban su estado de salud, asistentes sociales registraban sus condiciones de vida. Los partidos tenían lugar en los mismos estadios de fútbol donde se desarrollaban las competencias que se trasmitían por radio y enfervorizaban a los hinchas. Quienes ganaban recibían becas de estudio, una motoneta y una temporada

de vacaciones. Premios de verdad, premios concretos. Yo me daba el gusto de dar la patada inicial en los partidos y a los campeones les regalaba una moneda de oro —de oro dieciocho quilates— con mi rostro sonriente grabado en el anverso. ¡Qué de fiestas!

Con el asesoramiento del más célebre cirujano de Sudamérica, Ricardo Finocchietto, construí cuatro grandes policlínicos en Buenos Aires y nueve en las provincias, con los que muchos funcionarios engordaron sus bolsillos. El programa también incluía modernos

sanatorios pediátricos. Desde el comienzo decidí eliminar las grandes salas llenas de enfermos cuyos quejidos convocaban a la muerte, como se veía en las películas sobre la Guerra Mundial. Quería lugares donde reinase el optimismo, porque eso ayuda a sanar. Por lo tanto exigí que hubiese mucha luz, paredes claras, escaleras de mármol y salas pequeñas, confortables. Los hospitales debían lucir hermosos. Mandé adquirir equipos recién fabricados en los Estados Unidos y ordené al ministro de Salud que

mejorara los sueldos de los médicos y del personal de enfermería. La atención debía ser gratis y también los medicamentos, incluso para los pacientes que no eran internados. Mis deseos se convertían pronto en realidad y esto se interpretaba como obra de una enviada del cielo.

En 1951 mi Fundación puso en movimiento un tren al que llamé sin titubear Policlínico Presidente Perón. Recorrió toda la red ferroviaria del país que habían construido los ingleses haciendo análisis y tomando

radiografías. Mi nombre recorría la Argentina y también el planeta. Me llegaron pedidos de ayuda desde insólitos lugares. Y no los negaba, porque Argentina era una mina inagotable de riqueza. Así lo creía. Así lo creía la mayoría del país, y por eso la destruimos hasta bajarla al nivel de pobreza que ahora tiene. Pero en aquellos años no lo sabíamos. Derrochamos sin control. Envié alimentos y remedios a Colombia, Turquía, Perú, Ecuador y hasta Indonesia. Con Israel fue especial y vale

la pena contarlo.

Dirigentes de la comunidad judía vinieron a verme. Describieron el racionamiento que estrangulaba al flamante Estado, que salía de una guerra desigual, acogía a millares de enloquecidas víctimas del Holocausto, a centenares de miles de judíos expulsados de los países árabes, sufría el bloqueo de sus vecinos y tenía una producción que no alcanzaba para llenar las bocas ni vestir los cuerpos. Esa gente no pedía recursos a mi Fundación: los recursos serían provistos por los

miembros de la comunidad judía argentina, donde ya se realizaban febriles colectas. Sólo pedían que mis barcos los llevaran a destino, para no ser interceptados en el océano y evitar los recortes aduaneros (había nazis que no se resistirían a cometer travesuras). Acepté con gusto. Además, ese gesto ayudaba a borrar el estigma de fascista que cargaba Perón. Los israelíes creyeron que los contenedores eran de la Fundación y me agradecieron el regalo con extraordinaria calidez.

Sí, nos iba bien. Muy bien. Sobraban

el dinero, el oro, la plata y la comida, teníamos mayoría absoluta en las dos Cámaras del Congreso, se había cambiado la Corte Suprema de Justicia, el sindicalismo apoyaba con creciente fervor, aumentaba el número de argentinos que nos adoraba. Los contreras estaban muertos de miedo, pegados a la pared. ¿Qué más? ¿Qué más, repito? Ahí vino el error. Un error imperdonable que me pone los pelos de punta.

En vez de aumentar el respeto a la Constitución liberal y progresista que

nos cobijaba, se la siguió estrangulando. No imaginábamos sus gravosas consecuencias. La primera mayúscula profanación la había cometido el golpe de Estado de 1930. La segunda, el golpe de 1943. La tercera, nosotros. Pusimos en marcha una idiota e innecesaria asfixia a la prensa independiente. Era la obsesión por dominar todo el cuerpo social que provenía de los modelos autoritarios de Italia, Alemania, Portugal y España. Creíamos que de esa forma se consolidaría nuestro poder. Lo consolidó a corto plazo, es verdad. Pero

a largo plazo hasta Juan mismo se dio cuenta que estuvo equivocado. El exceso de control lleva al estallido.

Fue un punto de inflexión. Desde el mismo 4 de junio de 1943 se empezó a hostigar a la prensa socialista, comunista e independiente. Se creó una Secretaría de Informaciones para tener el monopolio de la comunicación radiofónica. Se sostuvo con subsidios a diarios nacionalistas, franquistas y nazis. Perón ya instruyó durante la campaña electoral al tembloroso Nicolini para que dificultase la

distribución de los diarios opositores por el Correo que él dirigía. Después de ganar y antes de asumir, convenció al Mono Farrell para que el gobierno controlase la distribución de papel. No satisfecho, a todas las emisoras se les ordenó reproducir las noticias que emitía Radio del Estado. No era la radio del Estado, sino del gobierno. Esa confusión no cesa hasta el día de hoy.

No imaginaba —porque ni siquiera conocía sus nombres— que la escritora Victoria Ocampo sería encerrada en una cárcel con un grupo de ramerías y a Jorge

Luis Borges lo echarían de la Biblioteca pública. A este poeta, para no dejarlo en la calle, le dieron un cargo consuelo (o humillante, para escarmiento de sus admiradores): inspector de aves y conejos. Borges replicó: “Al menos estos peronistas saben que soy un hombre de pluma”.

En ese sistema yo caí y creí. Ingenuamente. Desde donde ahora escribo, con las enseñanzas que provee el tiempo, puedo decirlo sin mosquearme. Entonces parecía fácil y hasta legítimo adueñarse de los diarios y

revistas que molestan. No comprendía que esas medidas confirmaban las denuncias de totalitarismo que nos hacía la oposición. Es una mancha de graves consecuencias. Fuimos y fui soberbia, atropelladora. No nos alcanzaba con el obsecuente diario *Democracia*, cuyo sometimiento resultaba cómico. Me excitó el consejo de controlar la Editorial Haynes, que producía varios diarios y revistas, entre ellas *El Hogar*, muy leída. Sin darle vueltas al asunto, el gobierno obedeció mi iniciativa y se apropió del cincuenta y uno por ciento

de las acciones. Tuve el privilegio de escoger al director. Me gustaba un militar para ese cargo y unguí al mayor Carlos Aloé, quien —por los disparates que se mandaba— adquirió el calificativo de “caballo”. Desde entonces, cuando se brindaba y alguien decía “choquemos los vasos”, también se chocaban los pies en homenaje a los vasos del caballo Aloé.

Tras la captura de tantos medios de comunicación aumentaba el hambre, en lugar de ser saciado. Me enfebrecían mis nunca olvidados años en que estaba

desesperada por conseguir la publicación de mi foto. Terminé por comprar (o hacer comprar) *La Razón*, *Noticias Gráficas* y el legendario *Crítica*, cuyo director tuvo que exiliarse en Montevideo. Con otras excusas fue cerrado el viejo y prestigioso órgano del partido socialista llamado *La Vanguardia*. La revista *Qué sucedió en siete días* fue clausurada por haber publicado en tapa una foto de mi adversaria artística Libertad Lamarque. ¡La de reproches que se levantó en el medio artístico! Pero no me importaba.

Al contrario, estaba convencida que de así enteraba a la gente de que la despreciable Cenicienta de las pampas sujetaba las riendas del poder y había que honrarla a palo o fuego.

Peor fue la comisión sobre “actividades antiargentinas”. Más adelante nos copió el senador McCarthy. ¡Qué discípulo! Esa comisión desplegó una campaña de intimidación. Irrumpía sin aviso en las redacciones y las imprentas para descubrir textos subversivos (o presuntamente subversivos). Algunos que se

consideraron bombas antiperonistas eran textos clásicos... En 1950 había que escribir en la base de todo documento o publicación “Año del Libertador General San Martín” por cumplirse el centenario de su fallecimiento. Desoyeron esa advertencia unos sesenta diarios del interior, que debieron cerrar como castigo inapelable. No importaba tanto su desobediencia, sino la ejemplaridad de la paliza.

El plato fuerte de esta campaña absolutista fue el antiguo diario *La Prensa*. Allí escribían las mejores

plumas del país y muchas internacionales; las conferencias que tenían lugar en su salón de actos llegaban a millones de lectores. Primero lo obligaron a reducir sus páginas a la mitad “por falta de papel”. Luego se analizó la forma de expropiarlo, lisa y llanamente. Convenía hacerlo de una forma que no pusiera en evidencia la voracidad del gobierno. Para eso Juan era un experto. Dio instrucciones al entonces poderoso gremio de los canillitas para llegar a la meta por un camino torcido. En un comunicado, ese

gremio informó que se negaba a distribuir *La Prensa*, porque no podía vender “las páginas de la traición”. En consecuencia, dejó de exhibirse en quioscos, no fue más voceado en la calle y el Correo se ocupó de que no llegase a domicilio alguno. Fue sentenciado a muerte. Su director viajó a la colonia de exiliados argentinos que engrosaba día a día en Montevideo. *La Prensa* era conocida y respetada en las más importantes ciudades del mundo. En consecuencia, periodistas europeos y norteamericanos se pusieron brazaletes

negros en señal de luto. Pero el crimen fue cometido sin piedad.

Tampoco nos importó, porque el poder infla la soberbia y enturbia la vista. El diario volvió a salir con el mismo nombre y formato, pero dirigido por José Espejo, el genuflexo e ignorante secretario general de la CGT. ¡Por lo menos hubiéramos tenido el cuidado de designar alguien con prestigio! No, Espejo. Una vergüenza. Para colmo, el primer número de la nueva etapa llenaba hojas con fotos de Juan y mías en diversos lugares y poses.

No pasaba a la CGT ni al Estado: pasaba al matrimonio presidencial. ¡Cómo no voy a estar furiosa, desde la distancia con que ahora examino esos momentos! Me indujeron a escribir unas líneas que esta vez, por supuesto, contaron con la ayuda de mi escriba. Redactó Muñoz Aspíri: “Deseo que la infamia de la antipatria que ha predicado durante largo tiempo la injusticia y la explotación del Pueblo, sea reemplazada por la prédica de los trabajadores, inspirados en la Doctrina Peronista”.

Ignoro si Juan sabía bien latín, pero gustaba pronunciar citas en ese idioma. Una de ellas era *Alea jacta est*. Decidió usar *Alea* para construir un monumental imperio periodístico llamado Alea S.A. Se derramaron millones de dólares para levantar un edificio en torre —en ese tiempo iba a ser el más alto de la ciudad—, donde se almacenarían semanarios, revistas, folletos de propaganda, volantes, periódicos, recetarios, papeles oficiales, tarjetas y otras yerbas. No se sospechaba que tamañas arbitrariedades políticas y económicas provocarían un

bombardeo en Plaza de Mayo y que Perón buscaría refugio en los sótanos de ese edificio.

En aquel tiempo de arrebatos, derroche y vanidad se adquirieron todas las radios privadas. ¿Para qué fijarse en detalles jurídicos, gastos y eficiencia? La consigna era adquisición a lo grande y a lo salvaje. Gran parte de esas emisoras se integraron al grupo Alea y el resto terminó en las manos hábiles de Jaime Yankelevich, quien siempre me había ayudado, excepto cuando Perón entregó sus renunciaciones al Mono Farrell.

Poco antes de morirme —recuerdo— Yankelevich regresaba de los Estados Unidos y se arrimó al Palacio Unzué, donde lo recibí acostada. Describió las maravillas de un invento nuevo llamado *televisión*. Yo estaba muy débil y no podía hablar. Pero tuve la energía suficiente para detener su flujo de chimentos y decirle: Está bien, don Jaime, ya entendí; quiero que me filmes la manifestación del próximo 17 de Octubre.

Eso fue bueno. Muy bueno. Porque la Argentina, gracias a esa filmación

apurada, se convirtió en el segundo país con televisión de todo el continente americano.

De lo que he dado jamás me he arrepentido. Porque dar era lo que yo quería más que nada; dar era mi deber y mi felicidad. Lloré al entregar las primeras pensiones a mil ancianos congregados en el Teatro Colón. Hacía poco me habían operado de apendicitis y se detectó mi enfermedad mortal. No se sabía de ella porque odiaba a los ginecólogos y no aceptaba que me revolviessen sus dedos en la vagina. Mi

vagina ya había sido profanada por más hijos de puta que los recordados por mi memoria. En mi discurso transmití llamaradas de amor a los viejitos, porque los amaba de verdad y porque nunca llegaría a ser viejita. El amor que deseé desde chica, cuando me fue negado por mi extraño padre y por mucha gente que me rodeaba, excepto mamá y mis hermanos. Necesitaba encarnar el amor, y lo hice en la figura de un Juan que no era mi padre, sino quien me había permitido ascender a un lugar que ninguna mujer pudo alcanzar

en la Argentina. Perón no sólo era mi marido y el presidente, sino un dios, alguien que navega por lo alto. Por eso no me limité a derramar mi afecto ardiente por los viejitos en esa ceremonia del Teatro Colón y en numerosas ocasiones de mi tarea social, sino que la atribuí a Perón. Era más convincente. Dije que Perón lloraba por los ancianos, que Perón soñaba con ellos, que Perón los amaba como nadie. Esas pensiones no sólo consistían en dinero, sino que eran un claro testimonio del amor que les tenía Perón.

Seguí con fanatismo la construcción de hogares para ancianos, donde multiplicaba los espacios provistos de comodidad para gente condenada a morir sin rozar el placer. La ola de gratitud vociferada o silenciosa me llegaba de continuo, caudalosamente. Sabía que estaba haciendo el bien, y es lo único que ahora me apacigua. Mi deseo de compartir la corta y extraordinaria aventura vital que me concedieron, copiada de los cuentos de hadas, me impulsaba a dar más y más. Como afirman mis críticos, tal vez pude

construir más hospitales, escuelas y hogares si no hubiese dilapidado tantos millones en frívolos lujos. Pero quería —con esa razón que la razón no entiende— que los pobres dejasen de pensar en pobre.

La duquesa de La Rochefoucauld (no sabía ni me interesaba conocer sus méritos, pero la intuí una mujer importante) me vino a visitar y la llevé a uno de los hogares. Al principio no pudo entender semejante confort. Una mucama le cambió el pensamiento al describirle su experiencia. Había sido echada de

donde trabajó toda la vida. La noche de su llegada al hogar enrolló la alfombra para no ensuciarla y se acostó en el piso: la cama con sábanas y colcha de satén no correspondía a una sirvienta. ¡Era la cama de la patrona, la que debía tender para ella! Hasta que le ordenaron acostarse como era debido. “Me sentí una invasora, una delincuente, me costaba dormir. ¡Pero de pronto comencé a disfrutarla! Y me sentí diferente, como si hubiese nacido de nuevo.” Madame de La Rochefoucauld dio la mano a la mujer (lo máximo que

podía). Y exclamó: ¡He comprendido!

Esas sirvientas me inspiraron la formación de un sindicato de mucamas. Mucama era una palabra más decente que sirvienta. Ahora tenían derechos. Derecho a vacaciones, aguinaldos, horarios, permisos. Las patronas empezaron a preguntar, antes de contratar a alguna, “si pertenecían al sindicato de las atorrantas”, para evitarse problemas. Me encantaban esos problemas, porque derivaban del menosprecio que se le tenía a ese rango, origen y quehacer. En una de mis

alocuciones me dirigí a las mucamas. Les dije suelta de cuerpo que debían ir a la Plaza de Mayo, donde les hablaría Perón. Pidan permiso a sus patronos. Seguro que les van a contestar que deben lavar unas camisas. Lávenlas. Vuelvan a pedir permiso. Los patronos se acordarán de que había otra ropa que esperaba ser planchada. Plánchenla. Pidan permiso por tercera vez. Si les salen con otra cosa, abran la heladera, saquen una botella de cerveza y dénsela por la cabeza. ¡Hay oligarcas que me dan ganas de morderlos como si fueran

zanahorias!

Mi establecimiento favorito era el Hogar de la Empleada. Albergaba hasta quinientas mujeres. Todas venían a Buenos Aires para trabajar, como yo lo hice a los quince años. Me negué a la denominación “madres solteras”, repugnantemente condenatorio. Acepté, eso sí, que las madres solteras se establecieran con sus hijos. Nada de ofensas para los desamparados. Y puse allí lo opuesto de las pensiones inmundas por las que tuve que pasar años enteros. Impartí instrucciones

precisas para lograrlo. Cada piso tenía un estilo diferente. La decoración del primer piso era provenzal, el segundo inglés, el tercero Luis XV. El salón se parecía a una sala de recepciones de la Casa Rosada y estaba iluminado por arañas con lágrimas de caireles. Mandé instalar un piano de cola cubierto por una mantilla bordada que me habían regalado en España, y sobre la que no se podía depositar nada más, como hacía Juan sobre el piano de nuestro departamento en la calle Posadas. Había anaqueles con estatuillas, porcelanas y

otros adornos. El único error fue colgar dos enormes cuadros, que no eran paisajes ni genialidades artísticas, sino los retratos de Juan Perón y Eva Perón. ¡Maldito culto de la personalidad! ¿Para qué? Agradecían igual, sin necesidad de eso. Lo importante era estar en el corazón, no colgado de una pared.

A pesar de que nunca manejé una casa y estaba lejos de ser esa mujer que propiciaba la Iglesia y ensalzó Pilar Primo de Rivera, los hirientes recuerdos de infancia nutrían mi intuición. Mi carácter de noctámbula me llevaba a

introducirme en los hogares a horas insólitas de la madrugada para saber si dormían bien, si no había enfermos, si estaban alertas las asistentes. También irrumpía en las cocinas para averiguar si eran suficientes las provisiones de harina, aceite, azúcar, carne, pescado, leche, quesos, mermelada, verduras y frutas. Asombraba al caerles también durante el almuerzo o la cena, sentarme junto a ellos y probar cada plato. Preguntaba el nombre de mis vecinos, les acariciaba las mejillas y las manos. Sin querer (o queriendo) les provocaba

lágrimas.

32

El precio del poder

Mi leal escriba cayó en desgracia por una estupidez. Alguien le propuso hacer

escuditos con la cara de Perón para ponerse en el ojal de la solapa. Le pareció que esa iniciativa caería mal a mucha gente. Perón lo supo y se disgustó. Nuestro narcisismo en ascenso ya no toleraba ningún freno al culto personal. Dijo que Muñoz Aspíri no estaba calificado para determinar qué publicidad era buena y cuál era mala. Su función consistía en escribir discursos y notas de alabanza. Enseguida lo llamé para estrujarle las bolas y sacudirle ante los ojos una partida de defunción. ¡Estás loco! —grité—. ¿Cómo rajás a un tipo

que te viene a ofrecer una propaganda tan entradora como esa?

Su lugar fue ocupado por Raúl Apold, un viejo conocido. Se lo designó director de Difusión de la Subsecretaría de Informaciones. Apold era un perro hábil para agujerear las cabezas. Apenas volví de Europa me dijo que “señora María Eva Duarte de Perón” era un nombre largo y tradicional que no me diferenciaba de las viejas oligarcas. Así como había optado por el cabello rubio con un grueso rodete en la nuca, debía optar por el breve y sonoro “Eva

Perón”. Para mi papel de samaritana convenía el simple “Evita”. Tuvo razón. Desde ese momento se desvivía por exaltar mi imagen con esos nombres. Movi6 piezas de diarios y revistas, as6 como la publicidad en el cine para que mi presencia fuese sentida como la de una aparici6n luminosa. Obreros pobres ca6an en 6xtasis, los ni6os miraban deslumbrados y numerosas mujeres no pod6an controlar su emoci6n.

Apold multiplic6 la apuesta de los escuditos que asustaron a Mu6noz Aspiri. Orden6 fabricar miles de prendedores,

agendas, pañuelos, ceniceros, cajas de fósforos, gemelos y broches de corbata con las efigies de Juan y Evita. Hasta impuso un slogan que se sucedía de modo infinito por las rutas del país y proclamaba “Perón cumple, Evita dignifica”. Era tan inventivo que armó un juego para niños donde los ganadores siempre aplastaban a los antiperonistas, de la misma forma que Goebbels había inventado un juego donde los ganadores aplastaban a los judíos. En su caja fuerte tenía guardado un manual al que recurría con frecuencia: era un estudio sobre la

estructura y el funcionamiento del Ministerio de Propaganda del Tercer Reich.

Dispuso que en las radios los artistas dedicasen cinco minutos para elogiar a Perón. Debían llevar prendido en la solapa el escudito con su imagen o la mía, cosa que aún mantenía confundido a Muñoz Aspíri. Apold sembró delatores por los estudios de cine, las bambalinas de los teatros, las redacciones de las revistas. Aumentó la asfixia que yo no captaba, envuelta en la gloria de mis éxitos y el licor de la omnipotencia.

A Raúl Apold no le faltó el capítulo persecutorio, energizado por la tenebrosa paranoia que genera la suma del poder público. Controlaba una División de Asuntos Especiales. ¡Flor de título! En los autoritarismos la palabra “especiales” da miedo. Y esto me enfurece ahora. Apold quería saber sobre los antiperonistas y también sobre los peronistas. Nadie era confiable. Los escritores y artistas de prestigio, y todos los profesores universitarios cualquiera fuese su especialidad, eran sospechosos y quedaban registrados en sus ficheros.

Apold era un tipo repugnante, como dicen que fue el nazi Goebbels. Consiguió centralizar los permisos de importación de los autos eximidos de impuestos de aduana, por ejemplo, para comprar conciencias. Negociaba los autos con periodistas, militares, actores, jueces, industriales y cualquier persona que a su juicio pudiera servir a la propaganda. Varios recibieron más de un Mercedes Benz. Algo peor sucedió después de mi muerte. Llamó por teléfono a la fotógrafa Anne-Marie Heinrich y le pidió todas, absolutamente

todas las fotos que me había sacado desde mis oscuros comienzos, para publicarlas en un libro. La mujer tuvo miedo y satisfizo ese reclamo, pero se reservó una fotografía que no deseaba exhibir por ética profesional. Me la había tomado cuando era una jovencita delgada y anémica, vestida con un rústico traje de baño. No conforme, ese sujeto ruin mandó la policía al domicilio de Anne-Marie y la amenazó con destruirle todos sus archivos si no entregaba esa foto y hasta el último de sus negativos. Al borde de perder el

trabajo de su vida, ella accedió. El canalla de Apold se armó de ese material, pero jamás publicó un libro. No obstante, las fotos de Evita obtenidas por Anne-Marie Heinrich aparecieron en las revistas *Life* y *Paris Match*, vendidas por esa mierda contra un buen pago.

Cuando volví de Europa mi trabajo se intensificó hasta el agotamiento. Trataba de seguir atendiendo de uno en uno, ayudada por decenas de asistentes. La jornada siempre resultaba corta. Mi ojo experto me permitía diferenciar al

soberbio que debía quedar para el final del humilde que merecía verme antes. Los trataba con cariño, como una vecina del pueblo. Yo quería que en mi presencia se sintieran cómodos y hablasen sin temor. A mis ayudantes les sorprendía que los pobres reclamasen menos de lo que necesitaban; a mí no. Por eso les daba más. Acudo de nuevo a mi biógrafa Alicia Dujovne Ortiz, que describe con más brillo que yo esos momentos. Una familia solicitó muebles, cacerolas y chapas para el techo, pero la nena era bizca. Les concedí lo que

pedían y agregué: “Además, provean un oculista a la nena”. Otra chica necesitaba plata para visitar a su novio que vivía en otra ciudad. “¿Quieren casarse?”, pregunté. “Sí, pero él trabaja allá y yo no puedo dejar a mi madre.” Me dirigí a una asistente y ordené: “Que le encuentren al novio un empleo en Buenos Aires; y les den casa y muebles.” Una mujer desdentada vino a pedir ropita para sus chicos. “Anoten ropa”, dije, “y también una máquina de coser para que aprenda a hacerla ella misma; además, un dentista para que le

ponga los dientes; hay que estar siempre arregladita para gustar al marido”, la miré con picardía. “¿Tiene cama?” “Y, no.” “Anote: una cama para la señora. ¿Cuántos hijos tiene?” “Cinco.” “¿Duermen en camas?” “Y, no.” “Anote cinco... no, espere: ¿hay lugar en su casa para tantas camas?” “Vivimos en una sola pieza.” Entonces analicé rápido la situación con mis colaboradores y decidí: “La van a llamar para instalarla con toda su familia en el nuevo barrio de Saavedra.” La mujer largó su llanto agradecido. Le di un beso y pregunté:

“¿Tiene plata para el boleto?”.

Las máquinas de coser y las dentaduras postizas eran mi obsesión. Aprendí a valorarlas en Los Toldos: mi madre con su laboriosa Singer y la bruja desdentada de los indios Coliqueo que me sacó del útero.

Estos datos revelan que me dediqué con auténtica vocación a una tarea social intensa. Recibía a los carenciados con amor, los escuchaba atenta, resolvía sus problemas y mi fama crecía como un turbión de altas cumbres. Lo hacía con fervor, esa gente no me cansaba nunca.

Hasta me olvidaba de ir al baño. Cuando a mis asistentes se les quebraban las mandíbulas de tanto bostezar, yo les decía que la noche recién empezaba. No me quería ir mientras hubiese alguien esperando. Llegaba a la residencia cuando Perón ya llevaba horas de sueño. Estaba feliz por los logros. Los almacenes de la Fundación desbordaban mercaderías. Los ministerios se esmeraban en darles curso a mis pedidos aunque tuviesen que rascarlos de otras partidas. Era considerada una mujer milagrosa. Sin

pretenderlo, se abría paso la certeza de mi santidad. También era la versión femenina de Robin Hood: aplicaba violencia para quitarles a los ricos y repartir sus bienes entre los pobres.

No me daba cuenta de que era una política de corto plazo. Con mis esfuerzos, por colosales que fuesen, jamás terminaría con la pobreza. Aunque multiplicase por dos o cuatro o diez o veinte la distribución de obsequios, no habría cambios durables. Pero era el Papá bueno y yo la Mamá proveedora. Pero ni la bondad ni las provisiones

generan riqueza. Dábamos pescado en vez de cañas de pescar. Entonces no lo sabía. Confundí la dádiva misericordiosa con las políticas realmente productivas. Pero él era un militar instruido en el sometimiento y el orden. Yo, una sobreviviente de la pobreza extrema. Él quería dominar y controlar para que las cosas marcharan bien. Yo quería regalar lo que me faltó en mis primeros años. Los obsequios hacían bien, pero iban a terminarse pronto, cuando se acabasen los recursos del Estado y cayese la producción de las

empresas.

Perón dejaba quemar demasiado rápido la enorme riqueza del país para consolidar su posición de líder único e irremplazable: autos de lujo para los amigos, favores a los empresarios obsecuentes, feriados absurdos, burocracia sin límites, nepotismo desvergonzado, igualar para abajo porque no tenía en cuenta los méritos sino la lealtad. A eso añadía ingredientes dictatoriales: asfixia a la prensa independiente, apoyo a la delación, purgas sindicales. Aumentó la

industria liviana, es cierto, pero no estimuló la estructural. Bajó la confianza jurídica y disminuyó la inversión. Las estatizaciones incrementaron la arbitrariedad, corrupción e ineficiencia hasta niveles desconocidos. Su modelo económico se fue a la mierda.

Me usó más de una vez en los conflictos gremiales. O yo me apuraba en servirlo, antes de que él me lo pidiese. Los trabajadores ferroviarios seguían perteneciendo en su mayoría a la poderosa Fraternidad, poco inclinada al sometimiento. ¡Iban a una nueva huelga

porque caían los salarios frente al aumento de la inflación! Al finalizar un banquete en la residencia presidencial —donde me atraganté—, ya eran altas horas de la noche. Juan corrió a su dormitorio vencido por el sueño. Llamé a mi chofer y me dirigí al sindicato porque seguían debatiendo la desafiante medida. En el recorrido pensé la forma de actuar, pero al cruzar la puerta olvidé mi libreto y los encaré como una madre a sus hijos. Les hablé de pie, moviendo la cabeza con piedad. “¿Cómo le hacen esto a Perón? ¿No les da vergüenza?”

Déjense de pavadas, que sólo sirven a los enemigos de ustedes, que son los eternos enemigos de los trabajadores. Recuerden mis visitas a los talleres. ¿No me interesé por sus horarios, ropas, comidas, vacaciones y aguinaldos? ¿Quién les brindaría este apoyo si no fuera Perón y esta humilde servidora?”

Los miré fijo, para captar su reacción. Mis palabras les produjeron efecto, pero no suficiente. Tras un minuto de provocativo silencio, dije exasperada: “¡Si hacen la huelga les saco los tanques a la calle!”.

No hubo huelga. Pero no porque temiesen a los tanques, sino a las fuerzas de choque de mi Fundación. ¿Por qué una Fundación de bien público debía tener fuerzas de choque? ¿No resulta grotesco? Y bien, las tenía porque así me convencieron los paranoicos que infiltraban mi cuerpo de asistentes. ¡Me convencieron!

 Cuando algunos comunistas y socialistas gritaban que querían derechos y no favores, cuando se burlaban de sus compañeros por actuar como huerfanitos que se arrodillan ante el Padre y la Madre,

entonces mis fuerzas de choque se ocupaban de hacerlos entrar en razón. ¡Espantoso! Ahí no existía la Samaritana, sino la temida Señora, la Mujer del látigo.

A menudo iba a comer al Hogar de la Empleada, donde conversaba con las mujeres que venían del interior y expresaban su gratitud. Casi no probaba bocado para no engordar: me perseguía la imagen de mi madre opulenta. Además, no tenía ganas, porque estaba llena con la ingesta de cariño que me regalaban en la secretaría o en mis

tensos paseos por las barriadas pobres. Pronto no podría engordar aunque comiese como una glotona. Junto a esas fascinadas jóvenes mujeres repetía mi admiración sin límites por Perón. Mis palabras, cada vez más teatrales, las ponía en estado de éxtasis. Perón es perfecto, es irremplazable, machacaba. Es el sol. Pero en mi fuero íntimo solía decirme que sí, es el sol, y por eso no se debe estar muy cerca, porque quema. Y bien, con estas palabras entro en un asunto complicado.

Reconozco que me deleitaba advertir

la popularidad que estaba alcanzando y, para disimularlo, repetía que era inferior, una simple delegada. Juan era el patrón, el guía y el camino. Para quitar sospechas sobre mis deseos de ocupar su sitio dispuse que los miércoles peregrinásemos con mis colaboradores a escuchar sus reflexiones magistrales en la Casa Rosada. Le rogué a Juan que nos brindase esas entrevistas para convertirlas en un rito, en una misa laica. Al principio dudó, porque le quitaba tiempo a sus tareas ejecutivas,

pero después lo tomó como un recreo. Nos sentábamos frente a él para recibir la garúa de su sabiduría infinita y yo tomaba apuntes como una colegiala.

Físicamente nos distanciábamos cada vez más. Quedaban lejos los tiempos del erotismo, que en verdad nunca fueron muy intensos, pero facilitaron una irrompible complicidad. El trabajo extenuante de los dos era un placer auténtico y también una compensación por la falta de sexo. Yo llegaba cuando él dormía. Su disciplina militar lo despertaba a las cinco y media, aunque

se hubiera acostado tarde. Después del almuerzo realizaba una siesta infaltable. Mi caso era opuesto: jamás podía dormir la siesta ni cerrar los ojos antes de las tres de la mañana. Nuestra intimidad pasó a convertirse en un recuerdo. Hablábamos por teléfono o charlábamos en el auto cuando íbamos a presentaciones públicas. Jamás se me hubiera cruzado por la cabeza serle infiel. Al contrario, a medida que aumentaba mi privación sexual también lo hacía mi moralina. La llamo así porque era una reacción a mi pasado.

Pero quienes me odiaban y comentaban que fui una puta, aprovecharon esa moralina para decir que era “poco mujer”.

Tampoco me privé de atraer amigos, aunque fuesen transitorios. Temía el vacío de afectos. Como me gustaban las poesías, empecé a convocar creadores. Algunos tardaron en responder, porque en la salsa intelectual, ser peronista equivalía a bárbaro o corrupto. Todos eran jóvenes, lo cual me venía bien, porque yo tenía más inclinación por los maduros, como había sucedido con el

chileno Emilio y con Juan. Incluso me salió decirle “viejo general” a Perón en un discurso, lo cual me significó una advertencia de él mismo. Nunca más lo hice. Con esos jóvenes nunca habría un beso en los labios. Me divertía con bromas y salidas picarescas. Significaba recuperar la bohemia. Vestía ropa simple y hasta me soltaba el pelo. Nos quedábamos muchas horas, hasta avanzada la noche y les recordaba no hacer ruido porque el jefe dormía. También dormían los cocineros, así que íbamos a prepararnos papas con huevos

fritos como si estuviésemos en una pensión.

Tuve una importante y disimulada relación con un periodista llamado Manuel Penella de Silva. Nació en España; su padre había sido un músico al que jamás conoció; lo criaron su madre y cuatro hermanas. Casi una reproducción de mi historia. Después se casó con una alemana, se instaló en Berlín y tuvo cinco hijas. No podía haber más mujeres alrededor de un solo hombre. Lo asaltó la locura de pronosticar la caída de Hitler y casi

terminó con un balazo en la nuca. Fue entonces cuando creyó haber comprendido el fatal error que había cometido el nazismo: ser un régimen de varones solamente. Por eso Eva Braun fue escondida por el Führer durante años. Faltaron las Agripina, Helena, Lucrezia, Jezabel, Cleopatra, Salomé, Isabel, Juana, Catalina. Eran machos prepotentes sin hembras decididas. Manuel estudió regímenes políticos para iluminarse y llegó a la conclusión de que, si había dos Cámaras en casi todos los Parlamentos, una debía ser femenina.

Empezó a pregonar esa idea, pero fue aterrorizado cuando lo calificaron de “mujer honorífica”. Su virilidad le aconsejó buscar una mujer brillante que se ocupara del proyecto. Quiso visitar a Eleanor Roosevelt en los Estados Unidos, cuando el embajador argentino en Suiza le aseguró que yo era la persona que estaba buscando, no esa fea norteamericana. Me persiguió por media Europa sin conseguir llegar a mi lado. Juntó dinero para viajar a Buenos Aires. No di bola a sus primeros recados, que hablaban de algo incomprensible. Con

temeraria habilidad consiguió entrevistarse con Juan, que pasaba por uno de los momentos en que se interesaba por la inventiva de extranjeros geniales (o considerados geniales). Lo confundió el apellido Silva, al que consideraba brasileño. Su afán por conquistar de inmediato a los interlocutores lo estimuló a revelar cuánto sabía de cada país y dedicó varios minutos a las grandezas del Brasil. Cuando supo que Silva era español, le ardió una secreta ira por no haberlo advertido y lo despachó a los

cinco minutos. El extraño personaje tenía un disparatado proyecto, que Juan comentó para hacerme reír. Entonces mandé a buscarlo.

No sólo me explicó sus ideas largamente elaboradas, sino que propuso redactar mi biografía como si yo hablase en primera persona, tal como lo hago en este momento. Le dije que sí, que se sentase a trabajar. Y le ofrecí un sobre con billetes para que escribiera sin preocupaciones económicas. Ni se atrevió a contar el dinero. Su cálida voz se limitó a repetir gracias, gracias,

gracias. Pronto regresó con muchas hojas escritas a vuela pluma. Las leyó con fuerte acento español. Algunos párrafos me hicieron llorar. Yo lo interrumpía para decir sí, que fue así, tal como lo contaba. Me conmovía escuchar mi turbulenta historia contada por otro. Yo misma era una obra de radioteatro. Era la protagonista de una historia única. Pero no me satisfizo el lenguaje que usaba, demasiado argentino pese al acento, llano, vulgar, cotidiano, como el que yo efectivamente usaba en público y en privado. Prefería el de Amado

Nervo, con imágenes brillantes y expresiones eruditas. Quería que también me admirasen por el estilo.

Llevé esas páginas a Juan, que las recorrió apurado y rechazó. No sé por qué. ¿Me celaba? Tampoco le pareció correcta una Cámara femenina: ¡Son pavadas de un gallego loco! Discutimos. Peor: negociamos. Le propuse renunciar a mi autobiografía si autorizaba la creación del Partido Peronista Femenino. Me contempló con sus ojitos achinados. Calculó con la rapidez de un esgrimista y detuvo el juego. Entreví que

aceptaba la creación de ese Partido, porque aumentaba su porcentaje electoral, pero a costa de reconocer que el poder era bicéfalo. Inaceptable, casi una derrota a su vanidad. Insistí que nunca alcanzaría su nivel; por más que me aplaudieran y aclamaran, yo derivaba todos los méritos hacia él. Comprendí que era preciso —más que antes— seguir con mis exaltadas frases de obsecuencia, a las que Juan nunca desmentía ni con un modesto parpadeo.

Penella de Silva me acompañó cuando iba a la residencia de Olivos

junto a Raúl Mendé, ministro de Asuntos Técnicos. En presencia de un testigo nacional me gustaba ensordecer al extranjero con mis reiterados ditirambos. Tenemos que trabajar para Perón y consagrarle nuestra voluntad; él es el que manda, él sabe adónde va; es el hombre más extraordinario del mundo. El feminista de Penella de Silva, cansado de escuchar la reiterada cantinela, me interrumpió con frases duras. “¡Usted no para un minuto de gritarlo a todos los vientos!”, dijo; “en cambio él nunca la elogia, ni en público

ni en privado.” Me dejó muda. No pronuncié otra palabra en el resto del viaje. Al llegar a Olivos me abstuve de invitarlo a bajar y, sin darle la mano, lo saludé con un resentido “Adiós”. Pero antes de que se fuese a dormir, le trasmití a Juan mi sufrimiento: “Penella asegura que nunca me elogiás”. “¿Quién es Penella para juzgarme? Hablás mucho con él y te está lavando el cerebro.”

En un nuevo encuentro con el español pedí disculpas por mi desaire. Me sentí obligada a confesar que había trasmitido a Perón su crítica. “¿Por qué lo hizo?”

Me odiará más.” “¿Y qué quiere, que se hubiese enterado por boca de Mendé?”

No sospechaba entonces que Mendé haría más adelante la última corrección de *La razón de mi vida* por encargo del mismo Perón, obra que yo deseaba ver impresa antes de morir. Ni Penella sabía que los borradores completos de mi biografía narrada en primera persona por él iban a servir para redondearla. El texto original se perdió. Era más auténtico. El publicado —con buen cálculo y discreto maquillaje— incorporó elogios delirantes a mi

marido y un asqueroso sometimiento al varón. ¿Qué otra cosa puedo decir? Hay frases como “De la misma manera que una mujer alcanza su eternidad y su gloria, y se salva de la soledad y de la muerte dándose por amor a un hombre, yo pienso que tal vez ningún movimiento feminista alcanzará en el mundo la gloria y eternidad si no se entrega a la causa de un hombre”. Lo podía haber escrito Pilar Primo de Rivera y hasta el mismo Franco. La corrección final había tachado partes sustanciales de mi vida y agregaron un exceso de bambolla. Lo

usaron para la propaganda, fue declarado texto obligatorio en las escuelas, se contrataron traducciones en muchos países. No era una obra de arte, no era yo misma. Eran fragmentos de las confesiones que hice a Penella de Silva en horas de discretos encuentros. Y que se transfiguraron en un sermón donde había muchas cosas ciertas y muchas deformadas.

Aun así, como resultado de mis conversaciones con Pilar Primo de Rivera en España y Manuel Penella de Silva en Buenos Aires, nació el Partido

Peronista Femenino. Lo bueno fue introducir a las mujeres en política con estruendo. Nada de gradualismo. En privado yo decía que los hombres se aprovechan de la mujer, pero en público sostenía que la mujer debe ser el complemento del hombre. Sobre todo insistía en la fidelidad ciega que debíamos a Perón. Seguí el modelo que impuso Juan y se mantendría a lo largo de la vida peronista: privilegiar la lealtad sobre la eficacia. En consecuencia, me puse a buscar delegadas fanáticas. Las enviaba a las

provincias para reclutar nuevas voluntades. Se instalaban en las plazas con un megáfono y convocaban a afiliarse. Sin rodeos, sin temores. Vendrían elecciones y no sólo había que reelegir a Perón, sino incorporar mujeres en ambas Cámaras legislativas. Mis delegadas debían comportarse como los apóstoles de Jesús: abandonar todo y consagrar su vida a la santa misión. Recorrían kilómetros en jeep, en ómnibus, en tren, en carros, de a pie; cruzaban ríos en canoa; dormían en galpones o a la intemperie. Fundaban

unidades básicas que empezaron a funcionar como comedores y adonde pronto llegarían los obsequios de mi Fundación centrada en la dádiva. El reclutamiento fue exitoso y rápido, porque contaba con el apoyo de los medios oficiales de difusión. Integrar el Partido Peronista Femenino era conveniente porque otorgaba dignidad y poder. Mis delegadas repetían que “la mujer, en política, tiene que estar junto al hombre, pero sin permitir que se meta en sus asuntos”.

Las unidades básicas eran una escuela

de política. Unicolor, por supuesto, pero útil para el paso inicial, eso no me puede ser negado. Allí se discutía, informaba y competía. Además, muchas mujeres aprendían a coser, cocinar, peinar y hasta leer y escribir. Algunos profesores eran obreros que concurrían en alpargatas, cosa que produjo chistes en las universidades señoriales, donde parecía imposible que el cerebro no usara zapatos. Esas unidades también servían para darle una potente utilidad al censo que se realizó con bombos y platillos, porque servía para controlar y

ayudar. Es decir, enterarse de lo que sucedía casa por casa, calle por calle. Las listas suprimirían el anonimato. De esa forma serían mejor identificados los abscesos enemigos. Pero también servían las unidades para ayudar. Mi mejor biógrafa narra que una coyita en el desértico norte se estaba por casar. La delegada de la unidad en la provincia se enteraba y lo comunicaba a mi Fundación, donde algún asistente me lo hacía saber. Entonces yo dejaba otras cosas —continúa el mito— y llamaba a horas imposibles para alertar a mis

incondicionales. Antes del casamiento llegaba el cartero a la casa de la coyita. Traía una caja con el vestido de novia, el velo, los zapatos y el ramillete de flores. También un corte de tela de un color serio para el vestido de la madrina y un sombrero haciéndole juego.

Antes de las elecciones de 1951, en las que por primera vez habría mujeres en las listas, hubo una reunión del Consejo Superior Peronista a la que no falté, por supuesto. Se discutió la cantidad de senadoras a incorporarse. Pedí ocho y varios miembros lo

consideraron —con voz trémula— demasiado grande. Contemplé a Perón, concentrado en los papeles con atención inusual. Tras un intervalo angustiante Juan sugirió en tono calmo, sin mirarme: “Pido a la presidenta del Partido Peronista Femenino que renuncie a dos senadoras; seguro que nos va a decir que sí; ¡son tan generosas las mujeres!”. Yo lo miré estupefacta; me disminuía delante de todos, demostraba quién era el patrón pese a que yo lo decía sin cesar. Se refirió a la generosidad, como si fuese nuestra única virtud. Por

supuesto que asentí. Pero cuando llegué a la calle vomité sobre mis zapatos.

El progresivo deterioro económico de la Argentina aumentó mi locura. Yo estaba segura de que nada justificaría el mínimo descenso del hervor peronista por escasez de recursos. Deseaba que mis mujeres estuviesen animadas por una fe ciega, casi religiosa, pese a las novedosas dificultades. También desconfiaba de ellas, claro, máxime cuando muchas cosas ya no marchaban bien. Por eso decidí tomar una medida precautoria horrible. Asquerosa.

Entiendo que fue provocada por mis trastornos, pero no deja de enfurecerme su imperdonable ruindad. Terminadas las elecciones de 1951, cuando por primera vez diputadas y senadoras pisaron el Congreso, las convoqué a la residencia presidencial de una en una para un encuentro inconfesable: que redactasen delante de mis ojos, con su puño y letra, dos cartas a parientes y amigos con expresiones desleales a Perón. Esos documentos los guardaría en mi caja fuerte personal y me servirían para sacarlas a patadas si desobedecían

una sola de mis órdenes.

33

Cáncer

Pese a la rabia, pienso que hasta esa maldad merece alguna comprensión,

debido a la tormenta que significaba el progreso de mi cáncer. Era una enfermedad que el padre Benítez asociaría, por su localización, con los órganos del pecado.

Había empezado a tener molestias en el bajo vientre cuando regresé de Europa. Lo atribuí al trajín, las emociones y la consolidación de mi seguridad. Los bienes tienen su precio, me dije. A Juan le llamó la atención que a veces me levantaba de la mesa para comprimirme el abdomen. ¿Qué te pasa? Nada, un retortijón. Juan conocía los

síntomas de mi incipiente enfermedad, porque los había padecido su primera esposa, de la que estuvo muy enamorado. Transcurrido un tiempo, Juan me convenció de ser examinada por el famoso cirujano Oscar Ivanissevich, que acababa de asumir como ministro de Educación. Me resistí, pero Juan consideraba que mi actividad y el éxito que había recogido en mi viaje no podían perderse. Es decir, me consideraba más útil que nunca. Y debía gozar de una salud perfecta.

Mamá había sido operada de un

cáncer de matriz y se curó por completo. Debía tener presente los factores hereditarios, dijo, máxime cuando era tan fuerte mi parecido con ella. Mi revisión médica debía completarse con un examen ginecológico, sentenció Ivánissevich. Por increíble que parezca, nunca me lo habían hecho. Me desquiciaba la sola idea de que un hombre se metiese en mi vapuleada intimidad. Ivánissevich dedicó un largo rato a convencerme. Tuvo la prudencia de ejecutar mi revisión custodiado por dos enfermeras. Cubrió el cuerpo y los

muslos con sábanas almidonadas y esterilizadas, pidió a las enfermeras que acomodasen mis pies y bajó una suerte de cortinita para que no pudiésemos vernos la cara. De esa forma parecía que él miraba un trozo desconectado de mí. Sentí que, con extrema suavidad, abría mi vulva. Percibí dos dedos haciéndome un tacto respetuoso, pero no podía evitar asociarlo con las maniobras de los hijos de puta que no se satisfacían con una penetración normal y buscaban saciar su apetito con sorpresas perversas. Yo mordía los dientes para

no expresar mi desagrado extremo. La enfermera me miraba con cariño y acariciaba los dedos de mi mano fría.

Cuando terminó la tortura, el médico salió del consultorio para que me levantara y vistiera sin apuro, ayudada por las enfermeras. Después fui a sentarme junto a su escritorio. En la mirada del hombre había preocupación. No sabía qué palabras usar, porque no enfrentaba a una paciente común, sino a Evita. Habló sobre el caso de mi madre. “¿Qué tiene que ver?” “Se operó a tiempo y fíjese lo bien que está.”

“¿Quiere operarme?” “Hay algo incipiente, señora.” “¿Por algo incipiente me va a sacar el útero?” “Bueno... no sé si todo el útero.” “¡Quiero tener hijos y usted pretende castrarme!” “No es así, quiero ayudarla.” “¡No tengo nada, a mí nadie me toca!” “Señora...” “Usted es un enemigo y busca eliminarme de la escena política.” “Señora...” “¡Ni se le ocurra contarle esta sospecha a Perón!” Salí como un vendaval.

Días después Juan me contó que había conversado con Ivanissevich. “Me dejó

preocupado”, dijo. “¡Estoy sana!” “Pero...” “Ese tipo es un fabulador, quiere aumentar su fama operando a la mujer del presidente.” “Le sobra fama.” “Entonces quiere sacarme de la política, es un mal bicho.” “Por allí no pasa lo principal.” “¿No? Le ordené que no te angustiase con sus delirantes sospechas y fue lo primero que hizo.”

Pedí al médico-ministro que acudiese a mi despacho. Nos dejaron solos. Arrimé mi cara a la suya para gritarle: “¡Delator!”. Abrió grandes los ojos, atónito. Entonces le di un carterazo en el

pómulo izquierdo y ordené que desapareciera. Su mejilla estuvo inflamada varios días, pero tuvo el pudor de no explicar el motivo.

Meses después acompañé a Juan hasta la provincia de Formosa, en el lejano norte argentino. El viaje en tren fue largo y cansador. Pero me entusiasmaba descubrir un paisaje tan distinto al de la pampa. Hubo tres actos y en el tercero me desmayé. Se produjo una excesiva alarma, porque los servicios sanitarios eran insuficientes y los médicos que se arrojaron sobre mí debieron trabajar con

pocos instrumentos. Me recuperé y el diagnóstico era debilidad. Opinaron que comía poco, que trabajaba mucho. Ciertamente, sólo me alimentaba con caramelos de menta y trabajaba veinte horas al día. Pero se mandó otra de sus bromas: Está tan débil que tengo miedo de que la maten en un abrazo.

Cuando Juan volvió a mencionar su preocupación por las sospechas de Ivanissevich, le rogué que no volviese sobre el asunto porque me hacía mal. “¡Mi cuerpo es mi cuerpo!” Juan optó por callarse. Me respetaba, celaba,

admiraba, pero sabía que nadie ocuparía mejor que yo el lugar que me había dado. Tiempo después me asaltaron más vómitos. No eran los vómitos que generan las frustraciones o las repugnancias. Me hacían sonreír después de volcar en el inodoro un chorro agrio. Lavaba mi cara y me miraba en el espejo. ¡Estaba embarazada!, supuse. Los dolores abdominales eran los síntomas de mi preñez. El médico de la residencia indicó análisis y me tomó la temperatura. Palpó mi abdomen y se

puso serio. “¿Qué pasa? ¿Le duele aquí?” “Sí, me duele.” “¿Y ahora?”, preguntó de nuevo al levantar su mano rápidamente de mi cuerpo. “También.” “Bueno...” “¿Bueno qué?” “Tiene apendicitis”.

Me largué a llorar. Arrojé contra un mueble el mate que me habían dejado sobre la mesita de luz. Telefoneé a Juan. “¡Perdoname!” “¿De qué debo perdonarte?” “¡No estoy embarazada!”

No pude seguir y le pasé el tubo al médico. Enterado con precisión, Juan habló a Ivanissevich, quien enseguida se

apersonó en la residencia. Ingresó encorvado a mi dormitorio. ¿Temía otro carterazo? Miró los objetos que me rodeaban, porque sabía que en los momentos de furia se convertían en cañones. No hablamos sobre el entuerto anterior y pidió permiso para palpar mi abdomen. Esta vez no habría examen ginecológico. Al terminar me cubrió paternalmente con la sábana y sentenció que, en efecto, se había declarado una apendicitis. “¿Debo operarme?” “No hay otro remedio.” “Dicen que ahora la penicilina...” “No en este caso, señora;

además, es un procedimiento muy simple, es la operación con que empieza cualquier cirujano”.

El obstinado de Ivanissevich aprovechó la anestesia general para volver a examinar mis órganos genitales. Su sospecha original se confirmaba. Con evidente temor me lo dijo. “¡No tengo nada!”, volví a gritarle. Sugirió que me hiciera análisis periódicos. “Está bien, acepto hacerme análisis; ¿debo estar en ayunas?” “Sí”.

Yo despertaba antes de que llegase el bioquímico y me mandaba el desayuno

para alterar los resultados. “¡Tomá de acá, Ivanissevich!”, lo insultaba haciéndole un corte de manga. “Conmigo no podrás”. Los informes repetían que mi glucemia era demasiado alta y yo lo consideraba el mejor chiste del día.

Perón se limitaba a decirme de vez en cuando que me cuidase. Pero eran palabras carentes de énfasis, como nuestros saludos de madrugada, cuando yo me asomaba en el dormitorio y él se levantaba para empezar su trabajo. Apenas un beso, apenas una caricia. Se estaba cansando de mis caprichos.

34

La fórmula

Ciertas frases provenían de mi historia teatral: “intrigas cortesanas”,

“luchas por el poder”, “crímenes escondidos”, “traiciones familiares”. Supuse que las ficciones exageraban. Pero no es así. Ahora afirmo que las ficciones quedan chicas ante la realidad. Fue horrible lo que sucedió. Con ingenuidad y cólera participé de una historia tortuosa e indigna. Me llevaron de la nariz. O me dejé llevar.

El coronel Domingo Mercante fue uno de los primeros colaboradores de Perón. Se desempeñó con eficiencia y lealtad. En la Secretaría de Trabajo le cubrió las espaldas. Me abrió camino hacia los

sillones de las autoridades en el festival benéfico del Luna Park. Nos vino a buscar al Delta y se negó a separarse de nuestro lado. Se jugó en el decisivo 17 de Octubre. Aceptó sin remilgos privarse de la vicepresidencia de la Nación para que Juan incorporase al viejo Hortensio Jazmín Quijano porque arrastraba un sector de votos radicales. Ganó la provincia de Buenos Aires y la gobernó de forma brillante. No introdujo parientes ni se llenó de dinero malhabido. Todo el mundo lo consideraba la mano derecha de Perón.

Y parecía su sucesor natural. En mi viaje a Europa no dejé de elogiar sus realizaciones ante quienes ignoraban hasta su nombre. Lo describía como “el corazón de Perón”.

Juan solía decir que al terminar su mandato dejaría el poder para viajar por el mundo y difundir la doctrina justicialista. Nuestros acólitos más íntimos empezaron a susurrar la fórmula Domingo Mercante-Eva Perón como la sucesión natural de la vigente Perón-Quijano. Aunque se empezaba a conocer mi enfermedad, nadie suponía un

inmediato desenlace; por lo tanto, podía y merecía asumir la vicepresidencia. Y lo haría junto al intachable Mercante.

En distintos medios se reproducían los conceptos vertidos por Juan en el Congreso, al inaugurar en el año 1948 un nuevo período legislativo. Después parecieron las palabras de otro hombre pronunciadas en otro país. Pero yo no las olvidé. Y figuran en las actas legislativas, para el que tenga dudas sobre esa impresionante declaración. Dijo que se había comenzado a hablar sobre la modificación constitucional del

artículo que prohíbe la reelección del presidente sin un período intermedio. Y agregó sin medias tintas: “Mi opinión es contraria a tal reforma; creo que la proscripción existente es una de las más sabias y prudentes que establece nuestra Carta Magna. Bastaría observar lo que sucede en los países en que tal inmediata reelección es constitucional. No hay recurso al que no se acuda, lícito o ilícito; es una escuela de fraude e incitación a la violencia, como asimismo es una tentación a la acción política del gobierno y los funcionarios.

Y si bien todo depende de los hombres, la historia demuestra que estos no siempre han sido ecuanímenes ni honrados para juzgar sus propios méritos y contemplar las conveniencias generales, subordinándolas, por el contrario, a las personales o de su círculo. En mi concepto, tal reelección sería un enorme peligro para el futuro político de la República y una amenaza de los graves males que tratamos de eliminar desde que actuamos en la función pública”.

Ahora, desde aquí, reproduzco esas frases con un llanto que me nace de las

vísceras. ¡Qué visión! ¡Qué grandeza! Pero ya sabemos cómo terminaron esas palabras y cómo fueron pisoteadas por el mismo Perón y por quienes después se llamaron seguidores de su doctrina. ¡Qué de enredos!

 Mi hermano Juancito estaba acompañado casi siempre por tres repelentes mosqueteros: Ramón Subiza, Héctor Cámpora y Raúl Apold. Subiza era un corrupto juez federal, Cámpora un lameculos desdentado y Apold un vampiresco discípulo de Goebbels. Temían que yo quedase fuera del tablero

por acción del cáncer; entonces el honorable Mercante pondría fin a sus carreras. Juancito me empezó a llenar la cabeza con las presuntas ambiciones de Mercante, asegurando que anhelaba opacar a Perón. Eso me produjo frío. Se lo comenté a Juan, que no dudaba de su lealtad, pero quedó preocupado. Fue un pinchazo de avispa. La paranoia que ya inflamaba nuestro cerebro permitió la entrada de un proyecto adicional: impedir la reelección de Mercante en la provincia, por las dudas. Convenía ponerle hielo a su densa popularidad. Lo

dejamos de invitar a la residencia y creció el distanciamiento. Increíble, pero real. La nuestra fue una actitud ingrata e idiota. Porque jamás Mercante hubiera traicionado a Perón.

En la provincia era probable, pero no seguro, que triunfase el líder radical Ricardo Balbín. Poco antes de los comicios Perón lo metió preso por intermedio del juez Subiza e informó que no toleraba sus agravios. Pero era más astuto de lo que yo suponía, porque no se trataba de sus agravios. La prensa saltó indignada, decía que esa maniobra

quería sacar del juego a un ganador como Balbín. El tema repicó en los titulares. Su condición de mártir acercaba más simpatías que rechazos a su candidatura. Y bajaba las de Mercante. Me llevó tiempo darme cuenta de la maniobra: el encierro de Balbín no era contra Balbín, sino contra Mercante. Al plan lo dibujó Juan tras las insistencias de los tres mosqueteros. Pese a ese recurso, Mercante ganó las elecciones, pero no por mucho tiempo. Después se convirtió en cadáver político y su lugar fue ocupado por el

“caballo” Aloé.

Esa guerra de intrigas fue más compleja aún. Perón insistía que no aceptaba ser reelecto, coherente con su discurso de 1948. Reiteraba su posición ante íntimos y extraños. La prensa lo difundía sin cesar. Varios grupos peronistas se sentían frustrados y realizaban actos para “convencer” a Perón. Algunos fanáticos se lanzaban a viajes extenuantes por miles de kilómetros —a caballo o a pie— para gritar en la Plaza de Mayo: ¡Queremos a Perón! Los opositores repetían que

Perón se hacía rogar, porque era falsa su modestia y fingido su desprendimiento. Los peronistas, en cambio, estaban acostumbrados a creerle siempre, aunque de día dijese que era de noche.

En la reforma de la Constitución se incorporaron las leyes sociales dictadas desde 1943, los Derechos de la Ancianidad que yo había proclamado con énfasis, el voto femenino y se añadió al Preámbulo la trepidante definición peronista de “una Argentina socialmente justa, políticamente soberana y económicamente libre”.

Todas proclamas de deseos sonoros, sin saberse cómo se instrumentaría su efectivización. El nudo radicaba en suprimir el artículo que prohibía la inmediata reelección presidencial. Fue otra jugada maestra. Los convencionales repetían que la supresión de ese artículo no se hacía para Perón, sino para la democracia: “No es democrático imponer al pueblo un presidente que no desea, privándolo del que sí desea”. Se daba por sentado que lo sucedería su mejor espada: Mercante. Pero la reforma se hacía para Perón, sólo que a

través de un laberinto. Tanto él como yo éramos mentirosos compulsivos, basta recordar lo que sucedió en nuestro casamiento.

Mercante presidía la Asamblea de la reforma Constitucional y creía en lo que Perón decía, no en lo que Perón pensaba. De la boca para afuera su jefe rechazaba la reelección. Mercante lo escuchó y fue leal a ese mandato. Redactó un predecreto contra la reelección inmediata. Juancito obtuvo el documento y fue a golpear la puerta de Juan, seguido por sus cómplices. Le

demonstraron la traición de Mercante: “Mire lo que ha hecho”. Juan simuló estupor. Entonces Subiza dijo: “General, ¿me permite actuar a mí?”. Perón asintió. Subiza invirtió el predecreto y dejó a Mercante más trastornado que después de una borrachera.

Yo también estaba confundida. Me enojé con mi hermano y sus crapulosos mosqueteros. Me enojé con Perón, que no terminaba de confesar sus verdaderas intenciones. Me enojé conmigo misma por dejar que ensuciaran al bueno de Mercante. Me puse a llorar porque había

metido la pata en varios huecos al mismo tiempo. Pero al rato se me despejó la mente: Juan quería ser reelecto. ¡Quería ser reelecto, pese a sus declaraciones en contra! Yo debía poner mi carga en favor de ese logro. Aunque Mercante quedase en el camino y yo también.

Muchos seguían despistados. Mientras sesionaba la Convención Constituyente se estaba por mantener la prohibición reeleccionista en el Congreso. Volé al titánico edificio, empujé custodios, abrí picaportes antes

de que me ayudara un paje, recorrí pasillos haciendo retumbar mis tacos e ingresé en el recinto presidido por Cámpora. El que hablaba enmudeció asombrado y yo me largué a putear a los que se negaban a suprimir el artículo 77, que prohibía la inmediata reelección presidencial. Si no me creen, escuchen qué dijo Tito, el chismoso peluquero: Escuchaba a la señora desde acá; y qué boca tenía, ¡mamma mía! Ahhhh...

El descenso de Mercante dejó un espacio que llene sin competidores a la vista. El vicepresidente Quijano era una

figura decorativa; ningún ministro ni sindicalista podía superarme. Al contrario, dependían de mi capricho, porque Perón me dejaba hacer. Desde el regreso de Europa no cesaba de aumentar mi influencia. Como predijo *Newsweek*, yo estaba detrás del trono. Eché a Ivanissevich, porque su insistencia en mi cáncer me ponía loca. Eché al traidor de Bramuglia. Eché al hermano de Lilian por buchón. En cambio protegía a los obsecuentes como Nicolini, Carrillo, Cereijo y otros. Los únicos intocables eran los militares.

De tanto en tanto reunía a varios ministros en la Secretaría, como si fuese una sesión paralela del gabinete. Los interrogaba y adoctrinaba. Cuando estimaba que la reunión había durado suficiente, les decía como una madre harta: “Bueno, ahora rajen de aquí”.

La muerte política de Mercante y el permiso constitucional para la reelección sembró en nuestra gente una fórmula lógica: Perón-Evita (la de Mercante-Eva Perón no era recordada ni por los tarados). Doscientos jefes gremiales fueron a entrevistarse con

Juan para rogarle que aceptara ser reelecto y que Evita integrase la fórmula. Juan no se expidió. Cuando le pregunté, tampoco dio una respuesta clara, lo cual me hizo lucubrar que era positiva. Juan a la presidencia, yo a la vice. ¿Qué mejor?

En el mismo sentido se expidió la CGT conducida por José Espejo. Supuso que nos agradecería un gran acto en el que se nos rogase públicamente ser electos en los próximos comicios. Allí se desempolvaría el antiguo formato del Cabildo Abierto. Espejo confiaba reunir

una multitud que no entraría en la Plaza de Mayo. En consecuencia, eligió la amplísima avenida 9 de Julio, donde fue instalado un palco colosal aureolado por un arco de triunfo enrollado por los colores nacionales. Sobre su centro lucían nuestras fotos gigantes. Las personas afluían como las aguas de ríos caudalosos y llenaron ese espacio desde hora temprana. Nunca se consiguió una aglomeración semejante. Flameaban banderas, se sacudían carteles y pasacalles, algunos revoleaban camisas y pañoletas, otros trepaban a los árboles

y los faroles. Ensordecían los bombos. En varios rincones se cantaba la Marcha Peronista.

A las cinco y veinte de la tarde el locutor se desgañitó: ¡Compañeros, compañeras! ¡A este maravilloso Cabildo Abierto del Justicialismo hace su entrada el excelentísimo señor presidente de la República, general Juan Domingo Perón! La multitud rompió en exclamaciones y aplausos, varios grupos empujaron para ubicarse más cerca, se produjeron remolinos tumultuosos y un oleaje humano rielaba hacia adelante y

atrás.

Mi inexplicable ausencia produjo una reacción inédita. En vez del tradicional ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! se unificaban las voces con un ¡Eee-viii-ta! ¡Eee-viii-ta! Las cámaras de los noticieros captaron un tic en las cejas de Juan; se sintió raro, quizás molesto. Entonces el secretario general de la CGT se apresuró en acercarse al micrófono. Estaba nervioso ante la colosal concentración que había convocado y que no parecía fácil de dirigir.

—Mi General... he aquí reunido el

pueblo de la patria... para decirle a usted, que es nuestro único líder —miró hacia el enorme retrato colgado sobre su cabeza, pero era un retrato que lucía junto al mío, lo cual lesionaba su carácter de “único líder”—, para decirle, como en todas las grandes ocasiones... ¡presente, mi General!

Antes de mi aparición pública hacía falta aumentar el suspenso y la excitación. Me habían instalado en un confortable salón del Ministerio de Salud, que estaba cerca del palco. Era un buen escondite. Allí escuchaba el

desarrollo del Cabildo Abierto y espiaba a la muchedumbre corriendo el visillo de una ventana. Convinimos con el pervertido Apold —guionista de este show— que me vendrían a buscar después que Juan aceptara la fórmula Perón-Evita. Aún no empezaba su discurso para permitir que los fieles descargasen más regocijo. Yo escuchaba con sorpresa y miedo el estribillo ¡Eee-viii-ta! ¡Eee-viii-ta! No es conveniente —me dije—, mi lugar se lo debo a Perón y a Perón hay que vivar antes que a nadie. Así lo fijé en mi corazón, mi

cerebro y mi boca. Apold me hizo una seña tranquilizadora.

Espejo trató de acotar el delirio. Pretendía responder al reclamo de las masas concentradas en mi nombre y no inquietar al jefe. Apretó el micrófono con ambas manos y usó un tono de súplica. Apenas se le oía por los gritos que martillaban a lo largo de muchas cuadras.

—Mi General... Acá notamos una ausencia, la de vuestra esposa, la de Eva Perón, la sin par en el mundo.

La ovación aumentó su volumen. Era evidente —para mí— que Espejo quería distender los probables celos de Perón. Dijo “vuestra esposa” y dijo “Eva Perón”, no Evita. Una doble apoyatura en la preeminencia del hombre: yo era un trozo de su patrimonio y mi apellido era el suyo. No frenó el delirio, sin embargo. ¡Que venga Evita! ¿Dónde está Evita? ¡Queremos a Evita!

Espejo se secaba la frente con la manga de su camisa.

—Compañeros... Tal vez su modestia, que es su más grande

galardón, le impide...

Aumentaron los cánticos y estribillos. El clamor sacudía las estructuras del palco como un temblor de tierra. Entonces Espejo se arrojó al segundo acto de la función diseñada por Apold: pidió permiso.

—Mi General... Permítame, mi General... que vayamos a buscarla, para que esté aquí presente.

Era invierno y bajaba la noche. El noticiero español NO-DO fue implacable. Pegada a la figura de Juan,

su cámara recorría los pantalones de los funcionarios y militares que lo rodeaban, pero concluía fijándose en la raya bien marcada del presidente, como si la hubiese planchado él mismo. Descendió con suspenso hasta detenerse sobre sus brillantes zapatos negros. El izquierdo subía y bajaba denotando impaciencia. ¿Lo impacientaba mi ascenso al palco? ¿El clamor que sólo repetía mi nombre? ¿La ridiculez de esta escena tan cursi? Después la cámara subía hasta el rostro de Juan y documentó su pose, con los labios

apretados y el ceño grave.

Alcaraz me terminó de retocar el peinado al que le hizo un doble rodete. Insistió en maquillarme un poco para disimular mi palidez, que contrastaba demasiado con mi vestido negro.

Seguí a la corte de funcionarios y sindicalistas que me vinieron a buscar. Abandoné el edificio y caminé un corto tramo por el aire libre, tan frío que helaba las orejas. Iba hacia el trono o el cadalso. Mi temblor determinó que me cubriesen con afligidos capotes o ponchos o pieles, no podía ni me

interesaba saberlo. Me condujeron al palco y ayudaron a trepar los escalones de madera. Aunque estaba acostumbrada a los actos masivos, nunca había visto algo semejante, ni en España. A mi derredor bramaba una gritería fenomenal. Subí oscilando entre el orgullo y el terror. Era probable que Perón me abrazara y quedase rubricado mi nombre en la nueva fórmula presidencial. Mi aparición, iluminada por un reflector, redobló la gritería. Mi nombre era lo único que seguía golpeando. Me dolía la garganta y

empecé a lagrimear. Vi mujeres caer de rodillas y unir sus manos en oración mientras me contemplaban en estado de éxtasis. Les arrojé besos. Moví los brazos para saludar, aunque no lo hacía como el inigualable Perón, sino como una mujer a la que ya no le respondían los músculos. Espejo apenas controlaba la angustia que le provocaba el bravío malón de fieles que reclamaban a Evita y marginaban a Perón.

—Pido que proclamemos al general Juan Perón candidato para presidente de la República... —largo titubeo— y a la

señora Eva Perón para la vicepresidencia.

Me di vuelta y abracé a Juan. Necesitaba sus palabras. Pero no las pronunció, ni me besó siquiera en la frente. Percibía su censura. Estaba muerta de miedo y evoqué los abrazos y masajes de Lilian en el viaje a Europa. Espejo anunció mi discurso. Yo no sabía qué decir porque Juan no se había expedido sobre la fórmula. ¿Tenía que aceptar o rechazar el ofrecimiento? Volví a la baranda con las manos temblorosas y balbuceé:

—Yo...

La multitud proseguía sus aullidos y no escuchaba.

—Yo...

Cuando disminuyó el fragor de los gritos empecé a buscar palabras. No tenía pleno control de mi lengua y mi garganta estaba seca. Dije lo de siempre.

—Yo no he hecho nada, todo es de Perón. Perón es la patria, Perón es todo, y los demás estamos a distancia sideral del líder de la nacionalidad. Yo, mi

General —lo miré implorante—, con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados de la patria, os proclamo, antes de que el pueblo os vote, ¡presidente de los argentinos!

La ovación parecía el estampido de un volcán. Giré de nuevo hacia Juan y nos abrazamos. No había dicho nada nuevo ni brillante. Mientras disfrutaba de su cuerpo sólido, alguien que no recuerdo susurró a mi oreja: “Señora, el pueblo está esperando; no nos ha dicho todavía si acepta la candidatura... ¿qué va a responder?”.

Levanté los ojos hasta encontrar los de Juan. Tenían un brillo misterioso. Como casi siempre, le habían agradado mis elogios, pero escamoteaba la respuesta positiva. ¿La estaba reservando para el golpe final? ¿Quería que el espectáculo siguiera hasta convertirse en el más trepidante de la historia? Pero el espectáculo se concentraba en mí, no en él. Yo era la protagonista central, aunque no quisiera. Aunque mi persona fuese un olvidable apéndice de su poder, a Juan debía sonarle raro tanta insistencia en ¡Eee-

viii-ta! y tan escasa referencia a ¡Peee-rón! Espejo captó el conflicto y se precipitó al micrófono; levantó las manos para ser escuchado y miró hacia el infinito mar de cabezas: ¡Compañeros... oigamos la palabra del general Perón!

Juan levantó sus brazos. Mientras saludaba le aparecieron gotitas en la frente. Seguía inquieto porque repicaba el ¡Peee-rón! ¡Peee-rón! alternando con ¡Eee-viii-ta! ¡Eee-viii-ta!

Su voz de barítono se extendió como un manto apacible.

—Compañeros... Sólo los pueblos fuertes y virtuosos son dueños de sus destinos.

No pude memorizar ese discurso. Miraba hacia las olas y vi cómo se prendían fogatas. Pronto se multiplicaron las llamas que permitían apreciar el movimiento brioso de pañuelos, banderas y carteles. El pueblo estaba ahí, agitado, caliente, pero yo no lo podía tocar. Miraba a los que estaban más cerca, en el suelo, junto al palco. Sus rostros parecían las máscaras que se usan en los teatros, con las bocas y los

ojos desmesuradamente grandes, con una dentadura a la que le faltan piezas, con pelos de alambre. Vestían sacos gastados, sobretodos con manchas, camperas rotas, ponchos color tierra, gorros de lana. Me querían besar y yo a ellos. Eran la masa idealizada, sufriente y desesperada por mí. Eran pobres. Demostraban que no habíamos terminado con la pobreza, que no instalamos el paraíso. Un tábano me cruzó para decir que si dejaran de ser pobres, no estarían allí con tantas lágrimas ni fanatismo. El fanatismo

viene de la ilusión. La ilusión de que Juan y yo y nuestros regalos son milagrosos. Cuando volvieron a acercarme el micrófono para responder a la tenacidad de la multitud respiré profundo, sacudí mis manos y decidí arrojarme al vacío.

—¡Queridos descamisados!
¡Queridos míos! —tiritaban mis labios, sentía débiles las piernas—. Les pido a las mujeres, a los niños, a los trabajadores aquí congregados, que no me hagan hacer lo que nunca quise hacer... Por el cariño que nos une, les

vido que, antes de tomar una decisión tan trascendental en la vida de esta humilde mujer, me den por lo menos cuatro días para pensarlo.

El bramido saltó como lava de volcán. ¡No-no no! ¡Evita hoy!

José Espejo estaba trastornado. Giraba como un trompo. Agonizaba. Miraba a Perón, a mí, a la gente y comprendía que se había metido en una trampa. Congregó a un millón de personas para el gran Cabildo Abierto que amenazaba convertirse en la frustración del siglo. Había supuesto que

Perón aceptaría la fórmula. Yo pensé lo mismo, por eso esperé y me preparé en el Ministerio contiguo, según el goebbeliano plan de Apold. Por eso seguí a la delegación que vino a buscarme y subí al palco con una mezcla de optimismo y muerte. En los próximos minutos recibiría el reconocimiento por mi lealtad de fierro a Perón y por mi agotadora tarea social. Pero Juan se estaba inclinando a dejarme fuera de la fórmula presidencial, se notaba en la seriedad de su rostro. Seguro que no había conseguido persuadir a los

militares o no le gustaba que mi popularidad compitiera con la suya. Apreté el micrófono como si fuese un madero en el mar.

El demandante clamoreo me obligaba a decir algo.

—¡Compañeros! Entiéndanme. No renuncio a mi puesto de lucha... renuncio a los honores.

Esas frases provocaron más fuego. Se agitaron las antorchas, decididas a provocar un incendio si no se satisfacían sus demandas. ¡Con-tes-te! ¡Con-tes-

te!... ¡Di-ga-que-sí!

—Compañeros... Cuando vine había pensado en otra cosa —mentí exhausta—. Había pensado en otra cosa, pero al final —mi rabia me hizo cambiar en un segundo—, ¡haré lo que el pueblo quiera!

Solté el micrófono, solté el madero y estaba por hundirme en el palco.

La ovación subió hasta las estrellas, desbocada. ¡Dijo que hará lo que el pueblo quiera! ¡Aceptó! ¡Aceptó! ¡Eee-viii-ta! ¡Eee-vii-ta!

—Mañana...

¡Hoy! ¡Hoy! ¡Ahora!

Me volví hacia Juan ennegrecida por las lágrimas. Pedía su ayuda, su consejo, su decisión. Pero no llegaba su decisión. Vino algo peor: sus labios afinados por el disgusto dijeron: ¡Pediles que se vayan!

Atragantada, volví a comprimir el micrófono.

—Compañeros —mi voz sonaba suplicante, final—. Por el cariño que nos une... Les pido que no me hagan

hacer lo que no debo hacer. Yo les ruego como amiga, como compañera... —y volví a obedecer a Perón— que se desconcentren.

¡No! ¡No! ¡Eee-viii-ta! ¡Aceptación o paro! ¡Paro general!

—El pueblo es soberano. Yo acepto...

No me dejaron seguir. La gente comenzó a saltar, las antorchas bailaban, se movieron como nunca las banderas y pañoletas; de los balcones caía papel picado.

¡Aceptó! ¡Aceptó! ¡Eee-viii-ta! ¡Dijo que aceptó! ¡Dijo que aceptó!

Me desesperé, porque no era lo que debía transmitirles. Desde el palco negaba con la cabeza.

—¡No, compañeros!... Se equivocan... Quise decir que acepto lo que me propone el compañero Espejo... Que mañana al mediodía...

Silbidos. Era un sonido nuevo. Jamás se silbaba en los actos peronistas. El silbido simboliza indignación. ¡Ahora! ¡Ahora mismo!

—Les pido un poco de tiempo. Si mañana...

¡No! ¡Ahora!

Giré desmoralizada hacia Perón, mis labios dibujaban la pregunta decisiva: ¿qué hago ahora? Me acerqué para que me respondiese al oído. Susurró: No te pueden obligar. Decidí enfrentar la exigencia. Entre Perón y el pueblo, opté por Perón. Me da bronca, pero fue así. Traicioné al pueblo que tanto amaba.

—Compañeros... ¿Cuándo Evita los ha defraudado? ¿No se dan cuenta en

este momento de que para una mujer, como cualquier ciudadano, la decisión que me reclaman es trascendental? Les ruego tan solo unas horas...

¡Ya! ¡Ya!, repitieron al ritmo de los bombos durante cinco minutos, diez, quince, dieciocho minutos según las estadísticas. Fue el reclamo más extenso de la historia humana.

No pude contener un río de mocos. Empapé pañuelos, me pellizqué las mejillas. Era demasiado. Nunca padecí tanta indecisión. La indecisión duele. Unas agujas me pinchaban el bajo

vientre para recordarme que la muerte rondaba con impaciencia. Agotada, volví al micrófono. No podía abandonar a mi pueblo, como lo estaba haciendo. Mi pueblo merecía la verdad. O algo de verdad. Con el desparpajo que heredé de mi madre y que aprendí a usar para sobrevivir, me lancé a las fieras. *Alea jacta est*, como decía Perón.

—Compañeros... esto no sorprende. Desde hace tiempo sabía que mi nombre se mencionaba con insistencia. Y no lo he desmentido. No lo desmentí por ustedes y por Perón, porque no había

nadie que se le pudiera acercar ni siquiera a la distancia —¿para qué ese elogio idolátrico en estas frases?—. El General, al usar —¡dije usar!— mi nombre, se podía proteger momentáneamente de las disensiones.

Era una declaración catastrófica producida por mi agotamiento físico y emocional. Revelé que había disensiones, que el General debía protegerse y que me usaba, sí, que me usaba para beneficio de su poder. Advertida de mi error, no lo quise mirar en ese momento porque sus ojitos

brillantes me habrían fulminado. Mi pausa permitió que volviesen a explotar los estribillos. Tenía que ponerles fin, él me dijo que desconcentrara esa manifestación.

—Esta noche... Son las siete y cuarto. Yo, esta noche... por favor... A las veintiuna y treinta de esta noche, yo, por la radio... —necesitaba un pedacito de tiempo para hablar con Juan a calzón quitado, de una santa vez.

¡A-ho-ra! ¡A-ho-ra!

En el palco reinaba tanta tensión

como sobre la avenida alfombrada de reciedumbre. Se cruzaban las voces. Yo jadeaba y lo transmitieron los parlantes. Perón dio la espalda a la baranda para que el micrófono no reprodujera su orden: “¡Levanten el acto ya mismo!”.

Espejo sudaba como un caballo, su pañuelo chorreaba más que su nuca. El enojo de Perón le producía vértigo. ¡Compañeros! —exclamó con sus últimas fuerzas—. La señora... La compañera Evita nos pide sólo dos horas de espera. Vamos a concederle ese tiempo... Pero vamos a quedarnos aquí

hasta que nos dé su resolución... —me miró para recibir una sonrisa agradecida; luego a Perón, que frunció el ceño.

Con un arranque idéntico a los de mi madre, lo aparté del micrófono y grité desde mis pulmones hartos:

—¡Compañeros! Como aconseja el general Perón, yo haré lo que el pueblo quiera.

Las antorchas se elevaron de nuevo como si esta vez se hubieran desprendido de las manos para alcanzar

el cielo. Un par de reflectores recorrió cientos de miles de cabezas, banderas, pañuelos y bocas repicando ¡Eee-viii-ta! ¡Eee-viii-ta!

Entonces Juan se arregló el cinturón, separó a Espejo y me atrajo a su cuerpo con el brazo derecho. El izquierdo se elevó para saludar. Era un saludo victorioso, fraternal y alegre. Era el saludo que había empezado a usar en los míticos comienzos de su carrera. Supe que mi corazón iba a estallar. Perón decidió hablar de nuevo y la multitud disminuyó respetuosa el volumen de sus

gritos. Se extendió un silencio cargado de expectativa. Cuando los oídos estuvieron listos para escuchar al líder, pronunció su bronco y convocante ¡Compañeros! Era una palabra que en sus labios sonaba diferente, no como en los míos, de Espejo o de cualquiera que pretendiese imitarlo. Me miró con ternura paternal. Comprendía mi sufrimiento y mis contradicciones. Observó a derecha e izquierda para recordar quiénes lo acompañaban en el palco durante esa jornada alucinante. Había militares, sindicalistas y

legisladores. Entonces lanzó palabras que me dejaron muda.

—En este maravilloso Cabildo Abierto que recuerda al de 1810, cuando se exclamó “el pueblo quiere saber de qué se trata”, estoy listo para transmitirle a este pueblo, a este pueblo maravilloso, de qué se trata. Se trata de proclamar a la querida Evita como mi compañera de fórmula presidencial. Será una fórmula invencible, el carro triunfal de la victoria.

¡Cuánto deleite producen los sueños!

35

Hacia las 20.25

Quien fue elegido para la candidatura a la vicepresidencia de la Nación fue

Hortensio Jazmín Quijano, el mismo viejo cargado de patillas y bigotes que ya lo había acompañado con su traje fúnebre en 1946. Nunca se cepillaba la caspa de las hombreras, por lo cual yo le decía “doctor Mar Caspio” cuando estaba de buen humor. No se lo prefirió por mi estado de salud. No. Tenía un cáncer avanzado y no se sabía quién de los dos llegaría primero al otro mundo. Lo eligieron a él, claro, pero murió primero, sin poder siquiera asumir. Fui a su velorio. Increíble, ¿verdad? Curiosas vueltas del destino. O irónicos cortes de

manga.

En esa atmósfera enrarecida se produjo una intentona de golpe de Estado. Mi “renunciamento” había reconciliado amplios sectores de las Fuerzas Armadas con el presidente. Por eso, antes de que las tropas sublevadas salieran de los cuarteles, el levantamiento fue abortado con el súbito arresto de sus cabecillas. Pese a ese alivio, se hacía evidente la decadencia del régimen. Ya no era tan poderoso ni eterno. La CGT, para no disminuir su protagonismo, convocó a una

concentración en la Plaza de Mayo para condenar públicamente a los traidores. La multitud se sorprendió por mi ausencia en ese acto. No sabía de las sordinas que se podían aplicar desde el palacio. En efecto, para evitarme un shock, se decidió ocultarme todo. Me mantenían secuestrada en la residencia bajo la vigilancia de médicos y servidumbre. Los ruidos en la calle y cierta percepción que aguza los sentidos me hicieron captar el choque de espadas. Les vomité mi furia hasta que confesaron la verdad: sí, hubo una

intentona de golpe. Exigí hablar por radio, porque mi ausencia en el acto de la CGT podía interpretarse como derrota o como miedo. Miedo incluso al golpe. Apold se aplicó a organizar la transmisión de mi palabra, pero se demoraba por instrucciones de Juan, que no quería encrespar las divisiones. Llamé al engendro de nuestro Goebbels y se tuvo que cubrir el rostro ante las puteadas que le rompieron la cara. Cuando por fin tuve el micrófono delante de la boca, perdí los frenos y comuniqué mi angustia. Dije lo que no

necesitaba decir: “¡Compañeros, rueguen a Dios que me devuelva la salud!” Al instante comprendí mi error y procuré corregirlo con más palabras: “No por mí, sino por Perón y por ustedes, mis descamisados”.

El veto a mi tan deseada candidatura fue un lanzazo que traté de ocultar. Perón sabía que fue cruel y cobarde, que me sacó del medio para satisfacer a sus machistas camaradas del Ejército y acallar las crecientes protestas por la decadencia económica del país. Yo, su objeto más usado, había sido

manipulado sin lástima. Entonces decidió purgar unos milímetros de su culpa otorgándome la Gran Medalla Extraordinaria por mi *renunciamiento*. “Grande”, “Extraordinario”, “Renunciamiento”, palabras falaces, pero hipnóticas. Había que tapar, distraer y confundir. Desde entonces la patada que me dieron en el culo empezó a llamarse *Renunciamiento* con mayúscula. Medallas había recibido a montones; las tenía bien guardadas y clasificadas, porque me hacían recordar capítulos de gloria, como mi mágica gira

européa. Pero no me nublaban la mente como antes. Una se acostumbra a todo.

Quise que los golpistas fueran fusilados. No merecían vivir, ni siquiera entre los soretes de una letrina. Eran un mal ejemplo para las Fuerzas Armadas, porque demostraban que se podía derrocar a Perón. Insistí en mi postura y hasta provoqué el ruego del padre Benítez para que no cometiese una afrenta a la piedad cristiana. ¡La afrenta es la de esos hijos de puta!, repliqué. Perón no quería “mancharse con sangre” y se impuso. ¿Era por sabiduría, bondad,

cálculo o miedo? Nunca lo pudo descifrar. Lo cierto es que apenas los conspiradores entraron en la cárcel llamé a un reducido grupo de sindicalistas y un militar que gozaban de mi confianza para una reunión secreta. Les expliqué algo que se negaban a aceptar. El modelo festivo de los primeros años se acababa, no alcanzarían los fondos para seguir jugando a los Reyes Magos y la oligarquía usaría el descontento popular en su favor. Perón me lo repite a diario, agregué. Los ojos de mis invitados

expresaban que ya no sólo les preocupaba mi salud física, sino la mental. Estaba loca. No, no estoy loca —les dije rechinando los dientes—. Debemos ser previsores. Los he convocado para que compren cinco mil pistolas automáticas y mil quinientas ametralladoras, que serán entregadas al pueblo en caso de una asonada militar. No confío más en los militares.

Ardo de furia al recordarlo. Perón no estaba de acuerdo en armar grupos ajenos a las instituciones legales. Tras mi muerte se apoderó de esas armas y

las donó a la Gendarmería. La Gendarmería, cuando se produjo el golpe que lo echó del poder, las usó en su contra. Lo tenía merecido. Hasta los genios pueden ser pelotudos.

Encaucé mi resentimiento multiplicando las buenas obras. Era una cristiana forma de venganza. Recorrí agónica la inauguración de cuatro nuevos hogares de ancianos, ocho hogares-escuela, once policlínicos y una clínica para enfermos pulmonares, doscientas proveedurías. En mi derredor se decía que me devoraba el cáncer,

pero más graves eran los síntomas de mi locura. Disiento: no estaba loca, sino que ponía la política al servicio de la política, no solo del pueblo. Había aprendido.

La nueva y última concentración del 17 de Octubre a la que asistí fue destinada a tirarle flores a mi Renunciamento. Era una hipócrita forma de hacer olvidar el bochorno del Cabildo Abierto y sacarle más jugo a mi popularidad, que superaba por varios puntos a la de mi marido. Hasta ese momento mis discursos estaban

consagrados a Perón, cuyo nombre tamborileaba en mis labios con el ritmo de una marcha. Pero en esa ocasión, por primera vez en mi vida, no fui yo quien se deshizo en llevar hasta el cielo al maravilloso General, sino que el General me exaltó como su “mujer incomparable de todas las horas”. Yo vestía un oscuro *tailleur*, tenía los labios pintados y mi cabellera tiraba hacia el rodete en la nuca. Estuve tan emocionada que me sobrevino un ataque de pánico, igual a los que tuve en mi atormentada carrera artística. Pero debía

hablar, agradecer. La multitud exigía mi palabra. Apenas sostenida por mis piernas, comprimí el micrófono. Mi garganta estaba seca, como en las últimas apariciones a las que no quería faltar. Confesé haber dejado en el camino jirones de mi vida. Mi voz se reproducía con irregularidades, por la debilidad de mis pulmones o la clemencia de los parlantes. Hice llorar diciendo lo de siempre. Pero sonaba distinto, como la música que infla el interior de las iglesias. Muchos cayeron de rodillas. Yo creí desmayarme y me

abandoné en los fuertes brazos de Juan. Mi cabeza pegada a la camisa de su pecho fue captada por la cámara de televisión que había montado Yankelevich para satisfacer mi pedido.

Se había pactado de forma tácita el encubrimiento de la tenebrosa verdad. Con la excusa de hacerme estudios fui internada en el Policlínico Presidente Perón que había construido la Fundación Eva Perón (la palabra Perón era objeto de una exageración tan obscena que ahora me avergüenza). Tenía hemorragias más frecuentes que las

menstruales. El doctor Raúl Mendé convocó a un célebre especialista de Córdoba llamado Humberto Dionisi. Me enojó la llegada de este ginecólogo, porque tenía fobia a los ginecólogos debido a sus exámenes indecentes. Mi adelgazamiento, debilidad y hemorragias me obligaron a ceder. De mala gana, por supuesto. Dionisi actuó con la misma prudencia que el execrado Ivanissevich, pero fue más lejos: extrajo una biopsia del cuello de útero. A los pocos días me informaron que el análisis histopatológico revelaba un

fibroma benigno. No era fibroma, ni era benigno: era cáncer. Pero la minuciosa investigación clínica y radiológica no había detectado metástasis. Algo bueno en medio del huracán. Me aplicaron radioterapia para destruir la zona enferma. La junta médica concluyó, sin embargo, que no era suficiente y debía ser operada. Perón estuvo de acuerdo. Sin avisarme —¡cómo se estilan los secretos en las cortes!— convocaron a uno de los más importantes cirujanos de Estados Unidos, George Pack. Nunca, ni antes de morir, me revelaron su nombre

ni su intervención. Más secretos, más mentiras. Pack fue instalado en la residencia presidencial de Olivos. Me examinó bajo anestesia, para que no lo viese ni oyera. Su diagnóstico fue sombrío. Indicó una histerectomía total inmediata. Pero en vez de operarme cuanto antes, regresó a Nueva York. ¿Por qué? Una simple insinuación de mi marido lo hubiera hecho permanecer y terminar su trabajo. No fue así. Otro misterio. Me impusieron una larga y riesgosa espera que duró cuarenta días. Una cuarentena. La cuarentena se usaba

para los leprosos en el Israel antiguo — me explicó Benítez— y fueron los días que Jesús pasó en el desierto. Como el asunto iba para largo y las hemorragias se volvían más frecuentes, me tuvieron que hacer transfusiones de sangre. Yo sabía que estaba indicada una operación ginecológica, pero nadie la quería mencionar. Jugábamos a las escondidas. La palabra “cáncer” estaba prohibida, aunque rondaba como un tábano. Los médicos mentían y yo mentía a los médicos. Estaba condenada a vivir en la mentira, porque nací con la mentira a

cuestas y la cabalgué sin cesar.

Me operaron sin decir de qué me operaban. Se efectuó la extirpación total de la matriz y sus anexos. El examen histopatológico confirmó su malignidad. No obstante, George Pack tuvo esperanzas, porque había completado una minuciosa limpieza. Se fue sin que yo lo viera ni me enterase de su protagonismo. Dicen que se negó a cobrar honorarios, pero seguro que Juan lo habrá retribuido con la generosidad que se tiene con los fondos ajenos. Antes de subir al avión impartió

consejos optimistas: Díganle que coma, que no tenga miedo de engordar y vivirá un siglo. Yo no supe de esas palabras, porque se mantuvo la versión de que la cirugía fue realizada por Ricardo Finochietto.

Una de esas noches alguien pintó en el muro del Palacio Unzué “¡Viva el cáncer!”. Tampoco me enteré.

En el penúltimo mes de ese año tuvieron lugar los comicios presidenciales. Era la primera vez que votaban las mujeres. No tenía fuerzas para dirigirme a las urnas y una de ellas

fue traída hasta mi lecho. Voté bajo los flashes de los fotógrafos. Era la confirmación de mi triunfo. No sabía que el joven fiscal encargado de controlar mi voto se convertiría en un escritor célebre. Pero recordaba que años atrás estuve tiritando de frío y otro escritor me hizo derramar el café con leche sobre mi falda, puso una rodilla en el suelo y con la mano sobre el corazón me pidió disculpas. Aquel se llamaba Roberto Arlt. Y el joven fiscal que yo desconocía se llamaba David Viñas; contempló el ambiente y después

escribió que “asqueado por la adulonería que encontré en torno a Eva Perón, me conmovió la imagen de las mujeres que afuera, de rodillas, rezando en la vereda, acariciaban la urna que contenía el voto de Eva y la besaban; fue una escena alucinante, digna de Tolstoi”.

Perón obtuvo una victoria superior a la de seis años atrás, pero a mí me preocuparon los miles de votos en blanco. “No son contreras”, dije, “son peronistas decepcionados por el modelo corrupto que predomina en esta administración; estamos perdiendo a los

mejores. El modelo tiene grandes fallas.” Cuando dije todo eso me contemplaban con el asustado resplandor que producen los locos. Pero no estaba loca: la cercanía de la muerte me daba mayor lucidez.

En Navidad pude salir a los jardines de la residencia y entregar juguetes a los niños. A sus padres les regalaba sidra y pan dulce, de la misma forma que se hacía caudalosamente en las unidades básicas de todo el país. Jesús repartió pan y vino, yo repartía sidra y pan dulce. Después me acusaron de introducir la

cultura de la mendicidad. Puede ser. Pero yo no los veía como mendigos.

Por momentos parecía mejorar, con más apetito y más fuerzas. En enero realicé un viaje a bordo del *Tacuara*. Recorrí el Delta lujurioso de vegetación y avancé aguas arriba por el río Paraná, en cuyos bordes saludaba el intenso rojo de la flor de ceibo. Los pobladores me reconocían al verme sentada sobre cubierta. Corrían a arrancar flores y me las arrojaban con gritos de amor. Recordé los pétalos que me llovieron en Madrid, Sevilla y Barcelona. Es notable

cómo antes del fin se tornan más fuertes las escenas del pasado.

De regreso programé recibir en la Residencia, a diario, ministros, obreros y delegaciones femeninas. Yo estaría sentada sobre almohadones y me asistirían los colaboradores de la Fundación. Esa metodología ayudaba a calmar mi ansiedad. Fueron jornadas espléndidas, con miel y hasta risas. Todos se encandilaban —así decían— por mi buen aspecto. Pero me di cuenta de que hasta se hacía trampa con mi balanza. Un monstruo me estaba

comiendo de forma implacable, por más tozuda que fuese mi resistencia. Una nueva biopsia reveló a los médicos que el cáncer proseguía su expansión. El doctor Pack confesó que no salía de su asombro, no era lo que esperaba. Esos detalles, por supuesto, se me seguían ocultando. Yo lo presentía. Mi muerte avanzaba rápido, pero mis ganas de vivir pudieron hacerme aguantar hasta más allá de los pronósticos.

Cuando me trajeron las pruebas finales de *La razón de mi vida*, estallé en sollozos. Era un puñetazo a quienes

me calumniaban por mi ignorancia. ¡Escribí un libro! ¡Nada menos que un libro! Aunque lo había dictado y sufrió más cortes que una vaca descuartizada, era un libro, mi libro. Decidí leer algunas de sus partes a un círculo de amigos. Me acomodaron y cerraron todas las ventanas para que no se filtrasen ruidos que perturbasen mi anémica voz. En esas páginas encontraba frases que había repetido muchas veces; me causaba un urticante placer descubrirlas en letras de molde. Parecían de otra persona, más genial que

yo. Pero era yo. Entre los asistentes se destacaba el príncipe Bernardo de Holanda. Me había traído la Gran Cruz de la Orden Orange-Nassau de los Países Bajos. Pero, en lo esencial, había venido para cumplir con mi solicitud que estimaba urgente: cinco mil pistolas y mil quinientas ametralladoras para armar al pueblo.

36

Últimas palabras

Mi último discurso lo pronuncié desde el balcón de la Casa Rosada el 1°

de Mayo de 1952. Bajo mi apergaminada piel corrían llamas de ira: no podía caminar, mi delgadez no era resuelta ni por los espejos cóncavos, tenía llagas grises en la nuca por la excesiva radioterapia. Hasta me cabía la máxima de que los remedios son peores que la enfermedad. En mi corazón criticaba a la Virgen. Cuando instalaron delante de mi cara el micrófono, salieron cañonazos contra los enemigos. Los necesitaba mencionar y triturar, convertir en monstruos más horribles que los del infierno, ponerlos al alcance

del escarmiento popular. Mi voz ronca levantaba el volumen cuando asociaba el enemigo externo con el interno, que era el mismo Perón (y ahí me frenaba una extraña vuelta de tuerca). Sabía que mi entrega a Perón no había sido ni sería jamás recompensada por ese hombre frío, contradictorio y calculador. Pedí que lo cuidaran, sin embargo. Y con ese ruego anunciaba mi partida. Dejé entrever dudas sobre la fortaleza del General, cosa que nunca hubiese cometido. En mi boca se encendieron los carbones cuando grité: “Le pido a

Dios que esos insensatos no se atrevan a levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ellos ese día!, mi General. ¡Yo, muerta o viva, saldré con el pueblo trabajador, saldré con las mujeres de mi pueblo, saldré con los descamisados de la Patria para no dejar en pie ni un solo ladrillo que no sea peronista!”.

Hablaba sin pensar. Las frases se armaban solas, impulsadas por el combustible de la angustia y el resentimiento. No debía morir y me estaba muriendo. No debía insistir en que cuidaran a Perón, porque quien

necesitaba ser cuidada era yo, un trozo de carne podrida que se disputaban los perros de dentro y fuera del peronismo.

Juan me sostenía por la cintura con ambas manos, ya no servían mis piernas convertidas en fideos. Una multitud fuera de sí despellejaba sus gargantas con gritos y consignas. Me contraje como un ovillo y fui levitada por varias manos hacia el interior del edificio. Me depositaron en un sofá. Mi respiración se había vuelto rápida y superficial. En ese momento un simple chispazo podía desenchufarme de la vida.

Pero aguanté. Aguanté más de lo que sospechaba la medicina y tal vez quería el cielo. El 7 de mayo celebré mi cumpleaños en familia. Hacía siete años que me había casado. “Celebré” es una forma de decir, claro. Me rodeaban Juan, mamá, mis hermanas, Juancito y mis cuñados. Pese a los disimulos, se trataba de una fiesta lúgubre. Cumplía treinta y tres años, los mismos que tuvo Cristo al ser asesinado. Además, ese era mi peso. Pura cábala, divertida e inútil.

El 4 de junio asumiría Perón su segundo mandato. Yo quise asistir al

Congreso Nacional y acompañarlo en el automóvil que cubriría la distancia entre ese edificio y la Casa Rosada. Me enojé cuando fui advertida de que era invierno, que no aguantaría ni una cuadra. ¡Ni loca me quedo en la Residencia! —protesté. Estaba agónica, con los pies al otro lado del mundo, pero mi voluntad y mi carácter seguían prendidos a este. Hubo conciliábulos de los que no quise enterarme siquiera, sólo me importaba acompañar a Perón. Estuve a su lado la primera vez y estaría también en la segunda. Entonces se

encendió la luz en alguien de mi entorno, que propuso imitar la astucia de los españoles con el Cid Campeador. Era ya un cadáver, pero igual ganó otra batalla. La ganó estando muerto. Me inyectaron una dosis adicional de morfina, me vistieron con un amplio abrigo de piel que ocultaba el soporte que me hacía parecer orgullosamente erguida y se disimuló un cinturón ancho fijado al vidrio del automóvil descubierta que me mantuvo derecha junto al presidente en el lento recorrido. También quería saludar a la multitud que me ovacionaría

y para eso dos traumatólogos me enyesaron el brazo derecho para que pudiera responder al fervor de la calle con mi mano siempre en alto. Fue un truco de magia, una circense mentira que coronaba el largo collar de mentiras con las que enjoyé mi paso por la tierra.

De todos modos, se esperaba que exhalase mi último suspiro en cualquier momento. Cada vez que expelía el poco aire que conseguía introducir en mis pulmones, lo hacía con el temor de que no volviera a repetirse.

Para no interrumpir el sueño de Juan

con mis gritos me habían trasladado a una habitación alejada de la suya. No tuve ganas de quejarme, era preferible que por lo menos él durmiese bien. Además, mi cuerpo empezó a emitir un fuerte olor que se trataba de disimular con perfumes. Una enfermera me confesó que los ginecólogos suelen detectar las enfermedades del útero por el olor, lo cual no me pareció exagerado, porque esos especialistas están más cerca de los demonios que de los santos. El nuevo dormitorio se parecía a un cuarto de hospital, blanco,

limpio, con dos camas: la mía y la de las enfermeras. Las calumnias se ocuparon de insistir que Juan espaciaba sus visitas porque mi enfermedad le causaba asco. ¿Eran sólo calumnias? Desde el Colegio Militar se distinguió por su prolijidad extrema. Además, mi degradación física chocaba con su anhelo de tener las cosas bajo control.

La prisión de mi impotencia levantaba remolinos con la basura de mis años difíciles. El pasado y el presente se unían en un baile macabro. Si mis dedos hubiesen sido fuertes habría hecho

años mi cama, destrozado el colchón, pulverizado los silloncitos y hasta quebrado los mármoles del piso. Dicté un testamento incendiario. Quería convertir en cenizas el antipueblo, la oligarquía, los comunistas, el imperialismo, los contreras y otros fantasmas que ni siquiera podía entrever, pero rondaban cerca, muy cerca. Quería vengar un poco más mis años de mierda y mi final de mierda. No captaba en esos momentos de rabia espumosa que había entrado en un delirio que parecía coherente y sabio, pero nada tenía de

coherencia y menos de sabiduría. No existían el pueblo ni el antipueblo, ambos eran ficticios, una división pueril para enajenar a las multitudes y conservar el garrote del poder. Las dos palabras —pueblo y antipueblo— son difusas, porque contienen a todas las clases, aspiraciones, frustraciones, logros, risas y lágrimas de los seres humanos. La condensación en dos entidades uniformes en su interior y opuestas en su exterior sólo engañaba a la emoción, nunca a la racionalidad.

El pueblo era quienes me querían; por

eso lo idealizaba como si fuese mi íntima familia. En el testamento legué alhajas y bienes a Perón y el pueblo (otra vez el indeterminable pueblo) para la construcción de viviendas. No se construyeron esas viviendas porque regían la arbitrariedad, el descontrol administrativo y un apuro por cerrar un agujero con el tapón de otro. Ya el voceado modelo justicialista había comenzado a hacer agua por su agujereada moral.

Entre varias mujeres me vestían para recibir en un gran sillón de terciopelo

violeta con almohadones bordados en oro a los dignatarios que me traían condecoraciones de muchas partes que ni ubicaba en el mapa: la Orden de los Oméyades, el Águila Azteca, la Orden de Malta, la gran cruz de la Orden del Sol, condecoraciones de Haití, Líbano, República Dominicana, Ecuador y qué sé yo cuántos lugares más. En los pergaminos me decían Ilustrísima, Honorable, Excelentísima, Magistral, Admirable. Se había desencadenado una competencia de honores. Una competencia burda, porque se hacía a

quien ya ni tenía fuerzas para decir gracias. O para demostrarle a Dios que se equivocaba al arrancarme de la vida. El Congreso me encumbró a Jefa Espiritual de la Nación, lo cual suscitó murmullos entre las sotanas —me confesó el asustado padre Benítez— porque semejante nivel resbalaba hacia lo pagano o hereje. Al mismo tiempo, sin fijarse en las contradicciones, empezaron los trámites para mi beatificación. ¡Mi beatificación! ¡Quedaba tan chiquito el título de marquesa pontificia que me había

negado la Santa Sede!

A lo largo y ancho del país se inauguraban bustos con mi cabeza. Una senadora dijo en la Cámara que Eva Perón es el honor de los honores y no aceptaba que me comparasen con ninguna otra mujer de la historia. La diarrea de ditirambos llegaba a niveles grotescos. Otra senadora fue aplaudida al decir que Eva Perón resumía lo mejor de Catalina de Rusia, Isabel de Inglaterra, Juana de Arco e Isabel la Católica, pero multiplicando sus virtudes hasta la enésima potencia.

Claro que esa legisladora no tenía idea (yo tampoco) de los crímenes que se atribuían a esas reinas, excepto a la pobre Juana de Arco, que no fue reina.

Nombres intocables pasaban a ser los míos: la capital de la provincia de Buenos Aires dejó de llamarse La Plata para convertirse en Eva Perón. La provincia de La Pampa fue bautizada Eva Perón (la del Chaco Presidente Perón, no vaya a irritarlo la envidia). El culto de la personalidad convertía en un piojo al megalómano de José Stalin.

Juan había indicado a Benítez que

preparase a la gente para mi próximo fin. Ni corto ni perezoso organizó una misa multitudinaria alrededor del Obelisco que concentró un millón de personas apretadas en silencio. Los ojos húmedos de esa gente llevada por todos los medios posibles de locomoción permanecían fijos en el grandioso altar con mi foto enorme e impotente, desde donde se dirigía el servicio. El sermón estuvo a cargo del propio Benítez. Trataron de que sus palabras no llegasen a mis oídos, porque me colapsarían. Rogó por el milagro de mi salud

recuperada, pero ante esa imposibilidad, hizo una hábil cabriola retórica y demostró que el milagro ya se había producido, porque el pueblo había vuelto a ser cristiano por obra y gracia de una mártir como yo.

Una semana antes de mi muerte los tres poderes de la República me concedieron el reconocimiento máximo con la Orden del Libertador General San Marín, creada exclusivamente para mí. En mi devastado corazón los recuerdos se entretejieron como las ramas secas en los vientos de la pampa. Aquella niña

escuálida que no quiso mirar el cadáver de su padre, que fue objeto de burlas en la escuela, que llegó tiritando a Buenos Aires, que recorrió senderos nocturnos con hambre, que se revolcaba en cuchitriles, que mendigaba contratos, llegó a convertirse en pocos años en una heroína. El ostentoso collar de esa Orden respondía a un diseño ingenuo, inconscientemente adecuado para mí. Se enhebraban los escudos de todas las provincias y en el medio refulgía el de la Nación. Había cóndores, laureles y sables alusivos al Libertador, y su efigie

en oro estaba rodeada por rayos de platino. Sólo faltaban las imágenes de Perón y Evita, lo cual habría sido la culminación de tanta farsa. El collar pesaba demasiado, era un cargamento de esmeraldas, brillantes y rubíes, cuyo precio alcanzaría para solucionar los problemas de millones de pobres.

La misa ante el Obelisco tuvo secuelas, porque comenzaron a celebrarse en muchos pueblos, en las montañas, en las llanuras. Algunas se transmitían por radio, pero mis enfermeras se ocupaban de mover el

dial para que yo no las escuchara. Seguía rigiendo el mandato del embuste. Era ridículo, pero hacía bien. Pese a la consistencia de las evidencias, ellos y yo simulábamos ignorar la verdad.

Paco Jamandreu venía con folletos satinados para mostrarme fotos de la India, Egipto, Sudáfrica, el Caribe. ¡Cuando estés curada iremos para allí! —exclamaba exultante. Sabíamos que la cura no llegaría jamás, pero él agitaba sus manos y yo asentía con la cabeza. Mamá y mis hermanas me visitaban a diario. Les pedía que se sentasen

alrededor de mi cama. Las contemplaba con inmenso cariño, porque captaba su mordiente preocupación bajo el disimulo de sonrisas y gestos apacibles. Decidí serles sincera y abrirles mi alma. Apreté la mano de mi madre, que tenía bien pintadas las uñas y usaba hermosos anillos. Dije que las amaba y me despedía. “Dentro de muy poco moriré.” Mis hermanas no pudieron contener su llanto. Mamá me contempló muda, subían y bajaban los cartílagos de su garganta, sentí la compresión desesperada de su mano sobre la mía y

estalló en un grito largo, larguísimo. Cuando volvió la calma —relativa calma—, dije con una sonrisa: “No me tomen tan en serio, fue un chiste”. Volvieron a llorar.

Con Benítez hablaba de religión, porque ya no tenía qué confesar. Supe que Juancito había contraído la sífilis, un castigo coherente con sus aires de proxeneta; pero era mi hermano y rogaba que esa enfermedad no le acortase la vida ni le produjera las atroces alteraciones físicas y mentales que tanto se comentaban. La dulce asistencia del

cura me permitía hacer bromas hasta sobre la sífilis. Dicen que el humor sana. Ojalá fuera cierto. Se me ocurrió que Dios era justo, ¡hasta justicialista!, si no, me hubiese mandado un simple resfriado. La enfermedad debía ser terrible y grandiosa, como correspondía a la mujer de un líder como Perón. Nada de medias tintas. Además, le dije que aceptaba el sufrimiento, pero que hasta el sufrimiento necesita vacaciones. ¡Soy chiquita para tanto dolor, padre! Le hice promesas de austeridad. Le dije que si Dios me devolvía la salud, no volvería a

ponerme joyas ni ropa de lujo. Respecto a la marcha que se cantaba en todos los actos, titulada *Evita Capitana*, me llegué a sentir en ridículo. ¡Capitana! Si ni siquiera fui sargento. Pero no criticaba los excesos del culto que crecía a mi alrededor, culto que no habían conocido en vida ni la Virgen ni Jesús.

Juan ingresó en mi cuarto sin el barbijo que algunos le atribuían para evitar el contagio. Vestía su uniforme blanco, que le quedaba tan hermoso. Su cara con el perfume para después de

afeitar estaba contraída por la conmisericación. Pretendí calmarlo. Yo, calmarlo a él: la moribunda al sano, la débil al fuerte. Se sentó en el borde de la cama y extrajo un puñal del bolsillo interior. La hoja resplandeció con un fulgor excesivo. ¡Qué pasa! ¡Qué es esto!, exclamé alarmada. Quiero morir con vos, dijo con un amor que me parecía de otro mundo. Cuando levantó el arma para descargarla sobre su propio pecho, desperté aterrorizada. Pero mi vigilia no duró mucho, porque entré en coma.

Se produjo la más ruidosa de las movilizaciones que conoció la Residencia. Se precipitaron médicos y enfermeras para introducir y sacar aparatos de mi habitación, navegaban por el aire frascos de suero, volaban guantes de goma, se impartían órdenes que algunos ni escuchaban. De pronto mi garganta repitió las exclamaciones que había pronunciado durante mi pesadilla: ¡Qué pasa! ¡Qué es esto! Fue suficiente para que todo se detuviese de golpe, como en una película cuando falla el proyector. Quienes me rodeaban tenían

los cómicos rasgos de los imbéciles. Los miré con enojo, porque había entrado y salido de un breve coma. Mi madre anudaba sus dedos en oración y yo le dije ¡Pará de lloriquear que te voy a dar un susto de veras! Ordené a mis asistentas que me vistiesen. ¡No voy a quedarme en esta cama! Mi habitación era un asilo de alienados.

Pude ver la película *Cyrano de Bergerac*. Conmovedora. Murió un sábado 26 de julio. El día siguiente iba a ser sábado 26 de julio. Yo moriría el 26 de julio, igual que Roberto Arlt y

Cyrano de Bergerac. Siempre presentes las inútiles cábalas. Llamé a Juan, quería hablar con él a solas, sin la gente haciendo guardia. No se sentó en el borde de la cama como en el sueño, sino sobre una silla. Me tomó la mano. Sus dedos gruesos y cálidos me transmitieron una corriente de placer que hacía mucho no disfrutaba tanto. Eran los dedos que me habían acariciado en los comienzos de nuestro vínculo, que me habían sostenido en el balcón de la Casa Rosada cuando pronuncié mi último discurso. Miré sus ojos pequeños y

profundos, su piel maquillada contra la psoriasis, su nariz grande, sus labios carnosos y su negro pelo engominado. Sabía que llevaba a su lado chicas adolescentes para calmar su deseo o su angustia. Aunque no habrá sido tanta su angustia. Prefería suponer que esos defectos eran las virtudes de los grandes, de lo contrario no serían grandes. Yo fui siempre un volcán en erupción continua, por eso terminé agotada. Le pedí que se cuidara, que no malograra lo realizado. Sin pretenderlo, más que capitana o samaritana, en ese

momento fui una profetisa. En las bases del movimiento que él creó y yo contribuí a fortalecer, había malformaciones que a la larga no beneficiarían al pueblo argentino. Me da rabia reconocerlo.

Después entraron mamá y Elisa. Mamá no podía controlar su llanto y prefirió salir. Cuando se marchaba, dije a Elisa: ¡Pobre vieja! Elisa no me entendió. ¿Por qué pobre?, mamá está bien. Ya lo sé... —tardé un poco en completar mi pensamiento, iba a pronunciar las últimas palabras—; lo

digo porque Evita se va. Y me dormí. Aún no estaba muerta. O sí.

Se reanudó la locura de los médicos y enfermeras. Al mismo tiempo se exacerbaban las teatrales maniobras de resucitación. ¿Por qué no aceptar la verdad? Porque —ahora lo sé— contradiría la tendencia al embuste que se marcó en mí como la yerra en el cuero de los animales. Mentiras al divino botón. Innecesarias, ridículas, consecuencias de un miedo escondido. Algunos dijeron que expiré al mediodía, otros a las dos de la tarde y el

embalsamador Pedro Ara llamó al embajador de España a las 7.40 para decirle que ya estaba frita y me llevaba al baño en una camilla para hacerme las primeras inyecciones; la noticia recién se anunciaría dentro de tres cuartos de hora. ¿Por qué? Nadie lo podría explicar. La distorsión era automática, salía sin esfuerzo. ¿Se quería dar tiempo para ir acostumbrando a la ciudadanía? La ciudadanía ya se venía acostumbrando desde hacía mucho. Votos, misas, procesiones, artículos, reuniones y homenajes anunciaban el

final ineludible. Hasta se puso mi libro sobre un altar, como primer paso a que yo lo ocupase pronto, como una santa. Moría *La pródiga*. Moría en la realidad pedestre. Pero no a las 20.25, como se empezó a difundir e imponer en la historia oficial. Los noticieros establecieron que la hora de su informe diario sería a las 20.25, “hora en que la señora Eva Perón entró en la inmortalidad”. A las 20.25 había ocurrido otra cosa, no mi muerte. Fue el momento en que los contrayentes Eva y Juan se casaron en la iglesia de San

Francisco un 10 de diciembre de apenas seis años y medio atrás.

37

Oleaje póstumo

Las iniciativas que siguieron a mi muerte oficial mantuvieron su glamorosa

exageración. Se decretó duelo nacional por un mes. La CGT ordenó que se llevase obligatoriamente corbata negra, banda negra en la manga o cualquier otro signo de luto.

Mientras se preparaba mi velorio en el Congreso, el embalsamador Pedro Ara trabajaba mi cuerpo con ahínco para hacerlo incorruptible sin quitarle nada del interior. Su misteriosa técnica superaba a la de los egipcios que inmortalizaron a los faraones o los especialistas que embalsamaron a Lenin. Ara no desmentía que hubiese

intervenido también en este caso, pero era sabido que embalsamó al compositor Manuel de Falla que murió poco antes en las sierras de Córdoba. Dicen que a Perón lo convenció, para contratarlo, ver la cabeza de un mendigo que Ara conservaba como un trofeo incorrupto entre sus botellas de licor. Macabro, de verdad.

 Mi cabello fue peinado por el fiel Alcaraz, que procuró darle más brillo e imprimirle reciedumbre a mi rodete. La manicura se desmayó al verme inmóvil, pero cumplió con su trabajo de pintar

alegría a mis uñas con el rojo que yo amaba. Me cubrieron con la sobria túnica franciscana que me había regalado el General de la orden cuando nos vimos en Roma, y que entonces desprecié. Sobre la túnica extendieron un prolijo sudario blanco y encima la bandera argentina. Me acomodaron en un féretro con una gruesa tapa de cristal, para que las personas que fueran al velatorio pudieran despedirme. Entre mis quebradizos dedos fue enrollado el rosario que me había dado Pío XII.

Mi ataúd fue instalado de tal modo

que por un lado se subía y por el otro se bajaba, haciendo un rodeo que permitía alargar los segundos de la contemplación. Había pasado de Cenicienta de la pampa a Bella Durmiente del bosque humano.

Durante trece días con sus noches se mantuvo el incesante desfile. ¿Eran trece, para simbolizar a Jesús y sus apóstoles predicando la Buena Nueva? El cielo lloró sin cesar. Algo misterioso me unía con fechas, números y clima. Hombres, mujeres, adolescentes y niños cubrían sus cabezas con diarios,

paraguas, capotes. Esperaban el turno durante horas bajo la inclemencia del agua. La cola no parecía disminuir, sino alargarse. Se la estimó en tres kilómetros de largo. No faltaban los ancianos ni los enfermos, que a menudo caían exhaustos. Mi Fundación y la Cruz Roja distribuían sándwiches, bebidas y café. Las antorchas insistían en mantener sus llamas de luz y calor, porque no alcanzaban los faroles a querosén. A las 20.25 todas las luces se apagaban al unísono, para simbolizar la hondura del dolor. Desde lejos se veía mi retrato

gigantesco, en el que mantenía una sonrisa fraterna. En los escasos minutos que se abrían las nubes, algunas mujeres me vieron pintada en la luna y cayeron de rodillas.

Cuando por fin llegaban al féretro, muchos entraban en convulsiones. Varios necesitaron asistencia médica y por entre la multitud se abrían paso las camillas. Uno se rajó la frente en el ángulo de mi ataúd y lo manchó con sangre, que de inmediato fue limpiado por acelerados repasadores. Cuando mis fieles besaban la tapa, yo los miraba con

mis párpados cerrados y apacibles, incapaces de retribuirles su amor. En frente de mí se paraba Juan varias horas por día, con las manos juntas delante de su chaqueta, la mirada baja y un revuelo de ideas en su cerebro. Sólo levantó la vista cuando ingresó una paloma por algún resquicio y se puso a dar vueltas. Era asombrosa su presencia en esa época del año y más asombroso que hubiera podido ingresar a brindarme su saludo con serenas circunferencias. Algunos supusieron que se trataba del Espíritu Santo y le recitaron plegarias

con las manos en oración. Yo me di cuenta de que era la misma que me visitó en la plaza, cuando me caía muerta de hambre y extenuada, porque había llegado al extremo de mi resistencia.

Las flores del mundo, textualmente, inundaron el Congreso Nacional y sus inmediaciones. Olores frescos o podridos impregnaban el aire. Las embajadas traían ramos enormes. Se desató una nueva competencia: exhibir la corona más grande y original.

Por fin soldados con uniformes de

gala me trasladaron hasta una cureña pisando sobre el espeso colchón de pétalos. La aglomeración había crecido en el transcurso de los días porque llegó gente de todas las provincias argentinas y delegaciones del exterior. Se calculaban dos millones de personas. La agobiada marcha enfiló hacia la CGT, donde debía descansar hasta que se terminase la construcción del gran Monumento al Descamisado, que iba a ser el más alto del mundo.

No voy a ocuparme de mi cadáver. Sigo bastante lúcida como para

detenerme en los restos de un cuerpo humano. Son restos, excrecencias, apenas recuerdos. Prefiero las fotografías. Ni siquiera Perón se interesó por mi cadáver, no lo fue a visitar donde yacía ni le preocupó su suerte, hasta que se convirtió en una herramienta política y entonces volvió a usarme. Lo bien que hizo. Quienes se volvieron locos por él fueron los que me odiaban. O temían. Temían que regresase con la espada en la mano. Por eso las maniobras, viajes, profanaciones y secretos alucinantes de novela negra

que más adelante protagonizaron mis restos hasta que terminaron donde correspondía: un cementerio.

Antes de estos episodios, cuando estaba por cumplirse un año de mi “entrada en la inmortalidad”, encontraron muerto a mi hermano Juancito con un balazo en la cabeza. Había sido el secretario privado del presidente y se mantuvo en el cargo hasta el final de sus días. Dudo que haya sido un buen funcionario, porque no tenía instrucción y era un mujeriego patológico. Pero le fue leal y me ayudó

en todo lo que pudo. Nunca olvido su papel en mi mudanza a Buenos Aires, cuando tuvo el coraje de vincularme con Agustín Magaldi.

A poco de caer Perón se expusieron y vendieron obscenamente muchos objetos que me pertenecían (joyas, pieles, monedas de oro, medallas, vestidos, fajos de billetes) sin incluir lo guardado en el exterior. Aspiraban a demoler mi imagen y desilusionar a mis fanáticos. Ignoraban que no habría denuncia que pudiera romper el vínculo que yo había establecido con los humildes, porque se

basaba en el amor y estaba más allá del dinero. Mis dádivas no sólo eran materiales, y no sólo eran dádivas. Pero quienes siempre me odiaron se regodeaban en contabilizar mi enorme fortuna. Sesenta y cinco kilos de oro. Ochenta kilos de plata. Una esmeralda de cuarenta y ocho quilates. Tres maravillosos lingotes de platino. Cien relojes de oro. Mil seiscientos cincuenta y tres brillantes. Ciento veinte pulseras de oro. Se decía que la venta de semejante fortuna se parecía a la del rey Faruk en Egipto. Pero la comisión

encargada de administrar los fondos que se obtendrían con mis bienes evitó brindar un informe pormenorizado. Según algunos de mis biógrafos, quienes me odiaban no iban a dejar de aprovecharse un poquito también. Compartíamos la misma corrupta codicia. ¡Qué claro lo veo ahora! ¡Cuánta bronca me da haber juntado semejante botín! Botín para nada.

Desde su exilio, Juan seguía los acontecimientos de la Argentina y se asombraba de que el peronismo no se hubiese ido a pique tras su fuga. El

sindicalismo —que yo había contribuido a consolidar— le seguía fiel y los sucesivos gobiernos se resignaban a resolver huelgas pidiéndole su intervención indirecta. Pero no dejaba de ser diplomático y, como retribución, pedía que le levantaran una parte de la interdicción a sus bienes. Así se iba manteniendo, pero a cuentagotas. La *gilada* (como llamaba irónicamente en la intimidad a sus leales) votaba en blanco porque se había prohibido el peronismo. También se comentaba que regresaría al país en un avión negro.

¿Por qué negro? ¿Enmascarado como Batman o Fantomas? Su caída y su exilio lo habían convertido en un héroe mítico. Ya nada lo podía pulverizar. Hasta se hizo correr la voz de que tuvo una relación homosexual con el boxeador Archie Moore y entonces aparecieron en las paredes “Puto o ladrón/queremos a Perón”.

España no lo recibió como a mí. Fue muy diferente. No lo esperaron las principales autoridades, ni hubo Guardia Mora, ni le arrojaron flores a su paso. No lo condecoraron, no lo hicieron

hablar ante multitudes y ni siquiera le ofrecieron la radio. No le organizaron fiestas ni le derramaron obsequios a sus pies. No hubo concentraciones multitudinarias ni un regocijo popular inolvidable. Sólo lo dejaron vivir tranquilo en Puerta de Hierro. Mi viaje del “arco iris” no pudo ser superado ni siquiera por él. Todavía me asombra.

Mientras mi cadáver yacía secretamente en Milán, en un cementerio de Buenos Aires quedaba un solitario busto mío, donde hombres y mujeres se acercaban para depositar flores. El

nuevo gobierno cambió el busto por un tacho de basura. Entonces aumentó la cantidad de flores sobre el tacho de basura. Y el tacho pasó a convertirse en un altar rodeado de velas.

El encarnizamiento antiperonista contribuyó a la supervivencia peronista. Se destruyeron de forma ostentosa las camisetas deportivas, pulmotores y todo objeto que hiciera referencia a mi maldito nombre. Pintaron con otros colores las pocas camionetas celestes de mi Fundación que quedaban, porque el mismo Perón ya había querido terminar

con ella y su drenaje fenomenal de recursos. Se prohibió que la prensa oral, escrita y televisada usara los nombres de Perón y Evita. Él era “el tirano depuesto” o el “ex dictador”. Yo, ni siquiera eso. Todos los nombres de provincias, ciudades, calles, policlínicos, parques y rutas debían regresar a la denominación previa o ser rebautizados. Pero no consiguieron destruir mis fotos guardadas en millones de hogares.

Podría referirme a lo que pasó después, que es mucho. Tengo material y

reflexiones para llenar una enciclopedia. Pero voy a concederme un punto final. Supongo que también lo querrán mis lectores. Empecé este libro llena de furia. Ahora estoy más serena. Hasta me permito sonreír con un aire de tristeza, como aparezco en los insistentes retratos.

Agradecimientos

En una larga conversación que mantuve con Willie Schavelzon acerca de los diversos temas que empezaron a rondar mi cabeza luego de escribir

sobre las fascinantes aventuras del joven Trotsky, me dijo: “Habría que visitar a Evita”. Usó la palabra “visitar” porque ella había sido mirada y estrujada del derecho y del revés. Me pareció una mala idea. Pero inyectó en mi sangre el virus de una inquietud. Los mitos son inagotables y Evita había alcanzado esa dimensión. Como no me gustan las reducciones maniqueas, empecé a leer y releer algunos textos. Poco a poco creció mi entusiasmo. Aunque con una fuerte resistencia. La resistencia cedió durante la noche en

que advino el recurso de ofrecerle la palabra a ella. Que sea ella quien diga todo lo que sabe y quiere desde “algún lugar”, hoy, en el tiempo presente, y lejos de los momentos en que debía guardar apariencias, defenderse con mentiras o frenar sus impulsos. La imaginé furiosa, dispuesta a romper los velos. Disgustada por el uso y abuso de su vida y su obra. No iba a escribir una simple historia, pero sí una novela histórica donde casi todos sus recuerdos están respaldados por una farragosa documentación, a menudo contradictoria

y hasta inverosímil. He procurado que el lenguaje y las reflexiones fuesen las que naturalmente hubieran brotado de su espíritu en llamas. Supongo que a Evita le habría gustado verse profundamente humanizada. No así a muchos de sus conscientes o inconscientes “usadores”.

Además de agradecer a Willie, lo hago a Ricardo Baduel, uno de los mejores editores que tuve la suerte de conocer. Sus consejos y observaciones fueron magníficos. También al lúcido y entusiasta Marcelo Panozzo y a Pablo Avelluto —que de inmediato me expresó

cuánto le había emocionado leer este texto, siendo alguien que no cesa de revisar textos—. Agradezco a Mariana Creo la prolija revisión final y al resto del equipo de Random House por acompañarme con fraternal amistad en esta aventura.

Llevaría muchas páginas describir el bosque de materiales que se han acumulado sobre Evita. Sólo quiero mencionar los libros que más frecuenté durante la redacción de esta obra:

Evita de los descamisados de George Bruce,

La pasión según Eva de Abel Posse,

Vida íntima de Perón de Enrique
Pavón Pereyra,

Evita, jirones de su vida de Felipe
Pigna,

La carne de Evita de Daniel Guebel,

Santa Evita de Tomás Eloy Martínez,

Y ahora hablo yo de Lilian
Lagomarsino de Guardo

Evita de Marysa Navarro,

Eva Perón, una biografía política de
Loris Zanatta,

Eva Perón, la biografía de Alicia
Dujovne Ortiz,

Los nazis en la Argentina de Jorge
Camarassa,

La cabeza contra el suelo de Paco
Jamandreu,

Caso Duarte de Aldo Luis Molinari,

*Los deseos imaginarios del
peronismo* de Juan José Sebreli,

Eva Perón sin mitos de Fermín
Chávez,

Mi hermana Evita de Erminda

Duarte.

Cubierta

Portada

Dedicatoria

1. Nace una estrella

2. Volver por la puerta
grande

3. Tierra ajena

4. A cuerpo de reina

5. Junín a la distancia

6. Un viento austral sopla
en la península

7. Cicatrices

8. Estrellas y candilejas

9. Personajes para un carácter

10. Joyas para los pobres

11. La fiebre del amor

12. La causa de las mujeres

13. Un hombre en la noche

14. Papeles estelares

15 La Cenicienta de las pampas

16. Maniobras de conquista

17. Rubia como el sol
18. La pródiga
19. El general y la actriz
20. La voz del destino
21. Los fugitivos
22. Garras de tigresa
23. Bautismo político
24. Adiós a España
25. Boda secreta
26. La bendición
27. Mayoría absoluta
28. La presidenta
29. Lujo y miseria

30. Estrella transfigurada

31. Evita desencadenada

32. El precio del poder

33. Cáncer

34. La fórmula

35. Hacia las 20.25

36. Últimas palabras

37. Oleaje póstumo

Agradecimientos

Créditos

Acerca de Random House

Mondadori ARGENTINA

Aguinis, Marcos

La furia de Evita. -

1a ed. - Buenos

Aires :

Sudamericana,

2013

(Narrativas)

EBook.

ISBN 978-950-

07-4234-4

1. Narrativa

Argentina. I. Título

CDD A863

Edición en formato digital: abril de 2013

© 2013, Random House Mondadori, S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House
Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-4234-4

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar



RANDOM HOUSE
MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en:

www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House

Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: info@rhmc.com.ar

www.megustaleer.com.ar



Collins

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen



Montena

PLAZA JANÉS



ROSADELSENTS

Editorial Sudamericana